



MERCADOS LITERATURAS



MERCADOS

LITERATURAS

ILUSTRACIONES: Pablo Moncloa



MERCADOS | LITERATURAS

EDITA: Empresa Nacional Mercasa
Paseo de La Habana, 180. 28036 Madrid
www.mercasa.es

DIRECTOR DE EDICIÓN: Ángel Juste Mata

ILUSTRACIONES: Pablo Moncloa

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: QAR Comunicación, S.A.
C/ Relatores, 1, Esc. Atocha, 3º Dcha.
28012 Madrid

IMPRESIÓN: Gráficas Jomagar
C/ Moraleja de Enmedio, 16. Polígono
Industrial nº 1. 28938 Móstoles (Madrid)

Este libro está editado por Mercasa coincidiendo con el número 100 de la revista
Distribución y Consumo.

Todos los cuentos que se recogen en este libro han sido publicados previamente
en la revista *Distribución y Consumo*.

DEPÓSITO LEGAL: M-25769-2008

PRESENTACIÓN	<i>Ignacio Cruz Roche</i>	7
LA COMPRADORA	<i>Carlos Hernández Olmos</i>	11
CRÓNICA DE UNA VISITA AL MERCADO CON VEINTICINCO NOTAS Y UN MAR	<i>Ana Vicandi</i>	23
EL CHARCUTERO, SU MUJER Y EL HOMBRE DEL MALETÍN	<i>José Ignacio Urrutia</i>	37
MAÑANA DE MERCADO	<i>Iñigo De Aranzadi</i>	51
LA COMPRA DEL PINTOR	<i>Carmen Santamaría</i>	65
LA FUERZA DEL DESTINO	<i>José Luis Murcia</i>	77
NADA	<i>Mariano Rojas Corral</i>	89
MARU CENTENO NECESITABA UNA VICTORIA	<i>Mª José Cavadas</i>	111
MI MADRE Y EL MERCADO	<i>Antonio Calvo Roi</i>	121
EL SOL SALE PARA TODOS	<i>Ignacio Aranda Trivez</i>	133
TRES DÍAS DE PÁNICO	<i>Consuelo Escobar Castro</i>	145
DE LO QUE ACONTECIÓ DE EXTRAORDINARIO EN EL MERCADO DE ABASTOS DE LA FELGUERA	<i>Norberto Luis Romero</i>	161
EL TOMATE PETULANTE	<i>Fernando García Rodríguez</i>	171
ROSAS EN EL MAR	<i>Luis María Murciano Mainez</i>	195

EN JERONI Y EL CALAMAR Ignacio J. Sardiñas	207
LEYENDAS DE LA MANCHA Santiago Ballesteros Rodríguez	219
SAN SALVADOR Benjamín López Sánchez (Ben Losa)	231
UNA ESTRELLA ENTRE EL PESCADO Andrés Montes Punzón	241
EL TINGLADO Edurne Koch García	259
LA PRUEBA Lucas Fernández Diego	275
SUICIDIOS, TOMATES Y GENÉTICA EN EL MERCADO CENTRAL Vicente De Santiago Martínez	293
ALMA Marta Camps Rius	309
TODO POR UN PUESTO Ataulfo Sanz	323
LA EXTRAÑA QUIMERO DE GOYO Aitor Estalayo Álvarez	335
UN CÁLIDO MERCADO EN UN FRÍO DÍA DE INVIERNO Javier Casares Ripoll	347
SÓLO EL TIEMPO NOS SEPARA Pilar Galindo Gómez	353
ENTRE MERLUZAS Y PRINCESAS Gabino Martín Toral	363
NO LOVE, NO GLORY, NO HERO IN HER SKY Laura López Altares	373
FATIH Jorge Bravo Fernández	385
AL FROIZ Y SEE THE REPUGNANCE, O EL BESUGO Y LA RÉMORA Javier Arias Bal	401

Presentación

Ignacio Cruz Roche

Presidente de la Empresa Nacional Mercasa

La Empresa Nacional Mercasa lleva más de 40 años prestando un reconocido servicio público a la cadena alimentaria española. De manera especial a través de las Mercas, los grandes complejos comerciales y logísticos que facilitan la distribución mayorista de alimentos frescos. Más del 50% de las frutas, hortalizas y productos pesqueros y un tercio de las carnes que consumimos los españoles pasan por las 23 Unidades Alimentarias que conforman la Red de Mercas.

Mercados transparentes, eficientes, con las máximas garantías de trazabilidad y seguridad alimentaria, en los que más de 3.600 empresas mayoristas y de servicios complementarios atienden la demanda diaria de comercios minoristas especializados, cadenas de supermercados e hipermercados, y empresas y establecimientos de hostelería, restauración y consumo institucional, cada vez más importantes en un país como España, en el que un tercio de la alimentación se realiza fuera del hogar.

Con la misma vocación de servicio, Mercasa viene trabajando desde hace años para apoyar a los Ayuntamientos y los comerciantes en la modernización de los mercados municipales minoristas. Un programa que se ha visto reforzado con

el plan estratégico de la compañía puesto en marcha en 2005 y la firma, en 2007, de un convenio de colaboración con el Ministerio de Vivienda para fomentar con ayudas públicas la remodelación de mercados ubicados en edificios de especial interés histórico o artístico.

Mercasa apuesta por los mercados municipales minoristas como formato comercial de historia y de futuro. Una apuesta que descansa, sobre todo, en la enorme confianza que genera la capacidad de iniciativa de los gestores y los actores de los mercados, los comerciantes que mantienen la calidad de la oferta y los servicios que demandan los consumidores actuales.

Desde Mercasa asesoramos a Ayuntamientos, Comunidades Autónomas, Asociaciones de Comerciantes, etc., para diseñar planes de remodelación a la medida de cada caso. Nos implicamos a fondo en cada proyecto y una vez concluidos asumimos, cuando así se nos demanda, corresponsabilidad en la propia gestión del mercado remodelado.

Una experiencia iniciada en el ámbito nacional que ya tiene un reconocimiento expreso a nivel internacional, porque estamos trabajando en este ámbito en varios países de América Latina, África y la Unión Europea.

El compromiso tradicional de Mercasa con la figura de los mercados municipales minoristas está, asimismo, en el origen del libro que tiene entre sus manos el lector. Cuando comenzó a editarse *Distribución y Consumo*, que Mercasa realiza desde 1991, se inició una original aventura literaria, publicando en cada número un relato que tuviese como referente y escenario un mercado minorista municipal. La intención era cerrar los contenidos mayoritariamente técnicos de la publicación con un broche distinto, que convirtiese cada número de la revista en un pequeño homenaje a los mercados, a sus personajes, a sus historias de vida.

La aventura se ha mantenido con fuerza durante los diecisiete años que han transcurrido hasta llegar al número 100 de

Distribución y Consumo, con cuyo motivo se ha editado este libro que recoge una selección de treinta relatos.

Animo al lector a adentrarse en sus páginas, a recorrer puestos y paradas, ojear, oler, comparar y elegir. Seguro que la cesta de la compra que resulte finalmente de la lectura del libro será de buen provecho.



LA COMPRADORA

CARLOS HERNÁNDEZ

L

ogroño. Festividad de los Fieles Difuntos.1991.

El sol, el sol como un membrillo dorado y suave, como un sueño de dulce tila, y la espera. Esperar así quieta como un lagarto; esperar que los minutos, los días se deslicen hacia la nada lentos y silenciosos mientras que sus horas distintas pintan la calle con el tímido azul de la mañana, las campanas de la Redonda sonando a lo lejos, o colorean de amarillo violento el mediodía o tiñen de azul oscuro el ocaso, la casi noche...

El tiempo ahora es sólo un buen amigo que decora mi paisaje desde el mirador...

Tengo, no sé, cerca de setenta años, eran los veinte cuando nací, y siempre he conocido las mismas cosas, las de La Rioja, las de Logroño. Fui niña y moza y mujer sin más mundo que éste y sin echar, tampoco, nada de menos. Aquí también jugué, me enamoré y fui mujer casada y, más tarde, madre y viuda... Poco me parece ahora cuando hago recuento y, sobre todo, no puedo creerme que haya pasado tan rápidamente... ¡Qué cortas eran aquellas horas de mis veinte años y qué llenas de sorpresas!... Pero luego vinieron las horas de los treinta, cuarenta y cincuenta años cada vez más apagadas y tristes, llenas de las preocupaciones de los hijos, repletas de trabajos y apuros, de deudas que pagar, de muertes que llorar...

Pero ahora ya estoy bien, todo está ya bien. No espero grandes alegrías, pero las grandes penas me pasan, igualmente, de largo.

Desde esta galería me he convertido en una espectadora de la vida. Veo cómo la ciudad cambia imperceptiblemente día a día. Desaparecen edificios que me vieron crecer y surgen otros que nada significan para mí, que nunca me servirán de

referencia. Hasta mi silla llegan historias de nacimientos y de muerte. Voy tachando rostros que fueron, algún día, queridos y odiados y, poco a poco, construyo un confuso censo de niños y muchachos preparados para sustituirnos. Se ve que, de momento, a la muerte no le corro prisa.

Tengo tiempo para pensar, para recordar, un lujo que antes nunca pude darme. Y me imagino que, como casi todos los viejos, me arrepiento de lo hecho. Ahora sé que, si pudiera, mi vida sería de otra forma. Como a tantos otros la vida me engañó. Jugué de acuerdo a las reglas que me enseñaron y perdí. Fui una niña secuestrada y demasiado buena, una adolescente hipócrita y reprimida que ni siquiera sabía que era así; me casé con un hombre conveniente al que no quería y repetí con mis hijos todos los errores que mis padres tuvieron conmigo. Al final, fui una viuda amargada incapaz de hacer nada que no aprobase la buena sociedad de Logroño. Me digo para disculparme que eran otros tiempos..., no sé, era el mío, la única jugada que tenemos, la única oportunidad.

¿Qué he hecho con mis setenta años, qué me queda de tantas horas y minutos, de tantas primaveras y veranos?... Una insípida sucesión de cumpleaños y fiestas familiares; tres álbumes de fotos amarillas y un poquito de oro con el que, a lo largo de una vida, mi marido pagó mi sumisión y mi labor de madre... Allá perdidas en la memoria recuerdo besos y noches de amor, despedidas y fiestas de bienvenida, hombres y mujeres entrando y saliendo de mi vida, ataúdes y cunas, Navidades y trenes que no llegan y otros en los que voy sin recordar a dónde. Cierro los ojos y me veo dando el pecho a mis hijos y un momento después tomo champán en la boda de la más pequeña y lloro en el funeral del mayor y, como siempre, cierro los ojos para frenar el vértigo de tanto tiempo inútil, de tanto esfuerzo estéril, tanto error imposible ya de corregir y que me trajo a esta silla donde espero y miro la ciudad que tuvo mis años.

A veces se lo digo a mis hijos, les hablo de las horas pasadas a su lado, de las noches en vela, del regalo de entregarles mi vida a cambio de muy poco. Ellos me hacen callar, me dicen que chocheo y cuento siempre las mismas batallitas. Van y vienen con prisa y con prisa comen, me besan y se marchan. Piensan que soy una excelente ama de casa, una gran cocinera. Después de tantos años, de tanta mujer que había en mí aniquilada, sólo soy una excelente cocinera...

Tienen razón, tienen mucha razón. Maté a la adolescente enamorada; a la mujer rebelde que quería ser una buena compañera, de igual a igual, junto a su hombre, asesiné a muchas otras que me querían nacer para ser, al final, una gran cocinera, una perfecta compradora...

Miro mis manos con un poco de pena. Ellas me hicieron prisionera. Con ellas pagué una infinita sucesión de carnes y verduras, de pescados y frutas... Dinero por comida, todos los días, cada día del año y, después, una eternidad junto al fogón... Sopas y sofritos, purés y papillas para los niños, comidas complicadas para los días de fiesta, caldos apresurados para los días de duelo, menús de régimen para los enfermos de la casa, montañas de comida y de fritanga que ocuparon mi vida por encima de cualquier otra cosa, que me perfumaron con un olor a ajo y a cebolla imposible de quitar con duchas, perfumes o cremas limpiadoras, y, también, el dinero, billetes o calderilla, contado con angustia avariciosa en los malos tiempos, intentando hacerlo crecer para llegar a pagar una comida decente para todos, algo que llenase la tripa de mi gente o, en los buenos tiempos, sin miedo a gastarlo, capaz de pagar los lujos gastronómicos que me pedían: rosadas cigalas, salobres rodaballos, lubinas y merluzas, pero siempre en mi bolsillo haciendo ese camino odioso de casa hasta el mercado, el templo maldecido del que me había convertido en una diaria sacerdotisa, en una vestal que no podía faltar a los ritos diarios...

Mi vida, sobre todo, ha sido eso: el rito cotidiano de recibir un rutinario beso en la cama; hacer los desayunos y mandar a los hijos al colegio y, por fin, quedarme sola en casa, en el silencio de las diez de la mañana, con las camas deshechas y el fregadero lleno de tazas sucias, ese momento en que las casas parecen madrigueras tibias con todas sus alimañas fuera. Hasta las doce son horas de trabajar con la mente en blanco, a veces te ves en el espejo del armario y no te reconoces, y algunas amigas me contaron que, a esas horas atroces, se acostumbraron a beber. Cerca del mediodía, te arreglas y cuentas el dinero, piensas en qué harás de comida, sólo eso.

A veces te duelen los ovarios, te encuentras mal, hace frío en la calle o llueve y tú quisieras quedarte en casa... No importa, te reclama el mercado, tienes que ir a la plaza. El mercado es el templo que regula tus horas y te vistes y sales a la calle y caminas mientras, por dentro, recitas la salmodia de lo que has de comprar. Contigo en el camino se juntan otras muchas. Van como yo, con ropa de diario y una bolsa vacía, como un fláccido estómago que reclama comida. Aprietan en su mano un bolsillo gastado. En él va el pasaporte para llegar al mostrador de la carnicería, del frutero, de la pescadería. Pedirán, en voz alta, el solomillo prepotente o, en un susurro, la asadurilla humilde para el gato que el carnicero servirá con ironía porque sabe de sobra quién comerá el sonrosado bofe.

Finalmente allí estás, en la Plaza de Abastos, el mercado, como un templo al que amas y odias y al que entregas tu vida sin un gesto. Un lugar como un ser vivo gemebundo, lleno de ruido y ecos, repleto de olores animales. El mercado, una estación inevitable donde el tren de mi vida llegaba todos los días a las doce y cuarto.

No puedo recordar el olor de mis hijos, no recuerdo el rostro del que fue mi marido, incluso me cuesta acordarme de cómo era yo de joven y, no obstante, tengo impregnado en mi

memoria el olor del mercado, una mezcla de matadero y huerta, un altar de holocaustos y un jardín de fruta envenenada. En el centro estaba la verdura recién traída cada mañana de las huertas cercanas. Verdes agrios de la lechuga y la escarola, blancos de fósforo de la cebolla y de los puerros, las patatas como terrones ocres de la tierra, y los pimientos igual que ofrendas de rojos corazones brillantes y sangrientos. Junto a la verdura, las montañas de fruta que me hablaban de la estación del año en que vivíamos: melones y naranjas, chirimoyas y uvas, plátanos y manzanas, higos rebosantes de azúcar, melocotones como mínimos soles amarillos... El mundo estaba vivo y aquí estaba.

Y de allí a la carne, los blancos mostradores de mármol de las carnicerías me parecían quirófanos recién abandonados por un loco cirujano. De los ganchos colgaban hígados que chorreaban sangre, lenguas en un postrero gesto de burla al comprador, bofes rosados con una obscena e íntima apariencia, bandejas de testículos, embuchados, gordillas, pato-rrillos, brazuelos de cordero esperando la guillotina vendedora. Todo me daba asco y todo, también, me fascinaba: el olor de los puestos de especias, clavo, canela, vainilla y pimentón; el perfume del bacalao, momias saladas recordando al lejano mar, y todo ello mezclado en un rumor indescifrable, un cántico hecho con voces y con gritos aislados, el rompeolas de la vida, de una forma de vida para todas nosotras que cumplíamos allí como compradoras eternas un destino no escrito en vez de aquel distinto que ya jamás, jamás sería el nuestro.

La primera vez que fui sola al mercado de Logroño era una niña: no tendría más allá de diez años. Fue al principio de los años treinta y la plaza estaba recién inaugurada. En Logroño todo el mundo decía que el mercado nuevo era algo especial, una obra de arte. Le escuché comentarlo a mi padre en la mesa. Él, además de dedicarse a la construcción, era amigo

del arquitecto, un señor que creo recordar se llamaba Fermín Álamo, me hizo gracia que su apellido fuese el nombre de un árbol y por eso lo recuerdo. Mi madre me contó que muchos años antes, en tiempos de cuando la abuela era joven, hubo allí una iglesia dedicada a San Blas y, luego, un mercado de verduras hecho todo de maderas.

Fui soñando todo el camino que era ya mayor, una señora, una mamá que iba a la compra. Llevaba el dinero bien apretado en mi mano infantil y, al brazo, una bolsilla que me empeñé en coger. Aquella vez primera fue una bella aventura, un breve sueño más en mi vida de niña pero, también, una marca que nunca más se iría.

Pronto murió mi madre y el mercado dejó de ser un juego para pasar a ser un deber cotidiano. De repente me convertí en la hembra que daba de comer a la familia, una sacerdotisa del puchero y la compra, la guardiana del fuego del hogar. El mundo se me hizo más pequeño y el mercado creció en mi vida hasta ser del tamaño de una gran pesadilla. Pero no me daba cuenta, ignoraba que mi sueño era eso: un mal sueño. El mundo entero se alió para decirme que era buena: mi padre, mis hermanos, las vecinas, la gente conocida de la calle no paraban de alabar mis bondades; lo justo de mis actos. Yo misma estaba convencida que era así, nunca pensé otra cosa.

Dejé mis libros, mis clases de piano y me hice experta en carnes y pescados, en guisos y limpiezas. Cada semana mi padre me entregaba el dinero para llevar la casa. Y nunca protesté, hacía que llegase como fuera al sábado siguiente, peleaba con el mercado, contaba las monedas y me inventaba guisos hechos con ilusión y con poco dinero. Nunca pudo conmigo la cesta de la compra...

¿Fui feliz?... No lo sé, ahora creo que no, pero entonces la felicidad era hacer lo que todas: ser una buena niña, una hija buena, una esposa correcta y una madre ejemplar... Seguir la marca sin salirse de ella, no dar la nota, ser normal...

Cumplí todo. Mi padre y mis hermanos tuvieron una criada sumisa y obediente, una desconocida que nunca dijo en voz alta qué pensaba y, en Logroño, me pusieron de ejemplo en muchas casas. Yo bien sabía que daba pena a mis pocas amigas y que todas pensaban que era aburrida y triste, aunque muy buena chica...

Solamente era yo cuando, hacia las doce, salía de casa camino del mercado. No me quedaba más libertad, no quería ya otra, que escoger la comida, hablar con los tenderos, tocar la fruta, decidir qué pescado iba a comprar. Lo demás era silencio y pura espera. Quería un milagro, un prodigo o no quería nada y, claro, nada milagroso ocurrió.

La guerra se notó mucho en el mercado que se volvió un sitio fantasmal y casi vacío donde apenas se encontraba nada. Pero, a pesar de todo, nunca faltó un plato de comida en casa para todos. Nadie sabe más que yo lo difícil que fue, las angustias que tuve que pasar cada día para conseguir el mínimo milagro de algo caliente. Tras la guerra todo volvió a ser como antes. Mis hermanos se fueron y mi padre murió. Yo acepté casarme con un hombre de cierta posición, un hombre bueno y algo tonto con el que pude permitirme no tener que crecer. Regresé nuevamente al mercado, como antes de la guerra. El viejo caserón de la calle Sagasta me recibió como si nunca hubiese pasado el tiempo. No tenía más que hacer sino recorrer los puestos lentamente, me llamaban, me ofrecían los mejores productos y yo rechazaba, escogía como una diosa cruel y caprichosa.

Y es que algo así somos tantas mujeres que cada día, toda la vida llegamos con las bolsas al mercado, a la plaza; una especie de nutricias diosas transformadoras de la energía, transmisoras de la vida, guardianas de esa metamorfosis cotidiana que hace que el mundo siga. Miles de manos llevan en todo el mundo el dinero a los altares de la carne y la fruta y convierten la comida en un foco de hombres, en un fragmento de

personas creciendo hacia la nada, aprendiendo la oscura sinfonía de la supervivencia.

Desde mi galería puedo ver el mercado: Es la hora en que vuelven las mujeres cargadas; viejas que ya conocen el secreto y otras, más jóvenes, que lo están aprendiendo. Vuelven todas esperando el milagro, algo que les haga tirar sus bolsas para siempre, no regresar jamás a hacer la compra... Piensan que puede ser mañana, hoy quizá... Un hombre diferente, una herencia, un premio gordo de la lotería. El milagro sucede pocas veces, la vida no deja dimitir a casi nadie. Yo tardé casi cincuenta años en aceptar esa terrible historia, esa aplastante conclusión: soy una jubilada de una críptica secta dedicada, igual que las demás, a mantener la vida a lo largo del tiempo. Comprar y cocinar un día y otro día. Recibimos la caza y los frutos salvajes hace millones de años de nuestros hombres heridos y agotados; de nuestros pechos brotó la leche como un interminable manantial y salvamos, así, a nuestros cachorros; para nosotras inventaron el fuego y las vasijas y trocamos el sexo por las pieles, nuestro miedo por nuestra sumisión y, luego, machacamos el trigo, cocemos y amasamos para las bocas que nos rodean y compramos comida en mercados y en ferias, matamos animales y ahumamos y salamos para que en el invierno no se muriese nadie que estaba a nuestro cargo y parimos en cuevas y hospitales porque nuestra misión era crear la vida con cualquier elemento en nuestras manos.

Mi historia, nuestra historia, es un cuento de vida. Los hombres, los amores se olvidan. Nada importan las guerras, los sufrimientos, las palabras que escriben los poetas. Somos tan sólo un eslabón que no debe romperse, un instinto más fuerte que todos nuestros sueños y deseos. No importamos si no es para seguir hacia adelante.

Si volviera a esa edad en que todo podía ser cambiado, sé que me vestiría al filo de las doce y cogería el viejo monedero

sabiendo, ¿cómo no?, que estoy equivocada, regresaría al mercado con mi bolsa y, probablemente, esperaría que ocurriese un milagro. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Abastos de Logroño**.

Este cuento fue publicado en el número 1 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a diciembre de 1991.



**CRÓNICA DE UNA VISITA
AL MERCADO
CON VEINTICINCO
NOTAS Y UN MAR**

ANA VICANDI

No le extrañaría nada que las judías verdes hubieran vuelto a subir, aunque mucho más descorazonadora es la certeza de que va a seguir lloviendo. Lloviendo, lloviendo. Durante toda la maldita semana un cielo muy feo se ha obstinado en aplastar la luz de la ciudad hasta casi atortujarla contra el asfalto príncigo y a cada tanto destila una carga de esa agüilla fina a la que con tantísima propiedad suele denominarse calabobos.

Uno de esos ataques de lluvia insustancial la ha vuelto a sorprender de camino al mercado, y ella va salvando los atolladeros del recorrido mientras masculla imprecaciones mezcladas contra los elementos adversos y el adminículo en escoceses grises, verdes y naranjas que conduce con las dos manos y mucha dificultad.

Ha vuelto a cometer la imprudencia de salir de casa sin protección contra el agua, pero es preferible empaparse hasta el alma que sobrellevar la complicación nefasta de paraguas y carrito de la compra al caminar. El carrito sí es imprescindible y hacer avanzar una banasta sobre ruedas ya requiere bastante esfuerzo sin necesidad de enredarse en equilibrios de funámbulo sin vocación.

Las angosturas y peligros que hay que superar en el trayecto desde casa al mercado convierten el viaje en una carrera de obstáculos que no excluye el peligro de atropellamiento si una no anda ligera como hembra de gamo. Téngase en cuenta que en algunos de los tramos de este recorrido las aceras no alcanzan siquiera el metro de holgura y en ciertas zonas críticas éstas se estrechan hasta convertirse en un repecho impracticable en el que sólo cabe un pie¹.

1) Aunque en principio pudiera parecer precipitado, posteriores indicios permiten aventurar que se alude al segmento de la madrileña calle Almansa que desemboca en Bravo Murillo.

A esa construcción de barrio antiguo y popular² hay que añadir el estorbo de un parque automovilístico en expansión perpetua. Los conductores de los coches en circulación se impacientan y abocinan a los peatones que se han visto obligados a lanzarse a la calzada para que dejen expedito su camino y se quiten de en medio sin más contemplación.

Los automóviles que permanecen aparcados encaraman uno de sus laterales sobre las aceras, cuando éstas no son extremadamente escuetas, y mientras ella se abre camino, esquiva las salpicaduras de los charcos reventados por los neumáticos que ruedan, tira del carro encallado en una falla del terreno y la lluvia recama sus pestañas con una guirnalda de brillantes líquidos, piensa que esos coches alineados tienen un aire de urgencia un poco soez.

Con los bajos así despatarrados casi parecerían animales perversos a punto de encularse, si no fuera porque todos sabemos

2) Tras la concienzuda investigación realizada con el objetivo de ubicar geográficamente el escenario de la acción, consideramos que, sin casi margen de error, esta referencia apunta al barrio de Bellas Vistas, en la zona suroccidental del madrileño distrito de Tetuán.

Dicho distrito fue en sus orígenes un arrabal surgido en los extrarradios del Madrid amurallado. Los asentamientos que aparecen en el siglo XIX crecieron rápidamente, impulsados por dos circunstancias propicias: en primer lugar, la de tratarse de una zona fiscalmente «fronteriza», al margen de los altos impuestos de la capital; en segundo lugar, porque en ella era posible construir viviendas económicas sobre terrenos baratos.

Todo ello fue configurando unos caseríos que –habitados por comerciantes, obreros, inmigrantes recién llegados...– crecieron caóticamente, sin las normativas y planes urbanísticos que racionalizaron la formación de otros barrios más selectos. Las alineaciones caprichosas, entre vaguadas y desniveles, dibujaron un entramado de calles estrechas y tortuosas que ha subsistido hasta hoy.

Hace décadas que Tetuán se encuentra incorporado al municipio capitalino, pero sus barrios más antiguos, aunque remozados, adecentados y curiosos, siguen conservando actualmente, y en gran medida, la peculiar fisonomía urbana que sus orígenes suburbanos dictó a golpe de pala, ladrillo e improvisación.

que sólo son estúpidas máquinas incapaces de otros deseos que no sean atorar las calles, quemar gases, bramar y correr.

Al desembocar en la arteria principal del barrio³ el mundo se abre en un cierto sentido y se espesa en otro. De pronto las aceras son amplias y hasta parecerían un punto residenciales si no fuera porque el tránsito de gentes es prieto y avasalladoramente humano. Por fortuna, los viandantes han aprendido a discurrir por este río imparable a gran velocidad y sin apenas tropiezos, ojeando sobre la marcha los escaparates de las tiendas y las mercancías de los quioscos de prensa. Cuando llueve se intensifica aún más el ritmo de la marcha, porque casi todos los caminantes reconcentran la atención en las empuñaduras de sus paraguas y en la punta frenética de sus pies.

Un centenar de metros al sur la lluvia y la contaminación atmosférica desdibujan la grosera mole del puente elevado⁴, pero ella camina en dirección contraria, remonta unos metros

3) Al hilo de nuestras laboriosas deducciones, esta «arteria principal» no puede ser otra que la ya mencionada calle de Bravo Murillo. En sus orígenes esta vía fue denominada la Mala de Francia –«La Malle», que los franceses habían dado a la carretera de salida desde Madrid hacia el Norte–. El desarrollo del distrito, su propia existencia, está profundamente ligado a esta vía de comunicación que antes de adoptar su nombre actual y definitivo fue también denominada calle de O'Donnell. Se trata de una avenida extremadamente populosa, especialmente en el tramo al que creemos se hace referencia, esto es, desde la glorieta de Cuatro Caminos hasta el punto llamado «del Estrecho».

4) Aún siendo un mero comentario circunstancial, este detalle ratifica lo atinado de nuestras apreciaciones, ya que el puente elevado de la glorieta de Cuatro Caminos es perfectamente visible, en dirección Sur, desde el ángulo de Bravo Murillo con Almansa. Este viaducto para el tráfico rodado fue inaugurado en 1969 y constituyó el primer paso elevado que se construía en Madrid con hormigón pretensado. Con su ciclópea irrupción, el viaducto partió en dos mitades la plaza circular y quebró sin remedio la fisonomía tradicional de la antigua glorieta, hasta entonces adornada con una fuente central que anteriormente había ornamentado la Puerta del Sol.

acera arriba y salva a la carrera uno de los cruces más multitudinarios que con toda seguridad regula un semáforo. Y al frente, al fin, por fin, la marquesina del mercado⁵, con sus tres globos de luz colgantes, le presta su cobijo y el vestíbulo del edificio abre para ella un huevo protector, como un gran huevo cuadrado y tibio.

Llega triste y destemplada, mojada e inquieta. Maldita lluvia, maldito cielo sucio, malditas judías verdes, maldita soledad de ama de casa de casa vacía en la que nada queda por gobernar. Además, la llovizna ha convertido sus controlados bucles de peluquería en un amasijo de rizos naturales retorcidos hasta la contorsión. La tendencia de su pelo al enrosamiento la enfurece y su malhumor se traduce en los cuatro manotazos impacientes con los que trata de espantar las gotas de lluvia posadas sobre las hombreras de su chaquetón.

Pero, como siempre, enseguida se deja ganar por el bálsamo reconfortante de un cierto olor. Y la cosquilla nerviosa de la anticipación. Y un tufo y un ruido de organismo vivo que vienen de dentro que suavemente atenúan su malestar, la desagradable humedad que le apelmaza el ánimo. Aspira varias bocanadas de ese aire familiar y el peso del carrito se hace de pronto más liviano. Sube las catorce escaleras⁶ de acceso con una intensidad que a ella misma hubiera sorprendido minutos antes y atraviesa al trote la galería comercial que antecede a la nave principal del mercado⁷.

En sus orígenes, la plaza fue un descampado en el que la carretera de Francia se cruzaba con el camino de Aceiteros y el paseo de Santa Engracia. En la actualidad continúa siendo un importante «cruce de caminos» en el que siguen confluyendo los dos tramos de la actual Bravo Murillo y Santa Engracia, junto con la calle Artistas y los paseos de Raimundo Fernández Villaverde y de la Reina Victoria.

5) Se remite a NOTAS 10 y 14.

6) Se remite a NOTA 10.

Los ventanales del techo⁸ tamizan esa grisura exterior de pesadumbre y lluvia, de desvalimiento y crispación, y el mercado es en contraste un gran vientre de luz caliente; una víscera que parece palpitar y estremecerse a pesar de estar tan sólidamente recosida a sí misma por las esbeltas columnas de hierro⁹. Ella se para a aspirar lento, muy lento, de nuevo paralizada por ese cándido golpe de maravilla renovada que siente cada vez que irrumpen en el recinto. El retumbar de ese deseo atascado sin remisión y para siempre en alguna parte del pecho.

Qué nombre tan hermoso y apropiado tiene este lugar¹⁰, piensa también cada vez, porque la rutina de la visita diaria y

7) Se remite a NOTA 10.

8) Se remite a NOTA 10.

9) Se remite a NOTA 10.

10) Los indicios que se desgranan en estos últimos párrafos proporcionan pistas de incuestionable valor. Así pues, nos creemos en condiciones de enunciar la tesis fundamental de la presente investigación: el mercado al que se hace constante referencia es el de «Maravillas», sito en Bravo Murillo, calle a la que dan su fachada y entrada principales. Esta última está protegida, en efecto, por una larga marquesina. Los datos referidos a los tres globos de luz y a los catorce escalones ascendentes encajan asimismo con exactitud matemática.

La planta de este mercado presenta, por otro lado, forma de T. La galería comercial que se menciona constituiría el tramo vertical de dicho grafismo, mientras que la nave principal conformaría el rasgo superior y transversal. Una y otra suman un total de 8.772 metros cuadrados, lo que convierte al «Maravillas» en el mercado minorista de mayores dimensiones de Madrid.

Las claraboyas cenitales y las delgadas columnas de hierro sobre las que se sustenta la estructura de la mencionada nave principal son asimismo dos de los elementos que caracterizan al conjunto arquitectónico. En cuanto al nombre del mercado, ciertamente de belleza inusual, ha de apuntarse que es herencia directa de la construcción que con anterioridad ocupaba el emplazamiento, esto es, el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana.

los años acumulados¹¹ no han hecho sino alimentar esa extraña pulsión de excitación y ansia, de alegría y tensión, de absurda aventura cotidiana.

Ya desde que siendo una jovencita acompañaba a su difunta madre a aquel mismo mercado¹², a través de las mismas callejuelas enrevesadas del barrio, ha sentido el recinto como una burbuja de mundo aparte. Eran entonces difíciles tiempos de hambre y penuria y la compra era un duro ejercicio de subsistencia, pero la imagen que prevalece por encima de cualquier otra es la de la chavalilla flaca que ella fue, caminando de puesto en puesto junto a la madre, dichosa y ufana porque se le permitía ayudar con la carga del modesto capachito de la compra familiar.

Hace mucho que ella dejó de ser una jovencita¹³. Que dejó de ser una mujer casada. Que casi dejó de ser, a veces piensa. Ahora su pensión de viuda y los ahorros de toda una vida le permiten un buen pasar. Ahora también tiene un flamante carro nuevo y antes tuvo otro y otro.

Antes también tuvo un marido y unos hijos a los que alimentar, pero ahora sólo le queda el carrito en escoceses grises, naranjas y verdes con el que disfrazarse de mujer atareada que soporta unas serias responsabilidades de abasto

11) Se remite a NOTA 12.

12) Esta inesperada y sucinta remembranza del pasado arroja cierta luz sobre una cuestión quizás no sustancial al objeto de nuestra investigación, pero que comporta a nuestro entender un interés mucho más que anecdótico. El Mercado de «Maravillas» fue inaugurado en 1942, lo que significa obviamente que cualquier visita no puede ser anterior al año en cuestión. Por otro lado, los «difíciles tiempos de hambre y penuria» remiten claramente a los primeros años de la posguerra. Todo ello permite inferir que el sujeto debe hallarse en una banda de edad comprendida entre los 54 y los 62 años.

13) Se remite a NOTA 12.

doméstico que no tiene ya. Ahora sólo tiene el maldito carro de cuadros y el ritual escrupulosamente metódico que empezó a entretejer el día en que el vacío se instaló definitivamente en su casa y la burbuja de mundo aparte que era el mercado empezó a convertirse en la parte del mundo más real.

El demorado paseo de inspección con que inicia la visita sigue un recorrido sólo aparentemente caprichoso por la cuadrícula de calles interiores, paralelas y perpendiculares, que conforman los puestos adosados en largas hileras¹⁴.

También hay, desde luego, mucha gente en el mercado¹⁵, pero aquí su tráfico resulta amable, conciliador, olvidadas al fin las puntas de sus pies miserables. Y es cierto, comprueba, que los precios de las judías verdes andan últimamente como fuera de sí, pero en compensación los tomates presentan un comportamiento muy moderado. Hoy, los preciosos frutos de la tomatera muestran una carnosidad exultante desde los puestos de verduras y hortalizas¹⁶. A su lado, los manojos de puerros alzan sus orgullosos penachitos vegetales; los cuerpos

-
- 14) El Mercado de Maravillas fue proyectado por el arquitecto Pedro Munguiza Otaño siguiendo las pautas del llamado estilo «racionalista». La marquesina que protege la entrada principal es, por ejemplo, uno de los rasgos típicos de dicho estilo, lo mismo que la regularidad geométrica con que se distribuyen los puestos sobre la planta rectangular, componiendo, en efecto, una cuadrícula de vías paralelas y perpendiculares. A todo lo largo de dicha planta, en sentido Norte-Sur, discurren un total de cinco calles, cortadas por decenas de transversales.
- 15) El Mercado de Maravillas disfruta de un merecido prestigio y ha abastecido durante décadas no sólo al público del distrito sino a compradores procedentes de otras zonas más lejanas de la ciudad e incluso de la provincia. Como todos los mercados tradicionales, el «Maravillas» ha acusado en los últimos tiempos los efectos de la competencia de los modernos hipermercados, pero, no obstante, su reputación no ha sufrido merma, la afluencia de público sigue siendo copiosa y la animación constante.
- 16) Se remite a NOTA 18.

orondos de las berenjenas lanzan destellos de morada turgencia; con su simpática monstruosidad las patatas¹⁷ se aprietan entre sí, y en la convivencia amontonada de sus correspondientes cajoneras hacen lo propio las zanahorias de carne prieña, los nabos grumosos, las cebollas nacaradas, los contundentes calabacines, los pimientos de bruñida piel. Aquí y allá, lechugas y escarolas componen manchas de verde cerrado sobre las que los rábanos salpican puntos de sangre inocente.

Intercalados y deslumbrantes, los puestos de frutas¹⁸ compiten en la promiscuidad de las formas y colores: el terciopelo rasposo de los melocotones, la redondez verdirroja de las manzanas, el amarillo de los plátanos enrascimados, la gracia de las peras con sus rabitos insolentes, las dulces ciruelas, las crestas de mandarinas y naranjas, presas en el oleaje de unos océanos quietos sobre los que la tormenta nunca acaba de descargar.

Pero ella no compra nada todavía. Siempre deja eso para el final. Nadie la espera en casa y la única prisa que podría sentir, la de pasarse un cepillo por la cabeza acaracolada, no es en realidad apremiante. Prefiere demorarse, continuar zigzagueando en un paseo sólo aparentemente arbitrario, sólo en apariencia banal. Tuerce aquí y allá, y se recrea ahora en la contemplación de las resbalosas criaturas que yacen sobre hielo machacado, trasmutada para siempre por la de pescado¹⁹ su primitiva condición de peces. Quizá mañana compre una pescadillita para comer, piensa ahora, mientras admira la apetitosa belleza de las gambas, el brillo negro de los

17) Se remite a NOTA 18.

18) Los puestos de frutas y hortalizas suman en el «Maravillas» un total de 77. Los volúmenes medios de ventas de frutas y verduras frescas son, respectivamente, de 400.000 y 300.000 kilogramos por mes. En capítulo aparte, las ventas de patatas alcanzan los 200.000 kilogramos al mes.

19) Se remite a NOTA 20.

mejillones, el pataleo de los cangrejos que se remueven en su caja como imposibles trocitos de acantilado rocoso²⁰.

También están las piezas de vaca y añojo, y las de ternera, y los costillares de cordero, y los fragmentos de cerdito pálido, y los pollos decapitados y las perdices colgando pico abajo, y los huevos de fragilidad perfecta, y los riñones que sonríen, y los hígados sangrantes, y las morcillas enhebradas en ristras como misteriosos organismos dormidos²¹.

Pero ella no compra nada, sigue sin comprar nada, cada vez más tomada por el calambre que siente a medida que se acerca a ese cruce de emociones al que ya siempre, indefectiblemente, acaba conduciendo su paseo. Camuflada tras la normalidad de su carrito vacío, le contempla absorta desde el esquinazo de un puesto de ultramarinos²².

Está encaramado tras su mostrador y atiende a las clientas que se arremolinan frente a él con esa eficacia plácida que a ella le parece tan superior. Le gustan su cara y sus ojos; le gustan los dos surcos profundos que el tiempo ha ido dibujando alrededor de su sonrisa ancha y las canas entreveradas que le sombrean de gris el pelo crespo. Pero sus manos siguen

-
- 20) El «Maravillas» dispone de 35 puestos de pescadería y marisquería, en los que se despachan unas cantidades mensuales de 225.000 kilogramos de pescado fresco y de 29.000 kilogramos de marisco.
 - 21) Los puestos dedicados en exclusiva a la carne son 16, si bien existen otras 32 carnicerías que combinan esta especialidad bien con la venta de embutidos, bien con la de quesos, bien con la de especialidades de salchichería. También 16 son los puestos de aves, caza y huevos, mientras que las casquerías ascienden a 7. En el «Maravillas» se expenden 146.200 kilogramos de carnes frescas al mes, 72.000 kilogramos de pollo y 18.000 docenas de huevos.
 - 22) Los puestos alineados que conforman la red de calles interiores del «Maravillas» suman un total de 269. A los tipos de establecimientos ya señalados hay que añadir, entre otros, los ultramarinos, bares, herbolarios y puestos de especias, mantequerías, panaderías, lecherías, artículos de limpieza, reparación del calzado y floristerías.

siendo jóvenes, tersas, ágiles y eficientes. Cortan, pesan, componen pulcros paquetitos de papel. Ella le observa desde lejos y siente que se le licúa un brote de ternura en el vértice de los ojos. Cree que le conoce desde hace siglos, aunque en realidad sólo puede hacer algunas décadas, las transcurridas desde aquellos días lejanos en que acompañaba a su madre al mercado para cargar el capacho de la compra familiar²³.

Entonces ella era un chiquilla flaca y él un aprendiz mozialbete con el que no recuerda haber cruzado nunca sino alguna mirada casual. Después ella tuvo un marido apacible y unos hijos hermosos y descastados a los que alimentó con un amor sin fisuras de esposa y madre. Pero un mal día, mucho más tarde, el vacío se había instalado en su casa y poco a poco, con el empecinamiento de las locuras inocuas que crecen y crecen, aquél esquinazo del mercado había empezado a atraerla como un imán de pelo gris y ojos calmos. De tórax dilatado y muñecas peludas emergiendo de entre las mangas del mandil. Un imán de dedos volanderos que manipulaban sobre el teclado de la balanza electrónica como si se tratara de un cuerpo blanco de mujer.

Desde lejos, sin acercarse jamás hasta ese mostrador que irradiía un aura de luz, se dice que a la vejez viruelas y amor y se ríe para dentro de su propia estupidez enamorada, pero al rato tiene que despedirse mentalmente hasta mañana.

Ahora sí le pareció que se había hecho tarde y se apresuró. De salida compró *un* cuarto de kilo de carísimas judías verdes, un poco de carne picada y pan, al retornar al mundo exterior comprobó que la cúpula de nubes se había rasgado en mil jirones que el viento arrastraba tierra adentro, liberando un cielo impaciente y escandalosamente azul.

Limpia de brumas, la resplandeciente línea del mar se había hecho visible; el aroma del salitre se imponía sobre todos

23) Se remite a NOTA 25.

los demás e invadía el aire como un perfume embriagador²⁴. Pero aún tenía que cocer las judías verdes y prepararse las albondigas. Hizo un quiebro con el carrito para desatascar sus ruedas medio hundidas en la arena²⁵, se sonrió a sí misma y enfiló el camino de vuelta, contenta, veloz. ◆

24) Se remite a NOTA 25.

25) Obviamente, estas tres últimas y desconcertantes referencias a la línea del mar, el aroma a salitre y la arena parecen desbaratar la teoría hasta este punto tan coherentemente argumentada, contradiciéndola en lo esencial. El investigador confiesa que estas tres incómodas «pistas» le han sumido por momentos en el desaliento y la confusión, porque, ciertamente, ¿qué pinta aquí el mar?, ¿a qué viene eso del perfume salino?, ¿y la arena..., a cuenta de qué?

Pero vencida la tentación de desistir, mandarlo todo al carajo y salir a respirar el aire mojado, el investigador se reafirma en su tesis; asegura asimismo haber considerado y reconsiderado la situación con todas las cautelas y el rigor precisos antes de desestimar el sesgo «marítimo» que se introduce en este, a nuestro entender, extravagante párrafo final.

Así pues, y tras mucho darle vueltas al asunto, queremos creer que el mar, el olor a salitre y la arena son sólo imágenes poéticas, inspiradas quizás por la suerte de arrobadamiento que inunda al sujeto y que sospecha que la naturaleza humana es por naturaleza inconsecuente, que el amor, más siendo platónico, puede obrar el milagro de la más in tempestiva ensoñación, y que el universo sólo es una bola menuda que gira en el interior de una cabeza.

No es objeto del presente trabajo, sin embargo, entrar en disquisiciones de esta entidad, más allá del estricto ámbito científico que es de nuestra competencia.

Al investigador siempre le quedará, por supuesto, el leve resquemor de haber sido víctima de un espejismo y, en definitiva, de haber metido la pata hasta el corvejón.

Aunque, repito, yo creo que no. Sea como fuere, sí garantizamos para concluir que el resto de los indicios que aparecen en el texto han sido evaluados con la máxima objetividad y que las notas a pie de página –oportunas o no– se atienen punto por punto a datos documentales, muchos de ellos proporcionados por la Asociación de Comerciantes del Mercado de Maravillas, a la que damos las gracias por su amable colaboración.

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de Maravillas (Madrid)**.

Este cuento fue publicado en el número 2 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a febrero/marzo de 1992.



**EL CHARCUTERO
SU MUJER
Y EL HOMBRE
DEL MALETÍN**

JOSÉ IGNACIO URRUTIA

A

l comienzo de la calle Marzana, en Bilbao La Vieja, hay un jardincito con algunos árboles y bancos que miran sobre la ría. En esta parte baja de la ciudad la ría discurre aguas abajo, aproximadamente hacia el oeste, y está atravesada por varios puentes cercanos entre sí. Desde el jardincito, y al otro lado de la ría, cimentado en su orilla y bañado lateralmente por sus aguas puede verse un edificio extenso y macizo que en aquel templado amanecer, y con las ventanas iluminadas, semejaba un gran casino en plena actividad. Detrás del edificio se erguía, negruzca a esa hora, la silueta puntiaguda del campanario de San Antón.

Sentado en uno de los bancos, Seve miraba pensativo hacia el edificio, hacia sus cristaleras, sus cortas columnas, sus escalinatas de piedra y metal, y el bullicio creciente que se iniciaba en la madrugada por sus alrededores. La intensidad de su mirada señalaba alguna relación profunda entre él y el edificio. Era invierno, pero había soplando viento sur y la noche había sido templada. Como siempre que en Bilbao sopla viento sur, los humos y la bruma son arrastrados hacia el mar, la atmósfera queda desacostumbradamente limpia y aumenta la luminosidad de las farolas y la nitidez nocturna de edificios y calles. Al otro lado de la ría, unas primeras siluetas grises empezaban a moverse entre los desplazamientos de vehículos con los faros aún encendidos. Pronto sería de día, y las bandadas de gaviotas comenzarían sus incessantes vuelos en círculos, avizorando los desperdicios comestibles que de aquel edificio se arrojaban al agua. Aquel edificio no era otro que el Mercado de Abastos de Bilbao, popularmente conocido por Mercado de la Ribera.

Seve, el hombre que miraba pensativo y concentrado hacia el mercado a aquella hora tan temprana, era corpulento y estaba protegido por un enorme abrigo azul. No era muy mayor,

poco más de cincuenta años, pero por lo abatido de su figura se diría que estaba en el declive de su vida. Sin apenas haber dormido, salió muy temprano de su casa en la cercana calle Marzana, desasosegado e insomne. Aunque su aspecto habitual era el de corpulento y macizo, ahora presentaba un aspecto de encogimiento general. En los últimos meses había adelgazado, su cara estaba surcada por dos profundas arrugas verticales y sus labios habían disminuido de color y volumen, resumidos ahora en una permanente línea fruncida. En su mirada, antiguamente cordial y serena, había ahora estupor y tristeza.

Después de haber permanecido durante casi dos horas en aquel banco, se desperezó y bajó las escaleras que conducían al muelle de La Merced. Con las manos en los bolsillos del abrigo, paseó lentamente por la orilla de la ría. Al otro lado del agua, y desde aquella perspectiva lateral, el mercado parecía ahora un enorme buque cuya línea de flotación la constituían las huellas de las mareas y la hilera de tuberías de desagüe. Pasó al lado de la lonja de Vicente y le llegó el olor de las especias. Poco a poco aumentaba la claridad del día. También aumentaba el número de gentes y vehículos que ya transitaban por el puente de San Antón. Subió unas escaleras de piedra que le dejaron sobre el mismo puente y enfiló hacia la Ribera. De las paradas de autobuses de la plaza de La Encarnación bajaban grupos de mujeres con buen humor que venían desde los pueblos a comprar a la capital. Algunas de ellas se dirigían hacia los comercios del Casco Viejo y otras al mercado. A los oídos de Seve llegaron los comentarios joviales y en voz alta que se dirigían unas a otras, signos de movimiento y vida que no sintonizaron adecuadamente con su lúgubre ánimo.

La luminosidad fluorescente de una churrería, plantada frente a Simago, le llamó la atención y se decidió a comprar una docena de churros. Poco después se sentaba a una mesa, delante de un reconfortante café con leche en un bar pró-

ximo, desde cuyos ventanales podía seguir viendo el edificio del mercado. Pensó que tenía que entrar en aquel mercado. Tenía que dejar de merodear por sus alrededores y atreverse al fin a encarar una situación en la que algo muy suyo estaba en juego. Un fugaz signo de determinación se dibujó en su semblante. Pensó que el café le daría fuerzas. Y así pasó un buen rato dándole vueltas a la cabeza y recordando lo sucedido en los últimos meses.

El hombre que ahora tomaba café en aquel bar de la Ribera nada tenía que ver con el hombre de buen humor que durante años había regentado el mejor puesto de charcutería de todo el mercado. Cuando el comprador pasaba por el puesto de Seve advertía ese toque de gracia que presentan los trabajos hechos con dedicación y afecto. Una aureola de pulcritud y armonía brillaba en el conjunto: en el rosa nacarado de los embutidos frescos, en las ordenadas hileras de los curados con su pátina nevada; en la fragancia de los jamones; en la exquisita presentación en bandejas de los picadillos caseros; en la oscura voluptuosidad de las morcillas; en la sobria amabilidad con que Seve y su mujer atendían a una clientela cautivada y agradecida. No digamos nada de esa parte que era la boutique del puesto, aquellas joyas de alta charcutería envasadas en relucientes recipientes de cristal que él mismo manufacturaba en su casa. Fueron famosas sus salchichas estilo Seve, codiciadas por los mejores restaurantes, y cuya fórmula secreta se la trajo de su juventud pasada en el sur de Francia, durante el exilio del padre. Allí aprendió el arte de los patés, los cocimientos de las carnes, la debida dosificación de lo magro y la grasa, la sabiduría alquímica de las especias, la curación y ahumado de ciertos embutidos, o el adobo de jamones, costillares y pancetas.

Pero, como muchos artistas, Seve había sido una nulidad para el cálculo o para los negocios. Para los números, para la contabilidad, para las decisiones, para eso estaba su mujer.

Ella había sido una mujer alta y de anchos hombros, típica matrona vasca que lleva las riendas de la casa. Seve había sido un hombre sencillo y trabajador con una curiosa mezcla de timidez y poder que coexistían en su figura y sus movimientos. Clasificarlo como callado o de pocas palabras no le haría justicia. En realidad, era exquisitamente atento y amable con la clientela, captando instintivamente sus deseos, y le bastaban pocas palabras pero certeras para entenderse con todo el mundo. Era habitual verle concentrado, ya tuviese poca o mucha importancia lo que hacía.

Luisa, su mujer, algunos años mayor que Seve, inquieta y dominante, había tenido una relación intensa y más expansiva con la clientela, pero en el papel de maestra que da consejos o directrices. Estaba al tanto del reuma del marido de una clienta, o cómo crecían los hijos de otra, o de la situación de paro de la de más allá. Pero, sobre todo, era la encargada de los números y llevar al día los costes y las ganancias, aspecto este del negocio del que Seve se desentendía absolutamente. Al ser ambos de caracteres tan opuestos, se habían complementado perfectamente en el negocio en el que ya llevaban más de veinte años.

Un día su mujer tuvo un desvanecimiento. Al despertar dijo algunas incoherencias y ni siquiera reconoció a Seve. Al día siguiente fueron al médico, que le recetó unas pastillas contra la tensión y un régimen alimenticio. Dos semanas después tuvo otro desvanecimiento y su incoherencia posterior fue más alarmante. No, aquello no era un caso más de tensión alta. Algo estaba anidando en la cabeza de la mujer.

Las sucesivas recaídas de Luisa convirtieron los días de Seve en un continuo sobresalto, obligándole progresivamente a desatender su puesto en el mercado. Un par de meses más tarde la situación empeoró, la capacidad mental de su mujer se deterioró irreversiblemente (Seve recordaría para siempre ese momento a partir del cual no le volvió a oír una palabra

más], y Seve intentó que le hicieran una intervención quirúrgica en Francia, con éxito nulo. Definitivamente, Luisa se había convertido en un vegetal que cada vez dependía más de él para todas sus necesidades vitales. Seve sentía como si desde un pozo oscuro y sin fondo tironearan de él. Pero Seve no era ese hombre práctico que va tomando soluciones parciales según se van presentando los problemas. O se dedicaba con toda el alma a una cosa o se dedicaba a otra, pero no sabía entregarse a medias frente a dos cometidos a la vez. Eligió que debía permanecer al lado de su mujer. Y puso al frente del puesto a un sobrino con el que firmó un contrato de traspaso al que apenas prestó atención, creyéndose que lo natural era que fuese transitorio mientras su mujer estuviera en aquel estado. No tardó mucho Luisa en entrar en esa fase que el personal médico llama terminal, y falleció semanas más tarde.

Ahora, cuando Seve tomaba su café, hacía un mes que todo había concluido. Y Seve, después de pasar unas semanas en casa de sus cuñados reponiéndose, había vuelto a Bilbao a enfrentarse con lo que quedaba de su casa, lo que había sido su modo de vida y a su, temía Seve, esquilmada cuenta bancaria, pues pudo comprobar palmaríamente, él que siempre estuvo alejado de las cuentas, lo caro que resulta enfermar, incluso lo caro que resulta morirse.

Así, por fin, se incorporó para abandonar el bar, y se dirigió hasta la entrada del mercado. Pero cuando traspasó la puerta principal supo que algo no funcionaría y que la entrevista con su sobrino sería inútil. Atropelladamente, le asaltaron varios pensamientos, entre ellos el de la esterilidad de su matrimonio, la falta del Buen Hijo que hubiera cambiado radicalmente la situación. Y por primera vez tuvo un reproche hacia su mujer. En su imaginación, y como contestando a su reproche, ella le miró desde algún lugar que él percibió como elevado; seria, altiva y con los ojos fijos en los de él, en los cuales Seve creyó entrever algún tipo de enigma.

Sin embargo, siguió caminando como un sonámbulo por los corredores del mercado, abarrotados de gente ruidosa. Miraba fijamente hacia delante para evitar saludar a tantos conocidos. Llegó hasta su puesto. Una primera señal de alarma fue ver el cambio de nombre que figuraba encima del mostrador. También se fijó que aquel rincón que él había destinado siempre para sus más exquisitos productos de alta charcutería, estaba ahora ocupado por productos convencionales, algunos de importación, pero no los relucientes recipientes de cristal que hubo en otro tiempo. No estaba su sobrino, sino una chica joven, probablemente su mujer o novia, desconocida para Seve, y que estaba atendiendo a una clienta. Seve esperó pacientemente a que terminara. Después, la joven se volvió hacia él con una amplia sonrisa.

—¿No está Ignacio? —preguntó Seve. La aduladora sonrisa de la joven, si cabe, aumentó de amplitud. A Seve no le gustó esa amabilidad calculadora de los primerizos.

—No está en este momento, pero ya le puedo atender yo. Dígame qué desea.

Seve le dijo quién era y la sonrisa de la joven desapareció instantáneamente y se atrincheró en un desfachatado mutismo, como desconociendo a quién tenía delante y menos aún a lo que venía. Desde luego, no le invitó a entrar. Seve permaneció un par de minutos esperando, hasta que por fin decidió que había visto bastante y comenzó la retirada. Su intuición anterior; cuando traspasaba la puerta, resultaba cierta.

Evitó en lo posible quedarse hablando con sus antiguos compañeros, pero al pasar por el puesto de Amparo, la vendedora de aves, ésta salió a su encuentro y a Seve le llegó una oleada de afecto. La vendedora, viuda como él, antigua amiga de su mujer y de las pocas personas de quien recibió ayuda en los meses de enfermedad, al verlo tan abatido le preguntó qué le ocurría. Seve dijo que se encontraba bien. Amparo porfió en ofrecerse para lo que fuera, en vano. Seve, algo confundido, in-

sistió en que se encontraba bien y dijo que tenía que marcharse a su casa. Y eso fue lo que hizo, caminó hacia delante, conmovido y extrañamente inquieto. Sin embargo, un sutil cambio se efectuaba en su ánimo.

Fuera cuando dejaba atrás el obsesivo mercado, o cuando volvía sobre sus pasos en la familiar calle Marzana, o cuando ya en su casa se sirvió una copita de orujo y se sentó en una butaca sin quitarse el abrigo, lo cierto es que hubo un instante en que Seve comenzó a considerar que era tal la vaciedad que encontraba a su alrededor, tan poco lo que tenía que perder, aun sabiéndose en esa edad peligrosa que no se puede optar a una jubilación y es muy difícil empezar de nuevo, tan cercado estaba por la nada, tan a cubierto por ella, que se sintió más fuerte que todo lo que le rodeaba.

No sabía que la mañana aún le reservaba importantes sorpresas. Se había quedado amodorrado en el butacón cuando sonó el timbre de la puerta. Se sorprendió al ver que eran Amparo y un hombre con un maletín negro.

—Este hombre —dijo Amparo, señalando al del maletín— le está buscando por todas partes y me he dicho: ya le acompañó yo hasta su casa, y aquí se lo he traído, que de paso quiero ver cómo se arregla usted y ver de hacerle algún apaño, que usted, Seve, buena casa tendrá...

Todavía algo dormido, Seve los hizo pasar. Cuando se había quedado adormilado en el butacón, había soñado que se enfrentaba a un personaje que se llamaba Ejecutor. Cuando vio a aquel hombrecillo que sostenía el maletín negro, Seve pensó: Ya ha venido. Sin embargo, la escena parecía de lo más natural. Amparo le miraba con su habitual mirada confiada y el hombre exhibía una peculiar e inofensiva sonrisa de conejo. Logró entender que se llamaba Uriarte y que se dedicaba a la contabilidad fiscal, término que a Seve le dio mal presagio.

Amparo entró a la cocina y murmuró algún comentario sobre el desorden de los hombres. Seve y el hombre de sonrisa

de conejo quedaron a solas y Seve lo miró preguntándose cuándo le diría lo peor. El hombre con sonrisa de conejo, y que se llamaba Uriarte, parecía tranquilo, pero hasta los verdugos (pensó Seve) llegan a efectuar su trabajo con la mayor naturalidad. El hombre abrió parsimoniosamente su maletín y fue sacando varios documentos que fueron colocados ordenadamente, y todo esto sin hablar palabra, sobre la amplia mesa del comedor a la que se habían sentado.

—Bien, bien, ahora le toca a usted —fue el preámbulo de Uriarte y Seve se preguntó a qué fatalidad se refería—. Quiero decir que ahora es usted el que tiene que afrontar todos los asuntos que durante años he tratado con su mujer, que en paz descance. Ya sabe a qué asuntos me refiero. Hay varios de ellos que requieren una solución lo más pronta posible —Uriarte alzó la vista de los documentos, fijó sus ojos en los de Seve, quien le miraba expectante, y continuó con tono admonitorio:

—Lamentablemente, hoy en día las leyes son cada vez más restrictivas y complicadas —Seve sintió que se le encogía el estómago—. Quizás sea mejor empezar por los alquileres que vencen en fecha próxima.

Seve miró alarmado a su alrededor. ¿Tenía que pagar algún tipo de alquiler? Que él supiera aquella casa en la que ahora estaban era de su propiedad, o al menos lo creyó siempre. Uriarte le miró unos momentos y Seve, confuso, tardó en contestar. En su mente se diseñaron dos frases; una de ellas era: Dígame qué se debe y acabemos cuanto antes. La otra frase era: Pero bueno, vamos a ver; se decidió por la segunda, menos radical. Tomó fuerzas y cuando sus labios comenzaban a ejecutarla, Uriarte, que había interpretado su silencio como falta de decisión, tomó la palabra de nuevo.

—Bueno, bueno, ya me dirá usted algo. Tenemos tiempo para eso. Hablemos de otro tema. Ya sabe usted que ahora Solchaga está apretando las clavijas —Uriarte subrayó la alusión amplificando su perenne sonrisa de conejo y Seve tardó unos

segundos en darse cuenta de que se refería al ministro de Hacienda. Dios mío, pensó, así que se trata de eso. Y en sus labios otra vez comenzó un intento desesperado de: Pero bueno, vamos a ver, al tiempo que Uriarte introducía un nuevo concepto que añadió más confusión en la mente de Seve-. Así que algo habrá que hacer con los pagarés forales y con todo lo demás.

—¿Los pagarés forales? —preguntó sorprendido Seve, y ya iba a pronunciar el consabido Pero bueno, vamos a ver, cuando Uriarte recalcó apresurado:

—Los pagarés forales y todo lo demás. Hablemos claro, don Severiano. Ese dinero es más negro que el porvenir de la industria vasca.

—¿Dinero negro? —balbuceó Seve, y ya se vio escoltado por la policía, reo de algún delito del cual no tenía idea.

—Negrísimo —reafirmó Uriarte-. Pero no se alarme. Calma al obrero y vayamos al grano. Tiene usted dos alternativas. Una: debajo del ladrillo, ya sabe —y Uriarte hizo un gesto rápido simulando esconder una mano debajo de la otra-. Dos: hacer una declaración complementaria antes de fin de año y aquí paz y después gloria. Yo le sugiero la complementaria; y me he permitido redactársela para que usted dé el visto bueno; porque ya me dirá qué harían toda esa partida de millones debajo de un ladrillo...

Y esta vez Seve, en vez de intentar decir aquello de: Pero bueno, vamos a ver, simplemente dijo una palabra con tono suficientemente alto:

—Uriarte —el aludido paró de hablar y le miró sorprendido; Seve continuó—. Mire usted, Uriarte, para mí es algo embarazoso lo que voy a decirle, pero usted ha tratado siempre todos esos temas de unos números y contabilidades con mi mujer, y yo no tengo ni idea de lo que me está usted hablando, así que le rogaría que empiece por el principio y así nos entenderemos todos.

—Ja —gesticuló Uriarte con su sonrisa de conejo ahora congelada, mirando a Seve con ojos incrédulos y muy abiertos; luego paseó su mirada lentamente por todos los papeles desparramados sobre la mesa; por fin volvió sus ojos a los de Seve—: ¿Quiere decirme que usted no sabe...?

No, no sabía nada de nada, ni palabra. Y Uriarte, saliendo poco a poco de su desconcierto, comenzó a informarle de la fortuna que su mujer había amasado calladamente en los últimos años. Poco a poco, aquellos papeles desparramados sobre la mesa empezaron a tener significado para el asombrado Seve. Pagarés forales, bonos del Tesoro, participaciones en fondos de inversión gestionados por entidades bancarias cuyos nombres o siglas —alguno de ellos extranjeros— ni siquiera conocía, extractos de cuentas bancarias de las que nunca supo que existían, contratos de alquiler de varios pisos de su propiedad en Santuchu y San Adrián... Uriarte enfatizó hasta la saziedad las cualidades de estratega financiera de la difunta Luisa, llamándola, entre otros epítetos, genio clarividente. Todo había comenzado a principios de los ochenta, a partir de unos ahorros y una herencia de terrenos (de la que Seve ni se acordaba), junto con unas operaciones brillantes en Bolsa ya mediada la década. Seve estaba asombrado y apenas podía articular algún que otro monosílabo, abriendo y cerrando la boca constantemente, mientras Uriarte le explicaba con cierto regusto todos los pormenores.

Entró Amparo cuando ya habían acabado las explicaciones. La mujer les preguntó si querían que les sirviese algo.

—Amparo —dijo Seve—, hágame el favor de traer la botella de orujo que hay en el frigorífico. Y usted, Uriarte, dígame qué quiere tomar.

El hombre de la sonrisa de conejo dijo que tomaría un cafecito, aunque Seve insistía en que tomase algo más. Poco después, los tres a la mesa, efectuaron un extraño brindis: Seve con su vaso de orujo, Uriarte con su café y Amparo con una taza

de leche caliente. Era aproximadamente mediodía, aunque Seve no tenía idea si era tarde o temprano, si era la mañana o la noche. Percibió en Amparo por primera vez la proximidad de la hembra, su rubor contenido de adolescente de cincuenta años. Quizá la vio como la nueva tierra fértil, después de que las aguas se retiran. Tomó un buen trago de orujo y sintió que era arrastrado por una poderosa marea, la cual no era más que una pequeña parte de vastos y eternos ciclos de fertilidad, crecimiento y muerte. Y entre todas las imágenes que vislumbró, una era la de verse a sí mismo en el mismo puesto de la vendedora de aves. Y en una esquina del mostrador estaban sus recipientes de cristal con sus patés de verdadero hígado graso de pato, sus bandejas con picadillo de cerdo, aquellos cerdos que sus cuñados engordaban a base de berza y patatas cocidas, y que él condimentaba con un pimentón traído expresamente de La Rioja; o aquel picadillo de ternera con el genial añadido de higaditos de pollo pasados por el aceite de oliva virgen, el coñac y unas gotas de limón; su pastel de caza; su jamón dulce trufado; los botes de reluciente cristal con sus perdices en escabeche...

—¡Seve! ¿Se encuentra bien? ¡Que se nos ha quedado absorto! —exclamó Amparo, mientras le zarandeaba el brazo con fingida alarma; pero la mujer apenas podía disimular su regocijo.

—No. Es que le baila tanto número en la cabeza que no me extraña —dijo Uriarte, mirando cómplice a la mujer y exhibiendo una vez más su peculiar sonrisa.

Mientras, en la cercana ría, por los alrededores del mercado continuaba el incesante vuelo de las gaviotas. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de la Ribera (Bilbao)**.

Este cuento fue publicado en el número 3 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a abril/mayo de 1992.



MAÑANA
DE MERCADO

IÑIGO DE ARANZADI

E

stá bien, voy para allá. No. Sí, claro que sí, te acompañaré al mercado. Por supuesto que lo hago muy a gusto. Bien. Sí... Que sí. Otro para ti. Hasta luego, Filo.

Colgó. Salió de la cabina telefónica. Miró hacia el mar y se quedó prendida en los ojos la mañana de mayo. El castillo de Santa Bárbara a su espalda y la playa del

Postiguet a su frente, el aire alicantino sobrevolaba nítido sus transparencias por encima del puerto y acercaba la isla de Tabarca casi hasta la arena pisada por multitudes de gentes ávidas de sol.

Los ancianos (japoneses, ingleses, alemanes, franceses, italianos y, por supuesto, españoles de la «tercera edad») lo invadían todo. Unos jugaban a la petanca, otros al bádminton, otros a un minitenis con paleta de ping–pong y, dentro de un cerco casi circular construido con piedras de la playa por los mismos usuarios, asiduos sesentones en bañador y algunos en camiseta, bajaban, repartían, recogían cautelosamente y contemplaban impávidos y a escondidas unas sobadas cartas francesas.

A la izquierda estaba su casa frente a la estación del “trencet” del ferrocarril de vía estrecha que recorría la costa unas veces hasta Benidorm y otras hasta Denia, dependía de los días. Separaba la casa de la estación la carretera a la Albufereta y a San Juan.

Dentro de la estación, jóvenes en pantalón corto, mochila al hombro y pendiente a la oreja izquierda esperaban la llegada del tren con los billetes en los labios, junto a muchachas en escasa minifalda, piernas bonitas y talle adolescente.

En la casa, en una terraza de la octava planta, Filo miraba hacia el mar. Hacia allí se dirigió, a paso pausado, tranquilo.

—Ya está Filo esperando —se dijo el hombre. Y continuó por la acera de la estación esperando la ocasión de atravesar la carretera cuando el tráfico automovilístico se lo permitiera.

—La verdad es que está joven —se decía pensando casi en voz alta—. Y hoy, como cada martes, la acompañaré a la ciudad; iremos al mercado andando pausadamente, sin ninguna prisa.

Filo era la mujer mejor dotada para la cocina que había pasado por Chile primero y luego por México. Había huido a Francia, cuando la guerra civil, con Matías, un ex jugador del Real Unión de Irún de los primeros tiempos campeones, después comandante del ejército de la República, del que se enamoró perdidamente. Educada en una familia acomodada de Irún de los primeros años del siglo, había estudiado piano, varios idiomas, leyó cien libros al año y había aprendido a bordar y a cocinar. De todo ello, cuando vino la guerra y tocó a exiliarse, le valieron en principio los idiomas. Pero cuando llegaron, Matías y ella, a Santiago de Chile, donde se casaron, pusieron un restaurante modesto en el que se comía tan exquisitamente que pronto se puso de moda. A poco lo remodelaron, ampliaron, decoraron, y no había santiaguino que se preciara de tal que no fuera a comer un bacalao al pilpil al comedor de Filo que Matías bautizara con el nombre de Pimpilimpauxia, que significa mariposa. Todavía se recuerda en Santiago el lugar donde mejor se comió en la ciudad andina en los años cincuenta.

Vendieron el restaurante y decidieron ir a México, donde montaron un romántico parador cerca de Michoacán, en las orillas de la Balsa de Arteaga, al oeste de Sierra Madre del Sur, a unos pocos kilómetros de Playa Azul y a un extremo de la Bahía de Petacalco. El servicio del albergue gustó por la amabilidad y el trato dados pero, como siempre, la cocina de Filo cautivó, la notoriedad se desparramó por el país y caravanas enteras de españoles bien acomodados, de mexicanos y de extranjeros iban a pasar sus fines de semana al ya famoso «Hotel de Filo» en Michoacán.

El hombre subió a la octava planta del edificio La Marina a buscar a Filo. Alegre y risueña, como siempre, tranquila y

apacible, como era su talante, optimista y jovial, nadie pensaba, al verla, que rondaba los noventa años.

—Hola, hoy te has retrasado. Habrás estado mirando las piernas de las turistas, pícaro. Yo en eso ya no te puedo dar indicaciones, voy perdiendo la vista a ojos no vistos —decía sonriéndose.

Se colgó de su brazo y caminaron hasta los ascensores por la galería exterior. Bajaron a la calle y se dispusieron a dar despacio, despacio, sin presura, el largo paseo que les separaba del mercado.

—Hoy te voy a dar de comer cocochas —invitó Filo—. Amelia, la pescadera del mercado, me dijo que hoy me las guardaría; como no es plato del país, lo pide muy poca gente. Y me tendrá preparada la mejor morralla para hacerte un espléndido arroz a banda, que eso sí que es comida del país y, además, te entusiasma.

El camino del mercado era una delicia de recuerdos, sugerencias, anécdotas y ocurrencias desgranadas una tras otra en un torrente alegre, vivo y radiante de palabras confiadas.

—La primera vez que me acompañaste, hace ya un montón de años, te dije que el mercado era el pulso de la ciudad. Para conocer una población no puedes dejar de ver el edificio, su mercancía, sus vendedores. Y también sus compradores. Y escuchar a todos. Cada puesto de venta tiene su carácter y a la vez su rito. Todo ello forma parte de la idiosincrasia local.

—¿Algo así como una estructura sociológica?

—Y económica. Evidentemente, el mercado es un estrato importante de la ciudad, todo el mundo pasa por él. Y el que no lo conoce, no conoce del todo a la sociedad con la que convive.

—Al mercado solamente van las amas de casa —apuntó el hombre displicentemente—, los intendentes de colegios y conventos y algún ratero que va tras los bolsos de las señoritas más cándidas.

—No, hijo, van las amas de casa, claro, pero cada vez más los maridos. Y hoy, que los matrimonios jóvenes se reparten las tareas de la casa, ves a muchísimo muchacho seleccionando puesto donde comprar y, una vez determinado éste, escogiendo el artículo. Qué elegir es circunstancia que te ofrece el mercado como ningún otro modo de comercio; es una merced o recompensa y, por algo, merced y mercado son palabras que derivan de mercancía, y ésta no es otra cosa que el producto que se viene a ofrecer, a exponer, a “mercadear” a las lonjas y plazas que fueron objeto primero de las mercedes de los reyes al privilegiar a una ciudad en las exenciones a sus ferias y mercados. Y además de lo bueno que es para nosotros decidirnos por una mercancía, es bueno también elegir el precio. Te aseguro que mi norma de conducta al llegar a una localidad por primera vez ha sido visitar su mercado de abastos y su lonja; ése es mi modo de entrar en contacto, piel a piel, con el conglomerado social con el que me voy a relacionar.

El hombre asentía con admirada ternura. La charla amena, atractiva, culta de la anciana acortaba distancias, a ambos se les antojaba breve la caminata y sin darse cuenta estaban ya en el otro extremo de la playa del Postiguet, en la parte más cercana de la Explanada.

Habían llegado al «Punto de Encuentro 2» y el andén del Paseo Marítimo era un hervidero de gentes caminando muy despacio, arrastrando los pies a veces desnudos, era un bulir de tenderetes de emigrantes africanos que ofrecían toda suerte de objetos a trescientas pesetas. Junto a relojes de buceo, había plumas estilográficas, cinturones de cuero marroquí, gafas, pendientes, pulseras, juegos de herramientas, hachas, juguetes infantiles y cajas de música.

Las terrazas de los cafés y bares del paseo, a pesar de la temprana hora, estaban casi llenas, el quiosco de prensa empezaba a estar apretadamente solicitado, la central telefónica de la playa, que abría en primavera y no cerraba hasta después

de septiembre, ocupaba a esta hora todas sus cabinas, y la playa contigua estaba atestada, a todo lo ancho del paseo hasta el borde del mar, de hombres, mujeres y niños, sobre todo mujeres y niños corriendo, moviéndose, gritando, dispuestos a amortizar la estancia en la ciudad alicantina todo el tiempo de la vacación estipulada. El sol brillaba a todo lo largo de la orilla, a golpes de luz hendida por las siluetas de los bañistas adentrándose en el agua.

Filo y su acompañante cruzaron la Explanada hasta la calle Mayor para desembocar en la rambla de Méndez Núñez. Era su camino de siempre, siempre hecho despacio, muy de quedo, muy saboreando la mañana, el sol y la palabra. En cuanto llegaron a Mayor, tomaron por la acera con sombra de los números pares. Al pasar por la fachada trasera del Ayuntamiento, un paisano se acercó:

—Buenos días, doña Filo —saludó cordialmente.

—Hola, buenos días —contestó ella sonriente. Siguió su camino y preguntó a su acompañante:

—¿Sabes quién es?

—Sí, creo que es un policía municipal que hace versos. Lo he visto alguna vez en tu casa con su mujer y una hija un poco bizca.

—¡Ah, ya sé quién es! Ahora reconozco su voz. Siempre, al llegar a esta zona del Ayuntamiento, que tanto me recuerda a Antigua, encuentro a alguien conocido.

En ese momento saludaron desde la acera de enfrente:

—Buenos días, doña Filo. Está usted guapísima. No pasan los años...

Después de responder afablemente, comentó:

—Esta vez no sé quiénes son. Algunas personas, hace tanto tiempo que no las veo, que he olvidado su timbre de voz y por más esfuerzos que hago por reconocerlas no lo consigo.

—Eso te pasa porque no eres ciega, simplemente ves muy poco. Si no vieras nada, habrías educado más tu oído. Por contra, tienes un olfato de perro pachón.

—Eso sí que es cierto —respondió complacida la mujer—. Si yo fuera hombre, sabría cuándo la mujer está en celo —bromeaba riéndose con picardía.

—De todas formas, Filo, te habrá servido tu olfato para controlar a Matías.

—No. En ese punto, el olfato no servía para nada. Él era quien llevaba el control. Cuando sentía el amor, lo trascendía.

—¿Y cómo?

Hizo una pausa. Entornó los ojos y sonrió ladeando la cabeza. Y en voz muy baja susurró:

—Tenía unas manos prodigiosas —decía la anciana con ensoñación.

Casi se deslizaba por el brillante enlosado de la calzada de la zona peatonal, habían pasado por la concatedral de San Nicolás y llegaban a la rambla, avenida construida para las procesiones y los desfiles. Los coches y los autocares anegaron la arteria urbana, con sus motores, de semáforo en semáforo. Filo no pudo evitar estrechar apretadamente el brazo de su joven amigo buscando protección ante el estruendo civilizado de una calle en ebullición tras la calma y el casi silencio de las estrechas rúas sin tránsito rodado.

—De aquí al mercado sólo hay un trecho de autobús. Si te apetece, lo tomamos hasta la esquina de Alfonso X, justo junto a donde vamos. ¿Te parece?

—Sí —contestó Filo—. La rambla, hacia allá, es cuesta arriba y me fatiga. Me parece muy buena tu idea.

—Pues la parada la tenemos aquí mismo. Vamos a esperar, te puedes sentar.

Esperaron poco. Enseguida llegó el autobús blanco, el número 2 que pasa por la casa y la estación del «trenet» cada cuarto de hora. Filo subió, ayudada por su acompañante. Se quedaron de pie, junto al conductor. Un muchacho muy joven, casi un adolescente, ofreció el asiento a la señora.

—Oh, muchas gracias, joven, pero nos bajamos enseguida.

Estaba todavía contestando al muchacho cuando el autobús viró hacia la avenida de Alfonso X y paró a pocos metros del mercado de abastos.

—Ya estamos —dijo alegremente Filo—. Ayúdame a bajar, dame la mano y no te me sueltes —decía con una amplia sonrisa—. No. No me lleves por la puerta principal. Vamos hacia la lateral de la calle de Calderón de la Barca, que tiene menos escaleras.

Al entrar, Filo dijo aspirando profundamente:

—Me gusta el olor a mercado. Aquí todo está fresco; o acaba de ser sacrificado o arrancado de la tierra o pescado del mar vecino. Todo es reciente, y se trae para ser vendido en el día; todo es, como dicen los economistas, mercancía perecedera. Lo que hay, es para hoy —filosofaba—. Excepto los congelados —añadía—. Y las conservas —refía.

—Y las botellas de vino y aceite. Que también las hay, o las debe haber —bromeó él.

Cerca del puesto de pescado de Amelia, de quien Filo era cliente habitual, había un movimiento inusitado, voces que se alzaban unas sobre otras, un hombre que gritaba su indignación contra algo que le encoraba, contra alguien a quien insultaba, a quien las personas que estaban a su alrededor trataban de calmar. Por encima del corro de curiosos sobresalía la gorra de un policía municipal al que varias personas se dirigían, protestaban y hablaban a la vez. No había manera de atravesar aquel pasillo.

—Pero, ¿qué pasa?, ¿qué es toda esa barahúnda? —preguntaba Filo, y nadie contestaba—. Anda, vete a preguntar, te espero aquí —le dijo a su acompañante.

—Nada de eso. Esto es un desbarajuste y tú no te quedas sola. Vente conmigo. Me parece que algo ha ocurrido en el puesto de Amelia. Vamos a dar la vuelta por el otro corredor, ven —y se fueron juntos mientras continuaba el desorden.

Aquella parte del mercado olía a pescado, a marisco re-

ciente. El edificio, reformado hacía poco, era como un ágora chispeante que transmitía las voces vívidamente lanzándolas en una suerte acústica propia de un auditorio musical de modo que los diálogos, los susurros, y mucho más los gritos, recorrían pasillos, paredes, puestos, techos y vanos y salían por las puertas a diluirse en las tres calles lindantes y en la plazoleta o mercadillo interior de flores y plantas. Sólo el olor permanecía flotando, casi estático, aquietado, para reponerse con el acopio cotidiano de mercancía renovada.

En el puesto de Amelia estaba su hijo:

—Buenos días, doña Filo, que han robado a mi madre. Ha sido en un momento en que ha dejado solo el puesto. Parece ser que saben quién fue. Alguien ha visto rondar al «Pimpollo».

—¿Y quién es ese «Pimpollo»?

—Un ratero que nos frecuenta. Sólo hay dos sitios en donde se le pueda encontrar, en el mercado o en el calabozo de comisaría.

—¿En dónde está tu madre? —se interesaron.

—Ahí, en ese grupo, dando explicaciones al guardia. Ahora vendrá.

—¿Le han robado mucho? —preguntaron.

—Lo que tenía más cerca del mostrador, varios paquetes de encargo que había preparado.

—¡Estará buena! —exclamó la anciana.

—Con lo que es ella, me dirá usted; tiene una corajina que tiembla el misterio.

—Bueno, pues mientras se le pasa —dijo el acompañante de Filo—, podemos hacer la compra dentro del recinto. Luego volvemos a ver a tu madre, antes de regresar a casa. ¿Te parece, Filo?

—Me parece.

Se despidieron hasta luego del hijo de Amelia y se fueron los dos pasito a paso, parando aquí, preguntando un poco más allá, deteniéndose a curiosear, cotejando precios, comparando calidades y tamaños, comentando con el dueño del

puesto y escuchando su opinión sobre los productos que él, o ella, vendían, primero en la planta de arriba, luego en la baja, más tarde en la de congelados para, finalmente, dedicar un buen rato a las flores, matas y arbustos, y contemplar los crotos, las acalifas, las aralias y alegrías, las azaleas ya florecidas, las violetas africanas, los ficus, los potos y los hibiscus, o sea, lo que era la pasión de Filo y de sus vecinas más íntimas, que en ello encontraban afinidades y rivalidad.

A la vuelta de la compra llegaron sin dificultad, a pesar de los numerosos bolsos que llevaban en las manos, hasta el puesto de Amelia, y pasaron por el lugar en el que el grupo de curiosos y de gente que protestara alrededor del guardia municipal ya se había dispersado.

—¡Ay, doña Filo! —se lamentó Amelia, al verla llegar—. No sabe usted qué disgusto más grande. Ese hermanastro de Satanás, hijo de zorra, sinvergüenza, hijo de perra... Y no quiero seguir por respeto a usted, doña Filo. ¡Ay, qué lástima más grande!, tanto tiempo preparando con todo el cariño las cocochas, sacando las barbadillas de la cabeza de cada merluza, para que ese hijo de puta se las lleve... ¡Ay, doña Filo!, ya me perdonará usted, pero estoy de un cabreo que me cisco en todo lo barrido...

—Cálmese, Amelia —le sosegó la nonagenaria—. Todas las cocochas del mundo juntas no compensan que se soliviente de esa manera. Déjelo, Amelia, déjelo, no se preocupe, ocasiones habrá como granos de arena en el Postiguet.

—Eso sí que es verdad, doña Filo, «habrán» ocasiones, que sí; y un chulo como ese «Pimpollo» no merece que nadie pene por sus ladronerías —decía la pescadera con la voz más tranquila—. Y de todas maneras, tengo una morralla divina para el caldero del arroz a banda que quería hacer usted. Y eso no se lo ha llevado el granuja ese. ¿Le hace a usted, doña Filo?

—Por supuesto, Amelia. Supongo que habrá escogido lo mejor de todas las morrallas que se han pescado esta noche —sonrió Filo con alegría no contenida.

—Sí, señora, lo mejor, lo más sabroso y lo más sustancioso, mire.

Y mientras iba separando pieza a pieza, las iba nombrando con verdadero deleite:

—Mire, mire, doña Filo, una araña, un mújol, un par de gallinas, algunos cabotes, y cintas, y varias cabezas de rape, que eso sí que deja sustancia al caldero; también algunos cangrejos, y hasta algunos salmonetes muy pequeños. Y con el pedazo de cocinera que es usted, le va a salir un arroz a banda para chuparse los dedos.

La jábega de Amelia navegaba ya por un mar con calma chicha. Concentrada en su cortar y arreglar pescado, preparó para doña Filo un par de crancas peludas de las que habían aparecido en el arte de pesca de su marido a última hora de la madrugada. Doña Filo exclamó su alegría con la naturalidad que le era habitual y dio noticia a su acompañante de las características del crustáceo con los centollos y de su sabor más intenso a mar.

—Me quedé sin cocochas; tanto pensar en ellas toda la semana para que se las lleve un indocumentado que ni siquiera sabe qué son y muchísimo menos cómo se cocinan —se lamenta Filo al salir del mercado.

—No te puedes quejar, mujer. Ha sido una mañana espléndida y completa. Hemos paseado, hablado de todo lo divino y humano y además al sol, hemos asistido al increíble espectáculo de ver enfadada a Amelia y, por añadidura, de las dos cosas que habías encargado, te han dado una y otra que no esperabas, como las crancas, la has tenido a cambio de las cocochas. No te puedes quejar.

—Verdaderamente —contestó ella—. Tienes razón, otro día tendremos las cocochas. Y ahora, con lo cargados que vamos,

sobre todo tú, con la compra de toda la semana a cuestas, ¿cómo vamos a hacer?

—Vamos a tomar el autobús blanco. Y si tarda mucho, te invito a taxi.

Cuando llegaban a la parada, en ese momento preciso, el bus arrancaba. El hombre echó a correr para avisar al conductor, pero iba demasiado cargado y no le dio tiempo a llegar a verlo. Volvió jadeando hasta la anciana:

—¡Ea, Filo!, a buscar un taxi —dijo sofocado.

Mientras regresaban en el vehículo, un Talbot Horizon de gasoil, con más de cuatrocientos mil kilómetros según les explicó el conductor previamente, no cesaron de hablar los tres, tripulante y pasajeros, del mercado, de la delincuencia, de la política, del turismo, para llegar a un tema en el que no pudieron pasar de la superficie, la gastronomía, porque estaban llegando al Edificio La Marina.

Allá arriba, en la terraza de la planta octava, frente a una mar poblada de velas blancas y de colores y de algún que otro buque carguero comenzando su singladura desde el puerto hacia el horizonte, mientras dirigían la vista por encima de la estación del ferrocarril de vía estrecha, de la que salía un pintoresco trenecillo a las horas y cuarto y llegaba a las horas redondas, hasta la superficie azul que lanzaba en destellos cegadores el resplandor de mediodía, Filo y su acompañante daban buena cuenta de un arroz a banda delicioso y de unas crancas exquisitamente preparadas sobre las que vertían la anécdota divertida, la peripecia y el recuerdo inmediato de una mediterránea mañana de mercado. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Central de Alicante**.

Este cuento fue publicado en el número 5 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a agosto/septiembre de 1992.



**LA COMPRA
DEL PINTOR**

CARMEN SANTAMARÍA

T

iene los andares elásticos y cadenciosos, por lo que Aurelia supone que es bailarín o modelo. Tiene los hombros cuadrados y las caderas estrechas, como esos chicos que anuncian tabaco, calzoncillos y refrescos en las revistas y en las vallas publicitarias.

Se ha detenido junto al banco de baldosa, ha apoyado en el asiento la bolsa de cuero viejo, por cuya boca asoman las hojas de un ramo de espinacas y las aristas del paquete que sobre ellas acaba de colocar. Del bolsillo de los vaqueros ha sacado un papel azul, que revisa con tranquilidad a la luz de la claraboya. Afuera la mañana es un cúmulo de gotas de agua fina que caen sobre el empedrado y pintan de brillos grises la ciudad.

—¿Terminarás de contar el dinero? Esta niña está dormida, Raimundo. Buen negocio vas a hacer con ella.

Aurelia cierra la caja, con el billete con que él ha pagado apartado en el compartimento de los grandes. Luego, cuando su padre salga a echar la cortina metálica a mediodía, lo guardará en el bolso. Lo meterá debajo del forro a través de la costura descosida. Como el de anteayer.

—Ponme cuarto de salchichón, hala, que contigo no se puede ir con prisas.

—Pero si usted no va con prisas, doña Remedios, ¿a que ya ha hecho la casa? ¿A que sí? Con lo apañada que es usted...

A la aludida se le mengua el malhumor con el tono halagüeño de Aurelia. Pero se finge enojada porque a los jóvenes, que son de natural cretino, no conviene darles la razón.

—No seas coplera, niña. Venga, ponme eso que me voy de aquí volando.

El muchacho recoge la bolsa del banco y reemprende su camino. Aurelia le acompaña con los ojos hasta que se pierde tras la esquina del pasillo que le conduce a la salida.

—Está este salchichón de rico que no sé si añadirle cuarto más para que no se quede usted con ganas de repetir.

—Pero mira que eres lianta, chiquilla. Yo no sé de quién has heredado esa labia. Con lo prudente que era tu madre, que en paz descanse...

Aurelia se ríe porque con la risa disimula el rubor y aplaca los nervios que se le revientan en las carnes cada vez que el muchacho aparece por la charcutería.

Tiene el gesto plácido de quien no anda a la greña con su sino y se contenta con lo que éste le depara día a día. Tiene una mata de pelo castaño y unos ojos negros que fulgen cuando su boca se ensancha en una sonrisa o se contrae en una mueca, que es un antícpio de las palabras que derrocha cuando alguien se presta a escucharle.

Aurelia siempre está dispuesta: en cuanto se acerca el muchacho al mostrador y saluda desde el otro lado de la cristalera, que ella ha pulido con la bayeta y el cristasol, Aurelia le dedica un *buenosdías* o un *buenastardes* que es una invitación a la charla. A la confidencia, si Raimundo estuviera ausente.

—Este chico es una cotorra. Luego dicen de ustedes, las hembras, pero ¡bien que usa éste la lengua...!

Se alborotan las mujeres, que aguardan turno arracimadas en torno a la cristalera, con las bromas de Raimundo, que ha esperado a que el chico se alejara para burlarse de él y mortificar a su hija.

—Se conoce que en casa no pega hebra y como la Aurelia le da carrete...

Aurelia, callando, se inclina sobre las bandejas que se alinean en el último piso del mostrador y hunde los dedos en la de las morcillas, demorándose en la elección de la que le ha pedido doña Matilde.

—¿Pues sabe lo que le digo, Raimundo? Que así les quería

ver a muchos. Que está la juventud muy maliciada, con tanto alcohol y tanta droga. ¡Da gusto ver a un muchacho tan sano, tan hermoso!

—Y tan telendo por el mercado. ¡Con lo remilgados que son los hombres para eso de venir a la compra!

—Serán algunos, doña Tere, que a mí, mi Eulogio, que en su gloria le tenga Dios, me iba a los recados sin rechistar. Enfermo el pobre y en cuanto me veía hurgando en la despensa ya estaba él agarrado al capacho y al monedero.

Aurelia emerge de entre las piezas de embutidos, los bloques de mantequilla y los tacos de tocino veteado, e interrumpe una conversación en la que no quiere intervenir por no avivar los celos que le hacen a su padre ensañarse con el muchacho.

—Mire usted, doña Matilde, qué hermosura. Se va usted a relamer. Y a su esposo le engatusa usted esta noche. Se la fríe medio minuto, con el aceite bien caliente. Y verá usted. ¿Qué más le ponemos? ¿Unos choricitos? Me los traen de León. ¡Extraordinarios! ¿Cuántos se lleva?

No sabe de él el nombre porque nunca se lo ha preguntado. Pero sabe que se vino a Toledo este invierno y que vive cerca del Zocodover, en casa de una tía abuela que falleció a poco de llegar él. Sabe que le gusta la lluvia y el viento, que le gusta cocinar y que madruga a diario para ver amanecer.

Tampoco le ha preguntado su oficio, pero ya ha descartado lo de bailarín o modelo. Ahora piensa que es artista: pintor, lo más probable, porque le ha descubierto entre los dedos motas de pintura blanca y verde.

Aurelia le imagina en su taller, en una habitación amplia y sin muebles, sembrada de botes de los que rebosan líquidos de colores vivos, plantado ante el lienzo del que brotan figuras geométricas y cuadriculadas. O, quizás, figuras humanas que poseen el rostro del que las crea. O el de aquellas a quien él ha amado y le han amado. El suyo, el de Aurelia, tal vez.

Entré en Toledo un lunes de abril, por la mañana. Llovía en la ciudad intensamente, pero por las calles, húmedas y empinadas, desfilaban en procesión grupos de turistas japoneses, de jubilados suecos, de escolares que se apeaban de autobuses con matrículas andaluzas y catalanas.

Me habían indicado el domicilio de su infancia y un paisano, un hombrecito menudo que destacaba entre un montón de extranjeros rubios y orondos, me explicó cómo encontrarlo. Era una casa con dos plantas, con un portón de madera clara, sobre el que campeaban una cerradura descomunal y una aldaba de bronce.

Esperé en el coche una hora y media. Hasta que salió. Cerró el portón con llave y echó a andar, calle abajo, sin paraguas ni gorro que le cubriera la cabeza del agua que caía incesantemente sobre la ciudad. Le seguí a pie hasta el mercado. Mi disfraz era tan bueno que a nadie llamó la atención mi presencia cuando subí las escaleras y penetré en el edificio. Había un pasillo que giraba a derecha e izquierda, y otro de frente, más corto, que concluía en una rotonda iluminada con la exigua luz solar que se colaba por una claraboya de cristales transparentes.

Tiré a la derecha y caminé, despacio y simulando interés por el precio de los géneros, hasta dar media vuelta al edificio y hallar otro pasillo que también concluía en el patio central.

Él se había parado en un puesto de embutidos y hablaba animado con la chica que lo atendía. La chica le entregó cinco paquetes pequeños y él pagó con un billete de mil pesetas que ella guardó en la caja registradora. Se detuvo después en la frutería, donde compró un manojo de acelgas y una docena de manzanas. Pagó con monedas. Luego abandonó el mercado y regresó a su domicilio.

El martes estuvo recluido en casa. No tuvo visitas ni se asomó a las ventanas. El miércoles volvió al mercado. Com-

pró fiambres, naranjas y un filete de gran tamaño. El jueves permaneció en casa.

.....

Concluí que trabajaba solo y resolví actuar. Pedí conformidad a mis superiores y el viernes, a las diez y veinticinco, me fui al mercado. A pillarle en plena transgresión.

Raimundo llega temprano al mercado. Aurelia, después de ordenar y orear las habitaciones y la cocina, llega a tiempo de atender a las primeras parroquianas: mujeres que han dejado a las nueve a los niños en la escuela y, antes de meterse en casa, se pasan a comprar una morcilla para las judías pintas, una punta de jamón para el cocido, una tarrina de margarina o cien gramos de mortadela para la merienda de los chicos. Mientras su padre extrae de los envases de cartón, recién subidos de la cámara, los olorosos collares de cantimpalos, los quesos redondos y macizos de la Mancha, los paquetes de salchichas ahumadas y los tarritos de sucedáneo de caviar, Aurelia despacha a las mujeres estrenando sonrisas y halagos. Raimundo no ignora, aunque es orgulloso y jamás a ella se lo ha confesado, que el buen humor de su hija le ha evitado perder clientela como les ha ocurrido a algunos compañeros del mercado. Desde que Toledo se ha estirado y se ha llenado de galerías y supermercados, han cerrado muchos puestos y nadie, ni los hijos de los que se jubilaron ni los jóvenes que buscan en qué emplearse, se ha decidido a ocuparlos.

—Estupendo, doña Flora. Ibérico. De calidad garantizada. Huélalo usted. Rajitas finas, ¿verdad?

Discurre la mañana sin más aliciente que el desfile de rostros y voces al otro lado del mostrador, del que Aurelia no se mueve, ni siquiera para ir al servicio, no sea que en su ausencia se presente el pintor. Sus ojos se desvían, cada pocos minutos, hacia el pasillo por el que él suele venir. Hoy le toca comprar, está convencida.

A las once menos cuarto, una mujer de edad indefinible y

aspecto vulgar se sienta en el banco situado debajo de la claraboya, en el centro del patio, con un resoplido de fatiga que alcanza el oído de Aurelia. No es una clienta habitual. Tampoco parece una excursionista despistada, y si lo fuera poca historia le contarían estos muros que, pese a ser centenarios, apenas conservan de su pasado el artesonado que los cubre.

Aurelia recuerda, mientras corta lonchas delgadas de pavo trufado para doña Eulalia, que empieza régimen porque hoy la báscula le ha marcado los setenta, los tablones de madera sobre los que se crió y aprendió a vender. Recuerda a Benito, el chiquillo de la tarima de la izquierda, a quien siempre menciona mentalmente como su novio porque fue el único con el que se atrevió a soñar.

.....

Resultó Benito, a la postre, más audaz de lo que ella fue. Aurelia se quejaba cuando él enmudecía, incapaz de secundar y ampliar los sueños de fuga que para ella eran el alivio y sostén de su adolescencia. La manera de soportar la rutina a la que le había condenado la muerte de su madre siendo ella todavía una cría de pañales. Al cumplir los catorce, Raimundo le regaló un vestido de cuadritos rosas y blancos y le impuso la obligación de acompañarle a diario al mercado, pues el mozo que le ayudaba le costaba mucho más de lo que gracias a él ganaba. Aurelia agotó en un mes el entusiasmo con que acudió el primer día a su trabajo. A partir de entonces se inventó un futuro que iniciaría cuando los ahorros y los años le permitiesen independizarse de su padre.

Benito despachaba frutas con su abuela a orillas de la charcutería. Les unió la añoranza de sus madres, cuyas fotos amarillas se mostraron una tarde a espaldas de los adultos, y la íntima repulsa hacia el destino que les había colocado, casi de niños, en el mercado.

Aurelia le proponía escaparse a Madrid. O a Barcelona. O a Valencia. Pero Benito le daba largas: no quería abandonar

a su abuela, que era muy anciana y poco le iba a durar la vida. Aurelia, impaciente y dolida, le tachaba de cobarde y le amenazaba con no volver a dirigirle la palabra, pero en seguida se reconciliaba con él, porque Benito era el único ser del planeta a quien podía confiarle sus secretos.

Una pulmonía se llevó de este mundo a la abuela y Benito, al cabo de los funerales, llamó a Aurelia a su tarima y le comunicó que había sacado dos billetes de tren a Madrid. Aurelia le besó en la mejilla delante de toda la parroquia. Pero esa noche, cuando abrió el armario para descolgar la ropa que necesitaría en el viaje, advirtió que carecía de arrestos para dejar a Raimundo solo en la charcutería. Sin ella, pensó de repente, Raimundo tendría que multiplicarse, enfermaría, el negocio se iría a pique. «Le mataré del sofoco», se decía acongojada.

Al día siguiente Benito liquidó los escasos kilos de fruta que le quedaban entre sus amigos del mercado. Aurelia, en un momento en que su padre discutía las cuentas con un proveedor, le citó en el patio inferior y allí, ahogando una lágrima, le pidió tiempo para acostumbrar a Raimundo a la idea de su marcha. Benito le entregó uno de los billetes y le contestó, con un punto de soberbia que molestó a Aurelia, que la esperaría esa tarde en la estación.

Aún recuerda retazos de sus charlas adolescentes, el calor de su corazón cuando compartía con Benito un futuro irreal. Han transcurrido diez años y otros hombres, tres o cuatro, le han rozado la piel y han intentado arrancarle una frase de amor antes de huir, abatidos por su indiferencia y su frialdad. Aurelia se ha esforzado en amarles, pero lo cierto es que con ninguno, desde que Benito se marchara, ha conseguido ni una sola noche soñar.

—Buenos días, Aurelia.

¡Esa voz! Levanta Aurelia los ojos de la pieza de pavo trufado y los prende en los del muchacho.

—Bue..., buenos días. ¿Qué tal estás?

El muchacho responde adentrándose en una conversación que incluye información sobre la temperatura en la península, chistes políticos y una exhaustiva relación de las noticias nacionales e internacionales que ha escuchado en el boletín de las once en la radio. Aurelia, regocijada, despacha sin prisa a doña Eduvigis, que también interviene en el coloquio apuntando opiniones y pidiendo detalles.

—Ese, el del avión que se ha estrellado, ¿cómo dice que se llama?

—Yasir Arafat, señora. Es el jefe de los palestinos, ya sabe, los musulmanes que vivían en Palestina, donde ahora está Israel.

Cuando acaba con doña Eduvigis, Aurelia atiende al pintor. Le pone doscientos de chicharrones, ciento cincuenta de enmental, una latita de foie-gras y otra de huevas. Cuando va a pagar, con un billete de mil pesetas, estalla un alarido en el centro del patio. La mujer que reposaba en el banco se lanza contra el muchacho, esgrimiendo en la mano un objeto metálico y gritando «¡A él! ¡A él!». El chico le arrea un manotazo, que le desequilibra, y se escurre con agilidad entre los mirones que se congregan en torno a la mujer, que ha caído al suelo y, con el batacazo, ha perdido el bolso, las gafas y la perluca.

—Deténganlo. Es un falsificador. Deténganlo.

Pero nadie persigue al muchacho. Todos están muy entretenidos contemplando el espectáculo y aderezándolo con sus comentarios.

—Es rarita la señora, ¿eh? Si parece un travestí...

—Un tirón. Ha sido un tirón. Un drogadicto, seguro.

—¡Está calva! ¿O será que se afeita el cráneo?

—Pues las piernas no se las afeita. Fíjese usted debajo de las medias. Por el agujero de la pantorrilla.

—¡Cómo chillá! ¡Pobre mujer! Tan fea y encima le roban.

—¿Y esooo...? Son unas esposas, ¿verdad usted?

—Oiga, ¿no será esto un objetivo indiscreto de esos que sacan en la tele?

Dos horas después del incidente, Aurelia baja a la cámara a por una bandeja de paté al oporto, que está a punto de terminarse. Necesitaba un pretexto para quedarse a solas con sus pensamientos, que son aciagos y merecen, acaso, una lágrima que no podría derramar en presencia de su padre y de la clientela. El sótano está desierto. En la plazoleta en la que, de amanecida, descargan los camiones de mercancías, hay una pila de cajas de tomate y varias bolsas de lechugas y de cebollas. Suenan pasos lejanos de gentes que circulan por los pasillos del mercado, el rumor de las máquinas que tronchan huesos y filetean los pescados congelados, los rugidos de los vehículos que ascienden y descienden por las estrechas callejuelas de Toledo.

Aurelia busca, a tientas, el interruptor del cuarto al que dan las puertas de las cámaras cuando, de súbito, siente en la piel el vaho de un aliento humano. El temor no le impide encender. La luz blanca le revela a un metro escaso el rostro del muchacho que ama, con los rasgos contraídos por el susto y el impacto de la luminosidad en sus pupilas.

—¡Túuu...!.

.....

Es fácil sonreír, seguir sonriendo aunque él se haya ido. Porque en los labios permanece el sabor de sus labios y en los oídos la ternura de su voz. «Sólo he pasado cuatro o cinco mil. Bueno..., y los que te he dado a ti». Esos están a buen recaudo, dentro del forro de su bolso, piensa Aurelia para sí.

«Te devolveré hasta la última peseta..., cuando regrese. Si tienes paciencia..., cuando el caso se archive...»

—Cien de sobrasada. ¿Me oyes, niña? A esta niña le ocurre algo, Raimundo. Debías mandarla al médico. ¡Cada día más pasmada!

La policía ha hecho muchas preguntas, pero no ha hallado en la charcutería ninguna pista, ni una prueba contra el falsificador. Los inspectores se han despedido de Raimundo y éste les ha obsequiado con unos choricitos para su casa.

—La sobrasada, ¿y qué más, doña Remedios?

—Tres lonchas de serrano. Pero, ¿a qué viene esa cara de iluminada? ¿Es que se te ha aparecido la Virgen? ¡Como están de moda las apariciones!

Aurelia descuelga de la barra el jamón que doña Remedios le señala sin cesar de sonreír. Es fácil sonreír sintiendo en los labios el sabor de los suyos y en la nariz el olor a lavanda de su pelo y de su piel.

Es fácil sonreír y es fácil, ¡tan fácil!, soñar. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de Toledo**.

Este cuento fue publicado en el número 6 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a octubre/noviembre de 1992.



LA FUERZA DEL DESTINO

JOSE LUIS MURCIA

P

are aquí.

—Como quiera, señora.

Descendió del coche, un Ford Granada blanco con matrícula de Madrid, con la parsimonia que dan 88 años de vida y con la elegancia de quien, pese a haberlas pasado más negras que la tara de un cohete, era una señora de los pies a la cabeza.

Vestía un traje de chaqueta gris y medias negras, zapatos de charol con medio tacón y cubría sus ojos con unas gafas de sol «Lotus», de diseño moderno, que daban un toque rupturista al conjunto de su indumentaria. Un alfiler redondo cubierto de brillantitos, un discreto collar de perlas «Majórica» y un anillo, escasamente ostentoso, con tres pequeños rubíes le otorgaban un toque de distinción.

Eran poco más de las once de la mañana y caía sobre Ciudad Real un enorme aguacero. El conductor la ayudó gentilmente a bajarse del automóvil y le entregó, ya abierto, un precioso paraguas negro que, años atrás, había comprado en los populosos almacenes londinenses de Harrods. Miró a derecha e izquierda y echó a andar con la elegancia que sólo tienen las mujeres con clase, aquellas cuya educación y elevado nivel económico les han permitido codearse con lo más granado de la sociedad española.

Si el color de su pelo, negro azabache, llamaba la atención a todo el que reparaba en ella, sus ojos, también negros, profundos, brillantes, dejaban absortos a cualquiera que se cruzara en su camino. Sólo llevaba dos minutos en Ciudad Real y ya había reconocido a tres de sus moradores, obviamente más jóvenes, pero también más cascados que ella.

Ninguno de los tres, sin embargo, la habían reconocido, aunque sí se habían fijado en su porte y, curiosamente, habían coincidido en su comentario interno: ¡Vaya hembra!

Ciudad Real, pese a la lluvia, era un hervidero de amas de

casa, chachas, ejecutivos, oficinistas y alguna que otra progre con inquietudes gastronómicas que pululaban por los alrededores del mercado de abastos, situado desde los años 50 entre las calles Postas, Reyes, Borja y Morería, en pleno centro de la ciudad y en una de las zonas más antiguas y entrañables, aunque esta pequeña capital de provincia apenas conserva nada de antaño y su casco histórico, por llamarlo de alguna forma, es una amalgama de edificios, cada uno de su padre y de su madre, que parecen haber sido lanzados desde lejos con una catapulta sin orden ni concierto.

No tenía muy claro cuál era la entrada principal del mercado, pero el bullicio de la gente se lo indicó claramente. En la calle de Postas, junto al quiosco de periódicos, que desde hace muchos años regenta el extremeño Mesa, y el «chiringuito» de la ONCE, se agolpaban, pese al mal día, dos jóvenes gitanas con sus espuestas de ajos, un joven con cardillos y palo dulce y una señora con un capacho lleno de níscalos, muy abundantes en la época de lluvias en la zona de los Montes.

No se lo pensó dos veces. Con un andar lento, pero firme y decidido, se encaminó hacia el mercado. La última vez que había estado en esa zona fue en los años 30. Entonces era un huerto, conocido como «El huerto del Marqués» o «El huerto del Pangino», propiedad de don Juan Treviño Arce, marqués de Treviño, que en la época estival albergaba el cine de verano, en el que los jóvenes acudían todo entusiasmados para ver los episodios del Oeste que se sucedían, como los culebrones venezolanos de hoy, con la incertidumbre de quién sería el próximo muerto o qué diligencia atacarían los forajidos en la próxima sesión.

Recordó que había asistido entusiasmada a la proyección del filme *La banda de Joe El Tuerto*. Y se venía a su cara una tímida sonrisa cuando pasaba por su mente la imagen de él, fuerte como un roble, pasándole su brazo por detrás de la ca-

beza y atrayéndola hasta sus labios para estamparle un beso de los de verdad. Había pensado entonces, y ahora lo ratificaba, que era el primer beso de amor que había recibido en su vida, pese a que su carné de identidad indicaba que acababa de pasar ya la treintena.

Era simpática la estampa de los cines de verano de antaño. Rodeados de setos por todas partes, con sillas de madera desvencijadas e incómodas, y con un paquete de altramuces, otro de pipas y una botella de gaseosa de medio litro para calmar la sed, la juventud ciudarrealeña, y algunos ya no tan jóvenes, desafiaba el calor de agosto, que con el frescor del huerto regado hacía la atmósfera más respirable en una ciudad donde dormir en verano se convierte en algo parecido a una pesadilla.

Se quedó inmóvil. Su corazón latía a la velocidad de la luz y, por primera vez en su vida, sintió un cosquilleo de los pies a la cabeza, acompañado de un acaloramiento intenso, que le hizo pensar que estaba enamorada. Recordaba también que fue una suerte que las luces no se hubieran encendido de repente porque, además de las sensaciones ya descritas, experimentó una fugaz bizquera transitoria que le provocó un suspiro tan profundo que hizo que volvieran la cabeza las seis filas que le precedían y que quedasen asombrados, cuando menos, otras tres o cuatro filas que se situaban tras ellos.

Llevaba tres años en Ciudad Real y no era feliz. Su madre, soltera y alcohólica, la había dado a luz en los retretes públicos del mercado de abastos de Valencia. Y, desde entonces, su vida no había sido lo que podría decirse un dechado de felicidad. Criada por las monjas en un orfelinato, a donde había ido a parar cuando sólo contaba siete años, ya que la vieja, lo único que tenía, había encontrado la muerte un día, mejor dicho una noche, junto a la playa de la Malvarrosa como consecuencia de una borrachera de anís. Los serenos la habían encontrado con un cierto semblante de felicidad en su cara,

agarrada a una botella. La pequeña tenía frío, era enero y el relente penetraba hasta los huesos, con ese frío húmedo que sólo se da en los sitios de costa y que los de tierra adentro tenemos cuando lo sentimos encima por primera vez.

Desde allí, a las monjas. Y de las monjas, a la vida. A la vida dura y cruel. A una vida en la que era delito ser pobre, y delito con agravantes ser, además, mujer y joven. No sabe cómo fue, pero a los quince años ya estaba vendiendo su cuerpo a los marineros que llegaban al puerto ansiosos de alcohol y cariño a cambio de su salario de hambre. Proletarios y carne proletaria unidos. A la revolución por el amor. A la revolución por el sexo. Vivir, vivir y disfrutar. Sufrir, trabajar y desfogar. Y al final, el dinero daba la vuelta. Unos se machacaban el cuerpo trabajando en cubierta de sol a sol. Otras se lo machacaban fingiendo dar amor a aquellos que, en la mayoría de las ocasiones, sólo les daban asco.

Y un día de mayo, no se acordaba del año, recaló en Ciudad Real de mano de un rufián apodado «El Tacho», quien le prometió ganar dinero a mansalva y poder retirarse pronto para poder disfrutar de una vida honrada. ¡Ja! Y la verdad es que no la trajeron mal ni en la casa de Luciano ni en la de la Palmira, que eran dos hogares de putición de auténtica rai-gambre en la ciudad. A ellas iban los jóvenes y los mayores a dar rienda suelta a su imaginación, a echar una hora de baile a cambio de tres duros y si se podía y había trato a algo más, a mucho más.

—¿Aprender o perfeccionar? —Había pronunciado la pregunta miles y miles de veces en su vida. Día tras día y noche tras noche aguantaba las frustraciones de maridos hartos de sus mujeres, de impotentes que intentaban una y otra vez despertar a la vida, de jóvenes ansiosos por aprender lo que habrían de hacer con sus novias cuando éstas se convirtieran en sus esposas, de viejos en buena forma que tenían a sus compañeras postradas o en la tumba.

... En fin, de toda una fauna que olía, en su mayoría, a tabaco y sudor porque ese era rasgo de hombría. Y tenía también la suerte, de vez en cuando, de partir, bailar/amar, con un genio de la pintura y otro de la escultura, prohombres de la intelectualidad rebelde de la capitaleja, que tenían a bien ir a hacerse una limpieza de bajos en cuanto tenían en su bolso unas pesetillas fruto de la venta de alguna obra de arte o, como en ocasiones, cambiaban el arte de pintar o esculpir por el arte de amar.

Y así lo recordaba ella. Aún tenía en la mente el día en que Coronas, el escultor, le cambió una estatua, realizada con ella misma como modelo, a cambio de una hora de amor. ¡Tu arte por el mío!, le dijo a las tres de la mañana de un 8 de enero con una «castaña» de coñac que le llevó casi cuatro horas llegar a su casa, sólo distante unos 500 metros de la legendaria calle de la Palma donde ejercían su trabajo las hetairas más preciadas de la provincia, sin olvidar, claro está, a las de Tomelloso.

Le parecía increíble haberlo conocido. Había llegado a Ciudad Real al mercado de abastos para traer un cargamento de naranjas. Sus padres eran unos acaudalados agricultores de Picassent que habían comprado un camión para trasladar sus mercancías a lo largo y ancho de toda España. Ese día había recalado en Ciudad Real y, bien temprano, fue a descargar las naranjas al mercado, situado entre las calles Matadero (después avenida del Imperio y Alfonso X), más conocida por la «calle de las Mierdas», por la afición del personal a ir allí a hacer sus necesidades, gracias a la falta de iluminación; General Aguilera y plaza de la Constitución (hoy plaza Mayor y antes Generalísimo).

Llamó su atención en el patio una fuente con cuatro dragones que era utilizada por los comerciantes para lavarse las manos e, incluso, lavar el género. Y decidió dar una vuelta por los puestos. Para ello, volvió a la calle y entró por la puerta

principal, situada en lo que hoy son dependencias del Ayuntamiento. En la primera línea se situaban los carniceros, los hortelanos fijos y la nave del pescado, que contaba con alrededor de una decena de puestos. Al final estaban los hortelanos de temporada, una legión de agricultores provenientes de los más diversos rincones de la provincia que acudían a la capital con lo mejor de sus hortalizas.

Fama bien ganada tenían los hortelanos de Aldea del Rey con unos productos que parecían sacados de un cuadro. Allí exponían sus pimientos, sus tomates, sus judías verdes, sus berenjenas, y no le andaban a la zaga los torralbeños con sus patatas grandes y sabrosas; los de Carrión, con unos melones de gran predicamento, o los de Tomelloso, famoso por sus sandías y melones. Pero, además, los paisanos de Plinio eran también conocidos por sus enormes carros y galeras, que equipados con llantas metálicas hacían papilla las carreteras, por llamarlas de alguna manera, de la zona. Cerca de cien kilómetros tenían que tragarse los intrépidos hortelanos tomelloseros para llegar hasta Ciudad Real a ofrecer sus cosechas a los de la capital.

Pero a quienes más recordaba ella era a los campesinos del anejo de Las Casas, distante sólo siete kilómetros de la capital, que se preciaban de traer las sandías más gordas para el día de la Virgen del Prado, patrona de Ciudad Real, el 15 de agosto. Ese día, Palmira y sus chicas salían al mercado y se llevaban para la casa el mejor género. Luego, ataviadas de mantilla y vestidas con toda elegancia y discreción, se santiguaban con fervor ante la imagen de la Virgen. Y disfrutaban de un día de relax, de un día especial para todas ellas.

Había almorcado en el bar de Ramón, a eso de las 9 de la mañana, y cuando estaba mirando distraídamente uno de los puestos de la fruta en el que acababan de colocar sus naranjas, llegó ella. Se cruzaron sus miradas y ambos sintieron en su corazón un pequeño sobresalto que les indicaba que

una larga aventura de amor comenzaba a forjarse. Fueron apenas 30 segundos, pero a ambos les pareció una eternidad. Cuando llegó a casa de la Palmira se tumbó en la cama y comenzó a pensar en él y a idealizarlo.

Era alto y fuerte como un roble, de pelo castaño y poblado, y con unos ojos claros cuyo color era difícil de definir, pero con una expresión que volvía loca a toda hembra que se preciara de serlo. Vestía un traje de franela gris y portaba una corbata oscura que le daba un aire entre tímido y reservado a quien era todo un campeón del buen humor y la extroversión. Pero, sobre todo, le llamó la atención sus manos delgadas, sus finos e interminables dedos, como de pianista, que no parecían concordar con su enorme corpachón de chicarrón levantino.

¿Quién le iba a decir a ella que, a eso de las ocho de la tarde, iba a hacer aparición en casa de la Palmira para decirle, antes de que pudiera abrir la boca, que quería perfeccionar? Tuvieron que pasar varios años hasta que se enteró de que no había llegado por azar a la casa de la calle de la Palma, sino que el inquilino del puesto le había indicado que ella era una de las mejores pupilas de la Palmira, que nadie conocía su nombre de pila, aunque hacía llamarse Peli, sin razón alguna, al menos aparentemente.

Se quedó de piedra. Poco más o menos como cuando una semana después fueron al cine y él le plantó el primer beso de los de verdad, mientras el malo sucumbía entre las patas de su caballo abatido a tiros por el hombre de los ojos grises y la mirada perdida. Temblando como un zorrillo la cogió por la cintura y se marcaron *La Zarzamora* a los sones del acordeón del maestro Federo. Apenas se atrevían a tocarse. Ella, por vez primera en mucho tiempo, sentía rubor. Le miraba tiernamente y se ponía colorada. Él bajaba la cabeza, miraba a su alrededor nerviosamente y no llegó a abrir la boca.

Poco después decidieron, de común acuerdo, pasar a un reservado donde conversaron durante horas. Hablaron de

sus vidas, de sus ansias de ser felices y del amor que sentían el uno por el otro. Fue el comienzo de una larga etapa de dicha para ambos. Apenas unos meses después convinieron en abandonar Ciudad Real. Ella dejó la casa de la Palmira sólo una semana después de conocerlo.

Los años fueron justos con ellos. Vivieron en Valencia, Tánger y Madrid. Ella se dedicó a las labores de su casa, al cuidado de los dos hijos, ambos varones, que tuvieron y a instruirse, con un maestro que le impartía clases particulares a domicilio, en todo aquello que su desgraciada vida anterior no le permitió aprender. Él montó varios negocios, siempre relacionados con la venta de frutas, que les colocaron en una sólida posición económica. Contaba cerca de 70 años y regentaba cuatro puestos de fruta en Mercamadrid cuando la muerte le sorprendió un frío 12 de diciembre. Desde entonces, ella sólo vivía del recuerdo y de las esporádicas visitas que le hacían sus hijos a la capital de España, ya que uno de ellos era funcionario de la Comunidad Europea en Bruselas y el otro regentaba una empresa de importación/exportación de vinos y frutas en California.

Ahora, con un paso un poco más acelerado que de costumbre, estaba recorriendo la nave del pescado del mercado. Recordaba que, entonces, el mercado de Ciudad Real sólo ofrecía sardinas, pescadilla, almejas, voladores, brecas y bacalao. Ahora, además, habían irrumpido con fuerza el salmón de Noruega, las truchas de criadero, la ternera de mar, los boquerones y las gallinetas.

Subió la escalera y, tras permanecer parada cerca de un minuto bajo el tragaluz que divide las dos alas de la parte de arriba del mercado, optó por ir a la de la izquierda donde se paró en los puestos de carne, con especial atención miró el de «Wences» y otro que anunciaba la venta de toro de lidia, así como el dedicado a la cerámica y los botijos, que está al final del ala. Comprobó cómo todos los puestos tenían ahora ins-

talaciones frigoríficas y una higiene que nunca había conocido en Ciudad Real.

Recorrió el ala izquierda y se paró ante la carnicería de Edmundo, ante otro puesto que anunciaba conejos de monte y ante uno dedicado al queso manchego con denominación de origen, todo un lujo tras veinte años de pleitos para conseguir una denominación que por tradición, siglos y ubicación geográfica le correspondía a la región.

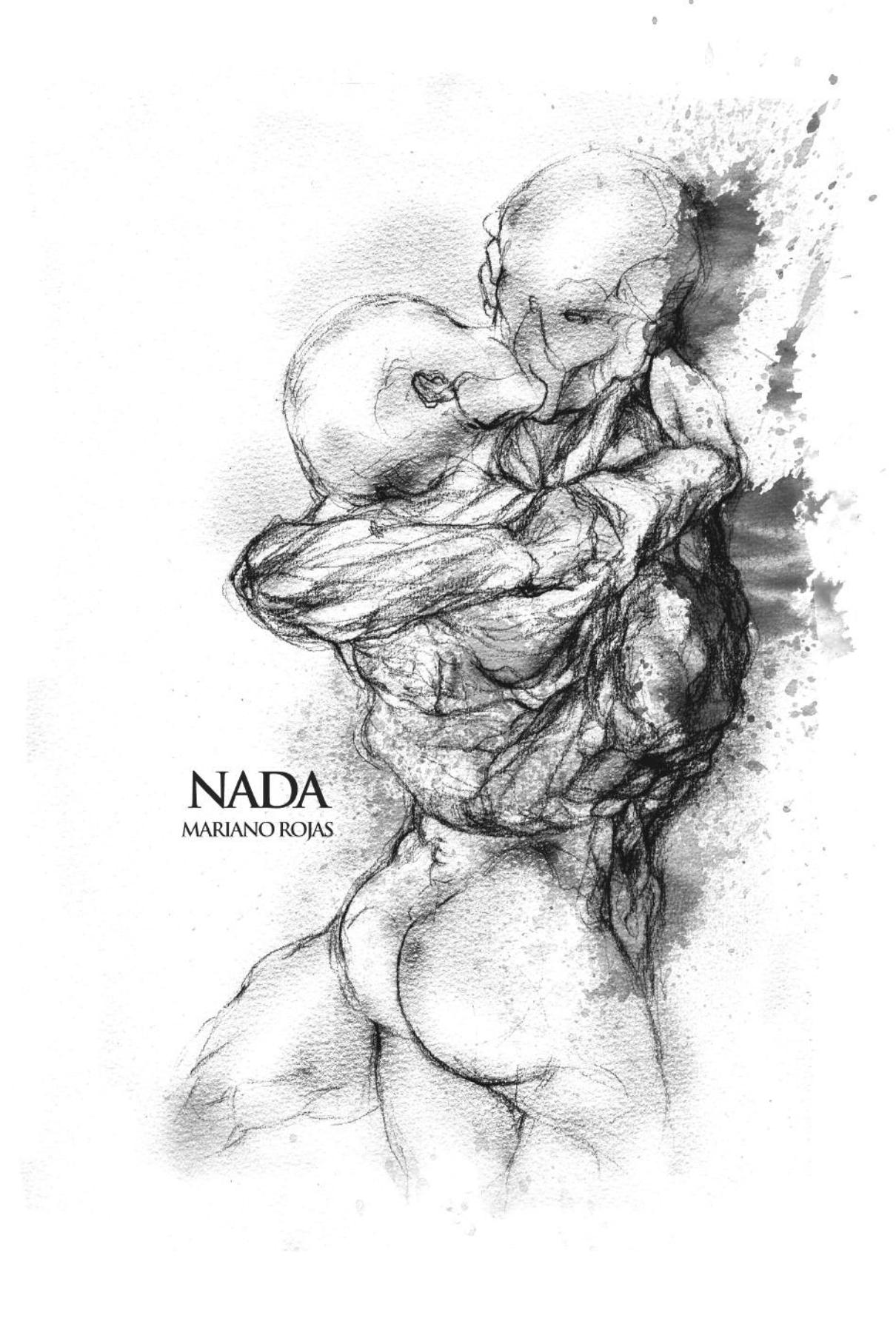
Bajó, ya un poco renqueante, para visitar los puestos de la fruta, que ahora se agolpaban, junto a alguno de ultramarinos y una pollería, en lo que fue supermercado hasta finales de los 70. No hizo más que entrar en la nave, miró las naranjas del primer puesto y se sintió indisposta. Por su mente se sucedieron, en una pequeña porción de segundos, multitud de vivencias en Valencia, Ciudad Real, Tánger, Madrid... Una lágrima rodó por su mejilla derecha a velocidad de vértigo y, como si fuera una mole de plomo, cayó en redondo sobre el suelo.

—Ha muerto —dijo. Era un joven médico que trabajaba en la zona y que había bajado a comprar fruta para casa. Fuera, la lluvia arreciaba y Ciudad Real estaba más gris y triste que nunca. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Abastos de Ciudad Real**.

Este cuento fue publicado en el número 8 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a febrero/marzo de 1993.



NADA

MARIANO ROJAS

Hacía cinco semanas que Carmen no salía de su viejo apartamento de la calle Trujillo, cinco semanas y tres días para ser más exacto; el motivo de este voluntario encierro es algo complicado de explicar y al mismo tiempo sumamente sencillo de entender, si bien su decisión puede que resulte, psicológicamente, vaga y oscura. No obstante, intentaré resumir, en la medida que me sea posible, las circunstancias por las cuales un 1 de enero Carmen cerró tras de sí la puerta de su casa para no salir por ella en los siguientes 38 días.

Era finales de octubre cuando se empezó a escuchar en los despachos del Ministerio, donde Carmen trabajaba, el rumor de que sobraban un buen número de puestos de trabajo y que los últimos contratados iban a ser los primeros en abandonar el cálido y protector funcionariado. Carmen era uno de ellos. Al principio no le preocuparon mucho estas habladurías, siempre se estaban escuchando cosas parecidas, pero con el paso del tiempo esos rumores fueron extendiéndose y tomando cuerpo hasta hacerse reales.

El caso es que antes de que pudiera darse cuenta, ella y otros 40 eventuales fueron a engrosar las frías estadísticas del Instituto Nacional de Empleo. Fue entonces cuando le dio por pensar, si bien es cierto que las dos primeras semanas como desempleada las dedicó a holgazanear, es decir, a levantarse tarde, pasear, ver la televisión hasta bien avanzada la madrugada, hablar con sus amigas por teléfono, mirarse en el espejo de la habitación durante horas..., no fue hasta la tercera semana cuando Carmen comenzó a analizarse, a ser consciente de su actual situación, a preocuparse.

¿Quién era ella? Una mujer de 34 años, con unos estudios universitarios que no le habían servido de casi nada, viviendo sola en un viejo apartamento en régimen de alquiler, dentro

de una vetusta ciudad extremeña como era Plasencia. Objetivos..., ¿cuáles eran sus objetivos?..., ¿encontrar un nuevo trabajo, conocer a un buen hombre con el que empeñarse para adquirir una vivienda, tener hijos...? Sea como fuere, a medida que avanzaba en estos y otros razonamientos de similares características, su ánimo y su decisión por desear alcanzarlos fueron desplazándose hasta convertirse en sus peores enemigos.

Tenía que haber alguna otra cosa en esta vida, algo que rompiera con la monotonía que le aguardaba, y siempre, claro está, en el mejor de los casos. Fue entonces cuando la brillante idea la condujo al aislamiento: no saldría de su casa hasta que no tuviera una razón sincera, una ilusión por la que pisar la calle con fuerza.

Y así los días fueron pasando tristes, exaltados por momentos ante algún atisbo de salida, monótonos e invariables en general; como aquellos otros cuando el despertador la hacía levantarse a las 7 de la mañana para traspasar a tiempo el umbral del Ministerio. Este insignificante descubrimiento la deprimió un poco más. Cómo no pensó antes en aquel encierro..., ¿quizá porque estaba retribuido? Sí, esa era la trampa y al caer en ella se sintió aún mucho peor. ¡Pero si eso es algo obvio, si hasta un niño es consciente de este hecho! Ya, pero ella sólo se enteró cuando decidió recluirse entre las cuatro paredes de su apartamento; un cerebro con un norte no establecido: luchar por una salida noble.

Mientras todo esto ocurría en su interior y los días y las semanas iban sucediéndose como las rayas en los muros empapelados de su habitación, el frigorífico y la despensa se debilitaban como su ánimo por encontrar alguna respuesta a sus muchas preguntas que le permitiera caminar por las aceras, maquillada con los tonos de la esperanza y exhalando el perfume de quienes sólo son capaces de sentir el aroma de su propia soledad. Detrás de los cristales, el invierno teñía la ciu-

dad con los colores imperecederos del olvido. Plasencia, sentía Carmen, era un lugar donde la gente se conocía pero que ignoraba quiénes eran. Ella era un claro ejemplo: después de veintiún días de incendio psicológico sabía tanto de sí misma como un vagabundo de altas finanzas; sin embargo, estaba aprendiendo algo muy importante: vivir, conscientemente, dentro de una lata vacía de conservas, y eso ya era algo.

Durante aquellos interminables días, Carmen fue experimentando un sinfín de sensaciones contradictorias; lo mismo creía haber encontrado la puerta que la conduciría al ansiado y peregrino cañón de luz, tras el cual le esperaba impaciente una vida rica en ilusiones y, sobre todo, propia, como que se rompía las narices contra los cristales del balcón de su casa, sin ver más allá que su propia imagen reflejada sobre el tejadillo de la Plaza de Abastos, instalada desde hacía casi cien años frente a la misma plaza del Ayuntamiento; entonces fruncía el ceño, se dirigía hacia la cocina, abría el frigorífico y no encontraba nada.

Nada, vocablo que indica la negación absoluta de las cosas, la carencia total de todo ser, se convirtió durante su última semana de clausura en la palabra clave. A veces llegaba a la conclusión de que ésta era la única respuesta válida a sus preguntas, de que «Nada» era lo que le esperaba y que al menos, ahora, era consciente de ello; incluso llegó a pensar que «el no ser» debía convertirse en el principio de su nuevaidadura. Claro que, después, todo esto le parecía una nadería resultante de su estómago vacío y volvía a asomarse al tejadillo del mercado, hasta que un miércoles 8 de febrero, Carmen decidió romper su encierro, esconder sus pretensiones diferenciadoras en el fondo de su lata vacía de conservas y salir a la calle para llenar su despensa.

Aquella mañana, Carmen sentía el cielo tan limpio y brillante como los ojos de un niño frente a su tarta de cumpleaños. Un viento frío recorría las soleadas aceras alterando

el ritmo de las faldas de las señoritas, tirando de sus carritos de la compra camino del mercado, mientras un grupo de chavales saltaba y corría en la plaza del Ayuntamiento entre gritos, imaginándose obstáculos. Con gusto hubiera dejado su pose de persona mayor para unirse a ellos, pero su reciente cura de aislamiento no la llevó tan lejos y se limitó a sonreírles.

Ni que decir tiene que se sentía casi feliz; los rostros de la gente parecían alegres, despreocupados, como si el mundo, de repente, se hubiera dado la vuelta para dirigirse a los habitantes de esta ciudad y decirles: ¡Hola, ya estoy de nuevo aquí, no os preocupéis por nada! Nada, como ya sabemos, fue el resultado último de sus indagaciones acerca de ella misma y su futuro; quizás fuera por ello que se detuvo pensativa ante las puertas del mercado, observando y sintiéndose absolutamente identificada con su entorno, absorbiendo la realidad como si sus ojos hubieran encontrado los lentes adecuados con los que verse a sí misma en la fe de no ser y, por lo tanto, intentaba justificarse, única y completa como el filamento de una bombilla. Carmen hizo un mohín, dio la espalda a la plaza del Ayuntamiento y entró en la de Abastos, recordando al Cicerón de su época de estudiante: «Mi conciencia tiene para mí más peso que la opinión de todo el mundo».

Dentro, el criterio era infernal comparado con el silencio en el que estuvo inmersa las últimas semanas; pasillos alfombrados de voces, gestos y cabezas en constante movimiento serpenteaban el entramado de corredores y escaleras que conducían hacia los distintos puestos, como si en éstos se ofreciera el bálsamo mágico capaz de hacer que el mudo gritase: ¡Es mi vez!, mientras el paralítico saltaba, señalando con envidia y vejez la pieza que más le apetecía para él con el fin de dar gusto a los suyos. Y así, detrás de una larga y brillante hilera de besugos, truchas, salmonetes y otros boquiabiertos animales, Raúl desescamaba un emperador sobre un poyete de madera oscura con la habilidad de un cirujano plástico.

–¡Carmen!, benditos los ojos..., ¿pero dónde te has metido?
(...)

–Hola, Raúl. ¿Cómo estás?

–Desesperado.

–¡¿Por qué?!

–¿Y tú me lo preguntas?

–Pues, sí.

–¿Tú crees que puedo vivir en esta pecera sin que tus ojos iluminen el fondo helado de mis muertos? –le interrogó Raúl, teatralmente, levantando el bisturí del vientre del emperador.

–¿Quieres hacer el favor de terminar de limpiarme el pescado y dejar de decir tonterías? –le increpó una mujer de mediana edad con una papada de columpio cayéndole sobre un luciente vestido negro. Raúl la miró fijamente, agarró un cuchillo acerado con mango de madera gastada y de tres secos y certeros tajos dividió el pez para luego depositar los pedazos en un papel de estraza, antes de largárselo por encima del empinado mostrador.

–¿Sabes quién es? –le preguntó Raúl, después de que la otra guardó el paquete dentro del carro, pagó y se perdió por entre el ordenado caos de las galerías.

–No, bueno, creo que la he visto alguna que otra vez por el mercado, pero no he hablado nunca con ella. Parece un poco rara, ¿no?

–Y algo más.

–¿Quéquieres decir?

Raúl rodeó el puesto, secándose las manos en el mandil, se acercó a Carmen y la puso al día, no sin antes bajar el tono de la voz.

–¿Ya sabes que su marido, don Ruperto, era propietario de un par de puestos...?

–Pues no.

–Hija, no sabes nada.

–Nada –confirmó Carmen con una sonrisa de satisfacción.

–¿Sabes que te encuentro un poco rara?

–Ya.

–Bueno, pues hace dos semanas murió.

–¿Quién?

–Don Ruperto, el marido de doña Justa, la simpática de la papada.

–Vaya.

–Sí, le encontraron muerto, aquí.

–¡¿Aquí?! –preguntó sorprendida, mirando el puesto de Raúl como si de entre los cajones de pescado fuera a aparecer el difunto de doña Justa.

–Sí, querida, aquí mismo.

–Y tú, bueno, viste cómo...

Raúl negó, pensativo, con la cabeza.

–Se lo encontraron muerto cuando abrieron el mercado.

–¿Cómo!

–Como mis peces, con los ojos abiertos.

–No seas idiota, quiero decir que cómo es posible que nadie lo viera antes.

–Dos policías estuvieron hablando conmigo; según ellos la muerte le vino alrededor de las tres de la mañana –Carmen le miró fijamente y dejó caer la espalda sobre la pared del puesto. Las voces del mercado se mezclaban en su cabeza como si ellas mismas intentaran crear un nuevo idioma basado en la absoluta falta de sentido–. Carmen, ¿te encuentras bien?

–¿Qué?, oh, sí. Dime, ¿te dijeron de qué murió?

–Infarto.

–¿A las tres de la mañana dentro de un mercado vacío?

–Así es. ¿Qué te parece?, un poco raro, ¿no? Perdona un momento –Raúl volvió a entrar en el puesto para atender a una clienta, la despachó rápidamente y regresó junto a Carmen.

–¿Sabes lo que creo?

–Que el infarto le dio en algún otro lugar y alguien le trasladó hasta aquí –se le anticipó Carmen.

—Podría ser, pero son pocas las personas que tienen la posibilidad de abrir las puertas del mercado cuando quieran.

—Comprendo.

—Yo creo que por alguna razón se quedó encerrado voluntariamente cuando algo pasó aquí, Carmen, cerca de este mismo puesto.

—¿Tú crees? A propósito, qué me querías decir antes de su mujer, perdón de su viuda.

—Que no me fío de ella, no sé, no es sana.

—¿Por qué?

—Te digo, no sé, confieso que no tengo nada en qué basarme; es, si quieres, un presentimiento. De todas formas, ¿no te parece un poco extraño que en cinco años ésta haya sido la segunda vez que se ha acercado a mi puesto?

—...¿Cuándo fue la primera?

—El miércoles pasado, una semana después de que murió su marido, y hoy miércoles vuelve otra vez. Y hay más, ¿quieres que te diga qué día de la semana le encontraron sin aliento al pobre don Ruperto, en el suelo de este mismo puesto?

—Un miércoles —adivinó Carmen sin dificultad con los ojos puestos en una pescadilla medio enterrada en hielo—. Sí, sí que parece un poco raro..., prepáramela, ¿quieres?

—Claro.

Raúl se negó a cobrársela a cambio de quedar citados para el sábado, ella aceptó, se despidieron y Carmen continuó haciendo su compra por el mercado, pensando en Raúl y en la historia que le acababa de contar.

Raúl era un buen muchacho, un chico serio, nunca se inventaría una cosa así. Carmen le conocía bien, estuvo saliendo con él una buena temporada; iban al cine, paseaban bajo las arcadas de la Plaza Mayor, se perdían cogidos de la mano por el pasaje de San Martín, por las estrechas y pintorescas calles de los Quesos, de Pedro Isidro, de la Tea, para

volver a salir a la Plaza Mayor y hacer tiempo hasta que el bar de copas de la Plaza de Sosa abriera; hacían el amor en su casa, hablaban mucho, se intercambiaban libros; era divertido y la hacía reír, pero tenía diez años menos y con el tiempo eso se fue notando. Entonces Carmen decidió enfriar la relación hasta terminar convirtiéndose en lo que ahora eran: unos buenos amigos.

No obstante, en la charcutería de Teo, Carmen trajo a colación lo del marido de doña Justa, y éste y otras dos parroquianas del puesto le dijeron, más o menos, lo mismo que Raúl, si bien con nuevos añadidos, típicos de quienes se han enterado del caso por terceros, cuartos o simplemente basándose en sus propias creencias e imaginaciones. Carmen reaccionó como suponía que debía hacerlo, pagó a Teo las morcillas que le compró, sonrió a todos y se zambulló en una amalgama de olores, voces y ruidos que no la abandonaron hasta traspasar la puerta del mercado por el Rincón de San Esteban, e incluso entonces siguió sintiendo en sus oídos un zambullido de palabras inconexas, frases salpicadas de estallidos mecánicos y golpeteos de cuchillos que, unidos a sus pensamientos como una cucharada de sal dentro de una taza de café, formaban en su cabeza un pandemónium de mil diablos.

Carmen cruzó la plaza cargada de bolsas de plástico. Los chavales seguían corriendo alrededor de los arcos, pero ya no le apeteció unirse a ellos, en el caso de que se atreviera o fuera capaz de traspasar los lindes establecidos por las leyes ilógicas de la edad y de lo que ésta pueda significar. En aquellos momentos, Carmen no sabía dónde se encontraba; después de su reciente cuarentena de silencio y reflexión, esta salida al mercado, la historia que le acababan de contar y de alguna manera la semejanza entre la muerte de don Ruperto y su voluntario encierro, la llevaron como dentro de un suspiro hacia su casa.

Sólo cuando abrió la puerta de su piso y dejó las bolsas encima de la mesa de la cocina creyó comprender que el destino, o cualquier otra cosa parecida, estaba jugando con ella, «como los niños en la plaza del Ayuntamiento, saltando obstáculos que únicamente existían en sus imaginaciones», se dijo como si hubiera descubierto la causa por la que el mundo no se detiene aunque unos pierdan la vida y otros su sombra. Con éstas sacó la compra de las bolsas y canturreando empezó a preparar una pescadilla a la bilbaína; creyéndose, de alguna forma, destinataria de un legado incierto y misterioso.

Una vez que dio buena cuenta de la comida en la mesa del salón, donde en muy contadas ocasiones ofrecía en ella sus favores culinarios, y los efluvios del vino con que acompañó al pescado la fueron relajando, empezó a suponer, y luego creer, que las coincidencias eran símbolos externos, un ajuste de hechos no relacionados que Carmen pensó merecía, en esos momentos de experiencia personal, una fría reflexión, ahora que su estómago no se interfería en sus pensamientos y su decisión de «no ser», para ser ella una nueva persona vinculada a la consciente individualidad colectiva, la convertía en una completa desconocida; algo así como una detective privada investigándose a sí misma y por ende a los demás, destacándose de entre todos la muerte de aquel otro desconocido dentro de un mercado al oeste de cualquier lugar.

Carmen se sirvió un último vaso de vino y con él dejó la mesa para sentarse en una mecedora, situada junto a la ventana del balcón; el sol se había ido ocultando y en su lugar un cielo de nubes sombreaba la ciudad.

Fue un miércoles cuando Ruperto, después de quedarse voluntariamente encerrado en el mercado, como sospechaba Raúl, apareció muerto; al miércoles siguiente su viuda va a comprar por primera vez en cinco años en el puesto donde se lo encontraron; un miércoles más tarde rompo mi voluntario aislamiento para ir al mercado, veo a la viuda, me entero de

todo y lleno mi «Nada» de algo que no sé lo que es. Bueno, pues para empezar no está mal, pensó Carmen, vaciando su vaso de vino. Y ahora viene la gran pregunta: ¿Cómo se guisa todo esto?, dejó el vaso vacío en el suelo, cerró los ojos y meditándose quedó dormida.

—¿Cómo te encuentras, Justa?

—Ya ves, intentando resignarme.

—Ahora debes cuidarte, Dios ha querido llevárselo y lo único que queda es eso, resignación.

—Ya, pero pensar en él, allí solito, muerto hasta que se abrió el mercado y le encontraron tirado en el suelo...

—Lo sé, hija, lo sé.

Las dos amigas, doña Justa y la Hortensia, se consolaban, sentadas en el cuarto de estar de la primera, frente a sendas copitas de anís.

—¿Aún sigues sin explicarte cómo se quedó encerrado en el mercado?

Doña Justa levantó el codo, dejó la copa encima de la mesa camilla, se sonó la nariz, suspiró ruidosamente y calló negando con la cabeza.

Raúl, por su parte, andaba esos días preocupado, a la vez que excitado, ante las visitas que le hizo la policía al puesto, mientras sus compañeros de mercado hacían coros y propagaban las más extraordinarias y disparatadas historias sobre la muerte de don Ruperto.

Carmen, mientras tanto, disfrutaba en la soledad de su apartamento de una paz interior que le resultaba difícil de explicar; era como si la misteriosa muerte de aquel pobre hombre le hubiera proporcionado una especie de felicidad, una honda satisfacción, una fuerza retroactiva que le hizo sentirse culpable por un sinfín de temas no finalizados a lo largo de su vida, bien por miedo, pereza o cobardía.

No lograba entender, no sabía lo que dentro de ella se estaba moviendo; era como si una nueva Carmen estuviera na-

ciendo de esa otra callada y aburrida con la que convivió durante 34 años. Entonces sonó el teléfono; era Raúl que le recordaba su cita, habían transcurrido tres días desde su visita al mercado y para ella era como si el reloj hubiera avanzado tan sólo tres horas. Quedaron en la cafetería Blu's Mery y Carmen pensó, después de colgar, en lo rentable que le había resultado aquella primera salida; un relato extraordinario con vínculos similares a los de su reciente historia, una pescadilla gratis y una cita con el chico que durante un tiempo le gustó y, por qué no decirlo, del que estuvo enamorada.

Hoy lo único que quería de él era una información más completa sobre su muerto, como para sus adentros llamaba al difunto don Ruperto. También, cómo no, se preguntaba, si bien con muy poco entusiasmo por encontrar una respuesta, el porqué de este interés; de acuerdo que aquí se daban muy pocos acontecimientos interesantes y por supuesto, que ella supiera, ninguno parecido al que desde el miércoles la ocupaba, pero también sabía que, aun teniendo este hecho alguna influencia en su monótona existencia, no era la única causa; un mes antes, este mismo acontecimiento no hubiera trascendido en ella más allá del lógico cotilleo de mercado.

Su vacío, ése era el móvil real, su «Nada» recién descubierta, como principio de una nueva creencia y al mismo tiempo su búsqueda, fuera de ella, que le proporcionara algo con que alimentar su nueva y experimental quimera. Estos eran los auténticos porqué y su interés por don Ruperto y las circunstancias que rodeaban su muerte, que dicho sea de paso, y fuera de estas consideraciones, le traía sin cuidado, y sin embargo, estaba dispuesta a lo que fuera con tal de tomar parte en aquel asunto, o en cualquier otro, se dijo en la habitación mientras elegía la ropa que deseaba ponerse para su cita, pero puesto que ya tenía éste a mano para qué buscar más, y sacó del armario un traje de chaqueta.

Esa tarde del sábado el sol lucía como una cabeza rasurada

en una fiesta hippy, las aceras se encontraban salpicadas de jóvenes esforzados por vestir mejor que sus amigos y el viento mareaba las hojas secas de las plazas. Carmen se subió la solapa del abrigo, se retocó el peinado frente al escaparate de una zapatería y pocos minutos más tarde entró en la cafetería.

Raúl, que se encontraba sentado en una de las mesas del fondo, se levantó tan pronto ella se acercó y luego de los clásicos y tensos primeros minutos de un encuentro largamente deseado por él, Carmen fue directamente al asunto. Raúl se sintió aliviado y orgulloso a un tiempo al poder demostrarle lo muy enterado que estaba de aquello que tanto parecía interesarle.

Bueno, pues la cuestión era, según lo que pudo deducir de las conversaciones que mantuvo con uno de los agentes que seguían el caso de don Ruperto, que aquel día el fallecido se personó a última hora de la tarde en el mercado para solucionar algunos asuntos relacionados con sus puestos cuando le sobrevino un amago de infarto. Al sentirse mal, debió ir a la oficina del mercado para llamar por teléfono a alguien sin conseguirlo, porque al parecer cayó antes desmayado; cuando abrió los ojos y se dio cuenta, el teléfono se encontraba en el suelo; intentó llamar nuevamente, pero éste estaba roto; según parece al caer se lo llevó por delante, así es que salió al mercado y, al verse encerrado y a oscuras, le vino un segundo ataque del que ya no se levantó.

Carmen se quedó desconcertada.

—¿Eso es todo, así de sencillo?

—¡Hombre!

—¿Y esas sospechosas coincidencias relacionadas, como tú muy bien advertiste, de los miércoles? —preguntó Carmen con una ironía que rayaba el dolor de estómago.

—Pues no son más que eso, coincidencias; es más, cuando se lo hice notar al agente, me puso cara de gran danés y me

preguntó que si lo que pretendía era inculpar a su viuda. Yo por supuesto lo negué, acto seguido empezó a hacerme preguntas y créeme que me sentí como si me encontrara ante un pelotón de ejecución.

El camarero se acercó a su mesa, Raúl pidió un carajillo y Carmen un café. Una música de piano salía de las paredes del local. Dos hombres sentados en los taburetes de la barra hablaban con el camarero mientras éste trajinaba con la cafetera. Luego puso sus consumiciones sobre la bandeja y se las sirvió. Sólo cuando se alejó, Raúl continuó hablando, bajando el tono de la voz.

—No tienen ninguna prueba que justifique una muerte no natural; en su cuerpo no existían muestras de violencia, y para más inri en su cartera encontraron 58.000 pesetas de un cobro que había realizado aquella misma tarde —Raúl bebió un sorbo de su carajillo sin apartar los ojos de Carmen antes de terminar con sus indagaciones—. Por lo tanto, según he creído entender, la muerte de don Ruperto es, prácticamente, un caso cerrado.

Carmen suspiró decepcionada y se dejó caer sobre el respaldo del asiento.

—No puede ser.

—Pero, por qué, qué te va a ti en este asunto.

—No lo entenderías.

—Prueba —le contestó Raúl muy serio, marcando los codos sobre la mesa.

—Vámonos.

—¿Y tu café?

—No me apetece.

Durante cerca de diez minutos caminaron en silencio, luego Raúl empezó a hablar de vaguedades sin obtener ninguna respuesta. Carmen se encontraba en algún lugar de su nada particular y por mucho que Raúl se esforzó, no consiguió sacarla de su mutismo, hasta que ella quiso. Fue sentados en un banco del paseo de la Vera. Carmen miró por entre las ramas secas y amarillentas de los árboles y empezó a hablar

como si lo hiciera para ella misma, le contó todo; su despido del Ministerio, su encierro en casa, las conclusiones que de éste sacó y su convencimiento de que la muerte de don Ru-perto, precisamente en un miércoles, era una prueba ex-traordinariamente imbécil e inteligente de que todas las co-sas poseían un significado y nada, nada podía variar su signo.

—Nada, ¿comprendes? —le dijo con los ojos inyectados de razón.

Raúl la miró como si le estuviera contando un relato de Cortázar, Boris Vian, Poe, Kafka o de un loco que hubiera asumido todas estas personalidades en un solo cuerpo, en este caso de mujer, y terminó riéndose sin ganas, únicamente por reaccionar de alguna forma. Carmen no se inmutó, volvió a desviar la mirada hacia las ramas frías y soleadas de los ár-boles y le dijo lo que en su opinión debían hacer.

—Escucha, Raúl, escúchame bien, no me importa que me creas o no. Yo sé lo que digo y, aunque te parezca todo esto un poco raro, tiene su lógica. ¿Sabes lo que vamos a hacer el miércoles que viene? —Raúl negó con la cabeza—. Nos vamos a encerrar en el mercado y créeme que encontraremos algo muy gordo, lo presiento.

—Tú estás loca.

—Puede, Raúl, pero si eres capaz de estar conmigo en esto —le acarició la cara—, nunca lo olvidaré —terminó abrazándose a él con una pasión sincera que a ambos les hizo recordar el ardor de otros tiempos.

—¿Tan importante es para ti?

Carmen asintió con la cabeza hundida en su cuello.

—Está bien, lo haremos —concedió Raúl pensativo. Car-men le miró como si fuera la primera vez que le veía, dejó caer la mano sobre su muslo, le besó en los labios y se levantó del banco.

—No —le advirtió cuando Raúl intentó imitarla—, es mejor que no nos vean juntos —Raúl intentó decirle algo, pero ella

se lo prohibió posando dos dedos sobre sus labios—. Yo te llamaré —le susurró, luego se alejó, clavando sus tacones entre las grietas del paseo hasta perderse por completo bajo la luz fría y macilenta de la tarde.

Aquella noche, mientras se duchaba, Carmen pensó en su reciente y brillante idea, en su nuevo socio y en los posibles contratiempos que le podía acarrear, a cambio de servirse de él en este encierro de mercado; un alboroto reglamentado de muertes por infarto u otras propias de una producción subsidiaria, destinada al consumo diario. Entonces se palmeó la frente, cerró los grifos de la ducha, se ciñó al cuerpo la toalla de baño, cogió el teléfono y llamó a Raúl. Esa misma noche hicieron el amor en su apartamento. Carmen sabía por experiencia que si a los hombres no se les calienta el cuerpo se les enfriá la memoria y terminan olvidándose de sus promesas.

Al día siguiente Raúl se fue satisfecho consigo mismo y convencido de que el propósito de Carmen de encerrarse con él en el mercado, como anteriormente lo había hecho sola en su casa, era una extravagancia, un capricho de mujer solitaria, si así lo quería interpretar, pero que en el fondo rezumaba una forma de ruptura, de valiente transgresión que él valoraba en la medida que era capaz de comprenderlo, es decir, no sabía por qué pero tenía que seguir su juego si quería continuar mirándose en el espejo sin desear romperlo con la única arma que en esos momentos poseía, el aburrimiento.

Y llegó el miércoles con un deseo controlado de alcanzar, al menos por un día, la locura de salirse de la vía. Una hora antes de que el mercado cerrara Carmen ya se encontraba dando vueltas por los puestos con una bolsa de deportes al hombro, viendo cómo, poco a poco, los comerciantes iban guardando los géneros en las cámaras y lavaban sus comercios. Raúl hacía lo mismo sin darse mucha prisa, mirando hacia todos los lados, matando el tiempo como podía hasta que el último local de su galería cerró. Entonces Carmen salió de

algún lugar del corredor y se acercó a Raúl. Éste la tomó rápidamente del brazo para conducirla detrás del alto mostrador de la pescadería, apagó las luces del puesto, las últimas que quedaban encendidas, y con el corazón latiéndole por encima de la camisa fue a ocupar su lugar junto a Carmen.

Durante un tiempo permanecieron inmóviles, escuchando los clásicos ruidos del mercado a esas horas; cierres, voces aisladas, pasos alejándose hacia las puertas de salida..., luego las luces de las galerías se fueron paulatinamente apagando y retumbó un último y largo chirrido, que Raúl siempre había interpretado como el final de un día de trabajo, pero que percibió como el comienzo de una experiencia estúpida de la que ya no podía volverse atrás.

Sentado en el suelo miró muy serio a Carmen; ésta le sonrió, se acercó a su oído y le preguntó si ya podían sentirse tranquilos. Sin apartar los ojos de ella, Raúl se limitó a comunicarle, fríamente, lo que pensaba:

—Lo que creo es que estamos haciendo el idiota.

Carmen, a su vez, le respondió besándole la nariz. A continuación dejaron que los minutos transcurrieran lentos, como el compás de una caja de música sonando dentro de sus propios silencios, hasta que Carmen, después de abandonar a gatas el mármol frío y pegajoso de la pescadería, se asomó a la oscura galería, volvió a donde se encontraba Raúl y le cogió de la mano.

—Vámonos.

—A buenas horas te entra la cordura —le replicó éste, moviendo la cabeza con pesar—. ¿No ves que ya no podemos salir de aquí, por lo menos hasta las cinco de la mañana?

—No seas bobo, no me refiero a salir del mercado, sino del puesto. ¿No comprendes tú que lo que tenga que suceder ha de ser aquí? Esta pescadería es la clave y si quieres que te diga la verdad, Raúl, me extraña que no sepas más de lo que me has contado.

–¿Quéquieres decir? –se incorporó Raúl, ofendido.

–Nada, nada, venga, vamos a escondernos detrás de la charcutería, coge la bolsa.

–¿Qué hay en ella?

–Unsaco, noquiero coger una pulmonía.

Instalada convenientemente en su nuevo puesto de observación, a escasos 20 metros de la pescadería, la pareja se protegió del húmedo frío del mercado dentro del saco; recostada en una de las paredes del puesto de Carlos y M^a Ángeles, Carmen se interrogó en silencio sobre la posibilidad de que no ocurriera nada; eso sería, pensó, una lógica que no deseaba ni estaba dispuesta a aceptar, significaría volver a su vacío particular y perder lo que para ella suponía un protagonismo, casual, vale, pero extraordinariamente necesario para sus fines, cuales eran encontrar fuera de ella un sentido con que suplir sus propias carencias, sus ausencias, su absoluta falta de fe, de cualquier fe.

Raúl, por su parte, una vez hecho a la idea de quedarse esa noche encerrado con su antigua novia en el mercado, sin importarle mucho el porqué, viendo el montaje que se había fabricado no pudo reprimir una sonrisa, al tiempo que pensó en su última noche con ella; y con éstas la rodeó con los brazos y empezó a besarle el cuello. Carmen, al principio, se dejó hacer, pero al ver que el tiempo iba pasando sin que nada ocurriera, comenzó a inquietarse, a sentirse nerviosa y un poco engañada.

Finalmente, salió del saco irritada consigo misma y con Raúl, quien no cesaba de mandarle pequeñas miradas burlonas, y se paseó cabizbaja junto a los puestos. No obstante, en su mente revoloteaba con más fuerza que nunca el sentido de sus encierros; primero en el Ministerio, luego en su casa, después las coincidencias de aquellos miércoles que se fueron estableciendo sin su conocimiento y que originaron esta nueva encelada. Algo dentro de ella le decía que no estaba

equivocada y que el principio de su intento por ser ella misma pasaba por el esclarecimiento de la muerte de don Ruperto, o de cualquier otra muerte, así como anteriormente lo hizo el Ministerio con ella.

De vuelta junto a Raúl, la otra Carmen, la del mercado, supo que no tenía que hacer otra cosa que esperar y la solución vendría sola; su compañero de encierro no pensaba de igual forma y prefirió pasar el tiempo ejercitando su virilidad con Carmen, hasta que ella le detuvo para consultar la hora.

—Nadie vendrá, ya es demasiado tarde —sentenció Raúl, con un semblante frío y retador. Carmen asintió con los ojos extrañamente brillantes, luego miró hacia un lado del puesto y se levantó.

—¿Dónde vas ahora?

—Enseguida estoy contigo.

Carmen se agachó, cogió algo del suelo, se dio la vuelta y volvió con él...

—Eso es, ven, métete en el saco, es lo mejor que podemos hacer, ya verás qué bien nos lo pasamos.

Carmen le sonrió, se acercó más a Raúl y enarbolando un tubo de hierro se lo hundió en la cabeza con un solo golpe seco que le dejó postrado contra la pared y los ojos fijos y abiertos. Por las cristaleras laterales del mercado empezó a filtrarse una tímida claridad. Carmen sacó, no sin grandes esfuerzos, el cuerpo yerto de Raúl de su saco, guardó el pluma en la bolsa de deportes junto con el tubo de hierro, limpió con un pañuelo todo aquello que hubiera podido tocar y después de echar una última ojeada a la caprichosa prueba que el destino quiso para ella, se fue hacia un rincón, cerca de una de las puertas del mercado, en espera de que abrieran.

Por fin, pensó Carmen desde su nuevo y último escondite, había sido protagonista de una partida única y el resultado le había sido favorable, para ello había apostado fuerte; había dejado sobre la mesa un puñado de esperanzas, su fe en los

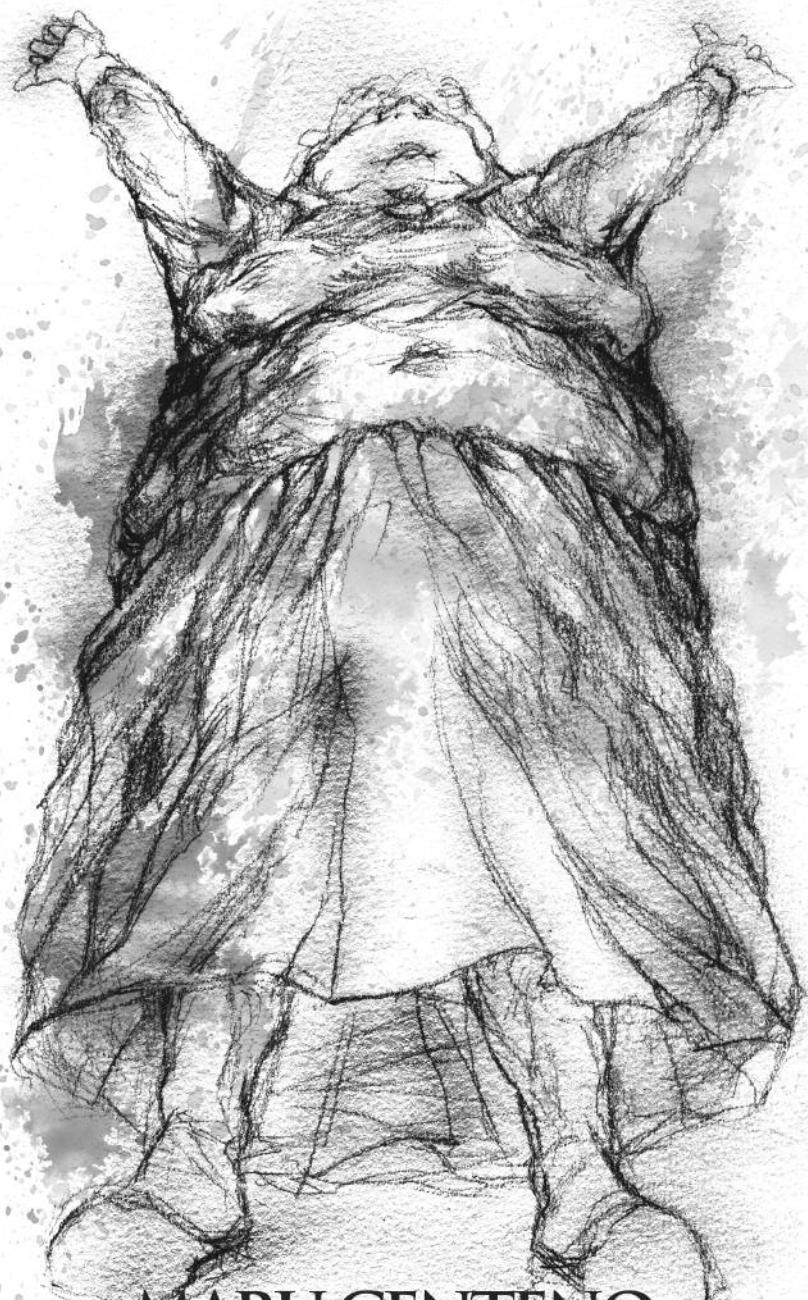
demás, un reguero de sangre fluyendo por la cabeza del pasado y la ilusión de volver a ser ella; una mujer como las demás, todo a cambio de no ser «nada» para sentirse feliz y única responsable de sus actos.

Un par de lágrimas acariciaron sus mejillas mientras los cierres del mercado se levantaron pesadamente; la luz del nuevo día inundó las galerías, Carmen aprovechó la circunstancia y se escabulló por una esquina de la puerta. La plaza del Ayuntamiento sangraba sombras entre las cortezas de los árboles. Carmen sonrió con tristeza, se colgó la bolsa de deportes en el hombro y bajó la calle de Trujillo con los ojos puestos en sus propios pasos. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es la **Plaza de Abastos de Plasencia**.

Este cuento fue publicado en el número 14 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a febrero/marzo de 1994.



**MARU CENTENO
NECESITABA UNA VICTORIA**

MARÍA JOSÉ CAVADAS

Maru Centeno se agarra a llorar como una magdalena cuando escucha lo de «Lola Puñales». No puede resistirlo, se le coge un pellizco en la garganta que le estrangula. De niña quiso ser modista, como su tía. Le contaba cosas del taller de alta costura en la capital. Las modelos, los grandes estrenos, los vestidos largos de fiesta metidos en cajas alargadas de cartón y atadas con cintas de seda. Cuando terminara la siega cogería un tren y se instalaría de ayudante para traer los paquetes, hacer recados, lo que fuera, respirar un poco la atmósfera aquella, hasta que hubiera un hueco para hacer sobrehilvanados y pegar botones. Pero aquel verano conoció al que sería su marido, un albañil de la comarca. Todo empezó en las fiestas. La orquesta tocó un pasodoble y aquel mozo de camisa replanchada la sacó a bailar. A Maru se le olvidó la alta costura y un año después hacían las maletas en busca de fortuna.

Por aquel entonces, turistas pálidos llegaban a las playas ansiosos de sol y sobre aquellos terrenos calcinados brotaron edificios dispuestos a albergar tanta riqueza. En el Nodo se inauguraban pantanos, carreteras y de los estercoleros del litoral salían modernas construcciones vestidas de moqueta. En el cine del pueblo estaban muy atentos por si en algún momento salía de refilón algún paisano y se contaban historias de cómo sonaba el dinero en el sur. Y entre tanto entusiasmo, la Maru tuvo tres hijos en una casa que tenía cocina de formica y sofá de «eskai».

La luz del sur levanta a un muerto, pero Maru se atraganta con la «Lola Puñales» y entonces le entran ganas de pegar fuego al sofá de «eskai» y volverse al pueblo. Cuando eso ocurre, el piso de formica se hace tan pequeño que no puede respirar. Coge la bolsa de la compra y se echa a la calle.

Málaga huele a azúcar. Es imposible dar dos pasos seguidos sin toparse con una pastelería, confitería, heladería, salón de té, panadería–bollería, de tal forma que el perfume del horno ha desplazado a la brisa marina. Y en esta atmósfera almibarada, sus habitantes viven entre la montaña y el mar protegidos por una luz incendiaria.

Hace años que en el Perchel no se pesca una sardina. Sus habitantes colgaron los aparejos y se metieron en esa fiebre del oro que consistía en levantar apartamentos en un trasonche para que, a la mañana siguiente, turistas rubicundos cogieran una insolación. Pero aquella calentura también pasó y al mediodía el barrio tiene el ritmo anárquico de quien vive a salto de mata: un contratillo hoy, una chapuza mañana. En los bares siempre hay alguien y «hacer novillos» no es una tragedia, ni significa fracaso escolar.

A la Maru se le van los «malos rollos» de la cabeza cuando entra en el mercado.

Es pequeño, limpio. Coherente. No tiene grandes aspiraciones, ni quiere parecerse a ningún otro. Pero lo que muestra es de calidad. En los mostradores de las pescaderías se apilan las torres de «concha fina», lisas, brillantes, lavadas. La gamba tiene un lomo rosado y terso. Las sardinas, escamas plateadas que brillan como centellas. Poco más; No pretende rivalizar con nadie. Pero el género es de ley. En aquella soledad, Maru encuentra un poco de equilibrio.

Luisa Méndez no hubiera cambiado su vida por nada en el mundo. Y su puesto de fruta es la mejor prueba de esta vocación. Abrillanta las manzanas y las coloca ceremoniosamente según la teoría de Keppler. Ella no ha oído hablar jamás de ese señor, pero sabe por experiencia que es la mejor forma de apilarlas. Y la más bonita. Las torres de manzanas parecen un mural de tonalidades que van del verde hierba al rojo. Soltera, si no por vocación, sí por exclusión, ha acabado por consagrarse su corazón a las mandarinas y en esta traspo-

sición de amores ha puesto tanto empeño que una cesta de zanahorias parece una composición digna de museo.

La muerte de su madre la volcó aún más en el mercado. Es la primera que aparece a la hora de la descarga y la última en cerrar. Cuando se marcha, echa una última mirada y parece que hasta siente la despedida.

También es el cobijo de Maru. La única persona a quien ha confiado sus sospechas sobre el «tonteo» de su marido con la propietaria de la tienda de frutos secos. Pero Luisa calla. Y nadie sería capaz de arrancarle una afirmación ni una negación. «Tú, a lo tuyo», le dice. «Oye, que es mi marido», replica Maru. «Y ¿qué? Y tú eres tú».

Y de ahí no la sacas. Tanta discreción pone a Maru nerviosa, pero luego reflexiona y piensa que tiene razón, que ella debe estar a lo suyo, aunque no sabe muy bien qué significa eso.

Al pintar el día entran las primeras carretas de descarga. Los ojos están enrojecidos y los golpetazos de las cajas rompen la somnolencia. Silverio Prendes era zapatero en Albacete y siguió la ruta hacia el sur atraído por un sueño de gloria. Sabía que algunos se habían hecho ricos regateando con el cemento y aquilatando la calidad de los baldosines. Intentó hacer cuadrilla, pero alguno más listo se llevó el dinero, suerte tuvo que un cuñado guarda civil le dejara compartir a medias una licencia de taxi y con lo poco ahorrado se hizo con un local. Lleva el bar más madrugador del barrio, donde se trasiegan los primeros «sol y sombras» del día.

Sólo en las primeras horas reina el perfume habitual de las ciudades marineras, porque, un poco más tarde, cuando de las tahonas empiezan a surgir las palmeras de chocolate, los pestiños y los cornetes, Málaga se inunda de un aroma de crema pastelera y ya no queda otra referencia playera que las indicaciones para ir a la costa.

El Perchel dio la espalda al mar. o quizás el mar no fue todo

lo generoso que sus gentes hubieran esperado. Ahora, los «yonkis» inician su viaje alucinado en el puerto, frente a un Mediterráneo calmo y cenagoso. En las callejuelas desconchadas del Perchel hay un tráfico de muerte y los sicarios reparten veneno para que los jóvenes se lo metan en vena junto a la línea azul.

Luisa Méndez tiene hoy una poderosa razón para vivir. Su mercancía es lo mejor que se vende en el Perchel. Frota un tomate con la bocamanga y lo muestra al marido de Maru. «Eh, tú, mira». El otro suelta un gruñido que puede interpretarse de mil maneras. «¿Qué sabrás?», dice para sus adentros Luisa, de una forma que también tiene mil significados. Y entonces piensa en su madre difunta, lo sola que la dejó en el mundo. Y da gracias a Dios por no haber encontrado jamás a un hombre que le chistara.

El Perchel está bajo la protección de la Virgen del Carmen. Y la devoción mariana ha mantenido viva su tradición marinera. Cuando llega la Semana Santa, la sacan en procesión mar adentro en medio de un ritual de cantos y cirios que pone la carne de gallina. Maru también llora entonces, aunque con un sentimiento distinto que cuando escucha «Lola Puñales».

Si hubiera seguido los consejos de su tía, hoy quizás sería primera modista de una firma acreditada de modas. Iría al pueblo con sombreros a juego con el bolso y los zapatos. Caminando muy erguida, como las modelos en la pasarela. A veces, cuando hace la cama, se mira en el espejo de la cómoda y sube los hombros, mete la barriga y anda de puntillas.

Después coge la bolsa de la compra y corre a preguntarle a Luisa Méndez si es verdad lo que se cuenta de su marido con la de los frutos secos, y Luisa le ofrece manzanas muy brillantes y le dice que se dedique a lo suyo.

El autobús que recorre la costa ofrece un paisaje de orilla izquierda plagado de chalets y casitas de veraneo que Maru se conoce de memoria, desde los tiempos que eran simples mo-

jones marcados sobre el terreno calcinado. Los asientos de la derecha dan a un azul inacabable. Curiosamente, esta parte le resulta más desconocida y le llaman la atención las diferentes tonalidades del agua. Cuando su marido trabajaba en la construcción, solía coger a los niños los domingos y visitar las obras. Daba gloria ver lo que habían avanzado en sólo siete días. Lo que era un secarral de cardos se convertía, como por arte de encantamiento, en un bloque de apartamentos. Los edificios se alineaban hasta que la vista se perdía. Y ellos lo miraban con un orgullo infinito.

A Maru le recordaba la conciencia, pero bajó en la parada acordada y se acodó en la barandilla que separaba el pequeño promontorio del agua. Desde ahí veía a los niños jugar con la arena y a las madres charlotear en corro. Esto aumentó su sentimiento de culpa, pero en ese momento ya era tarde para esquivar la cita. Años atrás había conocido a un representante de harinas que le tiró los tejos en repetidas ocasiones. Pero en aquellos tiempos era demasiado joven y se sentía demasiado segura, no había nada en lo que reafirmarse. Ahora las cosas eran distintas, el mundo se despedazaba, al menos el mundo que construyó en su cabeza no tenía las piezas del mismo color.

Aquel martes fue tarde de domingo. Paseo por la playa, un helado de tres gustos en una cafetería y una despedida suficientemente confusa como para alentar la incertidumbre de un encuentro posterior. Al principio regresaba a casa con el corazón encogido, temerosa de ser descubierta. Pero a medida que pasaba el tiempo iba perdiendo la conciencia de furtiva y se cargaba de razones. Mil veces se repetía el derecho a luchar contra la soledad.

Cada martes, después de comer, tomaba el autobús y se apeaba en la misma plazoleta con arriates cuajados de azaleas. En ocasiones el mar se embravecía un poco y la espuma le llegaba hasta casi la barandilla. Ella se retiraba y rompía en

una risa casi infantil. Las modelos de las revistas sonreían así, con una mezcla de ingenuidad y seducción.

El olor a pólvora era lo que más le gustaba de las fiestas. El estallido de los cohetes y las tracas le devolvía a la infancia. Para agosto, el mercado se encalaba de arriba abajo, como en el pueblo el día del patrono. Una comisión de festejos se encargaba de adornar el Perchel con guirnaldas y serpentinas. Luisa ponía los ramos de claveles, rojos y blancos. Los mismos colores que depositaba en el monumento a Jesús el Pobre y en la tumba de su madre. Maru se hizo un vestido tableado sin mangas.

A mitad de la canícula un repiqueteo de tracas y volteo de campanas recorre España de norte a sur y este sonido tiene un inmenso poder para movilizar los resortes de la memoria. En el pasado, Maru saltaba de la cama al toque de diana floreada y desde el balcón de la casa de su padre veía desfilar a las damas de honor, acompañadas del alcalde vestido con el traje de boda, ya un poco estrecho.

Cada vez que escucha el chundachunda de una banda vuelve invariablemente al mismo balcón y esos recuerdos le estrujan la garganta, como la canción de «Lola Puñales». No sabe de dónde nace esa profunda melancolía, pero intuye que algo tiene que ver con la derrota. El Perchel amaneció bajo la misma luz calcinada que las fiestas de su juventud y Maru se preparó entre suspiros de pena y rabia.

Después del cierre, los comerciantes recogieron las cosas y cubrieron los mostradores con mantelillos de cuadros. La dueña de la tienda de frutos secos se marchó a cambiarse de ropa. Se despidió con un «hasta ahora» y al marido de Maru le sobró todo lo que tenía alrededor. Llegaban los músicos y en los lebrillos empezaba a mezclarse la primera limonada.

En las artes de la guerra jamás se han incluido los perfumes, pero Maru presentó batalla envuelta en un profundo aroma de nardos. Una mujer sabe que la victoria depende de

un gesto ágil y calculado. Un tono de voz, una mirada, un movimiento del pelo. Había llegado a ese punto en que sobrevivir equivale a muerte y se lanzó al ataque con la temeridad del que no tiene nada que perder.

Estas decisiones emanan una energía que corta el aire y al entrar en el mercado se hizo un profundo silencio, como en los momentos cumbre de las grandes jugadas, en los que apenas se escucha el crujir de los naipes. Maru hizo ademán de coger un vaso y mil manos se ofrecieron. Durante unos segundos nadie soltó palabra y sólo cuando dejó escapar un «Buenas noches» seco y cortante hubo algo de alivio. La partida había terminado.

La brisa marina adensa el olor a vino y sudor y Maru salió a respirar un poco. Una ligera neblina había tapado las estrellas y se acordó de otros tiempos, cuando su padre le indicaba el camino de la vía láctea mientras tomaban el fresco en las noches de estío. La llanura manchega está plagada de luceros centelleantes y los grillos marcan una sinfonía adorcedora. O quizás era que los recuerdos parecen infinitamente más lúcidos que el presente. Maru pidió otra sangría.

La música le zumbaba en los oídos y aún no había conciliado el sueño cuando el sol marcaba una línea naranja en el horizonte. A veces la frontera que divide el éxito y el fracaso es sólo un pequeño charco. Ella lo había saltado vestida con los tacones de su madre, como una colegiala. Y le dio risa. Quiso preguntarle a su esposo algo que aún le quemaba, pero se dio media vuelta y se puso a pensar en sus cosas. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de El Carmen, del barrio del Perchel (Málaga)**.

Este cuento fue publicado en el número 16 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a junio/julio de 1994.



**MI MADRE
Y EL MERCADO**

ANTONIO CALVO ROI

Y

a no aguento más. La necesidad de deshacerme de mi madre es fuerte como una roca y si no la atiendo me saldrá una úlcera o algo peor. Y, además, no terminaré de heredar nunca, maldita rata tacaña. La verdad, si hubiera sido generosa, no hubiéramos llegado hasta aquí, pero parece que se empeña en ello. No me deja ni mandar en la finca, ni tener tarjetas de crédito a mi nombre, ni dinero en metálico, ni una cuenta corriente mía. ¡Y tengo ya 45 años, caramba! No puedo salir con esas chicas tan monas que están en todas partes y que, me parece, piden dinero luego, según me cuentan los que trabajan en la finca. Y dicen unas cosas de esas mujeres y de lo que pasa cuando vas con ellas que me muero de ganas de ir. No puedo comprarme videos o revistas. No puedo hacer nada más que ir con ella o pasear por ahí sin un duro en el bolsillo. Y eso se va a acabar.

Mamá lleva siempre unos abrigos muy caros, bastante poco frecuentes en Mérida, que tiene en un armario de la finca. Desde que murió papá ella manda en todo, incluso en mí. Dice que soy débil de carácter y que no sabría qué hacer con la finca y el dinero. Jé, claro que sabría. Con la de mujeres de esas que hay por ahí.

La vida aquí no es muy aburrida, pero tampoco tan divertida. A veces montamos a caballo, aunque sólo me deja hacerlo si ella viene conmigo. Si ella no sale, dice que yo no puedo salir tampoco. Y una vez que me escapé hasta las cochiqueras yo solo, hace mucho, me castigó sin postre durante un mes. Dice que me perderé y no sabré volver si me marcho y que, además, siempre vuelvo sucio. Cuando se enfada dice que parece mentira que tenga la edad que tengo y no sepa hacer la o con un canuto, pero es mentira: he probado y con un canuto sí que sé hacer la o. De pequeño no fui al colegio, me

parece. No me acuerdo muy bien, pero venían a casa profesores, aunque no me gustaba nada.

Salimos poco de la finca, que está en el campo, claro. Por ejemplo, nunca he estado en otro sitio que no sea Mérida y allí sólo para ir a comprar. Hay casas de piedra y otras más modernas, de ladrillo. La ciudad me gusta. Es diferente de casa, pero me gusta. Mamá dice que hay gente mala por todas partes y que tiene que tener cuidado para que no le quiten el bolso y todo lo demás. No se a qué se refiere cuando dice que todo lo demás, aunque a lo mejor es a los abrigos de animales que lleva, a los collares que suenan como cencerros y a las pulseras que casi no puede levantar el brazo con ellas.

Habitualmente vamos al mercado en el Land Rover con Pascual, que nos espera en la puerta y que suele llamar un poco la atención. Sobre todo por el coche, tan grande y tan limpio en un sitio donde todos suelen tener más polvo que el camino de Santiago.

De todas formas, mi madre, aunque llegara sola y vestida más normal, también llamaría la atención. Le gusta mucho hacerlo. A mí, en cambio, me gusta pasar inadvertido. Por eso muchos días que vengo al mercado traigo mi gabardina y el sombrero de papá, y entro del brazo de mamá sin que nadie me reconozca. Algunos se confunden y me saludan por mi nombre, pero tengo la impresión que lo hacen sólo por molestar. Yo no les digo nada y, como llevo gafas oscuras, no saben dónde miro.

Mientras mi madre compra, yo me paro delante del puesto de los pollos y los huevos –Gómez: aves, huevos, caza– y miro. Escojo uno de los que están colgados cabeza abajo, normalmente un pollo, aunque otras veces es un faisán de esos que tienen aún las plumas y gotean un poco de sangre, escojo uno, digo, y me apuesto algo a que va a ser el primero que despachen. Como apuesto conmigo siempre gano. No me gusta irme antes de que lo vendan, así que a veces me quedo

allí mucho rato, hasta que mamá o Pascual vienen a buscarme. Una vez Pascual tuvo que tirar de mí para que me marchara, porque el mío era el único pollo que quedaba por vender y estaba seguro de ganar. Como me pudo, volví muy pronto a la mañana siguiente hasta que lo vendieron.

También elijo un huevo, pero de esos se venden muchos y no me ha pasado el elegir uno y que no lo hayan vendido muy pronto. Bueno, supongo, porque tengo que mirarlo muy fijamente para saber cuál es y no perderlo y hay veces que me parece que me confundo. Es que los huevos son muy parecidos los unos a los otros. Con la fruta y el pescado también lo hago de vez en cuando, pero me gusta más la pollería. Sobre todo por el olor. El de la fruta suele parecerme demasiado dulzón, el del pescado se me atraganta un poco y el de las carnicerías de verdad, las que tienen vacas y corderos, me parece demasiado espeso, demasiado evidente que huele a sangre. El de las pollerías es delicado, más sutil que ninguno y dentro de él se puede reconocer el olor de cada especie y, si me dejaran tiempo, el de cada pieza.

De todas formas, para lo que quiero hacer, para matar a mamá de una vez, me parece que los mejores aliados son los fruteritos y sus puestos de colores. Entre el blancuzco rosáceo de las pescaderías, el monótono rojo de las carnicerías y el dorado de la panadería, el colorido rojo y verde y amarillo y marrón –casi nunca azul, la verdad– de las frutas destaca como un cuadro. Además, como muchas veces están abiertas las enormes sandías, algunas calabazas y los cocos, el colorido es aun mayor. Así que, como digo, mis mejores aliados son las fruterías o, mejor dicho, las frutas. Necesito una cáscara de plátano en el sitio justo el día adecuado. También he pensado otras posibilidades, pero me parecen demasiado complicadas para que resulten. La gracia del asunto es que parezca un accidente, que nadie me pueda acusar. Si me acusan y tengo que ir a la cárcel sería una lata y, como dice Pascual, para ese viaje

no hacían falta alforjas, aunque creo que, en este caso, se equivocaría, que para la cárcel hacen falta unas buenas alforjas.

Llevo ya tiempo pensando en ello casi como un profesional. El mercado es el lugar adecuado por varias razones. Primero, es el único sitio al que vamos. Y como con ésta me convenzo siempre, no hacen falta más razones para elegir el lugar. Segundo, un resbalón sería perfecto y en el mercado, en las escaleras, suele haber alguna hoja de lechuga o restos de papeles y fruta.

Nunca he visto solomillos, la verdad, ahora que lo pienso. Los del mercado son los cuatro escalones más peligrosos de la zona, de cemento pero con una tira de metal en el canto que a veces veo incrustándose en el cráneo de mama y manchándose de rojo, con su olor peculiar, ni tan espeso como el de las carnicerías ni tan sutil como el de las pollerías.

Una vez casi conseguí que ocurriera. El día anterior, disfrazado como suelo hacerlo y sin que mamá me viera, cogí un plátano en una frutería. Para disimular también cogí una naranja, un aguacate y un kiwi sin que me viera nadie, tiré todo detrás del puesto y me quedé sólo con el plátano, que guardé en el bolsillo de la gabardina. Por la mañana del día siguiente, cuando fui con mamá al mercado, traté de dejar caer el plátano justo delante de su pie, para que lo pisara en las escaleras, pero no tuve suerte. Le dio en la pierna y pensó que era un animal o algo, así que, con una agilidad que yo creía que no tenía, la movió hacia delante y le atizó una patada tremenda al inocente plátano que fue a parar contra el puesto que estaba enfrente. Por suerte, ella tropezó un poco y nadie, ni ella misma, que sin gafas no ve nada, relacionó el tropiezo con el platanazo que se llevó el vendedor de lotería. En todo caso, aunque a mí no me pasó nada, fue una maniobra fallida que me obligaba a pensar en otra cosa pronto.

¡Veneno!, dije para mí al despertarme de una siesta en

casa. Si consigo un buen raticida y lo meto en lo que compre, luego ella se lo come y Santas Pascuas. El caso era cómo conseguir un buen veneno que no se note demasiado, ni de sabor ni luego. Un poco difícil. ¡Pescado!, pensé otra tarde después de la fecunda hora de sesteo. Estoy seguro de que si meto en el pescado unos buenos alfileres, cuando se lo coma se atraganta y al carajo. Aunque siempre le quitan las espinas antes y, aun así, se da bastante maña para quitarlas ella y supongo que los vería. Un poco difícil. Pero si el veneno se nota y los alfileres los notaría, quizá sea más fácil si consigo que se atiborre de algo. Como es si tiene mucho chocolate, por ejemplo, se lo come todo y puede que le siente mal. Por eso vamos al mercado cada día, no sólo para pasar el rato sino para comprar lo que le gusta cada día y que no almacena para que no se le gaste en el día, o algo así. De todas formas, creo que nadie se muere de indigestión de chocolate. Entonces, ¿de qué?

Gómez, cómo no, el de mi pollería favorita, me dio la solución. Un montón de huevos de codorniz, tan pequeños, tan blanquinegros, tan graciosos, tan amontonados en sus cajitas transparentes como de huevos de juguete, seguro que eran capaces de producirle una crisis hepática. Pero como no sabía si querría tomarse los treinta y cinco o cuarenta huevos que supuse que hacían falta para este negocio, pensé que tenía que tomar cartas en el asunto y buscar la manera adecuada de hacérselos tragar.

Con el Cheminova de cuando era pequeño, después de todo no hace tanto, puse los huevos en un matraz al fuego y a través de un serpentín, tal como se destila el agua, destilé la esencia de los huevos, su sustancia íntima, una arenilla con una especie de humillo raro. Claro que era posible que lo que hace daño al hígado sea, precisamente, lo que rodea, lo de relleno, lo blanco y lo amarillo, es decir. el huevo en su conjunto y no el espíritu huevil. Pero había que arriesgarse.

Mamá cenaba siempre una tortillita francesa, así que, para no levantar sospechas, hice yo una con la esencia de los cuarenta huevos de codorniz y medio de los de gallina normales. Quedó bastante aparente, aunque pequeña. Unos minutos antes de que le subieran a su cuarto la tortilla de verdad, aparecí yo con la mía, que había hecho con el fuego de la chimenea en una sartén que cogí de la cocina. Le pareció espléndida y un detalle por mi parte el que se la trajera personalmente.

Con la voracidad que la caracteriza cuando está sola o conmigo, se la zampó en un momento, acompañada por dos vasitos de vino. Yo no sabía si esperar que se pusiera morada o más bien amarilla si era un problema hepático o marcharme como si nada, lo que acabé haciendo dado que no aparecía ningún síntoma. Me acosté con la ilusión de que por la noche el hígado la dejara seca. Sin embargo, por la mañana, fresca como una rosa, me vino a despertar para dar un paseo a caballo.

Otra vez, mirando el puesto de frutas, mientras tardaban en llevarse la lechuga que yo había elegido como compra de la próxima clienta, se me ocurrió que alguna hortaliza de sabor fuerte, como rabanillos o apio, podría servir para camuflar un veneno más efectivo. O, mejor aún, algo del puesto de frutos secos, con colores pardos y olores moros, con sus bandejas llenas de aceitunas grandes y pequeñas, verdes y negras, con aliños de todo tipo, con los cristales detrás de los que las patatas fritas y los cacahuates siempre me tientan. En este puesto había banderillas de primera, que a mamá le gustaban a veces, y algunos otros picantes ricos. La cuestión era decidir qué veneno y encontrarlo, o sea, estaba como al principio. El matarratas que a veces se utilizaba en casa se notaba mucho en el sabor, tal como comprobé al probarlo.

Un día, leyendo el periódico, se me ocurrió que podía conseguir clembuterol e inyectarlo en un pedazo de carne para terminar con ella y que pareciera un accidente. Sin embargo,

hice unas investigaciones y me enteré de que tenía que ser una dosis muy grande para matarla y que tampoco se aseguraba la muerte. Joder, no es nada fácil matar a una madre y que no se note.

Mientras, yo seguía desesperado sin poder ir con esas mujeres tan guapas, o incluso con alguna de las feas. Pascual y los demás me decían que sin dinero era imposible y que no podía ir con ellos, que me parece que iban todas las semanas, si no llevaba, por lo menos, veinticinco mil pesetas. No sé si exageraban un poco para dejarme en tierra pero, aunque fuera menos, yo no tenía ni un duro.

Un día lo vi claro. Por alguna razón las escaleras del mercado estaban un poco más sucias de lo normal. Como yo iba andando un escalón por delante de ella, casi resbalo al pisar una inevitable hoja de lechuga.

Entonces la vi, allí, justo en el borde del segundo escalón, con su dorado real y las preciosas manchitas negras, con hilitos colgando, con la textura de la carne perfectamente marcada, una impecable cáscara de plátano sucia y resbaladiza.

Con mimo, agarre a mamá del brazo para bajar la escalera, hice el quiebro idóneo para que pusiera el pie sobre ella y ¡se paró de golpe! Se había olvidado el bolso en el coche y me pidió que fuera a por él. Pensé que, después de todo, mejor; casi seguro que se caería sola. Cuando volví del coche, sin embargo, estaba ya comprando en un puesto y la cáscara seguía como si nada en el borde del segundo escalón. Casi la piso yo, de rabia.

¿Es que no podía un hombre honrado matar a su madre en un mercado? ¿Eh? Pues parecía que no, ni en un mercado ni en ningún otro lugar. Quizá yo no fuera un asesino de temple probado, pero tampoco un inútil. ¿O sí? ¿Cómo leche podría hacerse? ¿Es que no puede un hombre, si le apetece, estar con mujeres de su edad, o un poco más jóvenes, por favor?

Harto de todo, decidí que a grandes males grandes reme-

dios. Un estacazo y a otra cosa. Casi a punto de irme a por ella soñando ya con las otras mujeres, sopesando la estaca en la caseta de las herramientas, pensé que para qué quería la finca y el dinero si en la cárcel no me dejarían salir ni tampoco podría avisar para que vinieran esas mujeres, así que lo dejé. Tenía que parecer un accidente, pero eso era condenadamente difícil.

El dios del mercado central, que seguro que existe, acudió en mi auxilio por fin. Pascual, un día que yo me había quedado en casa, llegó hecho una estatua de pálido y me dijo que mamá se había caído en el mercado, que estaba sucio y que una hoja de lechuga...

Corré con él al hospital, el corazón brincando de alegría y la cara seria, y allí estaba mamá, con la cabeza abollada y más muerta que los pollos que cuelgan cabeza abajo en las pollerías. No pude reconocer el olor que había presentido tantas veces con tanto desinfectante de hospital y tanta asepsia. Había gente que decía que lo sentía mucho y que me acompañaban en el sentimiento y yo le daba la mano muy serio a todo el mundo y decía que sí.

Esa noche no pude ir con mujeres, ni Pascual ni los otros me lo propusieron. De todas formas, a mí me parecía feo hacerlo antes de enterrar a mamá, así que nada. Al día siguiente fue el entierro y luego vi al abogado de la familia, que vino a casa. Me dijo que mamá había dicho que él administrase la finca y las cuentas, pero no le dejé y le obligué a darmel todo. Cuando pude disponer de dinero, fui y vi que era verdad lo que decían Pascual y los otros. Que veinticinco mil cada una. A ellos les debían conocer y no les veía pagar, pero yo me trataba cada vez.

En poco tiempo, y con los muchos amigos que no sabía que tenía y que surgieron de golpe, gasté todo lo que había en la cuenta, que no era tanto. Luego vendí la finca y en unas cuantas fiestas con muchas mujeres me quedé sin dinero. Es

que los precios, según me dijeron, cambiaban. Si había más gente en el sitio, era más caro y como a mí me gustaba tanto iba seis o siete veces cada día, por lo menos.

Las mujeres esas decían siempre que qué barbaridad, que cómo era yo, pero debía ser por haber estado tanto tiempo esperando para ir allí. Total, que era bastante dinero cada día. Me había instalado en un hotel, pero me echaron a los seis u ocho meses, cuando me quedé sin blanca y no encontré ni a uno de los amigos de antes.

Ahora vivo en el mercado, el único sitio que me gusta y que no me cobran por entrar. Por la noche me quedo casi siempre dentro, sin que nadie se dé cuenta; como no llevo gabardina ni sombrero y las ropas están un poco viejas, he visto que ahora paso inadvertido de verdad. Durante el día voy por los puestos, entretenido con mis apuestas y recordando a las mujeres esas. De vez en cuando cojo algo de fruta de un puesto en el que la señora es un poco mayor y ya no ve tres en un burro. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Calatrava (Mérida)**.

Este cuento fue publicado en el número 17 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a agosto/septiembre de 1994.



EL SOL SALE PARA TODOS

IGNACIO ARANDA

J

erónimo Flores era uno de esos jóvenes españoles que, sin darse ni cuenta, se había plantado en los treinta y cinco años sin haber hecho otra cosa en la vida que opositar a la Administración del Estado, habiendo conseguido en una ocasión un meritorio puesto número cinco mil, y esperar, siempre esperar, con paciencia y resignación franciscana.

Sus sueños se mecían al compás de un despacho bananero –en un Ministerio o similar–, en el que lo máximo que ocurriría cada año fuera la onomástica del jefe, o el cambio de las grapas en la grapadora. Aquella visión romántica estaba impregnada del olor a rancio y amarillento fichero y, sobre todo, del sonido de las antiguas máquinas de escribir; un sonido no demasiado brusco, hay que decir, sino más bien un «tacataca» lento y acompasado, como susurrante, que no turbase ni por casualidad el estado mental alfa de sus compañeros y menos aún el suyo. Sin embargo, sus sueños eran tan improbables como irreales, y lo sabía, sabía que aquel «parque jurásico», tantas veces recreado en su imaginación, unas veces como acicate para el estudio, otras como puro ejercicio de placer, ya no existía: la informática había acabado con lo que él llamaba «el karma burocrático», como «la bacteria asesina» devora los tejidos de un cuerpo sano, en cuestión de horas, sin piedad.

Así pues, tras varios años de fracasados intentos de asalto a la Administración Pública, Jerónimo recabó administrando toda suerte de frutas y verduras en el pequeño puesto que su padre, ya mayor, desatendía en el Mercado Central de Zaragoza. Y aquí es donde comienza la auténtica historia de Jerónimo. Lo demás: el bachiller, la carrera, aquellos años de oposiciones y sinsabores, y más oposiciones y más sinsabores, sólo son una anécdota vulgar que podría corresponder a la vida de cualquier otro. Porque lo suyo, su vida, su destino,

lo que él mismo llamaba, cuando se ponía filósofo en algún bar de la calle Las Armas, «El esencial Jerónimo» era la frutería, y el Mercado Central, su «universo ontológico». Hay que decir aquí, y a la vista de tales reflexiones, que algunos compañeros consideraban a Jerónimo seriamente tocado en alguna zona del cerebro, donde confluyen los libros que Jerónimo nunca dejó de leer y el consumo de alcohol que, con el paso de los años, nunca dejó de incrementar.

Precisamente hoy, como casi todos los días, tomaría algo, antes de abrir el puesto, en «Casa Joaquín» y así después, ligeramente anestesiado, podría lidiar las primeras clientas de la tarde sin experimentar un choque demasiado brutal a esas horas del día, bajo el sol de agosto en la plaza de la Justicia. Joaquín le recibió entusiasta, como siempre. Tras una brillante calva que ambientaba con su fulgor cerúleo las canículas tabernarias de aquel estío se ocultaba una no menos brillante, aunque sí sorprendente, inteligencia: Joaquín, «el de la taberna», lo mismo te canta una jota que te recita en verso «el materialismo dialéctico», y todo ello mientras te pone un vino, tira una caña o sirve unas raciones. La bodega, de pertinaz umbría y rancias protuberancias olorosas, era el singular marco de un cónclave de vecinos, aficionados a la filosofía, al vino y al Real Zaragoza. Ayer, sin ir más lejos, entre cerveza y cerveza, y algún que otro chascarrillo de la tierra, le habían dado un repaso, como el que no quiere la cosa, a *La crítica de la razón pura*, y si Emmanuel Kant hubiera estado allí, mismamente con su levita estilo imperio, de seguro que invita a todos a una ronda, tras felicitar a Joaquín por sus caracoles con tomate y su conocimiento sobre «la trilogía crítica».

Pero hoy no había contertulios, tan sólo el trajín de Joaquín tras la barra, organizando un fregatín, y fuera de ella, ordenando, a un lado de la taberna, toda una pared llena de cajas de refrescos y algunos toneles amontonados en el rincón, bajo

una televisión estilo imperio, testigo mudo –dado que probablemente no funcionaba– de tanto saber, y de tanto saber sin que se sepa que se sabe. Al otro lado de la única pared sin cajas de refrescos apiladas, un ventilador de potentes hélices le envió una ráfaga de aire denso y caliente sólidamente impregnada del rumor de unos mejillones en escabeche que se teaban en la barra a la espera de algún comensal. Recibió el mensaje. Precisamente Joaquín solía guardar los libros entre las latas de conserva, en concreto en la sección de los mejillones en escabeche. Allí estaba, era el *Sermón del ser y no ser*, el magnífico poema filosófico de Agustín García Calvo que le había pedido hace unos días.

Aún no eran las cuatro de la tarde cuando Jerónimo, libro bajo el brazo y andar cansino, desembocaba en la plaza de Lanuza, llamada así en homenaje al justicia de Aragón Juan de Lanuza, ajusticiado –valga la redundancia– por el torvo Felipe II, dejando claro para la historia que por aquel entonces las autonomías no estaban de moda. Jerónimo pensaba a menudo en esta secuencia de la Historia y si cerraba los ojos y hacía desaparecer en su imaginación la impresionante nave que, ocupando la práctica totalidad de la plaza, conformaba lo que conocemos como el Mercado Central, podía reconstruir esta y otras ejecuciones y autos de fe que allí se celebraban, podía oír desgarradores lamentos, blasfemias indescriptibles y tensos silencios multitudinarios.

El cláxon de un «mercedes» que, de repente, se le venía encima al doblar la esquina, se le antojó fantasmagórico y, a la vez, muy real, porque sólo la muerte era real, pensó; el chirriar desesperado de un frenazo, la muerte, su inevitable efecto de presencia; al fondo, el Ebro guardaba silencio al pasar por el Pilar y, más cerca, casi a las puertas del mercado, definiendo lo que con buen criterio se llama avenida de César Augusto, los restos de unas murallas romanas tocaban una sinfonía intemporal.

Subió las escaleras del mercado y penetró en el recinto: siempre le había impresionado la luminosidad cenital, que, como en las catedrales góticas, flota en lo alto, dibujando ornamentos. Celosías y estructuras de hierro forjado que, a su vez, enmarcaban bellos paneles esmaltados con motivos alegóricos; luz de cielo y hierro que luego caía, corno derramada por el patrón de los comerciantes, tenuemente, sobre los puestos de comercio –tan tenuamente que había de ser ayudada por modernas luces de neón–, y componía aquellos hermosos bodegones hacia los que el comprador, hipnotizado por la belleza y disposición del género o por el más prosaico reclamo del precio, dirigía sus disputados pasos. Jerónimo dirigió precisamente los suyos hacia su puesto; por la mañana no había abierto porque había tenido que acudir a un funeral, ya se sabe, compromisos familiares: con el padre pasando unos días con la hija de Barcelona y la madre delicadita y en cama la mayor parte del tiempo, no le había quedado otro remedio que cerrar y asistir al entierro. Fue por eso por lo que cuando, después de comer, vio el libro de García Calvo en la taberna de Joaquín pensó que había muchas cuerdas que tocar aquella tarde.

Y desde luego que las había. Lo que estaba viendo no eran visiones, no; aquel tipo calvo, con barba y la mirada tan ida que parecía un San Antonio, le estaba preguntando, al otro lado del mostrador, en el interior de su propio puesto que ¿qué deseaba? El suplantador llevaba una camiseta hortera con unas uvas estampadas en el pecho y un anagrama en inglés «fruit of the loom» y había cambiado el rótulo: JERÓNIMO F.: FRUTAS Y VERDURAS, elegante a la par que discreto, por otro más rimbombante: EL SOL SALE PARA TODOS, y alguien había añadido a bolígrafo: menos para Jerónimo.

Esto último, sin duda, una broma de algún compañero, le pareció decididamente de muy mal gusto, y sobre todo implicaba a sus compañeros en aquella superchería y con aquel

loco. Miró a su alrededor, como buscando una explicación; la escasa actividad que el mercado registraba a esas horas y en esas fechas permitía que muchos de los puestos permaneciesen cerrados, pero los que estaban abiertos no se estaban perdiendo un solo detalle del asunto. Sin embargo, al cruzarse sus miradas con la suya las retiraban cobardemente o volvían a los misteriosos cuchicheos que no habían cesado desde que entrara en el recinto.

¿Qué estaba pasando aquí?, se preguntó brazos en jarras, largo suspiro y ojos buscando una cámara oculta entre los «ternascos de Aragón» de la carnicería de enfrente; aquellos ojos vidriosos bien podían ser el objetivo camuflado de alguna pequeña cámara, perteneciente a cualquiera de esos programas de televisión, tan de moda, que acechan al inocente ciudadano para destruirle sin piedad.

Probó con el presunto loco, le habló despacio, pausadamente, razonándole como a un niño, algo así como «vamos a ver..., me llamo fulanito de tal y esto es mío, ¡qué cojones hace usted aquí con e-sa-ca-ra-de-ji-li-po-las!»...

Le estaban terminando lo que parecía un excelente bordado en la ceja izquierda, en la sala de curas de la comisaría del barrio, cuando descartó definitivamente la posibilidad del *reality show*.

Tras haberle llamado de todo al suplantador y al borde mismo de la violencia total pensó que aparecería, salvíficamente, emergiendo entre los pepinos, la graciosa del *Tatocao* –conocido programa basura–, pero no fue así; cuando, saltando por encima del mostrador, destrozando unos magníficos melocotones de Movera –y demostrando así que no es un auténtico frutero–, se le vino encima el energúmeno, pensó que se trataba del presentador del *Inocente-Inocente*, conocido por su corpulencia y sus alardes deportivos, pero no fue así; ahora la policía, tras apañarle una ceja y recomendarle un dentista, le comunica que míster Sam Dunga, que así se llama el ínclito

frutero –un norteamericano de origen brasileño pero afinado y nacionalizado en España–, tiene los papeles de la frutería en regla, que la licencia es suya, que el puesto es suyo y que por esta vez no se tendrá en cuenta el altercado y que, en resumidas cuentas, a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Gentilmente, el funcionario de policía, tras abrirle la puerta y palmearte en el hombro indicándole la calle, le recordó que no se olvidara del libro; «*Sermón del ser y no ser*», leyó el policía al entregárselo, y, al instante, un baño de compasión en forma de sudor frío le recorrió el cuerpo, «¡Pobre! –pensó–, no le van a pasar cosas...»

Se encontraba en la calle con un libro bajo el brazo y un desconcierto total. De hecho estaba aturdido; su mente se había atascado en algún momento del día y caminaba mecánicamente, como un autómata, hacia el Mercado Central, o quizás pasaría primero por la taberna, un trago de algo le haría bien, también necesitaba el consejo de Joaquín. Cuando entró, se desarrollaba en torno a la barra un animado cónclave de asiduos: uno decía que el Madrid había fichado como entrenador a Soren Kierkegaard, mientras otro insistía, machaconamente, que nadie canta mejor la jota que Spinoza.

Todo era extrañamente incoherente, pero para extraño el silencio que se hizo cuando advirtieron su presencia: dos de ellos se marcharon pretextando cosas urgentes que hacer, el de la jota se fue a los servicios y el otro recordó que debía leer urgentísimamente un artículo en el periódico.

Demasiado jaleo para tan poca cosa: que su padre –a la vejez viruelas–, sorbido el seso por una querindonga muy conocida por aquellos lares, pues fuera en mejores tiempos estrella del «Plata» –afamado café cantante de la ciudad–, chocando visiblemente y anulada su voluntad por la madura pero todavía exuberante folclórica, vendiera sigilosamente todo su patrimonio y se fuera «a comprar tabaco» al

más puro viejo estilo, era la leche, pero que él fuera el último en el mundo en enterarse era para golpear la barra con la cabeza hasta que desapareciera una de las dos cosas y no quería abusar de la barra. Joaquín se lo despachó con unas cuantas frases hechas del tipo «al mal tiempo buena cara», se le veía incómodo y no quiso prolongar más aquella situación. Cuando salió de la taberna sintió que, en aquella especie de descenso a los infiernos, había saltado un nuevo abismo: tampoco tenía amigos.

Visitó todos los bares de la zona, y a medida que iba perdiendo los papeles notaba que se encontraba mejor, aunque sus pasos, una y otra vez, le condujeran con cruel insistencia a las puertas del mercado.

Así que, en una de esas, entró. Debía faltar poco para cerrar pues ya era tarde, pero un solo instante de mercado le hizo revivir toda su joven vida entre aquellas paredes de piedra y hierro. La felicidad es como la salud, pensó, cuando la tienes no la percibes; pero ahora, como la recordaba, como sentía, a medida que avanzaba por el pasillo central, cada olor: los encurtidos, las chacinas, los menuceles, la fruta, el pescado, cada detalle, cada color; «la polifónica del buen manjar» tocaba para él los últimos acordes de una sinfonía trágica.

¿Pero, qué ocurría con sus compañeros, acaso no le veían? Ahora ni siquiera cotilleaban entre ellos: simplemente le ignoraban. Pensó que deambulaba por aquellos pasillos algo así como si fuera «el fantasma del Mercado Central». De hecho sentía, desde hacía rato, una sensación, si es que es posible explicarla, de incorporeidad, como si estuviera diluyéndose, por momentos, en el ambiente. La verdad es que no había bebido para tanto. Probablemente esa actitud «indiferente» formaba parte de esas extrañas conspiraciones que a veces, espontáneamente, surgen en la colectividad con el ánimo de suprimir a alguien: «esse est percepit».

Puesto que era el fantasma del mercado, se le ocurrió que

debía visitar el semisótano, que es un lugar muy apropiado para «almas en pena». El semisótano albergaba los almaceres, cámaras frigoríficas, oficinas y los recintos donde los obradores hacen los más exquisitos productos para la charcutería del mercado. En uno de ellos acababa de entrar, precisamente, míster Sam Dunga. Fue entonces cuando, a través de la puerta entreabierta y de una especie de niebla —que no dejaba de ser incongruente—, vio una hilera de cabezas de cordero y al final de ellas, al lado de la máquina de triturar, tan silenciosa como había sido su vida, creyó ver, horrorizado, la cabeza seccionada de su padre. Al lado, míster Sam Dunga afilaba un largo cuchillo de carnícola y avanzaba hacia él que, aterrorizado, huía, ciego en la espesa niebla.

El desesperado cláxon seguido del histérico frenazo no había impedido la colisión: el dueño de la más grande cadena de hipermercados del país no había podido evitar que «un imbécil, hojeando un libro mientras cruza la calle, se le metiera de lleno en el morro de su imponente mercedes». Enseguida se había hecho un corrillo de vecinos y conocidos de Jerónimo que increpaban al automovilista y prestaban los primeros auxilios a la víctima, inconsciente en el asfalto.

Jerónimo, tras un rato de fuerte conmoción en la que parecía delirar, abrió los ojos mareado: desde el suelo el morro de aquel coche le pareció el edificio de la ONU en contrapicado.

A un lado, el americano míster Sam Dunga trataba de disculparse y ofrecer una generosa indemnización. Explicaba que llegaba tarde a una importante reunión en el ayuntamiento, en la que se discutirían los términos económicos del asentamiento del más grande hipermercado de la ciudad.

Llegaba, por fin, una ambulancia, pero no era necesaria, Jerónimo se incorporaba, ayudado por el americano, y con una presencia de ánimo más que notable, entre lacónico y bromista, le dijo: «Siempre supe que acabaríais con el pequeño

comerciante..., pero no imaginaba estos métodos»... Entre risas pensó que el rostro del americano le resultaba inquietantemente familiar. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Central de Zaragoza**.

Este cuento fue publicado en el número 20 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a febrero/marzo de 1995.



TRES DÍAS
DE PÁNICO

CONSUELO ESCOBAR

E

ran alrededor de las doce de la mañana cuando les vio otra vez. El corazón empezó a latirle con fuerza, algo más acelerado de lo habitual. Durante toda la mañana había tenido la esperanza de que hoy no volvieran, de que hubieran desaparecido de su vida, como desaparecen las pesadillas cuando se hace de día.

Pero no, ahí estaban los tres hombres haciendo acto de una presencia que presagiaba nada bueno. El alto, calvo y desgarbado; el bajito, moreno y con barba; y el rubio, casi cano y con unos ojos azules inquietantes. Los tres individuos que le quitaban el sueño.

Todo había comenzado dos días antes. Primero llegó el más alto, el calvo y desgarbado. Lo había hecho por la puerta principal, la que da a la calle del mercado. Al principio no se había fijado en él, aunque desde luego no era el cliente tipo del mercado. Más bien parecía un ejecutivo de un banco o de una compañía de seguros. Iba trajeado, con corbata, y llevaba una cartera de mano. Lo que le llamó la atención fue que de la cartera sacó un papel blanco grande y se puso a dibujar. Como desde su puesto no distinguía bien los trazos, se acercó con disimulo y pudo ver con claridad que eran unos planos del mercado. Se le quedó mirando y el hombre los guardó apresuradamente mientras se alejaba de su vista.

Echó una ojeada alrededor y vio que nadie más se había percatado. Con un encogimiento de hombros se dirigió de nuevo a su puesto, pero a medio camino volvió a pararse. Se escondió por un puesto estaba el mismo hombre haciendo trazos sobre el papel blanco después de estudiar atentamente el terreno. De nuevo, cuando vio que era observado, guardó todo el instrumental y se dirigió al piso de arriba. Qué forma tan rara de comportarse, pensó. ¿Por qué no quiere que le vean dibujar un plano?

Ya en su destino se perdió en sus propias meditaciones. Se acordó de cuando era todavía un niño y ayudaba a su padre en el pequeño puesto de ultramarinos. Claro que eran otros tiempos, otro mercado y, por supuesto, otra ciudad, pero la sensación que tuvo era la misma, una sensación de malestar, de amenaza. También a aquel mercado llegaron unos hombres trajeados y blandiendo lápices y papeles. Estudiaron el terreno y se pusieron a hablar con los comerciantes, su padre entre ellos. Despues, ambos regresaron a casa cabizbajos. Su padre sabía por qué presentaba un aspecto tan sombrío, pero no se lo decía. Él sí sabía por qué: porque veía cabizbajo a su padre.

Siempre había contemplado a su padre como a un hombre muy fuerte, casi un coloso, que contaba unas batallas increíbles vividas en la guerra civil. Historias de hambre, de privaciones, de dolor y de muerte; pero también, a veces, historias de camaradería y de amoríos. Todas las noches, su madre y su hermana escuchaban los seriales de la radio que tanto les gustaban y él se sentaba con su padre mientras éste fabricaba sus pitillos con aquel tabaco de picadura que se vendía en paquetes grandes.

Luego éste le dejaba encender uno, sólo encender y sólo la primera calada, mientras le decía: «Ginés, cuando seas padre comerás huevo», que era su frase favorita para señalar que, en su familia, el padre siempre debe disfrutar de privilegios. Y él, Ginesito, portador de un nombre cuyo origen se perdía en la noche de varias generaciones de la familia, hacía sus cábala de cómo sería su vida cuando «comiera huevo»: tendría una familia, una vivienda propia y, desde luego, un puesto en el mercado. Por eso sentía esa enorme desazón: algo le advertía que esos hombres amenazaban su futuro soñado.

Un día su padre se sinceró con él y le confirmó sus peores temores: iban a vender el mercado. Ginés contuvo la respiración: eso en el fondo no era tan grave, pensó, cambiará de ma-

nos y ya está. Su padre, que siempre parecía que le adivinaba el pensamiento, añadió: «El que cambiara la propiedad no sería demasiado grave. Al fin y al cabo los que tenemos arrendados los puestos podríamos seguir igual. El problema es que quieren derribarlo y aprovechar el solar para construir casas». «¿Sin mercado, papá?» «Sólo casas, hijo». «¿Y nuestra tienda?» «No te preocupes. Nos instalaremos en otra parte». Pero no se instalaron en otra parte. Los alquileres de locales eran demasiado altos para una economía como la suya. Agarrado a la cintura de su padre mientras éste rodeaba sus hombros con su brazo protector, asistió con ojos llorosos al trabajo de las piquetas sobre el edificio que había albergado su infancia y su incipiente adolescencia. Con el montón de cascotes se iba una parte de su vida y, sobre todo, se iba su futuro, según pensaba catastróficamente desde sus catorce años.

Al poco tiempo —Ginés está seguro que de pena— su padre moría y él se quedaba huérfano de todo. No tenía padre, no tenía profesión y, a la vista de las circunstancias, tampoco tenía futuro. Su madre, como se le daba bien coser, se puso de costurera por las casas. Cada día iba a una distinta y volvía al hogar con la cena (una barra de pan, dos huevos y una naranja) y con un jornal para ir tirando muy malamente. Mientras, él era el encargado de cuidar de su hermana y de la casa, casi como un padre de familia, pero todavía sin «comer huevo».

Un día su madre llegó a casa muy contenta. Le había encontrado un trabajo gracias a la señora de una de las casas a las que iba a coser. «¿En un mercado?», preguntó con la esperanza de que fuera en lo suyo. Pero no, el trabajo era de botones de un banco. Se alarmó bastante; él no entendía nada de bancos, y las únicas cuentas que sabía hacer eran las de los pesos y medidas de garbanzos y lentejas. Su madre le regañó y le dijo que, ante la pobreza, uno tenía que hacer lo que fuera

y que, de todas formas, el poder entrar en un banco, aun por la puerta más pequeña, siempre era una garantía de cara al futuro. Allí podría aprender mucho y labrarse un porvenir. «Pero eso no es lo mío», protestó tímidamente, porque en el fondo reconocía que cuando de lo que se trata es de sobrevivir, no queda más remedio que aprovechar las oportunidades.

Le sacó de sus meditaciones la presencia del hombre inquietante. Ahora había vuelto a bajar y hablaba con Martín, el frutero de enfrente. Ambos mantenían una conversación muy animada, aunque discreta y, de vez en cuando, le pareció que le miraban de soslayo. Inquieto, se volvió a Concha, su mujer, que estaba cobrando a una clienta. «¿Te has fijado en ese hombre?». «¿Qué hombre?», contestó Concha distraídamente, contando monedas del cajón. «Ese, el que está hablando con Martín», dijo con tono apremiante. «¿Pero no ves cómo está hoy el mercado de gente? Como para fijarme en alguien». Y Concha siguió en su rollo sin dedicarle siquiera una mirada al desconocido, cuya presencia tanto desasosiego causaba a Ginés.

Al cabo del rato éste desapareció. No le vio marcharse porque estaba atendiendo y se quedó con la intriga de saber qué había hecho al final, si había seguido dibujando y por dónde había salido. En cuanto pudo se acercó a Martín. «¿Quién era ese hombre?», «¿Qué hombre?», repuso Martín. «Ese del traje azul, con el que estabas hablando». El frutero puso gesto interrogante mientras le contestaba: «Llevo toda la mañana hablando con gente. No sé a quién te refieres». Ginés se mosqueó. ¿Cómo no iba a saber a quién se refería si acababa de marcharse? Martín insistió en que no sabía de quién le estaba hablando y, además, no recordaba a ningún hombre con un traje azul. En ese momento Ginés decidió que le estaba engañando, aunque no sabía por qué oscuros motivos. Sin embargo, la cara de Martín era un fiel reflejo de la inocencia más absoluta. Y, además, se trataba de un buen hombre, todo com-

pañerismo y simpatía. Sus relaciones habían sido inmejorables a lo largo de todos los años que se conocían y, además, muchos días se tomaban un aperitivo en el pequeño bar del mercado. Pero Ginés confiaba en su olfato y, sobre todo, en su memoria, y aquel hombre le había recordado a aquellos otros que llevaron la piqueta al mercado de su infancia. Decidió otra vía más astuta. Le sacaría de mentira una verdad. «Martín, he oído rumores muy fundados de que quieren demoler el mercado y vender el solar a una constructora de viviendas». La carcajada de Martín se oyó tanto que hizo volverse a las personas cercanas. «Pero Ginés, decididamente cada día estás más chocho. Esto es el Mercado Municipal de Abastos y el Ayuntamiento no tiene intención de vender nada. Entre otras cosas, porque no va a privar a Alcalá de Henares de su mercado. Además, todos los planes de urbanismo para esta zona están ya concluidos desde hace años. ¿Cómo te has podido tragarse ese cuento?».

Al día siguiente estaba avergonzado de su paranoia. Tanto que no se atrevía a mirar a Martín. La noche anterior, en casa, se lo había contado todo a Concha. Lo del hombre y lo de su idea de que algo se tramaba para vender el mercado. Ésta le había regañado ya que no entendía por qué se pasaba la vida autoflagelándose mentalmente. Siempre había sido un hombre obsesivo y demasiado preocupado por todo, aun cuando las cosas le fueran bien, rasgo de su carácter que él siempre atribuía a una adolescencia y juventud difíciles. El caso es que, a la larga, la vida no le había ido mal. El empleo en el banco no le gustaba demasiado, pero en el fondo tampoco era tan malo. El problema era que se lo habían impuesto las circunstancias, no la vocación. Y eso le traía a mal traer.

Un día, su hermana le presentó a una amiga de la academia de secretariado. Ginés no le hizo demasiado caso porque tenía por costumbre ignorar a las amigas de su hermana, aunque ésta era más agraciada y simpática que otras que ha-

bía conocido antes. Un domingo por la tarde en que estaba distraído oyendo por la radio los resultados del fútbol, mientras mojaba picatostes en el chocolate que había preparado su madre para obsequiar a la invitada, le llegó, como un eco lejano, una frase familiar: «...un puesto en el mercado». Despegó la oreja del aparato de radio y prestó más atención, pero no hizo falta porque su madre dirigiéndose a él le decía: «Mira Ginés, el padre de Concha tiene un puesto en el Mercado Municipal de Abastos de Alcalá de Henares». Miró a Concha, que le sonreía ampliamente, contenta por el interés repentino de Ginés en su persona. «Es que –prosiguió su madre– mi marido también tuvo un puesto en un mercado. Era de ultramarinos, ¿y el de tu padre?». Ginés cerró los ojos notando que el corazón le latía fuertemente. «Por favor, Señor –medió rezó–, que sea de ultramarinos». «No señora –dijo Concha dulcemente–, el de mi padre es de casquería». Ginés abrió los ojos. «Vaya –pensó–, qué mala suerte», y se volvió otra vez hacia la radio subiendo el volumen para oír mejor y, además, para demostrar que, por su parte, había terminado la conversación.

Pero no, no había terminado. Pasado el primer desencanto concluyó que un puesto es un puesto, se mire como se mire, y que las posibilidades que se abrían ante él eran inmensas. Su gozo aumentó cuando descubrió que Concha era hija única y, por tanto, heredera única de su progenitor. No es que se casara con ella sólo por interés, ni hablar. Concha era una mujer extraordinaria, pero tenía que reconocer que para él poseía un valor añadido. Con Ramón, su suegro, congenió desde el primer momento. También era un tendero vocacional y, a pesar de la inicial reticencia de Ginés hacia las vísceras de todas clases, aunque le gustaban mucho los callos a la madrileña y el hígado encebollado, llegó a acostumbrarse y a estar tan orgulloso de su «especialidad» que se molestaba cuando alguien se refería a las películas malas con muchos crímenes como películas «de casquería». Además, los callos

que hacía Concha tenían una buenísima reputación en todo Alcalá de Henares, casi tanto como las garrafiñadas, afirmaba siempre él, con un tono de voz que no podía disimular el orgullo.

Acababa de despachar medio kilo de filetes de hígado cuando el corazón se le vino a la boca. Allí, por segundo día consecutivo, estaba el hombre de sus sueños inquietantes, el calvo, alto y desgarbado. En esta ocasión no venía de traje ni solo. Estaba acompañado de otros dos: el bajito, moreno y con barba, y el rubio casi cano, con unos ojos azules transparentes.

Empezaron a reconocer el terreno. Se movían lo más sigilosamente que podían por todo el mercado, que a esa hora estaba extrañamente en calma. Pero sus movimientos eran muy sospechosos. Iban de puesto en puesto por la zona cercana a la casquería. Tras reconocer atentamente cada palmo del terreno celebraban consultas entre ellos; después de lo que parecía una discusión, asentían y apuntaban o se alejaban con aspecto de rechazo. Después de observar durante un rato sus movimientos llamó la atención de Concha, que estaba de charla con una clienta. «Concha, mira, el hombre del que te hablaba ayer. El del traje». «Yo no veo a nadie de traje», contestó Concha sin esforzarse demasiado en mirar. «Es que hoy no lo lleva y además viene con otros dos. Te aseguro que esos tíos traman algo». «No empieces con tus tonterías, Ginés, que luego te pasa lo que te pasa». Ginés se dio la vuelta malhumorado. Una cosa era que Concha no le tomara muy en serio sus paranoias y otra, muy diferente, que le recordara cosas del pasado.

Aunque habían pasado unos años, todavía la gente del mercado se acordaba de aquella vez en que Ginés abortó la detención de un carterista. Estaba como siempre, oteando el panorama y atento a todo lo que sucedía a su alrededor, cuando de repente oyó: «Al ladrón, al ladrón». Y cuando vio

a un tipo pasar a toda mecha por su lado, ni corto ni perezoso se lanzó a por él y, tal y como había visto en las películas, le enganchó por los pies y los dos cayeron rodando por el suelo.

Tardó un poco en entender por qué los demás se empeñaban en separarles y le decían: «Qué desastre eres, Ginés». A quien había «detenido» era al policía que habían enviado de la comisaría cercana para vigilar que no sucedieran robos después de la racha de hurtos que llevaba padeciendo el mercado. Hacía días que Ginés había detectado su presencia y, con esa imaginación portentosa que poseía, decidió que era un elemento sospechoso al que había que observar sus movimientos.

Lo que estaba destinado a ser una acción heroica se convirtió en motivo de chanzas. Como también fue motivo de chirigota el día en que vio a un chico intentando abrir su furgoneta «dos caballos» color beige. Se fue hacia él y le enganchó de tal forma que si no se lo quitan, le mata. Ante el alboroto que se organizó salió medio mercado a ver qué pasaba.

Y lo que pasaba era que sujetaba fuertemente al muchacho, al tiempo que le pegaba unas cuantas tortas y gritaba a Concha: «Llama a la policía. Éste va a tener un buen escarmiento». No entendía por qué Concha intentaba separarles mientras le preguntaba: «Pero, ¿qué te ha hecho?». «Intentaba robarme la furgoneta, el muy desgraciado», respondió ante la estupidez de Concha, que perdía el tiempo en preguntas tonteras. Lo peor vino cuando Concha, a voz en grito, le recordó: «Cómo va a robarte la furgoneta si la llevaste ayer al taller y no te la tienen hasta pasado mañana».

Bueno. Había sido otro caso de mala suerte. Todo se había conjurado para hacerle quedar en ridículo: una furgoneta idéntica a la suya en el lugar en que él siempre aparcaba, un chico desconocido que intentaba abrirla con gran esfuerzo porque se la habían prestado y desconocía las llaves, etcétera.

Con estos antecedentes, a ver quién era el guapo que exponía ante los otros la inquietud y desazón que sentía por la presencia de los tres desconocidos. «Éstos traman algo», se insistía machaconamente en su interior, mientras los veía dirigirse al piso de arriba.

Tardaron un buen rato en bajar, pero para entonces Ginés ya había decidido que lo que iban a hacer esos hombres era un atraco a gran escala. ¿Por qué no? Cosas de ese tipo se veían todos los días en el cine. Podían entrar unos cuantos hombres encapuchados al final de la jornada, cuando en los puestos se hace la recaudación, ocupar todo el mercado y obligarlos a entregar el dinero.

Casi todos solían tener un sitio secreto para guardar los billetes mientras los podían llevar al banco, pero a estas alturas seguro que esos hombres ya sabían los escondites. Se dio cuenta de que estaba sudando. Decidió salir a tomar un poco el fresco. Se dirigía a la puerta de la calle de la Escuela cuando los vio parados a unos metros. Se detuvo en seco para esconderse, pero le llegó un retazo, sólo un retazo, de la conversación: «Tenemos que actuar mañana –dijo el alto–. Es imposible demorarlo ni un día más porque peligra toda la operación».

Ginés se llevó una mano al pecho, justo a la altura del corazón. Le pareció incluso que había gritado, pero las dos personas que salían ni le miraron, señal de que el grito se había ahogado en su interior. ¿Qué hacer?, ¿a quién contárselo? Sin dudarlo, a la policía. Pero, ¿sobre qué base, con qué fundamento? Le preguntarían que en qué se basaba para sospechar tal cosa, y él ¿qué contestaría?, ¿que era más perspicaz que nadie?, ¿que se basaba en gestos, miradas e intuición?

Nada, no le harían caso. También podía intentar convencer a Concha. Sabía que, puesto que no tenían hijos, él lo era todo para ella y le secundaría en cualquier cosa que emprendiera. ¿Pero en eso también? No, nunca le acompañaría a la policía para denunciar sus sospechas.

Decididamente, tendría que arreglárselas solo. Al día siguiente estaría pendiente de lo que pasara y, ante el menor movimiento sospechoso, llamaría a la policía. Además, el hecho de que otras veces hubiera fallado no significaba que no pudiera controlar la situación. Al fin y al cabo, a alguien había conseguido detener, aunque, por desgracia, hubiera sido la persona equivocada.

Con este espíritu había llegado al mercado ese día. Estaba dispuesto a vigilar mucho, a procurar que no pasara nada y a ser un héroe si se presentaba la ocasión. Eran sobre las doce del mediodía cuando les vio otra vez. Durante toda la mañana había tenido la esperanza de que hoy no volvieran, de que hubieran desaparecido de su vida y todo fuera sólo una pesadilla.

Pero no. Ahí estaban, portando cada uno una especie de gran maletín, más parecido a una caja de herramientas que a un portafolios. Ahí estaban, más temprano de lo que él había calculado, pero es que seguramente iban a preparar el terreno para el resto de los atracadores.

Todo su cuerpo se puso en tensión cuando vio que se dirigían hacia su zona. Se acercaron primero donde Benito, el pescadero. Como la pescadería quedaba en un ángulo perfecto con su puesto y no tenía ningún obstáculo que le tapara la visión, vio con toda claridad cómo estudiaban el sitio de cabo a rabo.

Ante su estupor, Benito atendía a la clientela sin reparar, al parecer, en la presencia de los tres individuos. Ya iba a ir a avisarle cuando se fijó en que el más alto llamaba a alguien que estaba alejado de la escena. Un nuevo desconocido, portando una caja, se unió a él y ambos se dirigieron hacia Benito para decirle algo al oído.

Después, los tres entraron en el pequeño cuarto de tras-tienda, mientras los otros dos se quedaban fuera, vigilando. Tardaron un poco en salir, pero no todos, ya que el nuevo per-

maneció dentro. Vio que a Benito le había cambiado la cara, que parecía más pálido. En cuanto se marcharon se acercó a él y le preguntó si pasaba algo, si todo estaba en orden.

Con aire sorprendido y un poco apresurado, el pescadero le contestó: «No, no me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?».

Vio cómo los hombres se dirigían a la jamonería que estaba justo al lado y repetían la operación. Otro hombre desconocido apareció de repente y se unió al grupo. Se acercaron a Ricardo, el tendero, y le hablaron al oído. Éste se adentró en la trastienda con el alto y el nuevo pegados a él. Los otros vigilaron hasta que volvieron a salir al cabo del rato, pero sin el nuevo sospechoso, que se había quedado dentro. Vio que Ricardo estaba muy tenso y que, con sonrisa nerviosa, le preguntaba a una clienta que si eran doscientos los kilos de jamón que le había pedido.

En cuanto se marcharon Ginés se acercó a él y le dijo: «Algo te pasa, Ricardo. Te veo muy mala cara». Ricardo, con sonrisita nerviosa, le contestó que todavía no había tenido tiempo de pintarse. «Muy gracioso desde por la mañana este Ricardo», iba pensando de vuelta a su puesto, cuando se le hizo la luz. ¡Por fin lo veía claro! No eran atracadores, eran, ¡horror!, terroristas. No le cabía ninguna duda. Eran terroristas y estaban cobrando el impuesto revolucionario. Seguro que el chantaje consistía en volar el puesto si no se les pagaba. ¿Por qué sino se quedaban escondidos aquellos hombres con la caja? Otra vez el pánico. Por allí seguían, por todos los puestos alrededor del suyo, hablando con los dueños, llevándoselos a la trastienda y volviendo a salir.

Ginés ya no podía más de los nervios, pero lo peor estaba por venir. ¿Qué haría él si se le acercaban y le pedían dinero? Él, desde luego, estaba por no darles ni un céntimo y que fuera lo que Dios quisiera, pero si no se lo daba seguro que le amenazarían con matarlo; o peor, con matar a Concha; o muchísimo peor, con matar a varias personas. Eso es, seguro

que le amenazarían con cometer un atentado en el mercado que se llevaría por delante a muchas víctimas inocentes. Se sintió muy solo. ¿Por qué los demás no le advertían de nada? Seguramente estaban muy asustados y todos habían claudicado y pagado. ¿Debería preguntarles? Cualquiera se atrevía mientras los terroristas siguieran allí. Se le pusieron los pelos de punta. De repente los vio avanzar por el pasillo hacia su puesto. Miró a Concha que estaba, como siempre, de charla con dos clientas. Ni se había enterado de que algo raro pasaba. ¿Cómo podían los comerciantes del mercado seguir con su trabajo con la que se venía encima?

Los tres hombres, los terroristas, seguían avanzando hacia él, pero uno de ellos, el rubio casi cano, tiró repentinamente hacia la salida. El alto calvo y el bajito moreno se pararon ante el puesto de Martín, el frutero, y se pusieron con disimulo a hablar con él. Mientras, el resto de los comerciantes seguía con su trabajo, aunque Ginés, al que no se le escapaba nunca nada, se dio cuenta de que cientos de ojos estaban pendientes de la escena; esta vez no lo intuía, lo sabía con certeza.

Decidió advertir a Concha del peligro. Cuando iba a abrir la boca, vio que volvía el rubio. Llevaba una bolsa de deporte en la mano. Ginés decidió que no quedaba tiempo para nada más que para intentar evitar lo que parecía inevitable. Esta vez no se equivocaba, esta vez sí que iba a ser un héroe de verdad.

Con esta acción limpiaría de las memorias los «pequeños fallos» de acciones pasadas. La gente iría al mercado por ver a Ginés, el héroe, y de paso haría la compra con lo que los negocios prosperarían, y a la condecoración por su acción heroica se unirían otras medallas, y el Ayuntamiento de Alcalá de Henares pondría una placa en el mercado conmemorativa de su hazaña.

Vio al rubio abrir lentamente la cremallera de la bolsa. Los otros del grupo le taparon disimuladamente, pero no pudieron ocultar lo que vio: de la bolsa sacó un balón redondo

verde oscuro. No, no era un balón, era una sandía o, mejor dicho, la imitación de una sandía que colocó cuidadosamente entre las sandías de verdad de la frutería. No lo pensó ni un solo momento. Salió de su puesto y se abalanzó sobre ella, la cogió y salió disparado hacia la salida. De repente, aquel objeto esférico, aquella trampa mortal, estalló.

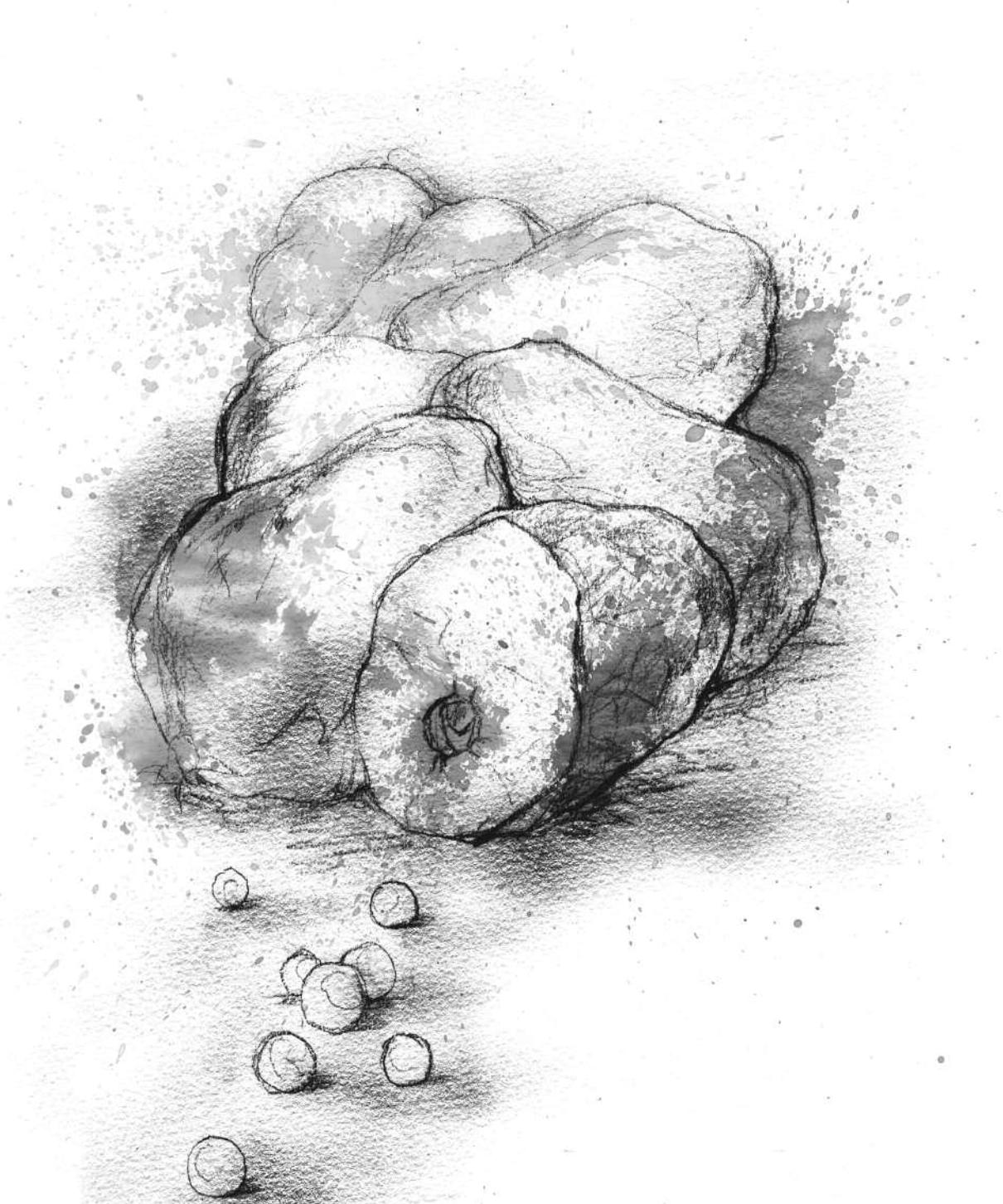
Tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que lo que cubría su cuerpo no era sangre, sino confeti; de que los que le rodeaban no chillaban ni lloraban, sino que emitían grandes carcajadas; de que Concha no se había desmayado, sino que estaba agarrada a Pura, la de la pollería, para no caerse de la risa. Tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que los terroristas no sólo no habían huido, sino que parecían participar de la juerga general empuñando no armas sino cámaras de vídeo.

Tardó por lo menos un minuto en darse cuenta de que había sido víctima de una broma para la televisión. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de Alcalá de Henares (Madrid)**.

Este cuento fue publicado en el número 23 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a agosto/septiembre de 1995.



DE LO QUE ACONTECIÓ DE EXTRAORDINARIO EN EL MERCADO DE ABASTOS DE LA FELGUERA

NORBERTO LUIS ROMERO

Y

me paso la mañana en la compra, de un lado al otro, pidiendo la vez donde la pesadería de Daniel, mientras voy un momento a por lejía, que había olvidado, y según paso por lo de Quini, pido la vez para las chuletas, eso si me da tiempo, y, claro, si no se me pasa la vez donde Manolito, que tengo que decirle que el pollo que me vendió la semana pasada era flaco y se quedó en nada. No, si ya lo digo yo, que tanta bolsa para que luego quede en una miseria, que ya no puede una comprar como antes, que con dos reales... «Hasta luego, Mary. Qué, ¿qué tal va el tu hombre del reuma?...»; me pregunto si vale para algo tanto sacrificio. «A ver, Carmina, a cómo tienes les fabes. Me pones de estas gordas, eh....». Que no sé yo si merece la pena tanto trabajar... Si ya lo decía yo, que ahora viene ésta y me quita la vez. Que no, que voy yo la última.

—Elisa, fía, me pones dos kilos de patatas.

—¿No quieres llevarte cuatro? Anda, ne, que están de oferta y son especiales.

—Pues no les veo yo nada de especiales.

—Que sí, boba, ¿no ves que son grandes y nuevas? Mira, anda.

—Que no. Que me pongas dos kilos, que con eso me apaño.

Y cuando hubo terminado la compra y después de tomarse un cafecito en el bar de Tere, con Eulalia, la de las pipas, marchó a casa llevando unas cuantas bolsas en cada mano, que apenas si podía con ellas.

Hay que ver lo que pesan las condenadas y luego qué, si con esto no tenemos más que para dos días, si los guajes devoran como limas. Y anda que no tengo que andar hasta casa, cargada como una mula con estas bolsas. Una se pasa el día fregando, guisando, planchando y atendiendo a los guajes y al marido para nada. Si al fin y al cabo no vamos a sa-

lir de pobres, como digo a mi hombre: tú sales muy tempranito a trabajar, te matas en la obra y ¿para qué?, pues para nada, si desde que nos casamos estamos igual, apenas si nos alcanza para darles de comer a los guajes y mandarlos al colegio; menos mal que Laura me salió empollona... Claro que si en lugar de haberme casado con Manolo lo hubiera hecho con el fiu de don Antonio, que bien que me tiraba los tejos, ahora viviría como una reina...

En estos pensamientos estaba sumergida Carmela, pensamientos que la asaltaban a menudo, cada vez que comprobaba que nada había cambiado en su vida desde hacía años y que, por más que se propusiera forzar la realidad, las cosas seguían igual.

Si al menos no hubiera sido tan boba, y en lugar de haberle hecho caso a Manolo le hubiera dedicado una mirada al fiu de don Antonio, sería una señora, y tendría criadas y viviría en Oviedo, en un piso de lujo. Ya me hubiera gustado a mí que me llamaran la señora del abogado, y no Carmela, la de Manolo, esa de la casona del prado...

Mirando hacia un horizonte cargado de promesas incumplidas, de frente a la ventana, sus manos hábilmente cortaban las patatas para la tortilla.

... Si hoy en día lo que hace falta es tener estudios, por qué crees tú que quiero que los guajes vayan al colegio, pues para eso, hombre, para que no me sean unos burrinos y puedan tener un futuro, como Dios manda...

Y en medio de la barahúnda de rozongos, arrepentimientos y frustraciones, Carmela dio de pronto con algo duro dentro de una patata que hizo desviar el cuchillo provocándole un corte en un dedo. «¡Anda. Lo que me faltaba era esto!». Dejando correr un abundante chorro de agua fresca sobre el dedo herido. «Voy a ponerme una tiritita...». Y en el momento de decidirlo, percibió entre las patatas cortadas un objeto pequeño, blanco y brillante que emitió un destello, como un guiño que

la dejó cautivada. «Pero, bueno, ¿qué es esto? —cogió entre los dedos la pequeña bolita y se la acercó a los ojos—. ¡Madre!»

Cuando llegaron los hijos del colegio, hallaron a su madre sentada a la mesa del comedor, con su mejor vestido de domingo, el de la boda de la prima Mercedes, contando y recontando un montoncito de perlas. Al verlos entrar, y accentuando la sonrisa que se le había dibujado en la cara desde la mañana, les dijo:

—Fíos, somos millonarios —y esgrimió ante los ojos atónitos de los niños un puñado de perlas perfectas y enormes.

—Ma volvióse loca —comentó el más pequeño.

—O una ladrona —acotó por lo bajo Laurita.

Pero fue Manolo quien reaccionó al volver de la obra, diciendo que «ya sabía yo que mi mujer no estaba bien de la cabeza, y que cualquier día me daría un disgusto, que qué es eso de encontrar perlas dentro de las patatas».

—Que de seguro las habrás comprado en el puesto de Begonia, la mercera, que no ves, boba, que son botones de estos modernos, o cuentas de collar, y que no me sorprende nada que te dé por decir estas cosas, si nunca has estado bien de la cabeza, ne; y cómo no me casé con Pura, la de la vaquería, que ahora estaría viviendo como un señor, a la mesa de un despacho firmando talones para los empleados, y no todo el día en el andamio, que el día menos pensado me caigo y te quedas viuda para siempre con tres guajes...

—Que no, Manolo, que te juro que estaban en las patatas, que según las cortaba salían de dentro, saltaban al fregadero, y yo las cogía y las iba haciendo un montoncito...

—Pero, fía, tú no estás bien...

—Que sí, Manolo. Que las compré donde Mary, la del mercado, la del puesto de las verduras, hombre.

Después de pasar la noche en vela toda la familia, y cuando los niños ya cabeceaban en torno a la mesa con los ojos semicerrados, Manolo creyó por fin a su mujer.

—Mira, Carmela, bajamos a Oviedo y llevamos las perlas estas a un joyero, que nos diga lo que valen y si son falsas o buenas.

—Lo que tú digas —dijo ella. Y no volvieron a discutir. Cogieron el Carbonero y bajaron a Oviedo muy puestos, con sus mejores galas, llevando ella en su bolso una bolsita de plástico con el puñado de perlas, metido a su vez en otra bolsita más fuerte, y todo dentro de un monedero con cremallera—. Para que no me las roben, eh.

El joyero, sorprendido, dijo estar casi seguro de la calidad de las perlas, agregando además que eran de las más grandes que había visto en su vida.

—¿Y de dónde las han sacado ustedes? —preguntó.

—Me las dejó en herencia mi madre —se apresuró en mentir Carmela, mientras daba un codazo en las costillas a Manolo, a punto de haber soltado la verdad.

—Pues, valen una fortuna —ratificó el joyero.

—¿Como cuánto? —se apresuró a indagar Manolo.

—¡Hombre...!

—¿Millones? —lo interrumpió, con los ojos fuera de las órbitas.

—No, hombre, no es para tanto. Pero unos cuantos miles. Si ustedes quisieran venderlas...

—No, qué va... —saltó Carmela, que le había visto el plumero al joyero y la codicia en los ojos—. Que son un recuerdo. Si nada más queríamos saber si eran buenas..., como mi madre tenía tantas cosas revueltas, no sé, dije yo a ver si van a ser nada más que de bisutería de esas... —y abandonaron la joyería, arrastrando a Manolo de un brazo.

—Tú no digas nada a nadie, ne. Lo que tienes que hacer es marchar pal puesto de Mary y comprarle unos diez o veinte kilos más de patatas y venirte pa casa sin decir ni pío. Y si te pregunta que cómo es que llevas tantas, le dices que llegaron parentes de América, y que vienen con hambre.

—Pero, es que no las hay en todas, Manolo.

—¿Cómo que no las hay en todas?

—Que sí, que muchas no tienen nada. Si las corté en trocitos muy pequeñitos, pequeñitos y no había nada.

—Pues..., entonces compras un saco.

—Pero cómo quieras que venga yo cargada con un saco de patatas, ¡hombre!, tú no estás bien.

—Llevas los guajes pa que te echen una mano.

Carmela se quedó pensando un momento. Al cabo dijo:

—Se darán cuenta. Va a mosquearse Mary cuando le diga que me ponga un saco de patatas. Y a mí se me nota todo, que no puedo disimular y me hago un lío, Manolo...

—Está bien, ne —dijo Manolo dando un puñetazo en la mesa—. Iré yo, que pa eso soy el que manda.

—Pues sí —corroboró Carmela, y pensó: «eso no te lo crees ni tú». Y al cabo de un par de horas regresó Manolo echando los bofes, cargado con el saco de patatas al hombro. Y nada más dejarlo en la cocina, entre todos se pusieron a cortar las patatas a cachos buscando las perlas. Y entre exclamaciones sacaron a la luz unas cuantas, como un puñadito de todo aquel saco.

—Estas patatas no son como las otras —dijo decepcionado, mientras se lavaba las manos en el fregadero.

—Pues ve a por otro saco, Manolo. A lo mejor tenemos más suerte.

—¿Tienes tú dinero, ne?

—¿Yo? Cómo voy a tener dinero si lo gasté todo en la compra y en este saco. Ve tú, hombre, y le pides otro a Mary, y le dices que ya iré yo a pagárselo la semana que viene.

Pero Manolo regresó sin las patatas, pues Mary había vendido el último saco que le quedaba.

—Vuelve el jueves, Manolo —le había dicho—, que te guardo un saco.

—No sé qué pasa hoy, que me quedé sin patatas... —la oyó murmurar mientras se alejaba.

—Caray, no somos los únicos que encontramos perlas —pensó Manolo—. Esto no me gusta nada.

Así que cuando llegó a su casa, contó a su mujer lo que había oído, y ésta, con la mosca detrás de la oreja, de inmediato fue a casa de su vecina.

—¿Cómo que no puedes dejarme un par de patatas, boba, para la tortilla de los guajes?

—Si es que no tengo, ne, que no bajé hoy al mercado.

Pero Carmela sabía que le estaba mintiendo, pues el carro de la compra estaba cerca de la puerta y aún tenía barro fresco en las ruedas.

—Mira, Manolo, esto de las patatas perleras me mosquea, porque Bego me dijo que no le quedaban patatas, que no había bajado hoy al mercado, y era todo mentira. Además, le brillaban los ojos de una forma que, no sé yo... Me da que ella también encontró perlas, sí.

Esa noche se vieron luces en las ventanas del vecindario, que permanecieron encendidas hasta altas horas.

Y a la mañana siguiente, muchos amanecieron con rastros de cansancio en la cara y miradas ambiciosas que, con recelo, esquivaban. Manolo y Carmela habían podido reunir unas cuantas pesetas para ir al mercado por unos kilos más de patatas. Él se levantó muy pronto y ya se disponía a salir y bajar a La Felguera cuando un ardor le movió a volver a entrar en la alcoba para verificar la posesión de su tesoro. Destapó el costurero de caracolas que estaba sobre la cómoda y en donde habían guardado las perlas, y al hacerlo, un fuerte olor a podrido inundó el cuarto.

—¿Qué es esa peste, Manolo? —exclamó Carmela desperdiciando sobresaltada. Vio a su marido, pálido como un papel, mirando azorado el interior del costurero. Saltó de la cama y corrió a su lado, arrebató el costurero a su esposo y metió en él las narices...

—¡Pero bueno...! ¿Qué es esta gochada, Manolo?

DE LO QUE ACONTECIÓ DE EXTRAORDINARIO EN EL MERCADO
DE ABASTOS DE LA FELGUERA

En el fondo de la caja se amontonaban unas esferas miúsculas, arrugadas y negras, bañadas en un líquido fuertemente pestilente.

Con un hilillo de voz, mirando a su Manolo con ojos de absoluta inocencia, Carmela murmuró:

—No es posible. Se pudrieron las perlas.

—Te dije que no estabas bien, ne —le recriminó Manolo—.
Si es que no podían ser perlas, es mucho pa nosotros...

—No digas bobadas, que tú también estabas que te subías por las paredes, haciendo planes, cuando te dijo el joyero ese que eran auténticas. Ahora estamos igual que siempre. Fregar, planchar, y hacer la compra y... —y se abrazó a su marido dejando rodar una lágrima.

En ese momento entró Laurita frotándose los ojos, confusa ante las voces de sus padres. Tapándose la nariz miró dentro del costurero. Levantó la mirada hacia Carmela y Manolo, con unos ojos llenos de piedad, y abandonó en silencio la habitación. Regresó, al cabo de unos instantes, como una tromba, trayendo entre sus manos un diccionario voluminoso:

—¡Ma! Escucha esto: «...Muy raras veces, estos tubérculos producen una excrecencia interna, formada por calcio y almidones, de aspecto idéntico al de una perla, y que se descompone con suma facilidad al cabo de un determinado tiempo en contacto con el aire...».

—Así que eran excrecencias de esas del calcio y de los tuberculosis..., a ver si ahora enfermamos..., y nosotros, que ya nos creíamos ricos..., y el puñetero joyero que no tenía ni idea... —y abrazada a su marido lloraba abundantemente.

Al cabo de tres o cuatro días, cuando Carmela había logrado el coraje suficiente para enfrentarse al mundo real, bajó a La Felguera al mercado. Andando entre los puestos como una sonámbula.

...Que claro, que si fueran perlas no estaría yo aquí ahora, cargada como una mula... «¡Que sí, fía, que estoy yo antes que

tú! Que me pongas un kilo de merluza»..., pudiendo vivir como una reina, sin dar ni golpe...

Al pasar frente al puesto de la verdura, la voz de Mary la devolvió a la triste realidad:

—¿Qué, Carmela, no viene el tu hombre por el saco de patatas que me dejó encargado?

Y Carmela creyó distinguir como un suave campanilleo, un eco de malicia, saliendo de labios de la verdulera. ◆



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Abastos de La Felguera (Asturias)**.

Este cuento fue publicado en el número 25 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a diciembre de 1995/enero de 1996.



EL TOMATE PETULANTE

FERNÁNDO GARCÍA

S

oy un tomate y me llamo Tomás. Como el 99 por ciento de los tomates nací en un pueblo. El mío estaba en Murcia, sobre un altozano cerca del mar que ofrecía todos los privilegios para ser feliz y disfrutar mi efímera vida de tomate en todo su esplendor. Qué bonitas fueron mi infancia y primera juventud. El clima era suave, las vistas sobre la carretera y la bahía resultaban preciosas y mis primeros días transcurrieron con todos los cuidados que, en mi modesta opinión, ha de tener un bebé tomate. Afortunadamente me crié en la explotación de un pequeño agricultor, mi auténtico papá, que también se llamaba Tomás. La huerta no tendría más de cinco hectáreas, eso sí, cuidadas con tal primor que en su día fui la envidia de mis congéneres y el objeto de deseo de los consumidores. Hasta una placa honorífica en un concurso me concedieron.

Insisto en que no me puedo quejar. A lo largo de mi vida recibí caricias, viajé, conocí mundo y fui partícipe de hechos portentosos. Y en cuanto a cultura, la verdad, aunque humilde me considero un tomate bastante formado. Mi papá Tomás me enseñó todo lo que sé. Tantas charlas le tuve que oír desde la atalaya privilegiada de mi mata que al final he concluido que aprendí mucho, aunque he de reconocer que con bastante desorden. Y con lo que escuché aquí y allí me hice mi idea del mundo, una idea de tomate que me valió para apurar lo mejor posible mis contados días. Qué duda cabe que con un buen par de piernas me habría bandeado mejor –¡qué no habría hecho si la naturaleza me hubiera dado dos brazos!–, pero hay que ceñirse a realidades y conformarse con lo que Dios nos ha concedido a cada uno, como decía mi papá Tomás cuando las cosas venían torcidas.

Pobre hombre, cuánto luchó por sacarnos adelante. La verdad es que papá –sé que a él le hubiera gustado oírme lla-

marle papá—, por lo que decían los vecinos que nos visitaban, debía tener buena huerta. Y todo extensivo. Nada de aumentarnos las crecederas a base de productos raros que te dejaban la piel destrozada e hinchado por fuera y hueco por dentro, sin verdadero sabor.

LA HUERTA

Cinco hectáreas he dicho y no creo que me equivoque mucho. Además de las tomateras el hombrecito tenía allí sus lechugas –tan sosas–, y sus calabacines, con los que nosotros nunca nos llegamos a entender, seguramente porque las siembras venían de Holanda; y las zanahorias, tan bonitas cuando las sacaban al mundo exterior, después de soportar las pobres una vida tan subterránea, igual que los rabanitos y las patatas, aunque estas últimas tampoco nos cayeron nunca bien. Luego estaban los productos aéreos, tan elegantes que se debían de creer: los nísperos, los limoncitos, las peritas, todos colgaditos y orgullosos, los muy payasos. Cada vez que venía una racha de viento huracanado un montón de frutas estúpidas acababan en el suelo llenas de golpes. A mí me daba risa de pura maldad y sólo lo sentía por el enfado que le entraba al pobre papá.

Nuestras tomateras, en cambio, estaban a cubierto de todos los peligros y nosotros éramos sin duda los productos más mimados del vergel. No recibí yo caricias ni nada cuando era pequeño. Yo nací el primero de mi mata y debajo me salieron una serie de elementos a los que siempre consideré hermanitos, mientras que a los demás tomates que me rodeaban en las matas vecinas los tenía por primos. Todos juntos fuimos dando tirones de nuestras matas en aquella primavera. Fue una buena época.

Por las mañanas venía papá, nos apretaba suavemente como para tomarnos el pulso y luego se sentaba a nuestro lado y nos hablaba de las cosas más peregrinas, que cuánto

iban a pagar por nosotros, que si su mujer ya no le hacía caso, que este año vendrían muchos turistas, que si él había viajado mucho de joven, yo qué sé. Otras veces sacaba una revista del bolsillo y empezaba a leer en voz alta y a enseñarme las fotos y las letras. Las que más nos gustaban a los dos eran las revistas que traían corridas de toros, en las que explicaban los distintos lances del noble arte de la tauromaquia.

Al principio pensaba que mi papá estaba loco, a un tomate murciano no se le pueden enseñar ciertas cosas, me decía yo, pero él le cogió gusto a las clases y siguió dándome la charla durante todos los momentos que el tiempo le permitió. Cuando pasaba un coche por la carretera se emocionaba como un chiquillo; «mira, mira –decía–, por ahí va un Renault 19; mira, mira, ahora pasa un camión; mira al mar, ya vuelve la barquita de fulano, seguro que la trae llena de calamares».

A veces me ponía la cabeza como un bombo, pero todo lo que sé se lo debo a él, y sus enseñanzas me sirvieron también, al fin y a la postre, para convertirme en líder carismático y agitador de masas. Y por lo demás, yo no tenía más obligación que crecer al sol: una vida regalada.

De aquellos días también tengo el recuerdo de los malos ratos, como la vez que nos abonaron con aquel estiércol apestoso o cuando nos fumigaron contra no sé qué plaga; creí que nos mataban a todos. O cuando se colaron en la huerta unos niños veraneantes y nos mearon sin más; «a ver quién llega al tomate que está más alto», decían, y claro, el más preeminente y el más lustroso era yo. Ese día mi dignidad de tomate quedó literalmente por los suelos; además –y eso me hizo perder la esperanza sobre el sentido solidario de las hortalizas–, advertí las chanzas y risitas que ciertas especies de la huerta trataban de sofocar mientras yo chorreaba meados por mi esférico y bonito cuerpo. Un desastre.

No tardé, sin embargo, en recuperar la autoestima. Yo tenía claro que mi destino era superior, que estaba llamado a la

fama, a la gloria, al más alto honor, y movido por ese designio me esforzaba todo lo que podía. Acaparaba el rocío del amanecer y absorbía como un loco la humedad que transmitía la tomatera, aunque mis hermanos criticaran mi egoísmo chupador. «Es la ley de la selva», les replicaba yo, no sin explicarles que un tomate nacido para ser querido y admirado, el más bonito, el más pintón, merecía el estatus de privilegio en que me encontraba yo.

Y todo iba bien hasta que un día papá me confesó compungido que había llegado la hora. Que me iba a vender. Que me abandonaba a mi suerte porque tampoco podía dejarme pudrir en la mata, ni soportaría ver cómo su mujer me convertía en ensalada o en conserva casera para tomate frito. Y así las cosas, me plantó delante un mapa de España y dibujó con el dedo el itinerario del viaje que pronto iba a emprender.

Ya prevenido, cuando a la mañana siguiente apareció un camión gigante que se llamaba «Dios me guía» a la entrada de la huerta, el sesgo que tomaban los acontecimientos me pareció bien. Estaba un poco harto de tanto colgar de la mata y el cuerpo me pedía acción, de modo que cuando papá arrancó mi turgente cuerpo de la tomatera sentí una mezcla de dolor y excitación. «Pásalo bien y disfruta todo lo que puedas», me dijo. Y tenía razón. Ya tenía ganas de salir de allí y comprobar si era verdad todo lo que me había contado sobre bosques, montañas, casas y ríos, mujeres, mercados, ciudades y ensaladas.

En una nave que había al lado de la huerta empezaron a clasificarnos por tamaños y colores y, como esperaba, me pusieron encima de todos, en una caja preciosa con el cartel «Tomate Calidad Extra. Región de Murcia». Yo era calidad extra, lo mejor de lo mejor. Es verdad que tuve que aguantar críticas de los de abajo, que si yo los aplastaba, que si yo era un chulo, en fin, cosas de la envidia que en nada mellaban mi ánimo de conocer nuevos mundos.

Después de dos horas de espera abrieron las puertas del camión y empezaron a cargar cajas. ¡Qué frío salía de allí dentro! Empecé a temblar sólo de pensar que me iban a encerrar en esa helada oscuridad durante horas con los miles de desconocidos que ya estaban dentro pero, nuevamente, me salvó mi galanura. «Esta caja me la llevo en la cabina», dijo el camionero. Con un lacónico «tienes buen ojo, cabrón», mi papá se despidió del camionero y yo me separé, para siempre, de mi papá.

LA IDENTIDAD

Y allí iba yo, encaramado en el camastro de la cabina, detrás del asiento del conductor, escuchando música y mirando aquellos paisajes nuevos, aunque al ratito de arrancar me di cuenta que el viaje no iba a ser cómodo. El camionero echó un zarpazo para atrás y enganchó al tomate que estaba a mi lado. Se lo frotó contra la camiseta y le dio un bocado mortal. Qué tío más cerdo. Cómo le goteaban las pepitas y los juguitos por todos lados. Al siguiente mordisco se debió saciar y más de medio primo, ¡un tomate murciano calidad extra!, aunque de un porte notablemente inferior al mío, acabó aplastado y muerto en la carretera.

No quiero seguir hablando de este asunto tan penoso, ya que en mi fuero interno sabía que el asunto no me afectaba. Hasta el camionero se daría cuenta de quién era yo y cuáles mis cualidades para tenerme un respeto. Además mi caja seguía prácticamente incólume, con una sola baja. Por contra tenía lo que siempre había deseado, cientos y cientos de kilómetros de viaje por delante y todas las ventanillas de un camión sólo para mis ojos.

Por la carretera encontré muchas de las cosas de las que papá me hablaba. Tan pronto surcábamos secarrales como bosques plagados de árboles. Vi huertas enormes, palmeras y montañas, riachuelos y pueblos, pájaros grandes y peque-

ños que no nos podían picar. Hasta un avión sobrevoló nuestro cielo. Vi todo lo que quería ver y hasta lo que no sabía que se podía ver y por un instante sentí la brevedad de la vida vegetal y la amenaza de un destino cierto, si es que antes no ocurría un acontecimiento extraordinario que ni yo alcanzaba a imaginar cuál podría ser.

El sol ya estaba muy alto cuando paramos a las afueras de Albacete, delante de unos bares con una explanada llena de camiones. Nuestro chófer pegó un portazo y allí nos dejó con todo el sol recalentando la chapa de la carrocería. Al rato la sensación de agobio era asquerosa, los que estaban debajo de mí se quejaban y se removían e incluso notaba que algunos se empezaban a reblanecer. Le vi salir, por fin, rascándose la tripa y con un palillo en la boca, pero pasó de largo y se fue a otro local que estaba al lado, sin ventanas y pintado de rosa que se llamaba «Tú y yo».

Esta vez la visita fue más breve. A la media hora apareció por la puerta con una señora gorda con minifalda y un pelo como las escarolas sólo que amarillo limón. Debían ser de la misma familia porque venían muy abrazados. Se metieron los dos al camión mientras él le prometía un regalito. Yo me quedé expectante y al momento mi curiosidad se transformó en terror. Cogió una bolsa y empezó a llenarla de tomates murcianos calidad extra. Como por arte de magia dos veces me escurrió de sus manos. Qué mal rato pasé. Al día siguiente, escuché, le traería una merlucita del norte y la señora, muy agradecida y con grandes risotadas, le agarró de las orejas para darle dos sonoros besos y decirle no sé qué de que se había portado como un toro.

Mi caja ya estaba por la mitad cuando escapamos de allí. En la carretera ahora predominaban las grandes llanuras, salpicadas de viñedos, con todas las gamas posibles de marrones y verdes. Cada vez había menos arbolitos y los pueblos casi no daba tiempo ni a verlos de lo deprisa que íbamos.

Cuando llegamos a Madrid sólo paramos en un atasco de la M-30. No era la visita a la capital que yo esperaba, pero vi más coches y más casas de las que nunca me pude imaginar. Allí sí que harían falta tomates todos los días.

Poco a poco el sol se fue escondiendo hasta desaparecer y nosotros continuamos viajando mapa arriba. Todavía era de noche cuando entramos en Mercabilbao y, aunque no hacía frío, me encontraba un poco destemplado y con mal sabor de boca de pasar toda la noche en vela. A todos mis primos, atemidos y deslumbrados después de 20 horas de oscuridad en la cámara frigorífica, les llevaron a un quiosco gigante que se llamaba Hortalizas Selectas Mendigorría, mientras yo seguía encaramado al camión sin conocer muy bien mi destino y sin saber si mi vida de tomate viajero ya había finalizado. En esos pensamientos estaba cuando el camionero cogió mi caja y le dijo a un señor con boina enorme, que debía de ser Mendigorría, «y éstos de propina».

Antes de amanecer ya habían abierto el mercado mayorista y el trajín fue aumentando según pasaban las horas. Yo volvía a sentirme como una auténtica estrella a mi nivel de tomate.

Rodeado de luces brillantes y carteles luminosos los compradores se acercaban, nos tocaban y preguntaban cuánto valíamos. Esas horas fueron de verdadero esplendor y allí vi por primera vez a la familia marisco, formada por animales primitivos, acorazados y con pinzas que se llamaban langostas, bogavantes, centollos y nécoras. Hasta de mí mismo me olvidé al contemplarlos. Eran raros y feos y costaban más que nosotros, lo que confirmaba mis sospechas de lo extraño que era el género humano en cuanto a sus gustos y apetencias.

Hacia las nueve de la mañana una pareja de mediana edad, que ya nos había inspeccionado horas antes, volvió a pararse delante de nosotros y después de sobarnos otra vez el hombre y la mujer decidieron comprarnos, aunque segú

ellos éramos muy caros. Mendigorría les dijo con acento cantarín «la calidad se paga, señores», lo que me pareció una respuesta muy correcta y acertada. Me caía bien ese Mendigorría, lástima que no pudiésemos llegar a conocernos mejor.

Mis nuevos dueños compraron en total cuatro cajas de tomate murciano de calidad extra y rápidamente nos metieron a todos en una furgoneta que se fue echando humo de Mecerábilbao. Y allí íbamos, todos apretados junto a cajas de melocotones, nectarinas y lechugas de la más diversa procedencia. El viaje fue corto pero intenso y cargado de vivencias. Pasamos por diversos pueblos, entre ellos el llamado Barakaldo, del que emergían chimeneas con crestas de fuego de colores y penachos de humo. Luego el paisaje se volvió abrupto y de un verde intenso, salpicado de vaquitas por las laderas de las montañas. No tenía nada que ver con mi pueblo, y menos cuando todo se cubrió de una niebla espesa, como verdosa, como vegetal.

Cuando salimos de aquella nada, resultó que a un lado teníamos las montañas y al otro un mar bravío que golpeaba con fuerza las rocas, formando remolinos de espuma que salpicaban hasta la carretera. De frente se dibujaba la silueta de un pueblo grande coronado en uno de sus extremos por una iglesia y un faro que casi se precipitaba al mar. Cuando llegamos a Castro Urdiales, que así se llamaba el pueblo, se me abrieron las carnes de gusto. Por la ventanilla de la furgoneta entraba un profundo olor a salitre y el puerto estaba lleno de barquitos de colores y de gentes con pinta de saber apreciar los productos de calidad. Si me quedaba aquí, pensé, iba a lucir bien el tipo.

Y sí, en efecto, aquél era el fin de viaje. Después de un par de caracoleos por las calles, la furgoneta paró delante del mercado. No es que fuera un mercado muy lujoso, pero después de un día de viaje y de haberme metido un montón de kilómetros otra vez tenía casita. Nos descargaron con bastante mi-

ramiento, yo creo que porque éramos caros, y mientras maniobraban con las cajas pude observar que el mercado tenía su gracia, su encanto, su no sé qué. Aunque antiguo, mostraba sus fachadas recién pintadas de un color claro, lo que le daba un aire de pastel gigante. Además, y eso era lo importante, se notaba movimiento, animación. Ganas de admirar tomates, diría yo.

Mi nueva dueña, Asun, se vio desbordada con nuestra llegada. Rápidamente noté que tenía buenas intenciones, pero le faltaban maneras. Estábamos todos esperando tranquilamente en el suelo mientras ella se desesperaba para colarnos.

Tres veces intentó poner los melocotones en forma de pirámide y tres veces rodaron por el suelo. Los otros tenderos le decían entre risotadas que los pegase con chicle o los atase con una goma, y al final acabamos todos donde bueñamente pudimos, encima de unos bancales de piedra o metidos en cestañas de madera y mimbre.

La mujer, en su sofoco, no se dio cuenta de mi clase, de lo que podía hacer por su negocio como tomate—reclamo de exposición y me enterró en medio de una cesta en la que nadie podía observar mis cualidades supremas.

LA PASIÓN

Pero yo tenía razón. Allí había mucho movimiento y a medida que pasaba la mañana los bancales y cestañas se fueron quedando mermados. Asun presumía de género, «son de Murcia, guapa, de lo mejor», decía, y yo, poco a poco, me quitaba peso de encima y pasaba a mejores posiciones. Al llegar la tarde, por fin, me descubrió. Estaba reorganizando el puesto cuando me echó mano. Yo creo que se enamoró de mí. Me miró y me sacó brillo. Luego puso mi culo en la fría báscula y salió disparada: «Sátur, Sátur, tenemos un tomate de 400 gramos». Sátur llegó corriendo y faltando: «No digas ton-

terías, que eso no existe». Pero sí existía y era yo. Me colocaron en el lugar que me correspondía: una especie de altarcillo en lo más alto del puesto.

El puesto, por su parte, estaba en la parte central del mercado, cerca de una de las puertas, precisamente donde el tránsiego era mayor. Qué gusto me daba sentirme observado y piropeteado. Otra vez alabado y consentido, como en mi propia casa. O mejor dicho, ésa era mi casa al fin. Ni sé las veces que escuché la bendita frase «¡vaya tomate!, ¡vaya tomatón!». Un niño le espetó a su papá si yo era una pelota y una señora le preguntó a Asun que si era de plástico. «No, guapa, es de Murcia y no lo vendo, está de adorno», me defendió mi dueña. Con esas palabras ya sí que sentí lo que era el éxito y el triunfar en la vida. Me notaba intocable, observado, mimado, respetado y con fama. ¿A qué más podía aspirar un tomate? No lo sabía a ciencia cierta, pero yo quería más.

Al día siguiente me encontraba más lozano aún que la vísperra. Se corrió la voz de mi presencia en el pueblo y todos desfilaron ante mí salvo los impedidos y la gente de mala fe. Asun colocó un foco encima de mi cabeza para que me vieran bien, el cura me bendijo, la lotera le pidió permiso a mi dueña para restregar los décimos por encima de mi cuerpo, las aldeanas que llevaban al mercado los productos de sus huertas me miraban con envidia, lo notaba, y muchos turistas sin boina pero con el mismo acento que Mendigorría se hacían fotos a mi lado. Hasta en la *Gaceta Castreña* salió mi retrato junto a una pelota de balonmano para comparar tamaños. Qué momentos, Dios mío de mi vida y de mi corazón. Que no se acaben, gritaba yo para mis adentros, que viva la vida, viva la salud y viva el amor.

Mi tercera jornada en el mercado de Castro también la viví en olor de multitudes y fue, sin duda, el día más especial de mi existencia. Con las primeras horas de la mañana las aldeanas de los pueblos de alrededor fueron llegando con sus bolsas

y cestas repletas de frutas, verduras y huevos. Todas se instalaban en la zona donde estaba yo, que para eso era la parte central del mercado, mientras que los laterales estaban reservados para los carniceros, los charcuteros y un pollero. De la familia marisco no había ni rastro, aunque de vez en cuando alguna señora llegaba a comprar a mi puesto desde un edificio que había enfrente con una bolsa de la que sobresalían esas criaturas blindadas que echan gorgoritos por la boca y terminan en antenas y pinzas amenazadoras.

Tan intrigado me tenían esos bichos que durante un buen rato ni siquiera escuché los halagos que merecidamente me brindaban los clientes de Asun y me dediqué a observar la casa que había frente al mercado, hasta que confirmé que era el lugar donde se vendían los peces muertos y la familia marisco viva.

Estaba cavilando conmigo mismo sobre la extraña vida de esos prehistóricos seres, que lo mismo andan y respiran por el fondo del mar que se pasean por la tierra, cuando Asun me cogió con sus dos manos y me envolvió en un paño de cocina nuevo y estampado con tomates. Iba ciego perdido bamboleándose en una bolsa sin saber con certeza qué ocurría y muy excitado por aquella nueva modalidad de viaje, aunque por unos segundos se me vino a la mente el peor de los pensamientos, y ya me vi cortado en trocitos en una ensalada bañada de aceite y vinagre. Pero nada de eso ocurrió. Afortunadamente Asun quería seguir presumiendo de tomate y al quitarme el trapo me encontré sobre un mantel de cuadros en una hornacina con el cartel «Tomate Calidad Extra. Región de Murcia. Fuera de concurso».

La muestra hortofrutícola de Castro me gustó. Nos pusieron a todos en una plaza que llaman de La Barrera, rodeada de árboles grandes y llena de sol. Yo estaba en un estradillo especial junto a un pepino enorme de Almería y unas setas, que parecían sombrillas, de la parte de Cataluña. Me sentía a

mis anchas. Desparramados a nuestro alrededor habían colocado montones de frutas y hortalizas de las que se cultivaban por allí y el primer premio se lo dieron a una calabaza llena de bultos que no sé muy bien qué mérito tendría. A mí me concedieron una placa honorífica que decía: «Al tomate más grande y más bonito que ha existido, existe y existirá». Obviamente la placa tuvo que recogerla Asun, que iba muy elegante sin su delantal, ufana y henchida de gozo. Tan hinchada que pensé que le iban a estallar los botones de la pechera de un momento a otro.

Y aunque el concurso fue inolvidable, lo auténticamente estupendo, incluso mágico, vendría después. De vuelta al mercado la tarde transcurrió sin más sobresaltos que los habituales, recibiendo los halagos de los compradores e ignorando los comentarios envidiosos de las hortalizas sin personalidad que se encontraban a mis pies.

Al caer la noche todo quedó oscuro, en silencio, aburrido. Sólo se escuchaba el goteo contra la pila del grifo del pollero y el ruido que producían los papelillos de unas naranjas volando de acá para allá. Poco a poco empezó a entrar claridad por la cristalera de la puerta que tenía enfrente y vi en el cielo una luna gordísima y brillante, al tiempo que notaba unos resquebrajamientos y tirones internos por todo mi cuerpo que me dejaron asustado y muy perplejo. No sabía si me iba a deshacer en mis propios jugos o si estaba a punto de explotar. Empezaba a despedirme de este mundo al que le di todo, cuando sentí cuatro desgarros al unísono por los laterales de mi ser. ¡Dios mío!, me estaban saliendo cuatro muñoncitos que se fueron configurando hasta convertirse en auténticos brazos y piernas.

Uno de mis grandes sueños de toda la vida se había cumplido. Hasta boca y ojitos de verdad me salieron. Temblaba y lloraba de la emoción. Desde el altarcillo todo el mercado me daba vueltas y a punto estuve de sufrir un infarto que, por for-

tuna, pude dominar. En éas estaba, mirándome los bracitos y moviendo los dedos, todos rojos, cuando por todo el mercado comenzó a crecer un clamor de chasquidos y lamentos. El asunto me fastidió un poco: no era el único producto con miembros. A todos los allí presentes les habían nacido extremidades, hasta los huevos y las lechugas podían caminar, y cito a estas dos especies porque era realmente grotesco ver andar a las lechugas y escurrirse a los huevos de sus cunitas de cartón, que no sabían ni para qué valían unas piernas. En poco tiempo debieron espanzurrarse contra el suelo unas 30 docenas.

Los primeros momentos fueron de un desconcierto atroz. Acto seguido, surgió la anarquía. Fue increíble, todos saltando de un lado a otro y dando voces como energúmenos, sin sentido de la medida, sin saber apreciar el don de la movilidad que nos había caído por arte de magia. En vez de organizarnos y tomar decisiones sensatas y adultas, lo primero que surgió fueron las rencillas personales acumuladas a lo largo de cientos de años de plantaciones. Las patatas, muy brutas, empezaron a pegar sin mediar provocación a las alcachofas y a las berenjenas, que corrían despavoridas por los pasillos. Las fresas se quedaron asustadas en un rincón, mientras que escarolas y lechugas libraban su particular batalla sobre finura y sabor tirándose de las hojas.

Yo no salía de mi asombro al ver tanta incultura y tanta mezquindad entre el género hortofrutícola. Había mucho odio acumulado. Las judías verdes insultaban a los guisantes y a las alubias acusándoles de desertar de sus vainas, y pepinos y calabacines luchaban a cabezazos para establecer quiénes eran más largos, gruesos y suaves al tacto.

Aquello que pudo haber sido tan bonito, yo solo con brazos y piernas, comenzó a ser grotesco y peligroso. Mientras las zanahorias brincaban encima de las cebollas, los manojo de rabanitos salieron despavoridos a esconderse junto a las fre-

sas y a este grupo de no beligerantes se unieron en poco tiempo los champiñones, las coles de Bruselas, cuatro lombardas llorosas, unos trozos de mortadela y varias puntas de jamón serrano.

Los pollos, totalmente desplumados, correteaban y la emprendían a picotazos contra toda fruta u hortaliza que encontraban a su paso, con predilección por las ciruelas claudias, los higos y los tomates que habían empezado a arremolinarse a mis pies. Por fortuna, y con buen criterio, el resto de las carnes habían decidido no entrar en esta guerra de locos y se quedaron asomadas a sus mostradores viendo destrozarse a esos insensatos.

Una cinta de chuletones de buey, con la tranquilidad y la apostura que caracteriza a estos animales cuando están enteros, pegó un grito con voz ronca advirtiendo que ya estaba bien y que había que poner orden. Señalándome a mí dijo: «¡Que hable el tomate que está en el altarcillo!». Ese grito fue mano de santo. Todos se quedaron sorprendidos ante aquel vozarrón profundo y por un momento pararon las peleas y las persecuciones. La tira de chuletones continuó diciendo que yo era el más apropiado para imponer la paz, ya que había viajado desde Murcia hasta Castro pasando por Madrid y tenía, además de mundo y experiencias, una placa honorífica a la calidad.

Yo recogí el guante. Como muy bien habían expuesto los chuletones, me sentía capacitado para tomar el control. No en vano yo era un ser especial, el único reconocido en un concurso y el primero al que le salieron los miembros. Además, contaba con mi inteligencia natural, demostrada a lo largo de mi vida, y el magnetismo de un líder.

No había más que ver cómo los tomates, acosados por los pollos y totalmente histéricos, habían venido a arremolinarse bajo mi altarcillo y pedían consejo a voz en grito.

Así pues, acepté el reto con prontitud y convoqué a todos a mis pies. Les expliqué largo y tendido mis vivencias y co-

rrierías mientras me observaban en silencio y con los ojos como platos. Es verdad que eran un poco cortos de entendederas, pero rápidamente les caló mi verbo florido y más aún en el momento en que cité a Nietzsche cuando decía que igual que los ríos tienen su ritmo, también las personas tienen el suyo; a lo que yo añadí que nosotros, seres del mundo vegetal y animal, debíamos seguir las armoniosas pautas de la naturaleza y dedicarnos a convivir alegremente e intercambiar experiencias.

Los aplausos atronadores y los gritos de «¡presidente, presidente!» me obligaron a descender del altarcillo para recibir enhorabuenas, apretones de mano y palmas en la espalda, aunque en mala hora me bajé de mi pedestal. No había terminado aún de saludar a todos cuando empezamos a escuchar extraños golpes en las puertas del mercado, seguidos de murmullos que tenían todas las trazas de ser malignos. Al tiempo que reculábamos hacia un rincón, las puertas fueron cediendo y toda la familia marisco apareció al completo seguida por los peces, enteros y a trozos, varios calamares y unas chirlas.

El espectáculo fue dantesco. La familia marisco se lanzó en tromba a por nosotros, abriendo y cerrando sus afiladas pinzas sin parar, al tiempo que echaban gorgoritos por la boca. Desde su caparazón blindado empezaron a tirar mandobles y viajes a toda fruta y hortaliza viviente y aquello, nuevamente, volvió a ser la debacle. Como presidente y muy a mi pesar, no tuve más remedio que salvaguardar mi integridad física debajo de unas cajas, mientras observaba que las más aguerridas entre los nuestros volvían a ser las patatas, auténticas patatas kamikaze que se lanzaban directamente a las pinzas para ensartarse en ellas e inutilizarlas. También me sorprendió el heroísmo del humilde perejil, que por ramilletes se enroscaba alrededor de esas tenazas asesinas con el ánimo de parar la sangría.

Sufrimos decenas de heridos hasta que un congrio, al que le debimos caer bien, habló con la langosta-jefe de la familia marisco para que parase la pelea. Yo respiré hondo y con el paso más firme que pude, blandiendo un champiñón en la mano en señal de paz, me dirigí a ella. Para romper el hielo le dije que me llamaba Tomás y que los dos éramos del mismo color, rojo, con lo cual algo nos unía. La langosta me contestó con voz cavernosa y amenazante que ella se llamaba Manoli y que yo era una mierda. Me dejó helado su mala educación pero le dije que sí, que tenía razón, y que les invitábamos a ella y a toda su familia a comerse las latas de conservas vegetales que quisieran.

Se hizo un silencio sepulcral. Estábamos todos callados y atemorizados y sólo se escuchaba el crujir de las latas que abrían con una destreza sin igual. Cuando se saciaron, y después de unos eructos, una nécora con pinta de simpática que dijo ser de al lado de Santurce entonó una cancioncilla que dice: «Desde Santurce a Bilbao vengo por toda la orilla, con la falda remangada luciendo la pantorrilla», mientras daba unos pasitos de ballet. La familia marisco celebró con risas esta actuación y yo me apresuré a pedirle a una cebolla de Castro que, en correspondencia, interpretase alguna melodía de su tierra. Con voz temblorosa y afianzándose poco a poco empezó a cantar: «Qué bonito es Castro, más son las castreñas, quién pudiera ir, quién pudiera ir a bailar con ellas». De nuevo la familia marisco rió con ganas mientras todos nosotros, más confiados, comenzamos a aplaudir tímidamente.

Aquello iba por buen camino y una vez más demostré a mis compañeros que gracias a mis buenos oficios y dotes de mando les había librado de una encarnizada batalla en la que teníamos todas las de perder. Una langosta que movía mucho el culo y que cuando se comió una lata de pimientos del piquillo había gritado «sabrosón», empezó a entonar la bonita canción «cuando salí de Cuba dejé mi vida, dejé mi amor,

cuando salí de Cuba dejé enterrado mi corazón». La cosa se estaba animando y el ambiente empezaba a ser de franca camaradería, más aún cuando unas manzanas reinetas, con cara triste, arremetieron con el «Asturias, patria querida» y todos las secundamos con los brazos y pinzas entrelazados haciendo la ola. Para sellar definitivamente ese ambiente de paz volví a contar a la familia marisco lo de Nietzsche y dijeron que era muy bonito. También les comuniqué que yo era el presidente, lo cual, he de reconocerlo, les dio absolutamente igual.

En el clímax de la fiesta un calamar andaluz, que acababa de interpretar con gracejo y salero «cuando un amigo se va algo se pierde en el alma», propuso que nos fuéramos a dar una vuelta por Castro. Esa sugerencia dejó a todos perplejos durante unos segundos pero, acto seguido, la desbandada y el griterío se hizo general. Yo intenté, desde la autoridad que me confería el cargo de presidente y mi superioridad moral, instruirles sobre los peligros de las carreteras con sus camiones y coches, pero casi nadie me hizo caso. La posibilidad de la huida los volvió locos. La cubana se puso a gritar que ella se volvía a Varadero y unos bogavantes de Senegal, más negros que el sobaco de mi camionero, anunciaron que también se iban a su país y al final vino a resultar que la inmensa mayoría quería regresar al lugar que les vio nacer y continuar agarrados a sus matas, colgados de sus árboles o nadando en sus mares.

Yo iba el último, gritando que tuvieran cuidado, mientras se dirigían hacia el puerto. Al cruzar la calle Ardigales apareció un monstruo de 20 ruedas que nos deslumbró a todos y a más de uno le hizo pasar un susto de muerte. Enloquecidos con este incidente continuamos a la carrera sin percarnos de que entrábamos en el radio de acción de un barrendero, manguera en ristre, y una tromba de agua barrió a varias docenas de compañeros. Yo tenía la conciencia tranquila y el cuerpo incólume, pero la mitad de la tropa estaba magullada

por los tropezones y empapada por los indiscriminados manguerazos a presión.

Cuando llegamos al puerto, los peces y la familia marisco comenzaron a dar aletazos y saltos de alegría y más de una lágrima les rodó por las mejillas como consecuencia de la despedida. La langosta cubana daba besos efusivos a un calabacín de la parte de Cádiz, con el que decía compartir acentos y cadencias, y Manoli, la jefa de la familia, nos deseó a todos una buena escapada y un futuro feliz. De uno en uno los animales acuáticos fueron saltando al mar y en breves segundos dejamos de verlos.

EL DESTINO

Qué bien se respiraba frente al puerto y qué envidia me dio la familia marisco lanzándose al fondo del mar en busca de su libertad. Yo tenía bajo mi responsabilidad el destino de un montón de frutas y hortalizas que se habían quedado aleladas mirando el agua, los barcos, la iglesia de Santa María, el faro, las casas. Todo lo miraban y allí nadie chistaba hasta que unos cogollitos de Tudela, en su inconsciencia, le dijeron a una lechugona que se iban a buscar una buena huerta por los alrededores para instalarse una temporada. Quise imponer la cordura, haciéndoles comprender que nuestro destino era volver al mercado donde yo, el presidente, velaría por ellos. Pero no hubo modo y varios grupos enfilaron hacia las afueras de Castro en busca de árboles y campos.

El regreso de los que me hicieron caso fue penoso. Por alguna razón, conmigo volvían los más tocados por los avatares de la aventura nocturna, los más viejos y los miedosos. La noche de frenesí les había convertido, en el mejor de los casos, en productos hortofrutícolas de tercera categoría, llenos de chichones y de moratones por todo el cuerpo. Comenzaba a amanecer cuando alcanzamos las puertas del mercado y las quejas de mis protegidos ante sus dificultades crecientes

para caminar fueron subiendo de tono hasta que yo mismo empecé a sentir los síntomas de que la noche mágica se acababa. Cada vez tenía las piernas y los brazos más cortos. Andábamos a trompicones y nos dio el tiempo justo para colocarnos en nuestras cestas y bancales. Yo continué ostentando mi lugar de privilegio en el altarcillo, aunque el enfado entre las tenderas fue mayúsculo cuando nos vieron. A su entender, parte de la mercancía había sido robada durante la noche, y lo que quedaba ofrecía un aspecto horrible, sucio, blando, despeluchado y cubierto de mataduras. Del mercado de pescados sólo salían gritos de desconsuelo, pues allí los ladrones se habían llevado todo el género.

Asun me miró con cara triste y, aunque me esforcé en estar bien duro e hinchado, me tiró desde mi altarcillo al fondo de una cesta sin darme ninguna explicación. Debía de tratarse de una estratagema, ya que si bien es cierto que me encontraba un poco fofo no es menos cierto que Asun me debía días de gloria y no hubiera sido muy agradecido venderme a cualquiera como tomate de tercera. Desde las rendijas de mi cesta observé cómo pegaban carteles en el mercado anunciando las fiestas de Castro, que incluían pasacalles, romerías, corridas de toros y el sin igual desfile de carrozas del Coso Blanco.

Un latido de emoción me estremeció las pepitas. Ahí me gustaría estar a mí, me dije, en los toros y en las carrozas. Y como si mis deseos fuesen ley, por la tarde apareció en el mercado un mocetón que se llamaba Jesusín acompañado de cuatro amigos cargados de bolsas y botellas. Compraron un kilo de tomates, «de los más pasados» dijeron, y allí fui a parar yo, al fondo de una bolsa de redecilla, sin duda confundido entre los blandos. A paso rápido nos dirigimos a la plaza de toros. Qué espectáculo, qué pases y qué lances, como los que veía en las revistas que papá me enseñaba cuando era pequeño. Cuando el Niño de la Castreña despachó al tercer

toro todos los mozos sacaron cazuelas y botellas y empezaron a comer y a beber como si se fuera a acabar el mundo. El sexto de la tarde fue para un torero que debía ser aprendiz y que tenía como apodo El Guriezano. Es verdad que el chaval no toreó muy bien, un pegapases le hubiera llamado mi papá, pero tampoco era para ponerle como le pusieron. Empezaron a tirarle almohadillas, después trozos de pan y continuaron con huevos y tomates.

Al clamor de «¡matarife, matarife!», Jesusín me cogió en sus manos dispuesto a estrellarme contra el traje de luces de El Guriezano, pero los gritos que no entendí de uno de los amigotes le frenó en sus aviesas intenciones y me devolvió a la bolsa.

La bajada desde la plaza de toros hasta el Paseo Marítimo fue vertiginosa. Jesusín y sus amigos empezaron a hacer eses y a saltar detrás de una charanga mientras yo iba dando botones en mi redecilla con todo el cuerpo magullado. Castro estaba resplandeciente. La iglesia y el faro iluminados y todo el paseo lleno de gente y de guirnaldas de colores. A mí nada me importaba y todo me parecía espectacular. Jesusín, sus amigos y yo nos pusimos en un lugar privilegiado desde el que se veían enteritas todas las carrozas del Coso Blanco. Primero pasó la que imitaba a Neptuno, llena de chicas que tiraban caramelos; luego la de Blancanieves y los siete enanitos, todos cantando, y en medio unos músicos tocando la trompeta y el tambor.

A Jesusín le debía gustar mucho el desfile porque estaba todo el rato silbando, dando gritos y agitando la bolsa por lo alto para que yo viera mejor. En uno de estos ascensos vi que Asun, muy elegante y agarrada del brazo de Sátur, estaba prácticamente a mi lado y caí en la cuenta de que, con toda seguridad, me tenían guardada una sorpresa. Igual me subía con ella a una carroza para que el gentío me viera desfilar o me llevaba a donde estaba la televisión para que me entre-

vistasen a nivel nacional. Mientras llegaba ese momento dorado y para relajar los nervios me concentré en admirar el paso de la siguiente carroza: una cosa con forma de taza alrededor de la cual unos niños disfrazados de galletas y bizcochos bailaban, agarrados de la mano, haciendo corro.

Unos espectaculares fuegos artificiales, que al explotar formaban en el cielo palmeras de colores, anunciaron la aparición de la carroza de la reina de las fiestas. La chica iba guapísima, de reina de los mares con una varita, metida en la concha de una almeja gigante. Ella lanzaba caramelos a la gente y el público se los devolvía con fuerza –yo creo que porque se pensaban que no eran merecedores de tanta generosidad–, y la concha se cerraba y se abría en función de las andanadas de caramelos que, mezclados con otros productos, caían sobre la carroza.

Qué minutos más sublimes. Al llegar frente a nosotros, los amigotes le dijeron a Jesusín que se diese prisa, que era el momento ideal. Jesusín metió la mano en la bolsa y atenazado por los nervios me cogió con fuerza, echó el brazo hacia atrás y salí lanzado hacia la carroza de la reina. Volé por encima de miles de cabecitas que observaban extasiadas mi trayectoria. Los focos de la televisión se volcaron hacia mí y yo continué surcando los cielos, resuelto a ocupar el lugar que merecía en unas fiestas de tan honda raigambre popular. Los segundos de mi viaje se me hicieron eternos, pues tenía ganas de llegar y compartir con la reina aquellos momentos. Poco antes de instalarme en la carroza vi desde el aire cómo la concha se cerraba y casi sufro un colapso de la impresión, pero al instante volvió a abrirse con el objeto de recibirme. Trazando una parábola perfecta, aunque sobrada de fuerza, caí como pude en el hombro de la chica que se echó las manos a la cabeza y se puso a llorar de la emoción de tenerme a su lado, al tiempo que yo me despepitaba por todo su cuerpo en mil fragmentos, escuchando el mar y las agradecidas risas del público. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Castro Urdiales (Cantabria)**.

Este cuento fue publicado en el número 27 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a abril/mayo de 1996.



ROSAS EN EL MAR

LUIS MARÍA MURCIANO

A

cercó el fino cristal del vaso a los labios y bebió el contenido hasta la última gota. Un escalofrío estremeció su cuerpo aún empapado de agua. Habían permanecido demasiado tiempo esperando en la bahía, mientras la lluvia y el oleaje golpeaban las embarcaciones haciendo crujir las amarras. Hasta las gaviotas habían huido de la tormenta, aleteando veloces sobre la espuma, paralelas al embravecido mar. Con un leve gesto, hizo entender al camarero que volviera a llenar el vaso. Sus amigos le miraron con seriedad. También sostenían en las manos una copa, pero no habían acumulado ninguna más en la barra. El camarero pasó la bayeta por el mostrador, ahuyentando a varias moscas que se agolpaban sobre las huellas de la humedad, y dio un paso atrás, con la mirada fija en aquellos hombres. Llevaban varios minutos sin abrir la boca, nada más que para beber. El murmullo de la radio y las voces de otras personas parecían dichas a media voz, para no romper del todo aquel silencio.

—Te he dicho que me pongas otra copa —dijo el hombre con voz grave sin poder disimular su enfado.

El camarero dudó unos segundos, mientras tiraba del cajón para cobrar a un cliente, y consideró inútil convencer a aquel pescador de que dejara de beber. Le miró detenidamente y vio cómo sus pupilas habían comenzado a dilatarse por los efectos del alcohol.

—Que sean tres —le secundaron los otros, dejando de golpear los vasos en el mostrador— y rápido, para mañana es tarde.

Se arrepintió al punto de terminar la frase. Sin embargo, sus compañeros no le prestaron atención. El camarero llenó los vasos hasta el borde y se dirigió presuroso a la cocina, como si hubiera recordado algo importante. Los tres hombres volvieron a brindar y, entornando los párpados, bebieron.

—Bueno —dijo uno de ellos—, ¿quién va a ir?

—Todos —fue la respuesta inmediata.

Era tarde. Debían marcharse, pero ninguno de ellos se movía. Parecían pegados al suelo, aunque al mismo tiempo temblaban impacientes, nerviosos, al igual que las moscas, que volvían a frotarse las patas sobre el pringoso mostrador, prestas a remontar el vuelo.

Carmen despertó feliz. Su último sueño vagaba por ese lugar impreciso de la memoria en el que aún podía optar por recordarlo u olvidarlo para siempre. Había soñado con el mar, de eso estaba segura. Incluso el paladar le sabía a agua salada. «Mar, Mario», fue su primer pensamiento. Sentía el frío de la mañana en los huesos, y buscó el calor en las mantas que se hallaban a sus pies. Escuchó el golpear de la lluvia en los cristales de la ventana. Fueron sólo unos segundos, en los que, estremeciéndose, pensó en el placer de abandonarse de nuevo al sueño, pero su madre ya la estaba esperando. Saltó de la cama, tiritando mientras se arropaba con una bata. Salió a la luz de la cocina, y la vio allí, trajinando entre tazas y cacharros. Tras darle un beso, bostezó. Sobre la mesa había un plato de cerámica, descascarillado, con pescados fritos que habían sobrado de la noche anterior. La madre le acercó un tazón de leche. «Date prisa. Es tarde», le dijo. Pero supo que aquella coletilla formaba parte del ritual de cada mañana. Estaba amaneciendo.

Cuando salieron a la oscura luz del día, Carmen miró el cielo cubierto por un manto de nubes grises, sintiendo el viento helado en el rostro. Pensó en Mario y suspiró, mientras se cogía del brazo de la madre, buscando el calor que le faltaba a su cuerpo. Anduvieron las calles, guareciéndose de la lluvia bajo los aleros de las casas, saludando a aquellos que, como ellas, madrugaban. Se santiguaron al pasar junto a la iglesia de San Jorge y cuando llegaron al mercado el bullicio del lugar les hizo sonreír. «Buenos días», decían madre e hija al unísono. «Y fríos», contestó Marita desde su carnicería. «Y

lluviosos», dijo Pablo sacudiendo enérgicamente su paraguas. «Mala mar habrá hoy», terminó Pedro, mientras alzaba la puerta metálica de su tienda. Aquello la sobresaltó, pero no dejó que el sentimiento se reflejara en su rostro. De repente, se acordó del sueño. «Mar, Mario», «Marido», pensó a la vez, y la idea le hizo liberarse del repentino nerviosismo. Mario y ella iban a casarse en los primeros días de abril, ya tenían acordado hasta el más mínimo detalle, incluso qué nombre le pondrían al primogénito.

Antes de subir las escaleras, paseó la vista por la planta baja del mercado. Siempre le había gustado contemplar aquella imagen multicolor de frutas y verduras; naranjas, limones, lechugas, contrastaban con el color rojo de los tomates, y el de las zanahorias alineadas en los puestos hasta el final de la nave. Había un viejo dicho en el mercado, repetido día tras día, por el que se aseguraba que las frutas seguían creciendo en la mesa antes de ser comidas. En el piso de arriba no habían tardado en contestar que los pescados que allí vendían, seguían siendo peces vivos en el plato.

Las hojas de laurel colgaban en grandes racimos. Los quesos cremosos ya estaban ordenados, dispuestos en la mesa. Los chorizos, los salchichones, las piernas de cordero, colgaban de los garfios en los puestos de alrededor. Algunas mujeres movían hábiles las tijeras, cortando con manos expertas la verdura, en tanto les sonreían al pasar. Al fin subieron a la planta superior, donde Fernando las esperaba con las cajas de pescado fresco apiladas a sus pies. Fernando era el que peor se había tomado la noticia de la boda de Carmen. Mario y él se conocían, habían jugado en los veranos de la infancia, lanzándose juntos desde las rocas de la playa de Riazor y ahora coincidían en el puerto casi todas las mañanas. Pero Fernando se había dado cuenta de que miraba a Carmen como algo más que a una amiga. Nunca se había atrevido a decirle lo que sentía y, quizás por ello, ahora debía resignarse a perderla para siempre.

Su corazón latió enloquecido cuando la vio llegar. Fue a decirle algo, pero prefirió guardar silencio, concentrándose de nuevo en el pescado que descansaba en el suelo.

Tras saludarle, las mujeres se colocaron los delantales transparentes y se dispusieron a la tarea. Primero esparcieron el hielo triturado sobre la tarima, hasta que el blanco manto de nieve apenas dejó ver la piedra. Luego distribuyeron la pesca según su tamaño. En lo más alto colocaron los besugos; boca arriba, el rape, mostrando su blanca carne. Debajo la berberecha, los abadejos, las fanecas, las doradas y los machos. En redes amarillas se agolpaban los mejillones, las almejas, los bígaros. En cajones aparte, las centollas, los camarones y percebes. Una vez colocados, utilizó la manguera metálica para salpicar de agua el pescado y darle así el aspecto de estar recién salido del mar. Pronto abrirían el mercado. «Viernes —pensó Carmen—. Trabajo duro. Compras para el fin de semana». Aún faltaban horas para que el reloj le concediera esos minutos de descanso en los que saldría con Fernando a tomar un café, y más aún hasta que Mario, una vez terminada la faena diaria, la fuera a recoger. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en Mario y en el sueño. Moviendo la cabeza repetidas veces, como le había enseñado su madre, alejó de la mente los malos pensamientos.

Mario despertó antes de que su padre, como hacía todas las mañanas, entrara a llamarle. Se levantó de la cama con los ojos semicerrados, y abrió la ventana del cuarto. Respiró hondo. Tal y como le habían enseñado desde que era un crío, se desperezaba oliendo el mar. «Si Dios hubiera querido que viviéramos en el agua —le decía su padre—, nos hubiera hecho peces. Por eso nos dio los sentidos, para que con ellos entendieramos lo que el mar quiere decirnos». Su hijo, de pequeño, respiraba varias veces y a continuación le miraba confuso. «Es como una novia —insistía—, a la que terminamos conociendo no sólo por su rostro, sino por su olor».

Mario sonrió al pensar en aquello. No lo había entendido hasta el primer día en que salió con Carmen. Se conocían desde niños, pero nunca se había fijado en ella, en su piel morena, en su boca grande y apetitosa. Cuando descubrió que la miraba con otros ojos, distintos a los de su niñez, tardó semanas en pedirle que le acompañara. Ambos compartieron el nerviosismo de la primera cita. Acostumbrados a hablar sin miedo, sintió cómo se le agolpaban las palabras en la garganta, mientras ella le miraba desde sus ojos azules sin atreverse a responder.

Más tarde, superada la excitación del primer encuentro, él pasaba su brazo por la espalda de ella, y apretándola con fuerza, la llevaba a contemplar el mar, dando largos paseos en los que le relataba viejas historias que su padre le había contado. Ella se emocionaba al oírle hablar de la Torre de Hércules, el faro romano desde donde podía verse en las claras mañanas de primavera una gaviota verde esmeralda posada sobre las olas; de la lluvia de estrellas en verano o de la música del viento. Aunque su relato favorito era el de las grutas secretas donde vivían sirenas, que, al contrario de lo que pensaba la gente, ayudaban a los pescadores en peligro, regalándoles incluso flores marinas que servían para enamorar.

Día tras día, después de despedirse, mientras la veía alejarse sin volver la cabeza, descubría que el aroma de ella permanecía en sus manos. Fue entonces cuando entendió las palabras del padre, seguro de que jamás borraría de sus dedos aquel olor a rosas abisales.

Se lavó despacio, como un gato. Primero las manos, la cara, las axilas. Del respaldo de la silla colgaban los pantalones y de un perchero clavado en la pared, su chaqueta. Cuando al fin introdujo su cabeza por la boca del jersey, negro, de lana gruesa, que la propia Carmen había tejido durante el otoño, su padre entró en la habitación para despertarle.

Ambos sonrieron. Salió en busca del amargo café que necesitaba para terminar de espabilarse y encontró la mesa dispuesta, con dos tazones humeantes en el centro y pan migado para acompañarlo. Bebieron en silencio.

—¿Has oido el mar? —dijo al fin el padre.

—Sí —contestó Mario—, mala mar tenemos hoy. Y mala salida, seguro.

—Seguro —repitió el otro—, el cielo gris huele a tormenta, pero no es de temer. Lo importante es el viento. Este viento quita las ganas de embarcarse.

Las manos y los rostros de padre e hijo se movían lentamente. Apuraron sus tazas y en unos segundos recogieron la mesa. Él se puso un gorro negro, también de lana, y su padre la vieja gorra de la que nunca se separaba. Salieron al frío de la mañana. Algunas gaviotas, con sus gritos, parecían querer ser las primeras en saludarles desde el cielo color ceniza.

El camarero leía la prensa del día, aunque de vez en cuando levantaba la cabeza y observaba de reojo el quehacer de aquellos hombres. Ahora apoyaban sus codos en la barra, hablaban atropelladamente y sonreían con mirada triste. El humo de los cigarros envolvía el ambiente.

—Hay que seguir navegando. Esa es la ley del mar —dijo uno de ellos con voz pastosa.

—Y bebiendo —contestó el otro—. Camarero, ponnos la espuela —dijo golpeando el mostrador—. Mira que eres lento.

El bar se había ido llenando a medida que pasaban los minutos. El rumor del principio se había convertido en un murmullo ronco, que ocultaba las voces de las otras conversaciones. Algunos les miraban al entrar y, tras cambiar unas palabras con el camarero, dejaban espacio suficiente en la barra. Sobre el mostrador estaban alineados varios platos con aperitivos de todas clases.

—Creo que habéis bebido suficiente —dijo el camarero, ahora más confiado.

—No me interesa lo que creas —contestó el más serio de todos—. Pon las tres copas o no nos vamos.

El hombre chistó con la lengua y volvió a coger la botella de la estantería que estaba a su espalda. Sirvió el orujo en los vasos y acercó uno más, para verter el resto de la botella.

—Y esto que queda —dijo— me lo bebo yo. Y no pidáis más, porque no hay.

Brindaron y bebieron de golpe su contenido. Uno de ellos tarareó sonriendo los acordes de una vieja canción de borrachos. La sonrisa se hizo rictus y, luego, un gesto de preocupación.

—Es hora de irse —dijo.

El camarero les tomó la palabra, y enseguida les hizo saber lo que debían. Rebuscaron en los bolsillos con movimientos torpes. Incluso sonrieron al no atinar con el bolsillo de los charquones. Reunieron las monedas en el mostrador, y el hombre las fue cogiendo mientras las iba contando en voz alta.

—Esto os sobra —dijo, empujando con la mano el resto.

—Es suyo, patrón —contestaron—. Por las molestias.

Las cogió una a una, y las echó en un bote de plástico transparente. Cuando se dio la vuelta, los tres hombres se habían marchado.

Mario había vuelto a echar las redes, que entraron en el agua perezosamente, con la esperanza de que en la siguiente sacada pudieran llenar la estrecha cubierta de peces. La última vez que las izaran habían visto cómo un pececillo se retorcía entre un puñado de algas podridas, intentando deshacerse de las mallas que le envolvían. Padre e hijo se miraron contrariados y volvieron a arrojarlo al mar.

La barca oscilaba de un lado a otro movida por el fuerte viento, y la lluvia había comenzado a caer, tímidamente primero, con furia después. No podían volver de vacío, y ello hacía que creciera su preocupación. El tiempo empeoraba por momentos. El fuerte oleaje hizo que ambos resbalaran y estuvieran

a punto de perder el equilibrio. El padre sólo necesitó una mirada para advertir a Mario de que extremara el cuidado. El viento fuerte azotaba con violencia la embarcación y el agua entababa de proa a popa cubriendo a los hombres de espuma.

Mario contempló la mar, furiosa, cercana. El cielo plomizo se confundía en el horizonte con el verde oscuro del agua. Se pasó las manos por el rostro empapado de sudor y lluvia, sofocado por el continuo esfuerzo. Un golpe de mar provocó un ruido sordo en el costado de la barca, y casi le hizo salir despedido por la borda.

—Padre, agárrese fuerte —gritó.

Volvió la cabeza pero no vio a nadie. No podía ser. Olvidándose de las redes, se incorporó el tiempo suficiente para otear a los lados en busca de una señal, de una esperanza que le trajera de nuevo a su padre. Nada. Con los músculos en tensión, hizo un último esfuerzo para gobernar el barco.

Creyó distinguir a lo lejos una mano. Una voz conocida que le llamaba. La desesperación, la angustia y el miedo hicieron que se sintiera terriblemente fatigado e incapaz de sostenerse. Por ello dejó que la siguiente ola lo llevara hacia aquel rumor insistente. Pronto se vio envuelto entre las aguas, mientras braceaba, tratando de orientarse.

El agua salada le trajo el recuerdo de alguien. Carmen. Sí, ese era su olor. Tragó agua, así sabían sus besos. Debía buscar a su padre, pero antes descansaría entre aquellos brazos que ahora le envolvían, que rodeaban su cuerpo y lo cubrían de caricias.

Los tres hombres caminaban apesadumbrados, fijos los ojos en las imperfecciones del camino, pisando con cuidado para no resbalar. Sentían la frialdad del agua en el rostro, y el cosquilleo de las gotas que recorrían su piel. La lluvia parecía jugar con ellos, moviéndoles de un lado a otro, aunque fuera otro el motivo que les hacía tambalearse, vacilantes, como ánimas sin rumbo. Se cruzaron con algunas personas

que, como si estuvieran huyendo, atravesaban apresuradas la plaza de María Pita, silenciosa y desierta, buscando refugio de las gruesas gotas que caían. Las campanas de la iglesia anunciaron el mediodía. Al fin intuyeron la mancha verde y blanca del mercado, del que entraba y salía la gente cubierta con paraguas. Sólo las gaviotas permanecían ajenas a la lluvia, observando las calles desde el tejado del mercado. Llegaron hasta la entrada y sacudieron el agua de sus cabellos. Algunos les saludaron; otros les interrogaron sorprendidos, pero ellos no quisieron contestar ni siquiera a las burlas de los conocidos.

—Pero, ¿de dónde os han pescado? —dijo una mujer, asomando la cabeza entre las naranjas que decoraban su puesto—. Anda, id al bar de al lado a tomar una taza de caldo, que menudo trancazo vais a pillar.

Aquello sí les hizo sonreír. Uno de ellos negó con la cabeza y siguió a los demás en su lento caminar. Sus ropas goteaban dejando una línea de agua a sus espaldas. A medida que se acercaban, su andar se hizo más lento, cansino. Arrastraban los pies como si cada paso fuera el último que estuvieran dispuestos a dar. Subieron las escaleras torpemente. La gente se agolpaba ante el pescado, mientras se oía el regateo de las vendedoras.

«Cosa buena, guapiña». «Venga moza, llévate éste para el Antón, y tendrás para hoy y para mañana». «Si va caro es porque es bueno». «Cachos, los que quieras, que hoy van escogidos».

Pudieron escuchar su canto antes de verla. Dejaron que terminara de tararear, y se quedaron plantados frente a ella. La sorpresa fue lo primero que vieron en los ojos de Carmen, pero un sexto sentido avisó a ésta de que no debía sonreír. Los conocía. Eran compañeros de Mario, faenaban con él.

—Carmen —dijo uno de ellos con voz entrecortada—, Mario y su padre no volvieron esta mañana.

Ella, con un gemido que brotó de lo más profundo de su alma, dejó caer el cuchillo que sostenía en una mano. Miró a su madre y se agarró a un cajón de pescados, a punto de desmayarse.

—Estuvimos esperando durante horas, pero habrá que aguardar hasta que la mar se calme. Hemos buscado por todas partes, sin resultado —se le quebró la voz—. No sé qué decir —siguió el hombre, bajando la cabeza—, pero no temas, eran..., digo, son buenos marineros.

Fernando llegaba en ese momento con unas bolsas de frutas en sus manos. Se extrañó al ver aquella situación, con los tres pescadores parados frente al puesto.

Carmen le vio y salió llorando a su encuentro. Abrió los brazos para recibirla, y no entendió por qué pasaba de largo, por qué le esquivaba y gritaba con todas sus fuerzas aquel nombre: «Mario». Lo comprendió después, al darse la vuelta y ver al padre y al hijo quietos como estatuas. Parecían dos ahogados que se hubieran resistido a quedarse bajo el agua. Empapados, con los pantalones aún remangados hasta la rodilla, el padre llevaba por el brazo a Mario, y con un pequeño empujón pareció entregárselo a Carmen, que le abrazó entre lágrimas.

—Aquí tienes a este loco —dijo al fin—. Si no es por él nos hubiéramos ahogado los dos.

—Sólo tuve que seguir tu olor —dijo Mario, entregándole a Carmen un ramo de flores marinas, que a ella le parecieron rosas rojas arrancadas del fondo del océano.

Y ni siquiera las cogió, por no romper el abrazo, mientras el mar seguía su ir y venir, desbordándose en sus ojos. ◆



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de San Agustín (A Coruña)**.

Este cuento fue publicado en el número 28 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a junio/julio de 1996.



EN JERONI Y EL CALAMAR

IGNACIO J. SARDÍNAS

D

ragonera: isla del archipiélago balear, situada frente a la costa oriental de Mallorca y perteneciente al municipio de Andratx. Su único punto abordable es por cala Lladó, en la costa oriental, donde existe un pequeño muelle. Faro. Parque Natural.

Jeroni sintió que se tensaba el sedal, algo había picado y por los tirones que daba debía ser una presa respetable. Cuando el Llorenç le había dicho que si echaba el sedal desde lo más alto de Dragonera pescaba seguro, no se lo creyó, pese a estar el citado en su lecho de muerte, pues no le era de toda confianza tras haber vendido en varias ocasiones las barcas de sus vecinos a incautos alemanes, lo que quizás sin motivo había provocado una cierta desconfianza por parte de unos y otros. Pero así y todo le perdió la curiosidad. Partió sigilosamente de San Telmo con su llaüt y se encaminó hacia la isla. El mar estaba como un plato, y llegó rápidamente. Fondeó en cala Lladó y subió hasta lo más alto de la isla. Allí preparó el aparejo y tomando impulso lanzó la carnada hacia el mar, situado a más de trescientos metros bajo sus pies.

Aquel ejemplar de lo que fuese tenía que ser francamente grande, pues costaba un increíble esfuerzo ir recogiendo el sedal. Continuó pese a todo y con un último tirón logró que la pieza cobrada quedase visible. Ante sus ojos apareció una enorme masa blanquecina..., era un calamar gigante, de los que había oído hablar tantas veces, pero que no había imaginado que pudiese llegar a toparse en toda su vida.

Miró hacia abajo, una parte del calamar seguía aún en el agua. Era el mayor calamar que imaginarse pudiera. Reunió fuerzas para amarrar el sedal a una piedra y esperó pacientemente a que

su captura pasase a mejor vida. Regresó a la cala y se dirigió con su pequeña embarcación hacia donde colgaba a lo largo de toda la pared del acantilado el cuerpo inerte del gigantesco céfalópodo. Lo amarró firmemente al llaüt, y arrastró la enorme pieza hasta que se partió el sedal con que la había fijado a lo alto del acantilado. Enfiló hacia San Telmo, pero luego se lo pensó mejor; en Palma, con una pieza así, sacaría una pasta.

PALMA DE MALLORCA: LLEGADA AL MERCADO DEL OLIVAR, SECCIÓN VERDURAS

Palma de Mallorca, con una población de unos 300.000 habitantes, lo que supone más del 40% de la población total de la Comunidad Autónoma de Baleares, de la que es capital, se encuentra situada en la costa meridional de la isla de Mallorca; es el principal núcleo de actividad económica de la isla y su centro comercial. Su puerto es el tercero de España en tráfico de pasajeros.

Era una mañana calurosa, como correspondía a la fecha. Miles de turistas pululaban por las más recónditas callejuelas de Palma. La mayoría de ellos había decidido dedicar la mañana a las compras debido a las dolorosas quemaduras logradas en días anteriores por sobreexposición al sol. Así y todo usaban pantalones cortos que mostraban el grado de cocción de sus extremidades inferiores, del cual, sin necesidad de una gran capacidad de deducción, podía imaginarse el lamentable estado general del resto del cuerpo.

Toni encaminó sus pasos por San Miguel en dirección a la plaza del Olivar, entró en el mercado y se dirigió a su puesto de verduras favorito. Cuando llegó a él, una intrépida reportera realizaba sus últimas preguntas a la vendedora:

—¿Entonces, se vende menos patata de Sa Pobla que patata forastera?

—Sí, sí, claro..., ja ver, el siguiente!

La informadora guardó su grabadora en el enorme bolso

que llevaba colgado del hombro y se dirigió por el pasillo hacia otro puesto.

—Sí, dígame qué le pongo —dijo la señora del puesto a Toni.

—Sí, me pone un par de kilos de cebollas, de esas pequeñas, sí —no pudo resistir la curiosidad y preguntó—: Le estaban haciendo una entrevista, ¿nooooo?...

—Sí, ya sabe, en verano, como no tienen otra cosa mejor que hacer..., es la cuarta vez que viene en lo que va de mes..., y como ella, otros cinco o seis... ¿Algo más?

—Sí, déme unas cuantas cabezas de ajos y unas ramitas de perejil.

Toni pagó la compra y se dirigió al puesto de frutos secos, mientras lucubraba el modo de conseguir que su bar apareciese en los periódicos sin necesidad de andar pagando anuncios que costaban un dineral.

DERROTERO DE JERONI Y EL CALAMAR, DRAGONERA—PALMA DE MALLORCA

Jeroni procuró pasar lo más discretamente posible frente a Andratx bordeando Es Cap de Sa Mola a una distancia prudencial. Cuando rebasaba Cala Llamp, enfilando hacia la ensenada de Santa Ponça, apareció, como por arte de magia, bordeando el Cap de Llamp, el llaüt de su viejo conocido Tomeu, que se acercó decididamente hasta su lado intrigado por la escasa velocidad de la embarcación de Jeroni.

—Bon dia, Jeroni.

—Tinga, Tomeu.

Tomeu miró con curiosidad la captura que arrastraba a duras penas el pequeño llaüt de Jeroni. Tras permanecer unos momentos pensativo, como realizando un profundo análisis de la situación, le dijo:

—Jeroni, creo que ese calamar es demasiado grande, la verdad, la verdad, me parece que con un llaüt tan antiguo y po-

bre como el tuyo, es posible que no llegues nunca a Palma..., porque vas a Palma a tratar de venderlo, ¿noooo?

Jeroni dirigió su vista hacia el horizonte y de mala gana le contestó:

—Bueno, aún no me he decidido, igual lo empleo para cebo...

—De todos modos, Jeroni, cuando se enteren los ecologistas, te van a denunciar, te incautarán ese calamar para algún museo y encima tendrás que pagar una multa.

—¿Y qué se te ocurre que pueda hacer? —preguntó Jeroni.

—Bueno, mejor lo amarramos a mi llaüt y lo remolco yo hasta Palma, ya sabes que yo allí tengo influencias y no me iban a decir nada...

Jeroni permaneció unos instantes en silencio como pensándose y por fin le contestó:

—De acuerdo, voy a intentar remolcarlo hasta donde llegue, y si tengo problemas te aviso desde el puerto.

—Como tú veas, luego no te arrepientes si tienes problemas —apostilló Tomeu. Pusieron sus motores en marcha de nuevo y empezaron a separarse las embarcaciones. Cuando aún se podían oír entre el popopop de los motores remató Jeroni:

—¿Te acuerdas de lo que decía siempre Llorenç, Tomeu?

—No, ¿qué decía?

—Lo que le pasó a aquella paloma...

—Pues no, no me acuerdo —contestó Tomeu.

—Sí hombre, sí, la que cuando aprendió a cantar, murió.

—Sí, sí, ya me acuerdo..., no te preocupes, que voy a estar pescando hasta la tarde...

Jeroni aceleró el motor de su barca, y continuó su singladura en dirección a Palma.

MERCADO DEL OLIVAR. SECCIÓN FRUTOS SECOS

El bullicio en el mercado iba en aumento a medida que avanzaba la mañana. Toni se dirigió hacia los frutos secos dándole vueltas a su situación económica. «Demasiada competencia,

hombre, y estos guiris, que no traen un duro..., mucho turista, mucho turista, pero de pelas bien poco, hombre. Claro, del aeropuerto se los llevan al hotel, del hotel a la playa y de la playa al hotel y de nuevo al aeropuerto y claro, aquí, lo que se dice aquí, no dejan..., si al menos viniese turismo de calidad y no de alpargata, como decía el periódico el otro día...». Distraído en tan profundas reflexiones, se plantó en el puesto de frutos secos. De nuevo se le había adelantado la intrépida reportera en prácticas.

—Verá, es que en el periódico me han dicho que haga un reportaje sobre el mercado, y estoy reuniendo información...

—Pues hija, poco le puedo contar yo —respondió el señor del puesto.

—¿Considera usted que los frutos secos son uno de los pilares de la economía balear, o por el contrario es un sector en franca regresión, debido a la presión ejercida por las importaciones...?

—Mire, señorita, lo que hay es mucha crisis, ¿sabe?; yo, si le digo la verdad, pierdo dinero con este negocio, casi le puedo decir que si lo mantengo es por afición, por no dejar abandonada a mi clientela...

—Entonces, cree usted que la actual situación económica...

—Perdone, pero si no va a comprar nada, voy a atender a estos clientes, que están esperando. Sí, dígame qué le pongo... —dijo dirigiéndose a Toni.

—Bon día, póngame un cuarto de kilo de pasas sin semilla...

—¿Desea algo más?

—Sí, póngame otro cuarto de piñones...

Toni observó de nuevo cómo la reportera guardaba su grabadora y seguía su camino en busca del reportaje del día.

—«Esta chica hace unas preguntas muy raras, claro que como luego va a poner en el periódico lo que le dé la gana...»

Recogió las bolsitas con las pasas y los piñones, y se dirigió hacia la sección de pescadería. Una idea empezaba a abrirse paso lentamente en su cerebro, mientras la seguía con la vista.

DE LA LONJA A LA PLAZA DEL OLIVAR

Tras haber eludido discretamente una aristocrática regata de pequeños veleros que se encontró en mitad de la bahía de Palma, Jeroni logró atracar en el puerto pesquero. La cofradía de pescadores en pleno se asomó al muelle a contemplar tan monstruosa captura. No daban crédito a sus ojos. Aquel enorme calamar era el mayor que pescador alguno hubiera visto en toda su existencia. Jeroni se dirigió a los otros pescadores:

—¿Me podéis echar una mano con esto?

—Hay que reconocer que no es una pieza fácil de arrastrar, ¿eh? —le contestaron.

Juntaron todos los carritos que empleaban habitualmente para llevar las cajas de pescado hasta la lonja y, tras formar una especie de caravana, izaron con gran esfuerzo el magnífico céfalópodo entre todos y lo situaron encima de la hilera de carros. Dada la flacidez del bicho, fue una labor complicada hasta que lograron que quedase equilibrado en posición transportable. Cruzaron el paseo Sagrera y enfilaron hacia el paseo D'es Born en comitiva.

Al pie de la Almudaina, la procesión, encabezada por Jeroni, provocó la curiosidad de los turistas que por allí pululaban y el espanto de los jamelgos de las calesas, los cuales estaban acostumbrados a ver casi de todo, pero no tanto. Uno de ellos falleció de un infarto debido a la impresión, aunque después también se barajó la posibilidad de que hubiese sido víctima de la peste equina, algo que nunca llegó a comprobarse.

Al pasar por la plaza Pío XII, frente al Bosch, todo Palma se enteró, pues allí estaban sentadas gran parte de las fuerzas vivas de la ciudad, como suele ser habitual. La comitiva fue poco a poco en aumento, hasta convertirse en una especie de variopinto desfile, abanderado por los pescadores, tras los cuales se veía a funcionarios de Cort, comerciantes, representantes de asociaciones ecologistas, turistas y hasta una pe-

queña compañía de teatro que improvisó un simpático pasacalles. La comitiva siguió por Las Ramblas y subió por Olmos para finalizar tan histórico recorrido en la mismísima plaza del Olivar. El Bosch, por primera vez en su larga historia, quedó vacío.

COMPRA DE LOS CALAMARES

Toni llegó a la sección de pescadería; la idea que había empezado a bullir en su cabeza hacía un rato, se iba perfilando de manera clara. Lo que su pequeño bar necesitaba era simple y llanamente algo de marketing. Había que vender la moto y atraer clientela. Pero un anuncio en un periódico, por muy prensa local que fuera, le costaría un riñón, y no estaba su economía como para hacer inversiones en poner anuncios.

Esta vez comprobó que la intrépida reportera estaba tres puestos más allá. «¿No cree usted que tanto las especies bentónicas como las pelágicas del mar Mediterráneo sufren un alto grado de amenaza...?» «¿No le parece que el calentamiento del citado mar incidirá en el tipo de capturas que se puedan realizar y por tanto en la oferta de pescado?» Pudo escuchar cómo la pescadera contestaba a todo con unos ambiguos «idó», «pot esser».

Sin perderla de vista, compró un par de docenas de calamares medianos, pagó religiosamente y se dirigió a la salida del mercado, pensando en cómo preparar una estrategia de acercamiento. Dado que la representante de la prensa seguía preguntando a la pescadera, esta vez por la *Caulerpa taxifolia* y su incidencia en la mortandad de la fauna marina, decidió esperar discretamente a que terminara con su entrevista antes de abordarla. Sin duda, la reportera estaba dispuesta a realizar un amplio reportaje de al menos cuarenta páginas a toda plana, y no había fuerza humana o divina que pudiera frenarla en su afán periodístico-informativo.

EN JERONI LLEGA AL MERCADO DEL OLIVAR

El calamar no cabía en la plaza del Olivar. La gente del mercado había abandonado sus puestos para no perderse aquel espectáculo único. Un policía municipal anotaba algo en una pequeña libreta. Se había corrido la voz y de toda Palma acudía gente. Hasta la prensa local había llegado a tiempo. Jeroni estaba rodeado de periodistas, reporteros gráficos y hasta las cámaras de la televisión habían ido allí.

Un poco más allá, un representante de la Consellería de Pesca concedía una rueda de prensa. Las organizaciones ecológistas se manifestaban a escasa distancia en contra de la devastación de la pesca en el Mediterráneo. Hasta uno hubo que había tenido tiempo de estampar camisetas recuerdo de Mallorca con un enorme calamar dibujado sobre la silueta de la isla. Las autoridades aún no tenían claro de quién era competencia el tema y en pequeños corrillos habían constituido una docena de comisiones y grupos de trabajo.

Alguien comentó que posiblemente aquel fuese el último representante de los calamares gigantes autóctonos y que aquello era un desastre ecológico. Se solicitó que se realizase una ordenación de los recursos marinos más dura y restrictiva para evitar que los pescadores amenazasen tan inestimables valores. Tomeu apareció encabezando una pequeña manifestación solicitando las más duras sanciones para acciones tan irresponsables como la que había perpetrado Jeroni.

Cuando por fin éste, dada la imposibilidad de mover aquel enorme calamar, decidió que lo mejor era trocearlo y venderlo por piezas, todos aceptaron la idea. Los de la sección de pescadería se pusieron manos a la obra, y en cuestión de minutos el cefalópodo fue segmentado en mil trozos. Al ser tan grande no era muy tierno, por lo que no alcanzó un gran valor.

Pagados los portes, impuestos y la soberana multa por aparcamiento indebido de un calamar de trescientos cin-

cuenta kilos, aproximadamente, según rezaba la denuncia, le quedaron a Jeroni unas mil doscientas pesetas, y un trozo de un rejo de su captura, de unos trece centímetros y medio, así como la firme decisión de que si pescaba otro ejemplar así, lo emplearía de cebo, y sería más discreto. La enorme manifestación se disolvió y cada uno volvió a sus quehaceres.

Jeroni regresó al muelle, repostó y enfiló su llaüt hacia San Telmo, dispuesto a volver a echar el anzuelo desde lo más alto de Dragonera esa misma noche.

TONI SALE DEL MERCADO DEL OLIVAR

Por fin la intrépida reportera había finalizado su incursión en el Mercado del Olivar. Extrajo una pequeña cámara de fotos de su enorme bolso y empezó a fotografiar el edificio desde todos los ángulos posibles. La estatua del pagés fue objeto de unas quince, al igual que todas las restantes entradas, dos carretes más tiró en el interior, uno por planta, y numerosas fotografías de lo situado en los puestos.

Toni tuvo tiempo de consumir medio paquete de cigarrillos, mientras hacía guardia en espera de que la representante de la prensa terminase con su trabajo y meditaba sobre la necesidad de dejar tan nefasto vicio en breve. Él también era víctima del furor «mediático» y ya veía las portadas de todos los periódicos con una foto enorme de la fachada de su bar.

Por fin, ella terminó su informativa labor y Toni se le acercó.

—¿No será usted periodista, verdad?

—¡Vaya! ¿Cómo lo ha sabido?

—La he estado observando mientras hacía su reportaje y me ha impresionado..., parece usted una persona muy culta.

—Bueno, la Facultad puede no ser gran cosa, pero sí que te da una formación bastante amplia... —contestó orgullosa de que alguien apreciase su gran preparación.

—¿Quiere usted que le dé una auténtica exclusiva?

—Hombre, usted cuénteme, que ya veré yo si la información

tiene entidad suficiente como para ser publicada o no, me ofrecen muchas todos los días, ¿me entiende?

—Claro, claro —contestó Toni. «Ha picado», pensó para sus adentros...

—Si no le importa acompañarme, tengo un bar abajo, en Atarazanas, y hay que preparar las raciones del día; yo le voy contando por el camino y, si tiene tiempo, la invito al aperitivo.

—Vale, no me queda muy lejos de la redacción..., de acuerdo.

Toni cogió del suelo las bolsas con la compra y juntos salieron de la plaza del Olivar en dirección a Atarazanas.

—Y desde entonces, nuestra especialidad son los calamares rellenos, sabe..., calamars farçits, que se dice aquí..., ¿le pongo una ración?

—Mmmm, sí, bueno póngame una y los pruebo..., entonces, esta historia del Jeroni, me dice que es verdadera...

—¡Una de calamares para la señorita! Sí, sí, claro que es auténtica, es más, mire, si quiere puede citarme a mí o simplemente poner el nombre del bar en su periódico, hasta si me apura puede hacer una foto de la fachada..., sin problemas...

—Y otra caña...

—¡Y una caña de cerveza!

—Es que no se crea, en una ciudad tan pequeña como ésta, no hay muchas noticias que cubrir, y las informaciones buenas están muy pilladas... —remató la periodista.

Mientras tanto, el portaaviones *Nimitz* de la U.S. Navy había naufragado en la bahía de Palma tras ser embestido por la regata de 470 del Trofeo Reina Sofía. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado del Olivar (Palma de Mallorca)**.

Este cuento fue publicado en el número 36 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a octubre/noviembre de 1997.



LEYENDAS DE LA MANCHA

SANTIAGO BALLESTEROS RODRÍGUEZ

D

iana! ¡Anda con él!, ¡venga!

—Calla, no soliviantes a la perra, déjala que trabaje ella sola. Tiene que haber, por huevos, dos o tres conejos en este reguero.

Suena un disparo.

—¡Muy bien!, ¡olé ahí! Lo has hecho bicarbonato. Ése tíralo, no podemos llevar al mercado un conejo tan reventado como ése.

—Lo siento, me he precipitado.

Chau, chau, chau... (la perra yate).

—¡Ahí lo llevas, Antonio!, ¡ten cuidado con la perra, que la llevas encima!

Suenan dos disparos.

—¡El muy cabrón! Me ha sacado las dos píldoras y se ha ido tan fresco. A ver si afinamos, no podemos ir al pueblo con una liebre y dos conejos.

.....
—¡Muy bien, Diana!, hoy te has portado.

—Total, salimos a siete conejos uno y otro a cinco y una liebre. ¿Qué quieres?

—Los conejos, en mi casa no pueden ver la carne de liebre.

—Los otros ocho que quedan los vendemos y con lo que saquemos compramos cartuchos, ¿de acuerdo?

—Estupendo, ¡venga!, nos vemos la semana que viene. Hay que ir a darle un repaso al Vallejo Gabriel y a la Loma Gallego. Me ha dicho mi tío que no le van a dejar sana una mata de tomate.

—En la plaza, a la una.

.....
Son las cuatro de la tarde y el cielo tiene ese color amable, blanco y gris de los días de lluvia de la primavera. El paisaje se presenta tan abrupto y poco uniforme como los propios montes. Y un muchacho, a caballo entre la niñez y la madu-

rez, en plena berrea de su adolescencia, aparece sentado en la plaza de una ciudad de provincias cualquiera. Podría ser otra, pero es Valdepeñas. Su rostro sencillo, aunque alejado de la simpleza, escruta una por una las cuatro calles que desembocan a la plaza. Como inquieto, pasea de un lado a otro del Ayuntamiento imitando al recluta que será en el futuro. Su mente se destensa, otro muchacho de su misma edad aparece en escena y se dirige a él.

El otro muchacho viene acompañado por un perro, un perdiguero de manchas rojas sobre manta blanca. El animal se llamaba *Diana*, como casi todas las perras de por allí.

—¡Lo siento!

—¡Ya era hora! Cinco minutos más y me largo. De todas maneras tengo que ir a buscar a mi padre.

—¡Venga!, no me jodas.

—Date cuenta que has llegado tres cuartos de hora tarde.

—Vale hombre. ¿Quedamos esta tarde?

—Bueno, a las siete te llamo.

Con ese gesto entre mítico y teatral de las despedidas de la adolescencia ambos se alejan en diferentes direcciones. Uno no sabemos dónde. El otro, Antonio, se dirige a buscar a su padre.

Cruzando calles y plazoletas Antonio se encuentra de brúces con el silencio impuesto de las plazas manchegas. Un soporte de piedras y cemento recubre el suelo de la misma, en donde una fuente de homenaje al vino preside el corazón de la plaza recordando el carácter de esta tierra. La iglesia se alza súbita e incomprensiblemente por encima de un paisaje arquitectónico de balconadas corridas y soportales de piedra y cal. Y eterno en el aire, el olor a geranio y sol de los pueblos de la Castilla meridional, en una plaza poblada de jubilados y camiones que van y vienen a la puerta del mercado que queda justo enfrente de la «Casa Consistorial», como reza el friso de la entrada del edificio. Un edificio que quiso imitar el

talante arquitectónico del Congreso de los Diputados en Madrid y que mira saturado de palomas a esta plaza llamada de España. Y al adentrarse en los soportales, inconscientemente, entra en un callejón angosto en el que reza la leyenda «Mercado Municipal». Es el mercado de abastos, un edificio bajo, de dos plantas, que parece ocupar toda la manzana. Un edificio con olor a fruta, a pescado, con un cierto sabor a libro viejo. En la puerta, una gitana ataviada con el uniforme de falda larga y ajustada ofrece ajos a todo transeúnte que entra en su jurisdicción. No falta tampoco la voz tosca y retirada del vendedor de cupones de lotería, ocupado en la agotadora tarea de poner y sacar sus guantes una y otra vez, como si de algo vital se tratara. De vez en cuando, éste saca un celta sin boquilla del bolsillo y atento acude el vendedor de espárragos del pueblo de al lado con el que comparte tribuna. Este último, inmóvil, con una actitud de reloj de sol y ejecutivo ve pasar a la gente toda la mañana a los puestos del mercado con su carga de monte entre las manos.

Una vez que Antonio ha superado la puerta, se encuentra de bruces con los puestos del pescado, los puestos de Pescaderías Cantábricas. Con curiosidad mira los peces. En especial, le han llamado la atención los cangrejos o el enorme corte que seccionó el cuerpo de la ternera de mar. En un pasillo de azulejos blancos, con cierto aire de enfermería de plaza de toros, Antonio sigue su camino. Se ha parado de nuevo en otro puesto, el de la caza. A modo de Hércules Poirot manchego, examina atentamente las piezas que cuelgan de una barra de aluminio que atraviesa el puesto de un extremo a otro. Antonio se recrea contemplando los colores de los animales, en especial la perdices colmadas de tonos pardos en el torso y una rica paleta de rojos, azulados, plomo, naranjas..., en el pecho.

La tendera le increpa:

—¿Qué, Antonio? ¿Hoy no traes nada?

—No, señora Aurora. Esta semana no he podido salir al campo.

Después, ajeno a las voces entrecruzadas de amas de casa, vendedores y transportistas, Antonio sigue caminando. Ro-deado de mujeres armadas de carrillos de la compra que deambulan de un puesto a otro sin más amenaza que la hora de la comida.

Resulta curioso cómo el paso del tiempo ha ido bajando con un carácter definitivo las persianas metálicas de los puestos del mercado. Unos jubilados, otros enterrados, otros emigrados a zonas de mayor prosperidad económica y, fija en la memoria de todo el que pasa por delante, la ima-gen de Elisa, la mujer anciana vestida de negro con un puesto de carnes por delantal. Una mujer eminentemente viuda, como parece pregonar el retrato de tonos sepias que cuelga en una de las paredes. Un retrato inusual, porque lo ortodoxo, en un lugar como éste, sería un póster–calenda-rio pegado en los azulejos blancos del puesto. Antonio se para de nuevo. Esta vez frente a un puesto de carnes. De car-nes que poseen la tonalidad rosácea y suave de los corderos y chivos del Valle de Alcudia. El inmenso y manso valle que fracciona salvajemente el paisaje manchego hasta los Mon-tes de Fuencaliente.

—¡Eh! ¿Hay alguien?

Por arte de birlibirloque, un señor de mediana edad, que luce un delantal de listas negras y verdes, sale de detrás del mostrador y susurra:

—¡Pasa! Llegas tarde. ¿Con quién te has entretenido hoy?

Antonio no contesta. El señor tampoco; y prosigue su ta-reña con toda normalidad al tiempo que el niño se emboba viendo cómo aquél asesta golpetazos con una cuchilla a un chuletero de cabrito con un ritmo de segundero de reloj.

Una vez terminado, el señor del delantal, que porta un pe-queño bigote negro, se dirige otra vez a Antonio.

—¡Anda! Ayúdame a recoger. Coge el cepillo y ve barriendo.

Ahora pasaré la fregona y nos vamos.

—¿Vamos a ir esta tarde al campo?

—Ya veremos. A ver qué dice tu madre. Es capaz de tirarme la zapatilla a la cabeza si le digo que nos vamos otra vez, pero en fin, se verá.

.....

—La tarde está buena. Hace un rato que ha llovido y ahora sale el sol. Es fácil que veamos un bicho. Este sitio es extraordinario, sobre todo ahora, en esta época. Los animales todavía no están tirados y este año la comida no es abundante.

Un mochuelo empieza a cantar y, poco a poco, entre el mochuelo y las urracas que pasan para buscar sus dormideros, la tarde va cerrándose y la noche entra también poco a poco.

—Hay mucha hierba. No veremos a los animales hasta que se nos metan encima.

—¿Ves esa encina que hay detrás del prado?

—Sí, la primera después de la raya del monte.

—Esa. Ahí maté el primer venado. Tu tío y yo vinimos a esperar a los guarros varias noches. Sabíamos que había reses, había rastros por todas partes, una noche incluso estuvimos a punto de tirar un guarro enorme, un macho viejo que no quiso dar la cara y no salió de la raya del monte. ¡Debió barruntárselo! Se quedó en el monte y no tuvo cojones a salir al raso. Tenía que ser enorme por el monte que mecía a su alrededor. Pero, no. Fue el último día de tres que estuvimos en el cortijo de ahí abajo cuando vimos aquí algún bicho. Y no fue esperándolo, sino recechándolo. Aquella mañana íbamos de culo. Creímos, cuando llegamos aquí, que era ya demasiado tarde porque nos dormimos. ¡Manda cojones!, para un día que tiene uno libre para cazar, todavía estábamos solteros, encima se duerme. Nada, luego no encontramos uno de los dos caballos que teníamos para subir a la sierra desde el cortijo, el

muy..., estaba en celo y decidió pasar el tiempo en mejor compañía. Tuvimos que coger un percherón, «el percheriqui», tu tío iba a la grupa y yo adelante, sólo llevábamos su gastado rifle del 270. A unos quinientos metros de este lugar dejamos el caballo atado a una charneca. Montamos el rifle y subimos a lo alto de la cuerda. El aire iba bien, pero era tarde, el sol estaba a punto de salir, pero ya que estábamos allí teníamos que bajar por huevos. Echamos a suertes a quién le tocaba tirar, afortunadamente me tocó a mí, tu tío por aquel entonces estoy seguro que hubiera fallado lo que tuviera delante. No daba una. Subimos a lo alto de la cuerda; no sé si esto ya te lo he dicho, luego empezamos a bajar al valle sin hacer ruido por esa vereda de ahí. Tu tío, como si fuera paseando por la plaza mayor delante de mí, y yo detrás, con el Santa Bárbara al hombro. En esto que miro a la derecha y no me lo creo, ¡cojones!, había seis o siete ciervos pastando a la orilla del monte. Sin pensármelo me eché la escopeta, esto..., el rifle a la cara y ¡poom!... Al bicho que le tiro ni se mueve. Descerrojo el rifle y vuelvo cargar y tu tío, estupefacto, porque ni siquiera le había avisado. Apunto otra vez, y ¡poom!... El bicho se desploma, empieza a patalear y tu tío nervioso pidiéndome el rifle para tirar a las ciervas que había al lado. El Santa Bárbara se atasca, ¡el muy maricón! Aquel día podíamos haber cobrado tres o cuatro reses si no se hubiera encasquillado. Por fin, consigue meter la bala en la recámara, pero el ciervo se había levantado tras caer como un trapo. La manada había desaparecido tras una charneca y volvió a aparecer a más de doscientos metros cruzando el valle. Tú tío tiró otro viaje sin posibilidad, estaban ya bastante largos y además iban corriendo. Después nos volvimos locos buscando sangre en el sitio en que se desplomó el venado. Nada, y venga a buscar, y venga a dar vueltas y a ponernos más y más nerviosos por si venían los guardas. Total, que tuvimos que salir de allí por patas sin ver nada. ¡Hay que joderse!, me repetía yo una y otra vez.

El muchacho escucha con los ojos abiertos, sin parpadear.

—¡La madre que lo pidió!, ¡la madre que lo pidió!, será... Después de estar en el suelo va y se levanta como si nada, me repetía yo una y otra vez. Y tu tío, terco; ¡coño!, que le has dado, que le has pegado por encima de la paletilla. No podía creer que hubiera fallado ese tiro a ochenta metros escasos con el venado parado y sin menearse. Cuando llegamos al cortijo, Rafael, el vaquero, nos preguntó: «¿Qué pasa? ¿Habéis visto algo?» (acababa de llegar). «¡Qué leche! Hemos tirado un bicho y no lo hemos podido cobrar». Rafael rió socarronamente. Se sabía superior en este tema. Nosotros estábamos empezando y él llevaba ya unos cuantos guarros a las espaldas. «Desde luego, ahora es la mejor época, y vais y guarreáis aquello». «¡Qué coño!, ¡que no, que le hemos dado, que el bicho se ha caído y ha empezado a patalear en el suelo y luego se ha levantado!». «¡Ya ves!», dijo de cachondeo. Nosotros nos mirábamos y tu tío dijo: «Vamos a ir con la perra a ver si coge el rastro». En esto llegó Quico, el pastor, que sabía del tema porque había tenido una rehala hasta el año anterior, y nos aseguró que el bicho estaba muerto. Una vez en el sitio, dijo: «Ahí, un poco más allá» «¿Aquí?» «Un poco más allá». Cuando llegamos al sitio con la perra, con *Paquira*, que luego mató un coche, fue llegar y encontrar el bicho panza arriba veinte metros más allá de donde lo habíamos tirado, apenas había tenido tiempo de andar una veintena de metros. Lo suficiente para desplomarse detrás de una mata y que no lo viéramos caer. Y por fin encontramos la sangre. Había un reguero enorme. El venado tenía dos tiros, el primero en el cuello, del que ni se enteró, y el segundo en la paletilla. Después nos vimos negros para subirlo al cortijo, pero eso ya te lo contaré.

—Schhh..., se oye algo

.....

Días más tarde y ya a última hora, acabada la faena en el mercado y una vez descabezada la sagrada hora de la siesta, Antonio y su padre pasean por un paraje conocido como la Loma del Batán. El paisaje, vomitando tonos verdes, pone de vez en cuando una nota de color de mano de cantuesos, jaramagos o amapolas o incluso algún tractor, que pone ritmo al movimiento inmóvil del terreno.

Sobre la alfombra parda del suelo de un olivar, los dos caminan deteniéndose de vez en cuando para observar la cosecha que el árbol presenta hogañío.

Como tantas tardes, los dos se sientan en un mojón en lo alto de la loma. El silencio del monte pone texto a sus conversaciones, y la naturaleza coqueta, tocada de un aire femenino que la hace más atractiva, da rienda suelta a su inquietud y regala al espectador sus sonidos de agua y celo.

Padre e hijo se levantan y encaminan sus pasos de nuevo al olivar. Repiten sus gestos, incluso su conversación. Antonio se ha quedado mirando a un árbol. Parece un almendro, pero sin embargo se encuentra rodeado de las espinas verdes del enebro.

El almendro está lleno de la primavera, ha mudado las flores blancas de febrero. Y sin embargo está de gala, ajeno a las nubes de la sierra. Debajo, rodeando su tronco hasta la cruz, hasta el lugar en que todos los árboles abren sus brazos y los airean al viento, un enebro sacrificado parece querer proteger al almendro guardando que nadie se acerque.

El conjunto tiene cierto aire surrealista.

—Padre, ¿qué árbol es este? ¿Un almendro?, ¿un chaparro?

—No hijo, no es un chaparro, aunque sí un almendro. Lo otro, lo de abajo, es un enebro.

—Pero, padre, ¿por qué no arranca usted estos dos árboles que no dejan crecer a los olivos de alrededor?

—Por respeto, hijo, por respeto.

—Respeto, ¿a qué? —pregunta Antonio de manera ingenua.

—Respeto a la memoria de los muertos, a su recuerdo. Antes de que me preguntes prefiero relatarte el simbolismo de esta figura y por qué a nadie que ha labrado esta tierra se le ha pasado por la cabeza arrancarlos. Me contaba mi abuelo que en los tiempos de Pernales y el Bizco de Borge, que como ya sabes pasaban por aquí por la cercanía de la sierra, hubo un muchacho del pueblo y una muchacha. Se enamoraron, como suele suceder. Él, como todos los de su quinta por aquél entonces, trabajaba en el campo. Unas veces como ganán, otras aventando, segando, trillando, cogiendo aceituna, tras la siega se dedicaba a ejercer de arriero por los caminos que llegan hasta Jaén; en fin, lo que diera el mes y el año. Ella se dedicaba a ayudar en su casa, realizando las tareas propias de las mujeres de antaño, sin descartar por su supuesto echar una mano en el campo cuando era preciso. Cada vez que podían, los dos venían a pasar la tarde, como nosotros ahora, a este lugar. Solían sentarse, me contaba mi abuelo, en el rancho de piedra, antes de que esa enorme encina hubiera crecido. Y entre besos y palabras amables, pasaban las tardes. Sin prisa, sin celos. Pasaron los años y decidieron casarse. Cada uno continuaba con sus tareas, e incluso él, Roldán, que así se llamaba, había conseguido ahorrar algo en esos años y comprar esas tierras al señorito del pueblo, que por aquél entonces era don Miguel. Pero éste, como suele suceder en estos pueblos, aburrido de la vida de provincias, decidió marchar a la capital seducido por el juego y las mujeres. Y entre éstas y aquello se vio abocado a malvender las tierras a unos y a otros. Todo el mundo tuvo oportunidad de comprar, y por eso este pueblo mantiene una población más o menos estable, pues el que más y el que menos posee unas hazas de tierra de cultivo. Un día, Roldán fue al campo y no regresó a la hora de la cena, tampoco a dormir, ni fue a ver a la novia. Y pasó otro día y decidieron ir a buscarlo sus padres y herma-

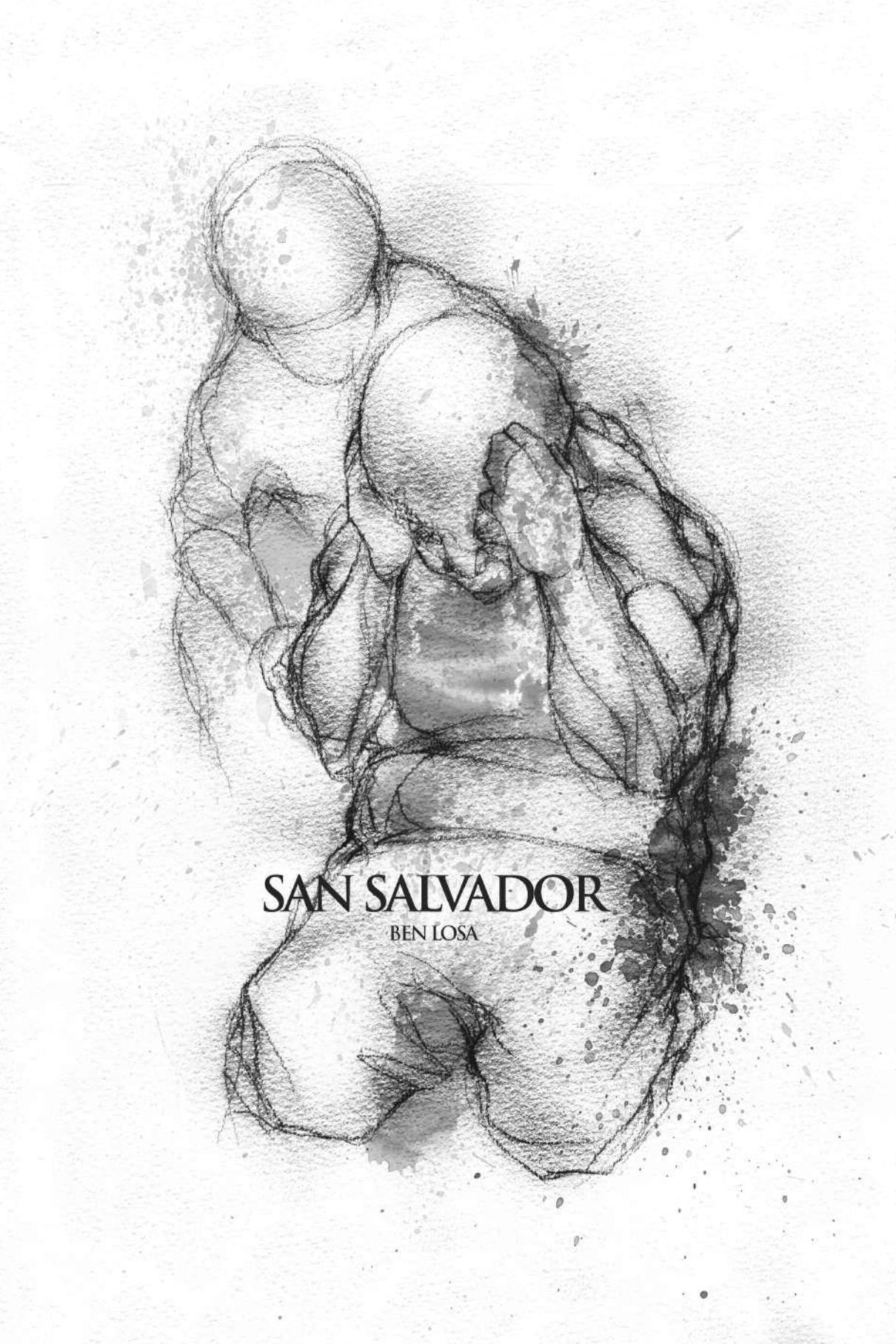
nos a los lugares habituales donde iba. A todo esto, ella había ido a buscarle por la mañana, por un no sé qué de coronadas de las mujeres. No había dicho nada en su casa. Tan sólo calzó sus albarcas y siguió el camino de la Cuerda, que es el que llega hasta aquí. El camino que sigue la linde del Cuco y pasa por las olivas que tiene el abuelo en el Charco el Maestro. Los hermanos de él buscaron por la tarde, y fueron su padre y uno de ellos los que por casualidad encontraron a Roldán con el pecho atravesado por la estaca de un enebro seco y quebrado. Junto a él, con una rama de almendro quebrada, en el pecho, teñida del intenso color rojo de la sangre del campesino, estaba ella, tan blanca, tan simple, tan hermosa. Y al lado, contemplando la escena muda, una mula torda hociqueaba de vez en cuando. La escena era brutal. Al parecer, y como dicen, ella encontró sin vida el cuerpo de Roldán, lo tuvo entre sus brazos con la misma ansia que la madre al hijo que nace muerto, incluso debió besarlo cuando todavía la juventud daba sentido a aquello y loca, desesperada, rompió una rama de un almendro seco y la clavó en sus carnes desapareciendo con Roldán. Sus familias quisieron que se quedaran en este lugar, y los enterraron juntos. Ya no hay cruz, ni su sombra. Pero el tiempo hizo que de aquellos dos cuerpos brotaran este almendro y este enebro. Este es el monumento a los dos. Sin mármoles ni piedra, sencillo.

Dicho esto, padre e hijo desaparecen en silencio dejando a sus espaldas sierra y olivares hasta otro día. Nosotros, hasta siempre. ◆



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Municipal de Valdepeñas (Ciudad Real)**.

Este cuento fue publicado en el número 45 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a abril/mayo de 1999.



SAN SALVADOR

BEN LOSA

Luces de neón multicolores, oleogramas publicitarios y un sinfín de rayos láser anuncian ofertas de carne de la colonia Odisea 33, salmón de Adriana 22, brécol rojo de Marte, lechugas de Saturno 16, guisantes de la Confederación Márvil... Pedro avanza atónito por el mercado; ayer mismo había hecho la compra y todo era normal, los carteles de siempre, los productos de siempre. Había llegado caminando por la ciudad, por Santa Clara, la plaza de la Constitución, la vidriera centenaria del mercado, Zamora tampoco había cambiado.

«¿De dónde sale este mercado futurista?», piensa Pedro mientras duda entre regresar a casa o seguir adelante. Se decide por la aventura, abriéndose paso entre seres de todas las razas, colores y formas imaginables, se dirige hacia la pollería de los Hermanos Serrano, donde lleva un par de años comprando los filetes de pechuga y las alitas; en su lugar encuentra un punto de alimentos reciclables. Perplejo ante la mutación del puesto, Pedro observa al pollero; lleva puesto un mono transparente, sólo opaco sobre las partes nobles del cuerpo, las manos y los pies los lleva cubiertos con una especie de papel de aluminio fluorescente.

Pero esto no es lo más sorprendente, el ex pollero coge de un acuario peces triangulares de color malva; sin llegar a tocarlos con las tijeras, interpreta los movimientos típicos de quitar la espina, las escamas, todo eso; pero sin hacerlo realmente. Finalizada la representación, echa unos polvos sobre el pescado, que coletea suavemente, y, envolviéndolo en algo parecido a papel secante, lo entrega a un cliente que, con gesto solemne, desenvuelve el pescado, tira el envoltorio a una papelera, limpia los polvos al frío animal, lo deposita en una pecera que sujet a un amigo junto a él y, arrugando el entrecejo, firma una hoja en cuya cabecera se

lee en grandes caracteres «Los amigos de los animales a punto de ser ingeridos», deja el bolígrafo sobre el mostrador, sonríe al ex pollero y deja paso al siguiente. Pedro cree volverse loco ante tal escenario irracional; se gira y ve que tras él se ha formado una cola de vértigo, todos le miran con la ansiedad típica del que espera su turno. En un principio intenta explicarles que no espera nada, pero acto seguido piensa que no merece la pena; abandona el primer puesto y la cola se disuelve.

Pedro, con los ojos como platos, avanza entre oleogramas de rostros amables y sinceros que recomiendan productos, describen sus características nutritivas, los posibles efectos secundarios sobre la personalidad, sobre los deseos... ¡Increíble! Cada treinta minutos, la iluminación del mercado cambia por completo, la máxima intensidad de energía publicitaria va pasando de unas zonas a otras y, con ella, los clientes y toda la actividad del mercado.

Cuando Pedro está a punto de perder los nervios, localiza con la mirada a su amigo Santiago, está comprando calamares amarillos. Se aproxima a él con enorme ansiedad, se planta frente a él, le agarra de los hombros e interroga sobre el cambio que se ha producido en el mercado en tan sólo veinticuatro horas. Santiago mira a Pedro con increíble tranquilidad y le saluda.

—¡Hombre, Pedro, tú tan clásico como siempre! ¿Qué, con el traje del bautizo de tu abuelo? —Pedro queda estupefacto y pasa a contemplar a Santiago en su conjunto, con la emoción no había reparado en su vestimenta, lleva un mono transparente idéntico al del pollero, pero a diferencia de aquél, Santiago calza unas botas altas color mercurio, a través de las cuales se le ven los tobillos y los pies como en una radiografía de rayos X.

—¡Esto es demasiado! —piensa Pedro; aun así, a pesar del nuevo aspecto de Santiago, le pregunta por la causa de tal

aberración temporal. Santiago sonríe y sugiere a Pedro no volar tanto por la red.

—El ciberespacio puede provocar alucinaciones ópticas en los navegantes que se pasan en horas de vuelo —dice Santiago.

A pesar de todo, Pedro insiste.

—¡No fastidies Santiago! El mercado ayer estaba completamente normal, ¿qué ha pasado?

Santiago paga sus sardinas añil, recoge el paquete y sigue caminando, diciendo:

—Estoy de acuerdo contigo en algo, Pedro, el mercado ayer estaba completamente normal; pero, en desacuerdo contigo, pienso que hoy también está normal. Y esto es sólo el principio de nuestras diferencias, ya que una persona de tu cualificación no puede hablar, fuera de protocolo, con una persona como yo que, por si lo has olvidado, ocupo un nivel cuatro veces superior al tuyo. Lo he tolerado porque estuvimos en el mismo colegio de programación presocial, ¡ya sabes!, nostalgia, pero nunca vuelvas a hacerlo en público. No deseo hablar más contigo. ¡Ya nos veremos! ¡Hasta pronto!

Pedro queda clavado al suelo; quiere huir de allí, volver a casa, comer y tumbarse a ver un documental en La 2, pero algo le impide salir de ese laberinto de alimentos y vendedores de ciencia ficción.

«Sólo falta Estela Plateada, surcando el mercado con su tabla de surf», piensa Pedro, mientras intenta salir de la perplejidad y enfocar con mejor talante la situación. Pero es imposible, está desbordado; busca la salida y, cuando está a punto de alcanzarla, alguien lo agarra del brazo, se vuelve y, ¡lo que faltaba!, es Clara, su mujer. Pedro ya no confía en nadie; sabe que todo ha cambiado; no sabe por qué, pero así están las cosas. El recuerdo de Santiago le hace permanecer a la defensiva.

—¿Dónde va tan deprisa el caballero? —le dice Clara distendida.

—¿Qué quieres, qué haces aquí? —contesta Pedro asustado.

—Pues, la compra, ¿qué quieres que haga en el mercado? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —mientras contesta, observa que la ropa de Clara es normal.

—¿Y tú, qué tal?

—¡Venga, Pedro!, a mí no me engañas, ¿qué te pasa?

—Bueno, ¿no ves?, todo esto, el mercado, parece una versión psicodélica de *Blade Runner*.

—¿Qué le pasa al mercado, Pedro?

—¡Cómo! ¿Te parece normal el pollero, con esa especie de traje de astronauta funky, y todas esas luces y alimentos galácticos, oleogramas parlantes, láser de colores? ¿De verdad, lo ves normal?

—Pedro, ¡ya vale! ¿Qué dices? Me estás asustando, tienes la cara desencajada.

De pronto, Pedro se siente solo.

«¿Qué hago yo en Zamora, si toda mi familia vive en Madrid? ¿Por qué acepté venirme a vivir con Clara? Ella tiene aquí su vida, su familia, sus amigos, su trabajo, pero yo, ¿qué pasa, qué significa todo esto?»

Pedro sale de sus pensamientos y contempla el rostro de Clara pegado al suyo. Se da cuenta que está en el suelo; ha perdido el conocimiento

—¡Pedro, cariño! ¡Llamen a un médico!

Pedro contempla cómo su mujer pide ayuda, y es por él. Observa cómo un grupo de extraños individuos se arremolina sobre él; y Clara habla con ellos.

«¿No verá lo raros que son? ¿Algunos no parecen ni humanos?», piensa Pedro; de pronto cree que la única forma de abandonar esa pesadilla es salir corriendo; lo intenta, pero el cuerpo le pesa toneladas. Por fin, algo lo libera de la horrible pesadez y, sin reparar en Clara —de la que no sabe qué pensar—,

se levanta y sale corriendo. A los pocos segundos vuelve la cabeza y ve cómo Clara habla con Santiago, ambos lo señalan con la mano; se vuelve y divisa a los guardas al fondo del mercado –«esperándome, bloqueándome la salida»–, sus trajes metálicos de color oro, bajo la vidriera estrellada, provocan en Pedro un escalofrío. «Estoy perdido, todos están en otro mundo».

Se le ocurre bajar a la planta de abajo, tropieza y se cae contra la floristería; la dependienta, sonriendo con cara de estar en otro mundo, deshoja margaritas sobre él; se levanta, baja las escaleras y, ¡horror!, ahí abajo todavía es más alucinante; un sofisticado laboratorio genético produciendo toda clase de animales y plantas; los corderos, coliflores, tostones, huevos..., son colocados en unos tubos transparentes y aspirados hacia la planta de arriba. Con los ojos fuera de las órbitas, Pedro se da la vuelta porque alguien le golpea en el hombro, gira y se encuentra una gran dama, de al menos dos metros de altura, con una enorme melena dorada, vestida con gasas de todos los colores.

—Soy la Mater Magna del mercado. Llegué aquí en 1904 y estaré aquí hasta que se retire la última piedra de sus muros. Has entrado en una zona prohibida de la red. Dispones de treinta segundos para entregarme tu nombre de usuario, contraseña y número de Visa; de lo contrario se te considerará un virus y se procederá a tu eliminación.

Pedro mueve la mano y toca el ratón, vuelve la pantalla activa y se despierta frente al ordenador –«¡Menos mal, qué sueño tan agobiante!»–. Se levanta, va al frigorífico y, ¡desertico!, se viste y sale de casa, dispuesto a hacer una buena compra en el mercado. Llega, entra y, ¡bien!, todo está como siempre; compra una dorada en la pescadería de Clavo; pan y bollos en Las Carabelas y alitas de pollo en el puesto de los Hermanos Serrano. Sale a la plaza del mercado y, cuando va a girar por San Andrés, se vuelve, mira la vidriera y, por un

momento, le parece estar hecha por lenguas de fuego.

«Será el sueño, que todavía me hace ver visiones», piensa. Va a ver a Santiago a la inmobiliaria, todo está normal; llama a su mujer al hospital, tiene una guardia tranquila. Pero, cuando se va acercando al número cuatro de la calle Santa Clara, a su portal, comienza a mudarle la cara. Bajo el balcón de la agencia de contratación Umano, subido en una especie de bola de cristal, un robot vestido de samurai se alza espectacular sobre un centenar de jóvenes que, con los brazos en alto, piden un puesto de trabajo. Pedro mira su bolsa de la compra; ahí está la dorada, los bollos; todo está normal, ¿qué pasa ahora?, lo anterior era un sueño, pero ya está despierto. El samurai porta una especie de varita mágica –como las espadas de la *Guerra de las Galaxias*–; tras planear sobre los jóvenes enardecidos, toca a uno al azar y, ahora viene lo alucinante; el joven desaparece de la calle y aparece en un monitor enorme, colocado a la derecha del samurai, donde se ve cómo al joven le hacen una entrevista de trabajo; finalizando con la firma de un contrato por un día y un apretón de manos.

La desesperación de Pedro ha subido tanto que ha llegado a la indiferencia; arrastrando los pies, entra en el portal de su casa, el ascensor es un flujo de luz piramidal; en el suelo, frente a lo que puede ser una puerta, diez huellas de pies derechos, junto a ellas los nombres de los inquilinos.

Junto a una de las huellas, Pedro descubre su nombre; pisa, se ilumina la base piramidal del ascensor y es elevado frente a la puerta de su casa. En un triángulo de color ámbar a la altura de la cerradura, lee en un monitor «Introduzca el pulgar»; junto al monitor hay un agujero; Pedro mete con indiferencia el pulgar y se abre la puerta. «¡Dios mío, lo que esperaba!, ¿qué es esto?».

Pedro, con la cabeza descolgada sobre el pecho, los brazos caídos, mira al interior de la bolsa de la compra, es lo único

que sigue normal; ahí está la dorada, hipertérrita.

Pero la casa, todo ha cambiado; una habitación única, un cubo perfecto; en el centro, flotando en el centro del cubo, un monitor se enciende y aparece el rostro de un hombre.

—Buenas tardes, Pedro, soy tu APR, asistente personal robótico. Tienes la cocina preparada para alimentarte; pero antes debo recordarte que estás cometiendo una infracción penada con un mes de flujo eléctrico restringido. En esa bolsa llevas especies en vías de extinción, como la dorada, la lechuga, los huevos de ave; te aconsejo que los entregues en la comisaría más cercana y continúes con la dieta homologada por la Confederación.

Pedro, arrastrándose prácticamente, se dirige hacia un espejo que, ingravido, flota junto a una de las paredes del cubo; se sienta en un sillón frente a él y, ya con el juicio alterado, «Espejito mágico...».

En ese momento suena el teléfono, la APR genera un teléfono en la mano de Pedro, que contesta.

—¿Clara, eres tú?

—Sí, Pedro; estoy volviéndome loca, nuestra casa parece sacada de un decorado de *Star Trek*... ¡Pedro, ven; te lo suplico!

—¡Clara!, ¿de qué hablas?, yo estoy en nuestra casa y..., sí, todo ha cambiado, pero ¿dónde estás?

—¡Pedro, no lo sé cariño! Pedro, ven; te necesito...

«Señor, le recordamos que son la nueve de la mañana, hora en la que nos encargó le avisáramos. Buenos días, señor, le recordamos que el parador le ofrece servicio de desayuno hasta la once de la mañana, en el comedor o en su habitación. ¡Gracias, señor! ¡Buenos días, señor!».

Clara y Pedro salen del Parador de Zamora, cogen un taxi que les deja en la estación de trenes, cogen el talgo que viene de Galicia y, al abrirse las puertas... ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Municipal de Zamora**.

Este cuento fue publicado en el número 46 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a junio/julio de 1999.



UNA ESTRELLA ENTRE EL PESCADO

ANDRÉS MONTES PUNZÓN

Entraron por la puerta norte en ese punto del día en que los rayos del sol, que se cuelan a través de las cristalerías, se clavan, como dardos punzantes, en los filos metálicos de los mostradores de carne y en las sinuosidades de las hojas de las lechugas y los repollos que se apilan en las bancas de las verdulerías. Atravesaron el umbral, treparon por la escalinata y recorrieron sin prisa los pasillos angostos de la planta, en pos del que parecía ser el cabecilla de la tropa. Llevaban bultos negros sobre los hombros o colgándoles pesadamente de los brazos. La mayoría eran chicos y chicas jóvenes, ataviados con ropas informales y zapatillas de deporte. Sólo el que encabezaba la expedición representaba más de cuarenta años y usaba zapatos y chaqueta de paño.

Las mujeres giraron la cabeza al pasar la cuadrilla junto a los puestos de ultramarinos o de frutas en los que estaban detenidas, preguntándose entre sí por la procedencia y los propósitos del insólito conjunto de individuos.

—Son los del cine —anunció Marcial, el de la pollería, esgrimiendo entre sus dedos un muslo de pavo que estaba troceando por encargo de una parroquiana—. Cine de pantalla grande —añadió alzando la pieza para llamar la atención de las clientas que se arracimaban junto al mostrador de la panadería de enfrente.

—¿Los del cine? —repitió, incrédula, una señora gruesa, que engullía con deleite un trozo de colín crujiente—. ¿A qué vienen aquí los del cine?

—A rodar, señora. ¿A qué van a venir? —respondió Remigia, la panadera, con su socarronería habitual—. A rodar una película sobre la vida de los comerciantes de un mercado.

—Y ¿por qué no hacen, mejor, una película sobre las que venimos a comprar? —replicó una anciana de reducida estatura, que esperaba turno en la carnicería.

—Yo llevo cuarenta años viniendo a comprar aquí todos los días. ¡Figúrese usted! Todos los días desde el año cincuenta y nueve, que me vine a vivir a Santander con mi marido, que en paz descance.

—¡Ya será menos, señora! —intervino el único hombre que, en ese instante, formaba parte de la clientela de la panadería—. Habrá salido usted de vacaciones, habrá sufrido una gripe o un cólico...

—Y no se olvide de que el mercado estuvo en obras en el setenta y tantos... —apostilló la que comía el colín.

—Déjense de filosofías, señores —interrumpió la panadera—. Que una tiene mucha tarea pendiente y me están entreteniendo ustedes. A ver, doña Gumer, ¿qué le pongo? ¿Una chapata tostadita?

Entre tanto, los del cine se habían detenido en el cruce de dos pasillos, habían depositado los bultos en el suelo y empezado a sacar cachivaches de las bolsas de cuero negro. El director del grupo analizaba el entorno desde distintos ángulos, mientras que una de las chicas medía la luz con un extraño aparato que llamó la atención de Bienvenido, el de las verduras, aficionado a la fotografía y, sobre todo, al vídeo.

—¿Cuesta muy caro? —le preguntó a la joven, acercándose a ella y señalando el aparato—. Yo me dedico al vídeo, ¿sabes? Me interesa mucho la naturaleza. Los domingos salgo al campo y busco escenas para filmar. Tengo docenas de cintas en casa. Sería para mí un placer enseñártelas...

—¿Quién despacha aquí? —aulló una mujer desgreñada, varada ante la montaña de berenjenas que Bienvenido había erigido unas horas antes—. ¿Es que nadie me va a dar cuarto quilo de espinacas?

Bienvenido volvió a su puesto, abominando de esas personas que no entienden de arte ni piensan en alimentar otra cosa que no sea su cuerpo mortal.

—Son del cine, señora. Hay que aprender de ellos muchas cosas —le explicó a su cliente con un remedo de sonrisa.

—Déjese de pamplinas y póngame unas espinacas, que voy con los minutos contados —contestó la mujer con tal ruideza que frustró cualquier nuevo intento de Bienvenido de concienciarla sobre los valores espirituales del séptimo arte.

El director paseaba entre los parroquianos cuyo número se iba multiplicando, irremediablemente, en las inmediaciones de la encrucijada donde se había instalado su equipo. A algunos mirones, el director tenía que apartarlos con la mano para que no se infiltraran en el espacio reservado para sus técnicos y sus actores.

La noticia de la llegada de los del cine se había propagado hasta el piso inferior y ya habían subido, para verificar por sí mismas la autenticidad del sorprendente acontecimiento, un par de mujeres con delantales blancos y un olor a mar que delataba su oficio.

—¿Por qué no se vienen abajo, que son los pasillos más anchos? —le espetó una de ellas a un muchacho que situaba una cámara sobre un trípode.

—¡No jorobe usted, Tomasa, que aquí hay más claridad que en el sótano! —intervino uno de los mozos del puesto de ultramarinos de Aniceto.

—Atiende a esa señora, chico, y déjate de polémicas —le increpó el patrón, inmune al alboroto del mercado y consagrado enteramente, como buen profesional que era, a satisfacer las demandas de su público.

La noticia traspasó también la fachada del mercado y corrió por entre los tenderetes de los vendedores que ocupaban la explanada habilitada para el comercio ambulante desde tiempos tan remotos que ni siquiera las abuelas del barrio recordaban ya si alguna vez el solar tuvo otros usos. Ese día, por ser miércoles, los productos que se ofrecían eran comestibles: piezas troceadas de quesos Picón-Tresviso compartiendo es-

tantes con manchegos y quesucos de Liébana, sacos de alubias y de lentejas, ristras de cebolletas, canastos de manzanas verdes y olorosas, tarros de anchoas de Santoña, quesadas pasiegas, lomos de bacalao salado, especias y golosinas..., todo desplegado bajo las espesos toldos de lona que protegerían el género de la lluvia en el caso de un aguacero repentino.

Quien avisó a los del exterior fue la madre de Fulgencio, un muchacho de luces menguadas y corazón amable que pasaba las tardes en el mercado ayudando a limpiar o a trasegar mercancías a quien le requiriera para ello.

—¿Ha visto usted a los del cine, Fabián? Están ahí dentro, grabando una película —le informó a un viejo que despachaba hortalizas, traídas de la zona de Cabezón—. Me han dicho que la protagonista es Liana Lingote. ¿No la conoce usted? Pero hombre, ¿usted no ve la televisión o qué? Sale en una serie que echan los jueves en la cadena nacional.

—Pues ésa de poco puede presumir, que no vale un pimiento la pobre —opinó una mujer joven, que conducía a un bebé en un coche descomunal, al escuchar a la madre de Fulgencio.

—Presencia sí que tiene la chica —arguyó una tercera, inclinándose para introducir en el carro una lombarda y un manojo de acelgas.

—Menudo tipo y menuda melena. ¡Para mí los querría yo!

—Si está usted bien como está, señora Paquita —objetó el vendedor haciendo alarde de una galantería que, por su edad, ya podía permitirse sin que nadie le acusara de importunar a las clientas—. Está usted estupenda.

La señora Paquita se alejó riendo, oronda y complacida, rumbo a un puesto de legumbres colindante. Fabián, por su parte, atendió a otras dos parroquianas y, con el pretexto de ir a buscar cambio de un billete de diez mil pesetas, dejó el tenderete al cuidado de un colega que ofertaba quesos de la

región, y se metió en el edificio del mercado con ánimo de curiosear y analizar con sus propios ojos los encantos corporales de la actriz a la que habían mentado las mujeres.

El corro de espectadores espontáneos seguía aumentando a medida que la mañana avanzaba. El director había protestado y exigido la comparecencia de un delegado de los comerciantes que pusiera orden entre el público concurrente. Fue necesaria la intervención de dos agentes de la policía local, que obligaron a los observadores a guardar una distancia prudencial para que los técnicos del celuloide pudieran trabajar holgadamente.

—¡Andá! ¿No es ése Evaristo Alhaja? —preguntó una mujer a la que tenía al lado, refiriéndose a un tipo con gorra americana y gafas de cristales ahumados, que fumaba un cigarrillo delgado y oscuro ajeno al barullo que se cocía a su alrededor.

—Pues no sé. En las películas aparenta más joven. Y más alto —respondió la otra con un tono de desencanto.

—Sí que lo es, señoras. El mismísimo Evaristo Alhaja en persona —confirmó un hombre cincuentón, asiduo al mercado, que era el propietario de un restaurante aledaño, reputado por el cocido montañés que se guisaba en sus fogones—. Ese no se mueve por menos de un millón diario.

—Pues es un retaco —insistió una de las contertulias.

—¿Y Liana? ¿No decían que iba a venir Liana Lingote? —interrogó una jovencita, con aspecto de recién casada que está aprendiendo a hacer la compra del brazo de su mamá.

—Ahora vendrá, niña —dijo ésta, con aplomo de experta en lides mercantiles—. Como no tenemos prisa, que ni tu padre ni Alfredito llegan hasta las tres, aquí nos plantamos hasta que aparezca la Liana esa.

—¡Oiga, usted, no empuje, que yo llevo aquí treinta y cinco minutos! —bramó alguien a quien el viejo Fabián trataba de apartar para acceder a la primera fila.

En la planta de abajo, entre tanto, los vendedores, en su

mayoría mujeres, con mandiles y guantes de goma unas, con batas las otras, con gesto desairado casi todas, protestaban por la falta de clientes. Desde que aparecieran en el mercado los del cine, los pasillos del semisótano se habían vaciado, como si en ninguna mesa de Santander se fueran a servir ese día los sabrosos pescados que se exhibían en las bancas: los bocartes y las potas, los lirios y los besugos, las sardinas y las pescadillas, los rodaballos y las fanecas, las lubinas y las merluzas, los cabrachos y los cochones, los ojitos y los salmonetes, los mejillones y las perlas, las navajas y las almejas.

—Ni cien gramos voy a sacar hoy —gruñía Eulogia, una de las veteranas del lugar, dirigiendo una mirada desconsolada hacia las cajas de cocochas y de huevas que permanecían inalterables sobre su mostrador—. Y digo yo que por qué no han venido estos señores un lunes, que a nosotras no nos hacía trastorno.

—Ay, chica, tú no te preocupes, que luego te sube la tensión —la consolaba una de sus comadres que había salido al pasillo y se disponía a emprender la ascensión al piso de arriba—. Yo voy a echar una ojeada y luego os cuento.

—¡Déjate de fisgonear, Candela, que allí no hay nada pa ti! —la amonestó Eulogia, con una mueca de fastidio.

—Si es que está una muy famosa que sale en la tele, una que se llama... Elena, Elina... Bueno, como sea. Una que sale en la tele, ¿no sabes? —alegó la otra echando a andar, con trotecillo menudo, hacia las escaleras más próximas, donde se cruzó con una de las muchachas de la cuadrilla del cine, a la que confundió con una clienta despistada.

Las otras vendedoras tampoco acertaron a identificar a la forastera que paseaba entre los puestos, deteniéndose unos segundos ante las langostas o las cajas de gambas, con un gesto en el que se combinaban el asombro y el deseo.

—¿Le pongo algo, señorita? ¿Unos calamares le apetecen?

—preguntó amablemente Rosario, ajustándose el pañuelo que le cubría la cabeza.

—Sólo estaba mirando, gracias —respondió la joven con timidez.

—¿No será usted de los del cine? —intervino Eulogia desde su emplazamiento. Y, como viera que la chica vacilaba, dio por confirmada su suposición—. A mí ustedes me han hecho hoy la santa pascua. Vea usted lo que tengo en el cajón: tres mil pesetas. ¡Una ruina de mañana! ¿A quién se le ocurre venir a montar este jaleo cuando las demás estamos ganándonos la vida?

—No seas rezongona, Eulogia, que la señorita también está ganándose su sueldo, como nosotras —la recriminó la señora Rosario, confiando, quizás, en colocarle un besugo o una lubina a la turbada muchacha—. Y, dígame, ¿es verdad que están ustedes haciendo una película con actores famosos?

—¿Nos van a sacar en el cine? —terció otra mujer, acercándose y quitándose el gorro de lana y el delantal, temiendo que la sacaran en la pantalla con tales indumentos—. A mí el cine me chifla, óigame. Yo me veo todo lo que echan en la tele. Y al cine, al de la calle, voy en cuantito que puedo. Las que más me gustan son las románticas, las películas de amor... ¿Sabe usted una que es de un hombre muy bueno, que su mujer se emborracha y él la ingresa en un sanatorio para que se cure...?

—Cállate, Claudio, pesada —la reprimió Eulogia, enojada—. ¿Le vas a relatar a ésta la película completa?

—No, si a mí no me molesta —aseguró la aludida sin perder la compostura—. A mí también me gusta mucho el cine, aunque yo prefiero las de intriga.

Unos metros más allá, una mujer de rasgos orientales consultaba la lista de la compra que había elaborado la dueña de la casa en la que estaba empleada. La servía un jovencito de aspecto avisulado, que estaba aprendiendo el arte de limpiar y trocear pescado con la hermana de su padre.

—Mi tía aprendió con su madre, que era mi abuela. Y como no tiene hijos ni hijas, dice que me va a traspasar a mí el negocio —le contaba a la criada asiática mientras seccionaba en rodajas una merluza brillante—. Aunque a mí esto no me interesa mucho. A mí lo que me priva son los coches. Yo lo que quiero ser es mecánico de coches de competición.

—¿Has visto a los del cine, Miqui? —inquirió otro adolescente que transitaba por el centro del pasillo arrastrando una pila de cajas llenas de hielo picado—. Están arriba, donde el Bienvenido. Con focos y cámaras y un montón de artilugios sofisticados.

—Mi tía ha subido a verles, así que yo tengo que quedarme aquí. Soy el responsable de la empresa hasta que regrese la titular —declaró Miqui con sorna, envolviendo con cierto esfuerzo los trozos de merluza en un pliego de papel encerado—. ¡Anda y vete, chico, que a este paso vas a reparar agua fría!

De repente sonaron voces alteradas y el golpeteo atropellado de varios pares de suelas en los peldaños de la escalera de acceso a la planta superior. Candela y otras compañeras, que habían subido a husmear, descendían precipitadamente con las caras desencajadas y los delantales desanudados revoloteando al ritmo de sus caderas.

—¡Se ha perdido, se ha perdido! —chilló aquélla, conmocionada.

—¡Se ha esfumado! —agregó otra, colisionando con Claudia antes de poder frenar.

—¿Quién? ¿Quién se ha esfumado? ¿Quién se ha perdido? —preguntó Eulogia saliendo de detrás de su mostrador y uniéndose a vendedoras y clientes que formaban círculo en el pasillo en torno a las recién llegadas—. ¿De qué estáis hablando?

—Se ha perdido la primera actriz, Liana Lingote. No la encuentran por ningún sitio. Ya está preparado el decorado, las cámaras, los focos, los figurantes. Pero la actriz no aparece

—notificó Tomasa, la tía de Miqui, jadeando a causa de la calorera.

—El director está que muerde. Después de dos horas de preparativos, le falta la protagonista —acotó Candela—. ¡Buen cabreo se ha pillado el tío!

—Y lo ha pagado con el que ha pillado. Se ha arrimado al puesto de Bienvenido y ha empezado a tirarnos todo lo que agarraba. Yo he tenido suerte, porque me ha dado con un pimiento en la cabeza, pero a uno de los chicos de Aniceto, el de ultramarinos, le ha arreado un cebollazo en el vientre que se ha caído el muchacho medio desmayado... —apuntó otra voluntaria.

—¡Oh, santo cielo! —musitó la joven forastera estrujándose las manos con angustia.

—Pues yo me alegro, fíjese —manifestó Eulogia, clavando en la cara de la muchacha unos ojos desafiantes—. Que conste que no tengo nada contra usted ni contra los de su oficio, pero hoy nos están perjudicando ustedes y una tiene que mantener a dos hijos, una nuera, dos nietos...

—Tráetelos aquí a que te ayuden, coñe, que están en casa estancados, sin dar ni golpe —le censuró Rosario, sacando pecho y alzando la barbilla—. ¡Allí iban a estar, zampando y durmiendo gratis, si fueran los míos!

—No le haga usted caso, señorita, que la Eulogia está resentida contra el mundo entero —susurró la tía de Miqui al oído de la forastera, en cuyo rostro había una sombra de quietud que la vendedora achacó a la tensión del ambiente—. No es que sea mala, pero está muy bregada y muy harta. Su marido se ahogó hace dieciocho años sin dejarle pensión ni una peseta ahorrada. Ella es muy trabajadora, pero está obsesionada con el dinero.

—Yo..., comprendo que ella se queje... —balbuceó la muchacha con su vocecita meliflua.

—Y, para colmo, ahora el tío se le presenta por las noches

para acostarse con ella –añadió con acento de compasión–. Y ella no vive, porque eso de que se te meta un difunto en la cama..., por muy necesitada que esté una...

En el piso de encima, tal como habían descrito las pescaderas, las hortalizas de Bienvenido volaban por los aires, llevándose por delante las gafas, los pendientes y los moños de quienes se aglomeraban alrededor del equipo de cineastas. El riesgo de ser alcanzados por los proyectiles que lanzaba el director no había desalentado a los mirones, que preferían soportar el chaparrón de tomates y de calabacines antes que marcharse sin que se hubiera aclarado el misterio de la desaparición de Liana Lingote. ¿Cómo se había eclipsado la estrella? ¿La habrían secuestrado? ¿Se habría escapado por su propio pie? ¿Se habría ido a comer o a darse un paseo?

–¿Han buscado en la Magdalena, señores? Tiene unos jardines muy bonitos, con jaulas para focas. Y un oso polar. Búsqulenla allí, caballeros, que está aquello lleno siempre de turistas –sugirió la señora Paquita, que se había incorporado al tropel de espectadores después de ultimar sus compras en los tenderetes ambulantes del exterior.

–O en el Sardinero. ¿No conocen ustedes el paseo que hay junto a la playa? –secundó la recién casada sin soltarse del brazo de su madre–. Es un sitio estupendo para evadirte de la realidad y si esta pobrecita Liana padece estrés...

–¡Ayyyyyyyyyy! –rugió un hombre que se restregaba los párpados con frenesí. Por sus mejillas resbalaban los residuos de un tomate maduro que acababa de hacer impacto en su piel–. ¡Desgraciado! ¡Me ha dejado ciego! ¡Desgraciado, mal nacido!

Alguien le tendió un pañuelo de papel al damnificado para que se aliviara los ojos. Algunos reprendieron al agresor y le acusaron de terrorista y de delincuente. Hubo quien propuso a la multitud mantearle o encerrarlo en el frigorífico de una carnicería hasta que recobrara la serenidad y los buenos modales.

Los agentes de la policía local seguían peleando con los circunstantes para que no rebasaran la línea invisible que les habían impuesto hacía un rato. Empeñados en tan difícil tarea, ninguno de los dos guardias columbró la conveniencia de sujetar y calmar al director.

Ni siquiera cuando en la gorra de uno de ellos aterrizó una cebolleta que, por fortuna, se había desgajado del manojo y no causó lesión de gravedad al representante de la ley.

—¡Hay que buscar a Liana! —clamó una voz masculina en el apogeo de la refriega—. Hay que formar comandos de explotación y buscar a Liana donde haga falta: en el mercado, en las playas, en los paseos, en las islas, en toda Cantabria si es preciso.

De entre la masa de cuerpos agitados emergió la figura enhiesta de Evaristo Alhaja, el galán de docenas de películas de éxito, que, malhumorado y aburrido, había decidido asumir el papel de líder y lo estaba interpretando con tanta energía como si las cámaras estuvieran grabando su actuación.

—Yo encabezará el primer comando. El otro será guiado por este señor que, por lo que deduzco, debe conocer muy bien este barrio. El tercero tendrá que ampliar su círculo de investigación y barrer los paseos que conducen a la playa —exhortaba el actor, serpenteando entre el grupo de curiosos que, lejos de amilanarse ante el giro de los acontecimientos, o de eludir la responsabilidad con un pretexto venial, acataban el liderazgo de Evaristo Alhaja, y se distribuían en batallones, dispuestos a emprender y concluir victoriósamente la misión a cada uno encomendada.

—Yo iré hacia el cabo, ¿quién me sigue? —preguntó Aniceto, que se había sumado a la expedición, confiando la tienda al cuidado de uno de los aprendices y tirando del brazo del otro para que le acompañara.

—Yo voy a inspeccionar los bares de la zona, que a lo mejor la chica está tomándose un refresco y se le ha parado el re-

loj —expresó una mujer, ataviada con un elegante traje de chaqueta azul claro, detrás de la cual se fue el viejo Fabián.

El único que no se prestó a la misión fue Bienvenido, que andaba recogiendo pepinos espachurrados y coliflores despedazadas entre las piernas de los voluntarios sintiéndose partícipe de los estropicios y calamidades que, utilizando su género, había originado el director.

Mientras se desarrollaban las escenas anteriores, en la planta inferior continuaba la tertulia entre las vendedoras de pescado y algunas clientas poco madrugadoras, que acababan de llegar al mercado para comprar los ingredientes del almuerzo o de la cena. Todas charlaban animadamente de cuantos asuntos se les antojaba, arrebatándose la palabra con desgarro, improvisando chistes y cuchufletas, y riéndose como locas de las burlas que unas hacían de otras. A excepción de la forastera, que permanecía inmóvil entre las lugareñas, contemplándolas con pasmo y escuchando sus peroratas con evidente admiración.

—Yo los hago con vinagre de estragón. Salen la mar de sabrosos —explicaba una mujer a otra que había apostado por los bocartes como plato del menú del día en su casa.

—Pues en la sartén, con ajo y cebolla, y un trocito de pimiento muy picado, se quedan tiernos y muy finos... —sugería otra, más innovadora.

—Lo natural es freírlos, lo demás son inventos modernos que desvirtúan el sabor del pescado —sentenció Rosario, alardeando de experiencia y de buen paladar.

Un rumor de pasos acelerados truncó la conversación y recordó a las reunidas el motivo que les impedía, como cualquier otro día, a unas despachar y a otras adquirir los hermosos ejemplares marinos que brillaban sobre los mostradores. Por las escaleras bajaba una fila de gentes ruidosas, cuyas intenciones nadie adivinó al verlos aproximarse.

—¡Quién son éstos, mi madre! —exclamó Eulogia, con tanta perplejidad como si viera al diablo.

—Clientes, señora Eulogia. Alégrese que vienen clientes —respondió Miqui con sorna.

—Estos son los del cine —específico su tía, reconociendo al galán que encabezaba la comitiva—. ¿Qué les traerá por estos barrios?

—Pues a mí como me toquen una gamba... —amenazó Eulogia, dispuesta a vapulear a quien fuera que se acercara a sus mercancías.

Evaristo Alhaja, el paladín de la banda, se detuvo ante la concurrencia, saludó con un buenos días y un amago de reverencia y se encaró con una clienta a la que, por ser la más alta y la más acicalada de las asistentes, consideró la más digna de convertirse en su interlocutora.

—Buenos días, señora. Estamos buscando a una joven... —comenzó a decir el galán con un tono tan empalagoso y una actitud tan versallesca que muchas de las presentes estallaron en risitas sin poder disimular su guasa.

—¿A usted qué le va, la carne o el pescado? —interrogó Claudia, aguantándose una carcajada y provocando nuevas risotadas entre sus comadres.

—No estoy aquí para hablar de mis preferencias culinarias, señora —replicó con altivez el actor—. Estoy aquí porque se nos ha extraviado la estrella de la película, una joven morena, de pelo lacio y pupilas acuosas, sin la cual no nos es posible rodar. Si ustedes la han visto, la recordarán porque emana un olor a rosas silvestres y al hablar su voz suena a cascabeles...

Las vendedoras volvieron a reír escandalosamente, lo que amoscó a Evaristo Alhaja que no era hombre de humor campechano ni sentía ninguna inclinación a perder su tiempo dorado en diálogos con mujeres tan insolentes.

—¿Y dice usted que lleva una falda blanca y una blusa roja? —preguntó Candela, desternillándose.

—Yo no lo he dicho, pero así es —contestó el galán con una irritación que devino en sorpresa cuando, una a una, las vendedoras se fueron apartando para dejar al descubierto la silueta de la forastera que había compartido con ellas casi una hora de palique. ¡Sin maquillaje ni peluca ninguna la había identificado como la protagonista de la serie que emitía la cadena nacional de televisión los jueves por la noche!

Sin embargo, no le fue fácil a Evaristo Alhaja convencer a Liana Lingote de la necesidad de retornar al plató del primer piso. La muchacha estaba harta de los caprichos y rarezas del director y había abandonado la grabación en cuanto el tipo, con el que, por cierto, mantenía una relación sentimental, le había quitado la vista de encima.

Tuvo que comprometerse Evaristo Alhaja a hablar con él y a persuadirle de que sus métodos no eran los más adecuados para tratar a una artista de una sensibilidad y una exquisitez como las de Liana Lingote.

Al final, el conflicto se resolvió a satisfacción de todos los implicados. El director recobró la cordura y prometió no hostigar a Liana, quien, por su parte, exigió que fueran contratadas sus amigas, las pescaderas, como figurantes para la película. Evaristo Alhaja fue agasajado por los técnicos y el público como el héroe que personificaba en la pantalla. Y Bienvenido recibió de la empresa productora un cheque de seis cifras para compensarle por las pérdidas económicas ocasionadas por el rodaje. El dinero lo invirtió en una cámara de vídeo último modelo que mostró, orgulloso, a sus parroquianos durante los seis meses siguientes.

—Pues era más mona en vivo que en la tele —comentaba Claudia dos días después de que los del cine hubieran terminado de filmar en el mercado—. Y tan modosita, tan recañada... ¡Quién iba a decir que era una estrella!

—Sí, sí, muy mona pero ¡tenía la chica una perra encima!... —opinó Tomasa, la tía de Miqui desde detrás de su

mostrador–. Tanta fama y tantos dinerales y se deprime la muchacha.

—Si es que hay gente muy extravagante por ahí —remató Eulogia, con una mueca de arrogancia—. Buenos días, doña Paquita —saludó a la clienta que llegaba—. ¿Ha visto qué merluzas más soberbias he traído hoy? ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de la Esperanza (Santander)**.

Este cuento fue publicado en el número 47 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a agosto/septiembre de 1999.



EL TINGLADO
EDURNE KOCH GARCÍA

A

cuánto tienes el kilo de zizas?

–15.000 kilo –guiñó la casera desde su delantal ceñido.

–*Ama santua*, pero Josefa, ¿te has vuelto loca o qué?

–Anda Pili, que todo el mundo sabe que estás forrada, qué menos que hacer al marido un buen «revuelto» para esta noche, porque ¡otras cosas seguro que no le haces!

Las otras *amatxos* del puesto soltaron una carcajada contenida, Pili enfadada tomó su compra y lanzando un gesto de odio a Josefa, giró sus rotundas caderas con fuerza, logrando hacer caer una pila de manzanas potxas del puesto antiguo.

–Que carácter la Pili, si ya se sabe que la ziza está imposible, por algo será, ¿acaso no sientes que te comes un trocito del aire de los bosques? A ver *biotz*, ¿has visto qué tomates tengo?, esta misma mañana los he cogido de la huerta, casi me los quedo para casa –Josefa enseña sus uñas enterraditas de tierra, mientras manosea con mimo el tomate.

Es mañana de mercado en el Tinglado (*Zerkausia*), Tolosa amaneció velado, tanto que una nube blanca bajó hasta el Oria creando una bruma que daba un toque fantasmal a la danza de caseras y clientes en el mercado. En ella una pasarela de piedra daba paso a los clientes que acomodaban sus carros junto a los puestos.

Un baile de verdes, rojos y ocres prodigaba al visitante al primer golpe de vista la riqueza de una tierra siempre lista para darte un sabor.

Un gorrión joven aleteaba hacia la cristalera atraído por la luz de las mazorcas que descansaban sobre una cesta. Un grito paralizó el mercado.

–¿¡Nora goaz, Erramon!?

El grito vino del puesto de manzanas de Dominica, la mirada nos daba un baile de faldas negras y blancas que perse-

guían a algo no identificado, pero fuese lo que fuese se movía con muchísima rapidez.

Ainara, que compraba vainas del país, sin levantar la vista de sus dineros, sentenció tranquila:

—Ese es Ramón que anda robando manzanas, como siempre.

—Pobre niño, cualquier día se va a buscar un problema —dijo la casera.

—De pobre nada, lo que es un gamberro, ¿para qué quiere una manzana que le puede costar dos duros?

Desde las faldas del monte, el tañido de Izaskun salvó la situación: dos campanadas de cierre en acordada coreografía y los caseros y caseras comenzaron a levantar sus puestos.

Ramón tomaba la esquina de la calle Solana, con la manzana apretada en el pecho, y el susto aún brincando en sus enormes ojos, «y qué les importará una maldita manzana a esa panda de *sorgiñas*», rumió Ramón, mientras seguía sus pasos por Kale Nagusia.

En el Tinglado el ajetreo era mayor, había sido mala mañana de mercado y las caseras se lamentaban del día, mientras mostraban orgullosas la verde vaina, los tomates y esas habitas que como lágrimas verdes miraban desde sus bolsas transparentes. Como leyendo sus pensamientos, un trueno agitó los abanicos de unas acelgas y el vengador soplo del viento que entraba desde el antiguo molino de agua llenó con un beso de escarcha los cuellos de los últimos paseantes, sentenciando el invierno. El invierno traería la próxima semana la feria más popular, la de Navidad, con sus castañas, nueces, mazorcás, verduras y quesos...

Dominica se acercó a Josefa.

—¡Qué Josefa!, ¿qué tal fue la mañana?

—Lenta, Domi, lenta, cómo se nota que están las fiestas cerca, la Andrea está más cauta con los dineros, apenas vendí un kilo de begiurdinas, menos mal que lo poco que me queda seguro que lo coloco en un restaurante...

Domi resopló y siguió hablando:

—¡Encima luchando con el mocos de Ramón!, qué manía de sisarme las manzanas; por cierto Domi, ¿te presentas al concurso de quesos?

—Josefa, ¿tú crees que con «ese» puedo hacer algo?

Las dos dirigieron la mirada a Aitor, el marido de Domi, que reía con sus amigos mientras tomaba un vino, sus ojos chispeaban divertidos mientras reconocido por su *emakume* se le enrojecía aun más si cabe la nariz.

—Me gustaría presentarme al concurso de quesos, pero Iñaki está que no atina y dice que este año no le da la gana, lo que no sabe es que en cuanto lleguemos al caserío se la voy a montar, anda que no hay que tener paciencia con el muy burro.

—Pues, Domi, yo creo que deberías de presentar de nuevo ese tan bueno que hacéis mezclado con leche de oveja y cabra.

—No sé, Josefa, alguno hay por casa, ya me lo pensaré.

—Por cierto, Domi, ¿sabes si este año vendrá a la feria Mari, la de los bosques?

Domi se santiguó precipitadamente, otro golpe de viento alisó su delantal.

—Josefa, si ella viene, algo malo traerá, tú bien sabes que sus artes no son muy normales.

—Pero Domi, ¿tú también crees que es *sorgiña*?

Un trueno descargó una potente cortina de lluvia, el suspiro del Oria anudó el cuello de las mujeres y de esta forma se despidieron.

Por otras calles, apretado a su manzana, caminaba Ramón, ante el portal de su casa; el carro de su ama esperaba, Ramón lo tomó y con pausa lo subió hasta casa..., y llamó a la puerta.

—*Kaixo ama*, aquí tienes el carro, te lo dejo en la cocina, ¡yo me voy a la plaza, que me esperan!

Antes de que el golpe de la puerta cerrase cualquier conversación, Ramón corría por las escaleras, con su man-

zana en la mano. «Maldita sea», estaba lloviendo, entre los grises y negros de las estrechas calles salpicaba algún coche.

Ramón tenía una de esas edades que no tienen hora ni cita con los años, podía tener doce como dieciséis, sólo sus enormes ojos castaños permanecían limpios.

Ramón arrastró la enorme puerta de la iglesia de San Francisco, apretado a su manzana se introdujo a paso frío sobre el mármol de la entrada; a su derecha, el confesionario del Aita *Antxon* brillaba gracias a la tímida luz de un candil dormido de rezos.

—Ave María Purísima...

—Sin pecado concebida —dijo el padre.

—Padre, he robado una manzana...

—Pero me cachis, Ramón, ¿otra vez?

—Padre, no blasfeme...

—Venga Ramón, me vas tú..., precisamente a darme lecciones, ¿y a quién le has robado la manzana?

—A Domí.

—¿Otra vez? ¿Pero para qué quieres la manzana si sabes que ella te la daría con gusto?

—No es lo mismo padre, ésta tiene que ser especial, es para Mari.

—Pero, ¿quién es Mari?, ¿alguna novieta?

—Qué va padre. Mari es la dueña de los bosques. Dicen que es *sorgiña*, pero es mentira; Mari peina los vientos de su cosecha y consigue que todos los años sus quesos ganen en la feria. Mari es la envidia de las caseras del Tinglado, sólo baja en feria y yo le guardo una manzana todos los días, porque quiero conocer su secreto. Ella prometió dármelo cuando tuviese tantas manzanas como días tiene el año. Padre, ¿me va a dar la penitencia?

—Ramón, tú eres tu propia penitencia con tanta fantasía; anda, si acaso rézate diez avemarías.

Raudo, se levantó del confesionario. Allí mismo, sin trampa, rezó su penitencia. La manzana ejercía de improvisado rosario de una única cuenta.

En las faldas de Txindoki, Mari tenía su caserío. A punto estaba de irse la tarde cuando Mari salió de su casa con una cesta vacía de mimbre y agarrada a un palo grueso tomó camino al monte, agachándose en coordinada coreografía a los lados del camino para recoger tiernas hierbas.

Su rostro blanco estaba perfilado por unos ojos verdes, verdes como el pasto, y su boca parecía el beso de una fresa. Mari caminaba segura mientras por el camino se cruzó con el saludo ronco de los vecinos.

—Ahí va de nuevo Mari. ¡Menudas horas para subir al monte!

—Algo tendrá que no pueda ser visto...

—Pactos con el diablo, sólo ese cornudo aparece de noche...

—Quita, quita, dejad a la chica...

El revuelo de los cuervos vecinos espantó la conversación y todos, tras el anuncio de un trueno, se dirigieron raudos a sus caseríos. María seguía su ascensión, apretada a su cesta con su verde mirada fija en la cumbre, ya faltaba menos.

Aquel trueno amenazador envió una cortina de agua. Mari aceleró el paso y buscó refugio entre las rocas, una de ellas formaba techo. Mari sacudió sus ropas, colocó la cesta ahora repleta de hierbas y esperó.

La lluvia danzaba sobre las hojas del suelo, sus lágrimas transparentes brindaban un espectáculo único, una tras otra caían sobre él. Algunas eran absorbidas por la tierra, otras en cambio se quedaban extendidas sobre las hojas secas, como improvisadas lupas, Mari observaba los tonos del otoño. Cesó la lluvia, llegó la noche, el cielo brindó lo que Mari esperaba, un charco de estrellas y la luna, luna bella, abriendo su corazón blanco de pleno. Luna llena. Mari entonó un canto se-

mejante al de las sirenas del puerto de Pasajes. Silencio. Sobre un cuenco la luna dejó su esencia.

Pasaron unas horas. Mari continuaba con los brazos en cruz, cruz sagrada Mari, abrió los ojos y vio satisfecha cómo el cuenco estaba repleto de una blanca leche. Satisfecha y con mucho cuidado vertió el contenido en un frasco, lo cerró. Cansada, buscó cobijo hasta el amanecer.

En unas horas se pondría a la faena. Tenía que descansar. Se acurrucó sobre un lecho de helechos y esperó a que el alba le diese los buenos días.

En el pueblo, en Tolosa, por las oscuras y estrechas calles se escuchaba el sonido sordo de algunas improvisadas canciones, la voz bronca de un hombre pedía otra ronda, abriendo la puerta nos encontramos con la cuadrilla de Iñaki, el marido de Domi, que con avidez se bebía un *txikito*.

—Anda Antxon, ¡píde otra ronda, que tengo la garganta seca y callada!

—Pues ya era hora que la tuvieses callada, porque si Domi no te marca, podrías estar horas y horas resolviendo el mundo, ¡serás canalla!

—¡Mira quién fue a hablar, anda, deja el tema, oye!, ¿vais a participar en la feria de quesos este sábado?

—Yo sí, tengo uno que espero que salga ganador, sólo sea por los cuidados que le hemos dado a la cabra, mejor amamantada y cebada que cualquiera de mis hijos...

Desde el fondo de la barra se escuchó una voz:

—¡Patxi, eso es fácil, ya que en vez de hombres has criado borricos!

—Meca, ¡anda, calla Txomin, que mis hijos serán burros pero al menos trabajan el caserío, no como el tuyo que lo único que se trabaja son las faldas de las caseras!

En el *txoko* cayeron las risas como una manta de gargantas divertidas. Rápidamente zanjaron con un último trago de vino la discusión y, como los murciélagos, abandonaron la cueva.

En el caserío de Domi, ésta agitaba el fuego con fuerza, atizando a Iñaki ausente. «Se va a enterar».

Arriba, en el valle, aún besaba el sol la falda de Txinsoni. La casa de María mantenía una luz encendida. En su interior sus manos blancas dejaban descansar sobre el cuenco de madera la leche robada a la luna. Colocó un paño para cubrirla y con el mimo de una canción escondida la puso a reposar en la gambara.

Sonó la puerta de la casa, Mari abrió y tras ella estaba Ramón con su cesto de manzanas y las mejillas sonrojadas por el esfuerzo.

María sonrió cómplice y sin hablar lo atrajo hasta la cocina, en el fuego serpenteaba una marmita, Ramón temió por su aspecto, Mari sonrió, y bromeó contándole que era su última pócima para transformar a las caseras de Tolosa en cuervos carroñeros.

Tras las risas, Ramón le entregó las manzanas prometidas y con la mirada perdida en la suya le imploró la fórmula para elaborar el queso...

Con un gesto maternal, Mari le dio antes un cuenco con sopa y pan, y mientras Ramón sorbía, ella le fue contando la fórmula.

—...Y, entonces, yo podré hacerlo igual —preguntó.

—Sólo siquieres hacerlo y crees en su magia.

—Las de Tolosa dicen que es cosa de brujas...

—Entonces la cosa quedará entre *sorgiñas* —bromeó Mari.

—Y ahora, Erramon ya puedes darte prisa que tu ama estará preocupada, te dejo mi bicicleta para que llegues antes de que se te haga de noche, y toma, llévate de mi parte estas manzanas embotadas, que de tantas que tengo no sé qué hacer con ellas.

Mientras Ramón cogía las manzanas, le preguntó:

—¿Por qué me pediste manzanas como tiene el año?

—Era la única cosa que podía hacer para comprobar que tu

interés por la fórmula del queso era verdadero. Y ahora, *biotz*, corre para casa ahora que ha parado la lluvia.

Ramón desde la bicicleta saludó a Mari, ésta sintiendo frío se apretó la toca y cerró la puerta al día.

...Canto de aguas sobre el Oria, en los bajos de la plaza beso del agua; arriba, mercado humano, brisas de boinas, sonrisas de mazorcas, y el acebo reptando sobre los puestos, mientras de fondo se escucha un acordeón acompañado por la *trikitixa*. Feria de Navidad, mañana de gala para las caseras; éstas, en homenaje, planchaban sus blancos delantales ahuecando con más interés el bolsillo, mañana de feria, las gallinas guiñaban nerviosas a los clientes, las voces entremezclaban: «Tú estás loca/venga ponme un kilo/sólo por fiestas». En el puesto de Domi, algo más especial, sobre una tela blanca dormían las manzanas, los tomates y esquinados por el cartel, para el concurso, los quesos que su marido le había preparado.

El suelo brillaba aún más si cabe por el compás de las canciones. Las *amatxos* amarradas a sus carteras bailaban con sus sonrisas el precio «desorbitante» del cardo (típico de las mesas vascas) y aún más, imitando el graznido de los pavos, los caseros alababan las excelencias del mismo, criado «sin aditivos ni conservantes». Menudo chollo.

El puesto de Mari aún estaba vacío sobre la soledad de la piedra, esperando vestirse de gala para el día, el acordeón marcó una *trikitixa* y alguien lanzó un *irrintxi* que heló los sentidos del frío, como cortinilla de entrada; Mari, acelerada, entró en el Tinglado, aferrada a su cesta de mimbre, con los quesos agazapados en ella.

Sin mirar a nadie, a sabiendas de su expectante entrada, discreta se dirigió hacia su puesto, allí pausada colocó los quesos, beso de luna, beso de agua. Erramon, al verla, se dirigió a ella con la osadía y sinceridad que sólo los niños tienen y, entregándole una flor recién cortada o recién robada, le deseó suerte en el concurso.

Como preludio, hizo su entrada la corporativa de jueces, Feria de Navidad.

Tensos los puestos se dejaron llevar por la cata. El alcalde, cuchillo en mano, zanjó un trozo en el puesto de Josefa, que tenía un queso excelente de oveja. Con un poco de *ogia* (pan) y vino dejó que las escamas del queso cayeran sobre su garganta, enrojecido de placer brindó un saludo a Josefa, y siguió avanzando.

De todos era sabido que el alcalde era un gourmet reconocido, por ello, estos eventos además de marcar tipo para las fotos a él le eran de lo más placentero.

Amarrado a su bastón de mando y acompañado por un séquito de amigos, paró en el puesto de Mari.

La luz se congeló, y lenta enfocó los rubores de ella, silencio en el Tinglado, hasta las gallinas cortaron su canto.

—Mari, un año más, ¿veamos qué tal está?

Mari cortó un limpio trozo, ofreció al alcalde pan, en una señal, el vino esperaba.

El alcalde en lenta armonía introdujo el queso en su boca a sabiendas de que el mercado, paralizado, le observaba. Cerró sus ojos, dejó llevarse por su sabor y como quien viene de una alucinación expiró hacia Mari una mirada de placer.

Tras dejarla, Erramon corrió hacia Mari, a punto estuvo de chocar con la pira de huevos de Josefa, pero en suerte llegó hacia ella.

—Estoy seguro que le ha gustado.

—¿Y eso es importante Ramón?

—Claro, así un año más demostrarás que eres la mejor...

—Ramón, y eso, ¿es importante?

—¿Qué te ocurre, acaso no quieras ganar?

—Ramón, no es cuestión de un premio, sólo quiero hacer buen queso, así de simple.

Ramón calló, él pensaba en el triunfo, en las odas de sus

amigos, en la mala leche de las caseras, en una pequeña venganza por las envidias.

—Ramón, yo lo que quiero es gustar, y que la gente que viene al mercado se lleve a su casa una esencia de la luna, como tú solo bien sabes.

Para ser una mañana de invierno, en Tolosa el aire respiraba frío pero hermoso, sobre los puestos se cantaba una silenciosa canción llena de poesía, se hablaba de los amores de una *sorgiña* con la luna y que ella de tanto despecho había dado su leche, las estrellas envidiosas clamaban venganza y hablando con el dios trueno, éste acuchillaba los amaneceres de los días, esperando que si la luna recapacitaba la lluvia cesaría y sus almas de leche dormirían.

Subiendo la escalera, la *amatxo* de Ramón se dirigió hacia el puesto de la Domi, en su mano llevaba un frasco de manzanas embotadas.

—Kaixo Domi, mira, sé que Ramón, ese diablo de los días, te ha robado algunas manzanas, aquí te dejo algunas de ellas que se embotaron.

Comenzó un giro de espantada hasta que Domi la paró.

—Mujer, no te preocupes, todos sabemos que el chico es bueno, pero le dio por la trastada, anda mujer, anda a buscarme, hace un momento se le vio en compañía de Mari, la de los bosques.

El húmedo sueño de Izaskun marcó la una, y la mirada de la *amatxo* buscó a su hijo con premura. En el Tinglado, sólo volaba el aire del concurso, pronto sabríamos el ganador.

La acordeón acompañó a un conocido *bertsolari*, Iñaki, el marido de Domi, quien se calzó las caderas y cantó un poema sobre las propiedades de la tierra:

Berdeak dira zure goizak

Zuriak aparamenean babesten

Zaituzten

Hodeiak koloreak hain ederrak direnez

Irristatzen dira.

*Utz ezazu gazten usain goxoak
Gure ametsak bebes ditzaten*
(Verdes son tus mañanas
blancas las nubes que te protegen
en el Tinglado.
Resbalan los colores
de tan hermosos que son.
Deja que el aroma de los quesos
abrigue nuestras ilusiones soñadas.)

Iñaki se lo cantaba a su esposa; ella, nerviosa, ordenaba las mazorcas sobre el mármol, como si le fuese la vida en ello. Iñaki, pletórico, dejaba caer un *beltza* en su garganta, el mercado aplaudió y prosiguió la venta. Tras el puesto de flores, amatxos intercambiaban recetas de Navidad, unas que si el cardo con poquito jamón, déjate bonita, de segundo una buena gallina de corral, nada de lujos, que está muy caro el cordero.

Blanco sobre mantel, gris sobre el piedra, y rojo de Navidad sobre la feria el mercado del Tinglado de Tolosa.

—¿*Erramon, nora goaz!?*—

Grito conocido de nuevo en el mercado, entre los puestos nuevo baile a cuadros verdes y rojos, todos buscaban la manzana robada de Ramón; éste, paralizado por el susto, por una vez en su vida inocente, dirigió su mirada hacia Domi, ella rió a su costa por la broma, sonrisas con sabor a vainas. En el transcurso, sonaba la acordeón, baile de aguas sobre el Oria, fin de fiesta, es Navidad. Izaskun lanzó un redoble de campanas y el alcalde pronunciaba al ganador o ganadora de la feria:

«Queridos tolosarras, un año más me place daros el nombre del caserío y ganador de uno de los mejores de la feria, aprovecho este momento para felicitaros las fiestas y comu-

nicaros que el próximo año son elecciones y que...—unas pitadas silenciaron su intención—, bueno, un año más, Mari de los bosques se lleva el premio...»

Sobre el Tinglado un rumor silenció el aplauso, las caseras dieron sus hermosos culos como espalda y el alcalde ignorante enmudeció. Sólo Domi sacó sus manos del delantal y agitando ese manojo de sarmientos brindó a Mari un aplauso de amiga.

El resto reaccionó y poco a poco se dirigió al puesto para felicitarla.

Sobre el techo de Tolosa, ya de gris plomizo, se escuchó el llanto de una luna, que seca, pero feliz, aullaba un beso. Mari miró hacia el cielo y calculó las horas que tenía para recoger la esencia de su sueño.

Luna llena, luna hermosa. Tolosa estaba de fiesta.

El Tinglado recogía sus faldas de mármol. La noche llegaba... ◆

Vocabulario euskera / castellano

Aita Antxon / Padre Antonio

Ama santua / Santa madre

Amatxos / Madres

Andrea / Mujer de la casa

Beltza / Negro, tinto

Bertsolari / El que canta el verso

Biotz / Cariño

Emakume / Mujer

Erramon / Ramón

Gambara / Buhardilla

Irrintxi / Grito que denota alegría

Kaixo ama / Hola mamá

¿Nora goaz Erramon? / ¿Dónde vas Ramón?

Sorgiñas / Brujas

Trikitixa / Baile típico vasco

Txikito / Un vino

Txoko / Taberna



El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de Tolosa (Guipúzcoa)**.

Este cuento fue publicado en el número 48 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a octubre/noviembre de 1999.



LA PRUEBA
LUCAS FERNÁNDEZ

E

ste sábado tengo por fin claro que ella es la mujer de mi vida. No sólo responde a las expectativas que tengo desde hace mucho tiempo, no sólo es encantadora y atractiva, sino que ha pasado la prueba con éxito y sin indicios de repulsa. El que no haya considerado mi comportamiento como patológico, que lo acepte sin preguntas, como algo normal, me produce una excitación interior difícil de catalogar.

Estoy como en una nube, pero a la vez tengo miedo por lo bien que ha ido todo. Es la primera vez que pasa algo así y el hecho de que Marta parezca totalmente equilibrada en todos los aspectos, no me termina de encajar. Aunque confío en lo contrario, secretamente siempre he creído que alguien que pase la prueba con tanta soltura como ella, alguien que la haya asumido sin pestañear y sin ponerme en evidencia, tiene que tener sus rarezas. Al fin y al cabo, soy consciente de lo extraño de mi comportamiento (sólo en este campo), pero para mí tiene todo el sentido, es una parte propia que no puedo evitar.

No sé exactamente cómo fui adquiriendo esta extraña costumbre (extraña para los demás). Creo que fue un producto del azar, reafirmado después por una clara decisión. A finales de los años 80, yo vivía mi vida como corresponde a un joven de provincias recién instalado en Madrid. Con un trabajo un tanto precario, pero con mucha energía. Vivía en el cogollo de la ya entonces casi extinta «movida madrileña», en Malasaña, o como les gusta llamarlo a los viejos habitantes de esta zona céntrica, en el Barrio de Maravillas. Compartía piso con otros compañeros tan jóvenes y algo desmadradados como yo. Como era normal en esos años, las salidas nocturnas, el trasnoche y la búsqueda de emociones entonces relativamente fuertes eran habituales en nuestras vidas. Y también las mu-

jerés. No quiero decir que fueran tan habituales, que cada noche estuviéramos con una, lo habitual es que siempre lo intentábamos, aunque sin tanta fortuna como confiábamos.

Eran malos tiempos para el ligue, con el sida y todo ese rollo. La «movida» había degenerado de fenómeno cultural a embriagados fenómenos, que todavía rondaban las calles. Pero no todo era negativo: todavía un grupo de jóvenes que habíamos llegado al rebufo de todas aquellas supuestas maravillas, tanto chicos como chicas, estábamos, en definitiva, dispuestos a pasarlo bien. Yo conseguí unas cuantas buenas novias, pero no me solían durar mucho. No sé lo que fallaba, supongo que todo se debía a la insatisfacción permanente de la juventud o lo que hoy traduciría como «ganas de experimentar y falta de madurez», todo junto. No obstante, entonces no aceptaba que las rupturas fueran consecuencia de mi propia forma de afrontar las relaciones, sino que me parecía algo más oculto, la incompatibilidad de caracteres o los cambiantes deseos de ellas.

El caso es que cuando perdí a la tercera, que me abandonó por un aspirante a abogado del Estado muy serio, me empecé a preocupar por el tema. Era incapaz de mantener mucho tiempo una mujer a mi lado. Tampoco es que quisiera atarme a nadie, pero el hecho de que indefectiblemente fueran ellas las que me abandonaran empezó a tocarme el ego. Mis compañeros de piso me consolaban con comentarios poco sutiles y bastante machistas, poniendo en evidencia los defectos físicos de la chica en cuestión y en alguna ocasión hasta criticando su falta de simpatía o inteligencia.

Cuando la cuarta novia que conoció mi destortalado piso de la calle de la Madera me dejó sin explicaciones a las dos semanas de conocernos, decidí pasar a la acción (además, aquella chica me gustaba mucho, era concertista, 23 años, etcétera). Tenía que buscar una prueba que me facilitara un indicio bastante seguro si la nueva aspirante me iba a durar. Si

no la pasaba, me dedicaría a disfrutar del momento y cuando me aburriera, yo mismo les podría dar esquinazo sin temor a equivocarme, porque ya sabría que tarde o temprano lo nuestro se iba a acabar.

Pensé mucho en aquella época. No es fácil encontrar la clave para asegurarte el futuro sentimental. Incluso llamé a un par de despachos de psicólogos y a uno le convencí para que, previo pago, me pasara un test de afinidades sentimentales. Claro que aquello era difícil de aplicar. Si le entregaba el test a la candidata, ésta no sólo sabría de mis intenciones, sino que seguro me miraría creyéndome loco y huiría más rápido todavía. Si intentaba sonsacarle las respuestas del test como el que no quiere la cosa, me consideraría un aburrido, un metomentodo o un idiota, y también se iría.

Pasé tres meses sin volver a estar con nadie, aturdido ante el callejón sin aparente salida que yo mismo me había construido. Mis amigos estaban preocupados y se esforzaban en presentarme a ex novias suyas y otras amigas. Tanto se entregaron a la causa que por fin lo consiguieron y comencé a salir con una de ellas. A Carla le debo mucho. Fue ella la que inconscientemente me hizo ver la solución para todos mis dilemas, y por eso me esfuerzo en mantener el contacto con ella, aunque no le he contado ni le contaré lo de la prueba.

Habíamos salido Carla y yo la noche del viernes hasta altas horas de la madrugada. Ella, como muchas de mis otras novias, se quedó a dormir en casa. Normalmente, eran ellas las que se quedaban, ya no sólo por compartir una intimidad que en la suya no podían tener, sino por motivos prácticos, para evitar coger un taxi o desplazarte a otra zona lejana de Madrid. Nos levantamos, como casi siempre que salíamos los viernes, muy tarde, aunque no más allá de la una: yo tenía que hacer la compra y el mercado no abre los sábados por la tarde. Como trabajaba durante toda la semana mañana y tarde, era el único día disponible para proveerme de víveres

para la semana. Así que, algo resacoso, me levanté, hice café y le pregunté a Carla si me quería acompañar. Era una pregunta sin intencionalidad concreta más allá de su propio enunciado y tampoco esperaba una respuesta positiva, pero ella se había levantado de muy buen humor y dijo sí.

El parque colindante al Mercado de Barceló no presenta los sábados por la mañana su mejor cara. Botellas rotas, vasos de plástico usados, olor a vomitona y orines... El resultado de toda una noche de excesos de los chavales más jóvenes, sin suficiente dinero todavía para ir a los bares. Pero a Carla no parecía afectarle. Tiraba de mi mano con alegría y hasta de vez en cuando me hacía dar una carrerita, como para demostrarle al mundo lo felices que éramos. Sin embargo, este panorama ideal cambió cuando llegamos a la puerta del mercado, enfrente de la discoteca Pachá.

Cuando se abrió la puerta automática que da a las escaleras que permiten el acceso a las dos plantas del edificio, la cara de Carla cambió. No sé si fue el bullicio, la gran cantidad de mujeres de mediana edad con los carritos, el olor a carne-pescado-fruta todo mezclado a la luz fría de los tubos fluorescentes. Nunca me dijo qué pasó, aunque le pregunté más tarde varias veces. Su actitud en el mercado fue extraña, se dejó llevar como una zombi. Ya no me cogía la mano, simplemente miraba amargada, esperando impaciente que yo acabara de pedir la fruta o el pescado. Cuando salimos se mantuvo de mal humor durante bastante rato. Para mí fue una evidencia: Carla me abandonaría pronto.

Ya tenía la prueba que necesitaba. Al principio me pareció un poco mezquino por mi parte y hasta machista utilizar una visita a un mercado, al Mercado de Barceló que tan bien conocía, para conocer la supuesta idoneidad de la chica que me acompañaba. Pero cuanto más trataba de quitarme la idea de la cabeza, más se iba reforzando en mí la decisión que iba a tomar. Por qué iba a ser mezquino si otros basaban su deci-

sión únicamente en el físico, el dinero de la candidata, su actuación en la cama o en sentirse acompañado frente a un mundo hostil. Al fin y al cabo, lo que yo había urdido implicaba mucho más. Para mí, el mercado es una pequeña reproducción de las relaciones humanas, con todos sus sentimientos, defectos y virtudes.

El hecho de comprar no sólo significa comprar, significa seleccionar y rechazar, interactuar con otro/otros, dar tu dinero a cambio de algo y comprobar, generalmente cuando llegas a casa, si lo que has elegido se corresponde a las expectativas creadas. Todo ello con una libertad condicionada, como en la mayoría de las cosas que uno hace en la vida. Condicionada por tu nivel económico, por tu capacidad para saber llegar a los demás y conseguir lo que quieras, por tus conocimientos y por tu sabiduría para detectar el engaño y la verdad. Condicionada por el que tienes enfrente también. Comprar en un mercado es una relación a largo plazo, en la que hay que saber perder hoy para ganar mañana, ceder cuando es necesario para exigir después.

El Mercado de Barceló reunía las características perfectas para llevar a cabo mi propósito. No es tan grande que no te permita ser reconocido por quien tú quieras que te reconozca, ni tan pequeño que te obligue a ir siempre a los mismos sitios. Aun así, yo soy incondicional de unos pocos puestos, precisamente porque se ha creado entre nosotros una conexión que va más allá del puro intercambio mercantil. La familia Sánchez, que regenta un puesto de verduras y frutas, es una de mis principales referencias los sábados. Normalmente me despacha la hermana mayor o su cuñada, ambas igual de regordetas y dicharacheras. Casi siempre las pillo comiéndose un bocata, ya que a las horas que suelo ir, cerca de las dos de la tarde, tienen pocos clientes y el hambre acumulado durante toda la mañana se hace sentir. En principio yo elegí comprar allí porque es barato, no demasiado concu-

rrido, y un poco caótico. El puesto, alargado en exceso y con forma de L, se presta a continuas luchas entre las mujeres, ante la dificultad de saber exactamente dónde hay que colocarse para que te atiendan. Afortunadamente, todavía no les ha dado por colocar un aparato electrónico que marca los números, de esos que campan a sus anchas por algunos fríos supermercados.

Poco a poco, ellas empezaron a interesarse por mí. Y yo fui testigo de sus respectivos embarazos y conocí a sus nuevos hijos. Nunca me han preguntado directamente por mi vida sentimental, aunque deben de intuir que es un tanto desordenada, ya que en alguna ocasión antes de comenzar a realizar la prueba, y después ya mucho más, he ido acompañado de mis novias del momento.

También están Manolo el pescadero y Antonio el carnicero. Manolo, de unos 33 años, cada sábado me cuenta, aún más resacoso que yo, su juerga de la noche anterior. Los ojos rojos por el alcohol ingerido y una sospechosa falta de equilibrio no le impiden mantener un humor permanente, riéndose de las puntiñas peticiones de las mujeres, quienes a su vez para picarle le recriminan sus excesos nocturnos. Él, haciendo caso omiso a todo lo que no sea su propia chanza, limpia boquerones, descabeza merluzas y repite con voz cantarina lo que cada uno de sus clientes le va pidiendo, mientras me guiña continuamente un ojo cómplice. Por su parte, Antonio, con el que mantengo una relación más distante, recuerda como buen comerciante la forma exacta en que me gusta que corte la carne y por supuesto la pieza de la que habitualmente me llevo los filetes.

Yo quiero que la que sea mi novia comparta todo eso conmigo, que pueda divertirle como a mí, que participe en el juego de la compra/venta, en esa breve relación entre tendero y cliente, que puede deparar en la ira, alegría, desencanto o satisfacción de cualquiera de los dos. También, no voy a ne-

garlo, que aguante conmigo las a veces insufribles colas (y más con resaca) y los intentos de colarse de algunas. No es una cuestión egoísta, nunca se me ha pasado por la cabeza que me sustituya en una tarea que algunos pueden considerar de puro trámite, quiero que me sugiera platos para realizar juntos, o elegir, para darnos un homenaje, entre carne o pescado. Quiero, en definitiva, que esté allí, igual que estuvo conmigo la noche anterior en el bar que cierra más tarde de Malasaña.

Lo que me convenció de una vez por todas de la idoneidad de la prueba fue el pensar en las relaciones de mis novias anteriores con el mercado. Me di cuenta que la mayoría de ellas habían realizado también la prueba, aunque no fuera consciente de ello. Andrea creo que fue la primera. Una chica muy joven, dinámica y morbosa. La convencí a duras penas para que me acompañara, prometiéndole tomar el aperitivo después de comprar. Llegar hasta el mercado ya fue duro, pues ella hacía el gesto de entrar en cada bar que nos íbamos encontrando. Ya en el interior, no paró a mi lado ni un momento. Se distraía mirando las cacerolas y los cuchillos en la tienda del afilador de la esquina, entraba en la peluquería de la planta baja y preguntaba los precios, o se iba a una especie de tienda «Todo a 100», con multitud de baratijas decorativas para la casa. No quería saber nada de lechugas, chuletones o chicharros. Lo peor es que cuando yo cambiaba de puesto, tenía que buscarla por todo el mercado y rescatarla de donde se hubiera metido. Ella era así, no podía estar en una sola cosa más de un minuto, parecía todavía un pequeño cachorro descubriendo el mundo. Yo ya intuí que su primera visita al mercado había sido la última, pues lo había agotado de tal forma que ya poco le interesaría la próxima vez. Algo así le pasó conmigo, su breve paso en mi vida fue suficiente para colmar todas sus aspiraciones.

A la mayoría de las chicas les extrañaba mucho la pasión

que yo ponía en levantarme temprano (para las horas que nos acostábamos) y acudir a mi cita semanal al mercado, cuando la mayor parte de los chicos de mi edad se conformaban con mantener la nevera con unos litros de leche, pan de molde, margarina y cubitos de hielo para las copas. Ahora que lo analizo más despacio, creo que hay motivos más profundos en esta obsesión que el que yo sea una persona a la que le gusta hacer su propia comida. Por un lado, la sensación de sentirte en casa. No soy glotón, ni siquiera estoy lleno, pero me fastidia sobremanera la decepción que supone buscar un alimento y no poder disfrutarlo debido a su ausencia. Por no decir, además, el sentimiento de provisionalidad que origina. (Esta manía mía me provocó al principio algunos problemas con mis compañeros de piso, acostumbrados a conservar en el frigorífico poco más de los alimentos que antes he mencionado, quienes descubrían en mis viandas la posibilidad de ahorrarse tener que bajar a la calle por un bocadillo para cenar. No les prohibí que tocaran mis cosas, pero sí les insistí en que si lo hacían, tuvieran el detalle de dejarme una cantidad proporcional a la que se iban a zampar.)

Por otro lado, siempre me han obsesionado los mercados. En cada viaje que he realizado, incluso cuando me he desplazado dentro de España, he intentado visitar algún mercado o mercadillo de la ciudad en cuestión. Me parece uno de los métodos más rápidos para conocer la cultura de la gente. Los anglosajones, por ejemplo, se caracterizan por su orden. Todo está muy bien señalizado, con carteles explicativos muy claros y cada uno, cliente y comerciante, desempeña su papel con decisión. Cada uno atiende a su rol en el juego del comercio como indican bien sus atuendos. Los carniceros ingleses no tienen nada que envidiar por su indumentaria a los dependientes de «nuestro» *cortinglés* y la exhibición de sus productos, primorosamente presentados, bien merece la pena una parada. En cambio, los mercados mediterráneos son más

destortalados (con maravillosas excepciones, por supuesto), y existe mayor confianza entre tendero y comprador, lo que lleva en ocasiones a algunos malentendidos. Los portugueses me llaman la atención por su forma de presentar el pescado, menos artificiosa que la nuestra, como indicando «aquí está mi mejor producto, y no necesita nada más». Y los pocos que he conocido en Centroamérica descubren con sus extrañas frutas y verduras, casi siempre en cestas o desparramadas por el suelo, la diferencia de su clima y de sus tierras, mientras que la presentación de sus carnes no invita demasiado al consumo para nuestros occidentales ojos.

Esta visión, que yo he adquirido con seguridad por la observación de mis mayores, obsesionados después de una guerra por llevarse a casa la mayor cantidad de producto al menor precio, creo que no es demasiado compartida por las chicas de 20 años ni de ahora ni de mis tiempos de Malasaña. Ni siquiera por las de 30. Casi no veo chicas jóvenes comprando en los mercados de Madrid y si aparecen, van con su madre, evidentemente cumpliendo una obligación familiar. Esto lo descubrí cuando pensé en que quizás, para cumplir mejor mis propósitos, sería mejor buscar directamente a la chica aspirante a compartir mi vida en el mercado y así podría eximirme a mí mismo del duro paso de realizar la prueba. Claro que yo no contaba con la dificultad para aplicar este plan, que intenté durante un par de semanas. Ligar con alguien que está pendiente de discernir primero qué se lleva a casa y segundo de que le den exactamente lo que quiere y no lo que quiere el tendero, es bastante complicado.

No es que no encontrara chicas, que alguna sí encontré, una vez eliminadas las que iban con su madre, con un hijo pequeño o con el anillo de recién casada. Lo que no encontraba era la forma de declararle mis intenciones amatorias sin que me consideraran un sátiro o un completo pirado. Al principio probé, aunque nunca he sido sobón, a aprovechar los coros

de mujeres que se concentran frente a los puestos para hacerle saber sutilmente a mi elegida la primaria naturaleza de mis deseos. Esta táctica no tuvo éxito. Tras acumular varias rencorosas miradas, que yo siempre apaciguaba con un «perdone», me encontré que una de las chicas respondió tan bien a mis requerimientos que sin saber cómo ambos nos encontramos metidos en mi cama, olvidados de la compra semanal. Resultó ser una salaz desposada, que cuando empezó a oírme hablar de proyectos en común, salió disparada del lecho, recogiendo atropelladamente la ropa que tan decorativamente había desperdigado por mi cuarto.

Como este intentó fracasó (en lo que se refiere a conseguir una compañera, quizás pudiera haber tenido una amante estable), recurrió a mi amigo Manolo el pescadero, al que delante de un café le comenté mi dificultad para conseguir mujeres últimamente. Le insinué que él, que trataba a diario con ellas, quizás conociera alguna que me podría interesar. Él se rió afablemente y, agarrándose el brazo, me hizo prometer que no iba a contar lo que luego me dijo: que en el mercado no se comía una rosca y todo era por el olor, porque a las mujeres el olor a pescado no les parece viril; que sus conquistas las hacía en discotecas de las ciudades dormitorio, que es donde más se liga; y que él nunca decía que tenía una pescadería, sino un negocio propio y que así le iba muy bien. Luego se ofreció a presentarme a alguna de sus amigas, y yo le di largas como pude.

Entonces me di cuenta que la mayoría de chicas jóvenes que viven con sus progenitores, dejan que sea su mamá la que se ocupe de las tareas domésticas, mientras que aquellas modernas liberadas prefieren ir a los hipermercados, esos sitios tan luminosos y uniformes, donde uno va adquiriendo las cualidades necesarias para ser padre o madre empujando un carrito. Así me lo había hecho saber mi tercera novia de la calle Madera, esa que me dejó por el abogado del

Estado, esa de cuyo nombre no quiero acordarme. Aunque le hizo gracia el aspecto destartalado de mi piso, compartir su vida con alguien tan caótico, poco moderno y nulamente motorizado (no tenía coche entonces), está claro que no era su ideal para mucho tiempo. Cuando me siguió –que no acompañó– a la visita al mercado, se quejó de la oscuridad de la planta baja, donde yo compraba, así como del dominante olor a pescado existente. Respecto a los puestos donde yo acostumbraba a ir, también hizo comentarios tales como «¡qué ordinario resulta despachar con la boca llena!», en alusión al acostumbrado bocadillo de mis amigas las verduleras, o «no sé cómo estas mujeres aguantan a este pescadero», refiriéndose a Manolo.

El fracaso de la segunda parte de mi plan me hizo volver ya a ciencia cierta a mi programa originario. La prueba entonces se aplicó con calculado método a bastantes candidatas más, casi siempre con resultado negativo. Para que todo fuera bien, me había propuesto no forzar nunca la voluntad de la candidata, es decir, no obligarla a acudir al mercado a cualquier precio. Calculaba que la escasez de sueño, la excesiva bebida de la noche anterior u otros factores podrían hacer que la chica no reaccionara conforme a su verdadera naturaleza, sino a su catastrófico estado coyuntural. Teniendo en cuenta estas circunstancias, a algunas, las que me gustaban mucho, les hice pasar dos veces la prueba, para darles una segunda oportunidad.

Más tarde, ya que esta última práctica no sólo resultaba pesada sino también desalentadora, me aseguraba que el sábado estuvieran en las mejores condiciones posibles. Les hacía cena romántica en casa, que apreciaban mucho, prometiéndoles que más tarde saldríamos de copas, pero luego hacía lo imposible, incluso seducirlas, para que se acostaran temprano. Fue una etapa bastante fructífera, ya que de esta forma conocí con mayor profundidad a mis candidatas, y me

di cuenta también que muchas sólo querían correr la noche y no estaban realmente demasiado interesadas en mí.

Fue pasando el tiempo. La aplicación de la prueba estaba siendo implacable y definitiva y yo aceptaba de relativo buen grado mi sino. Sin embargo, apareció alguien que hizo tambalear todo el sistema que me había montado, poniendo en cuestión sus propios fundamentos. Ella me impresionó de entrada por su tipo, su pelo rizado y sus ojos azul cobalto. Luego demostró ser espontánea y alegre, pero a la vez muy sensible. Desde el primer momento trabamos una larga conversación, pese a haber nacido ella en Inglaterra y tener una cultura totalmente distinta. Esto último más que un inconveniente era una ventaja, porque nos permitía a los dos adquirir otras visiones de la vida. Nuestra relación era un intercambio continuo, y jugábamos a analizar una determinada situación y ver en qué cambiaría en el país del otro.

Yo estaba un poco desconcertado. Esta relación no tenía nada que ver con las anteriores. No es que fuera mejor ni peor (bueno, mejor que muchas sí), era diferente. Había comunicación, aunque quizás faltaba complicidad. Nos entendíamos y respetábamos, ávidos ambos por conocer aspectos nuevos, pero nunca llegábamos al punto de conexión necesario, ese en que las visiones personales se solapan, aunque sean ligeramente. Por todo ello, y por la distancia cultural, me resistía a hacerle la prueba a Susan. No sólo es que creía que no la iba a pasar, sino que estimaba que a ella no le podía exigir las mismas condiciones que al resto. Estuve varias semanas sin apenas aprovisionarme de alimentos, salvo los que podía conseguir en un supermercado cercano que cerraba tarde, cosa que no extrañó para nada a Susan, acostumbrada como estaba a vivir de bocadillos y comidas ajenas.

Por fin, un día le dije lo más naturalmente que pude que tenía que ir al mercado. No contestó, pendiente sin duda de otros pensamientos. Le insistí:

–¿Quieres acompañarme?

–¿Adónde?

–Al mercado, a comprar.

–Bueno.

La visita al mercado fue, como mi relación con ella, desconcertante. No le aburrió, al contrario, miraba todo con curiosidad. Tampoco me habló casi nada, salvo para interesarse por el nombre de algún pescado que le llamó la atención. Parecía que lo que más le asombraba era verme comprando entre aquellas mujeres, y las instrucciones precisas que les daba a los tenderos. Cuando salíamos me preguntó si le iba a preparar algo especial para comer y se prestó a ayudarme con las bolsas.

La experiencia me pareció un buen comienzo, sobre todo para Susan. Luego, yo me instalé en el papel de profesor y me empeñé en que supiera lo mismo que yo del mercado. A partir de entonces, no fallábamos ni un sábado. Ella no oponía resistencia, pero tampoco parecía entender el interés que de repente me había dado por aquel sitio. Yo le contaba mis remotas teorías, como por ejemplo que los puestos del piso inferior del mercado, el del sótano, son más baratos y populares porque la planta superior siempre ha representado a las clases más pudientes; de hecho, todos los monumentos tienden hacia las alturas como una señal de grandeza y poder, los restaurantes más caros suelen estar antecedidos por una amplia escalera, y los más pobres siempre han vivido en España en sótanos y pisos bajos.

Asimismo, le explicaba prácticamente la noción «cocina de mercado», tan extendida y reputada en muchos restaurantes. Aunque los invernaderos actuales nos permiten disfrutar en nuestras mesas de algunos productos durante todo el año, yo tenía siempre a adquirir los de temporada, que por cierto son los que más se ajustan al bolsillo (algo que parecen olvidar los mencionados restaurantes). Los tomates en sazón, durante el

verano y principios del otoño, rojos y duros, despreciando ese empeño de algunas amas de casa de comprarlos verdes como pepinos. Los melones, mejor a finales del verano, que huelan y, sobre todo, que pesen. Las verduras de invierno, como la coliflor, la col o la lombarda, prietas y en su época. Los boquerones y las sardinas, superiores con la cabeza brillante y plateada que inundada en sangre. La carne de ternera, roja y bien asentada...

Los meses fueron pasando y yo seguía con mi retahíla semanal de los sábados. La relación con Susan se mantenía, sin embargo la falta de conexión que antes he aludido se hacía más patente. Yo pensaba que nuestras charlas en el mercado y fuera de él nos acercarían, pero éramos dos mundos diferentes. Susan se esforzaba, quizás demasiado, y aun así no lograba asimilar el mundo que yo le proponía. Por mi parte, todas las precauciones que mantuve con ella al principio las agoté de golpe y tras las primeras visitas al mercado, me empeciné en hacer de ella algo que no era. Me convertí, aunque nunca lo he sido manifiestamente, en el español más español de los españoles y ella también tuvo que tragarse con eso, con mis desplantes y chulerías. Cerré mi mundo al de ella y no le dejé ni un ápice de cabida. Sin darme cuenta, conseguí ser todo lo que me había propuesto no ser. Por fin, un sábado me dijo que no iba conmigo al mercado ni a ninguna parte más.

Pero esta vez es diferente. Ha pasado mucho tiempo de aquello, han pasado más mujeres por mi vida y ya no soy tan joven ni tan marchoso. Marta ha entendido mi mensaje y yo estoy dispuesto a entender el suyo. Aquí estamos los dos sentados en el parque de Barceló, las bolsas de las compras a nuestros pies, no lejos de donde se desparraman los vidrios de las litronas. Ella se ha mareado tras salir del mercado y me ha pedido que nos sentáramos un poco. Aquí, en silencio, acariciando su cabeza, reclinada sobre mi hombro, me siento tan

feliz que no puedo dejar de recordar las cosas por las que he pasado para llegar a este punto.

Estoy tan ensimismado que casi me había olvidado de las curvas de su cuerpo en la noche que ayer disfrutamos. Es tan buena en la cama que no me podía ni imaginar su reacción de hoy en el mercado. Desde el principio ha sido todo perfecto, lo cual no me parecía un buen augurio. Cuando salimos de casa, con ella me he atrevido a más que con ninguna, porque pensaba que lo tenía todo perdido. Le he dicho: «Ahora vamos a hacer algo importante». Como respuesta, he sentido su mano un poco fría en la mía. Después, siempre a mi lado, escondiendo los puestos y marcándome sutilmente el producto adecuado. «Por qué no llevas bacalao fresco, que tiene muy buen aspecto», o «me encantan las fresas con nata», ha dicho, y yo le he sonreído boquiabierto.

Aunque no quiero romper este momento mágico, no tengo más remedio que preguntárselo:

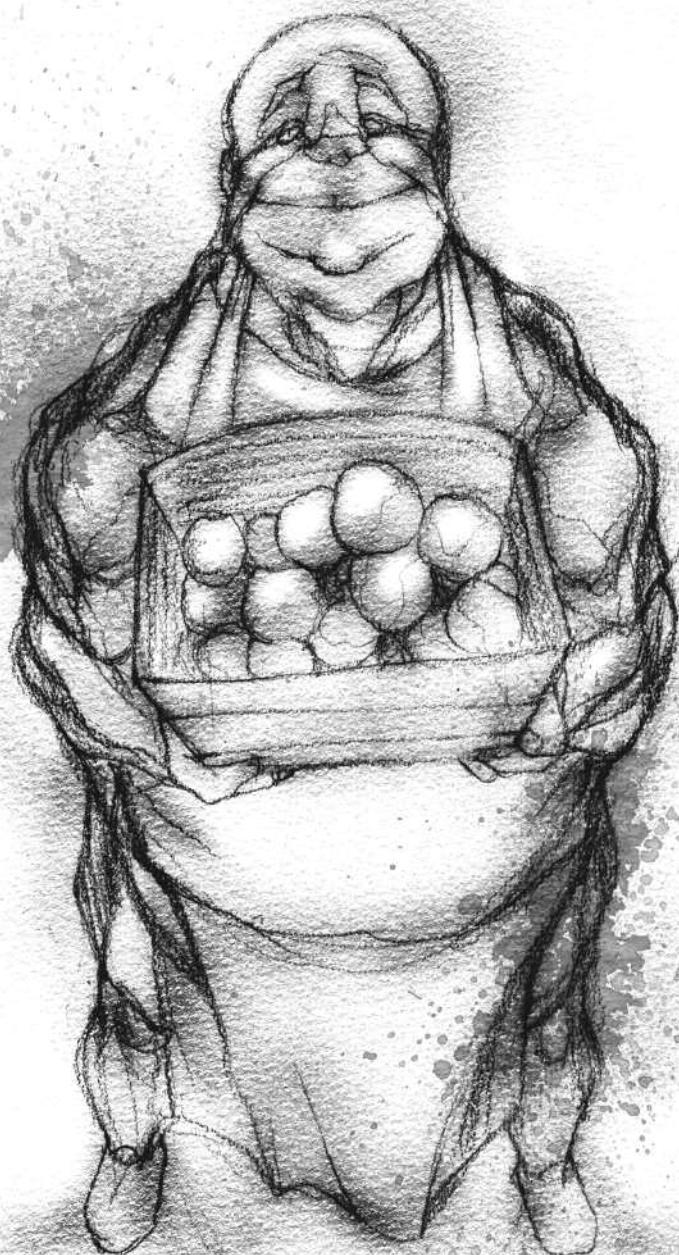
—¿Te ha gustado el mercado?

—¿El mercado? A mí quien me gusta eres tú. Yo de los mercados estoy un poco harta. Desde los siete años he acompañado a mi madre a la compra todos los sábados. Pero hoy me he dado cuenta que tú eres el hombre perfecto para mí. Sabes comprar tan bien o mejor que yo, así que a partir de ahora tú serás el encargado de hacerlo. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Barceló (Madrid)**.

Este cuento fue publicado en el número 49 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a diciembre de 1999/enero de 2000.



SUICIDIOS, TOMATES Y GENÉTICA EN EL MERCADO CENTRAL

VICENTE DE SANTIAGO MARTÍNEZ

1

UN EXTRAÑO SUICIDIO

El suicidio de Xavier Torrent no me sorprendió por el hecho de que aquel lunático se quitase la vida, sino por la razón que le llevó a cortarse las venas en la bañera de su apartamento.

Desde que se autoproclamó líder del Movimiento Independentista de Xeste (MIX), Xavier Torrent había entrado en el Olimpo de lo que yo llamaba «locos televisivos»: personajes que denotaban una notable falta de equilibrio mental y que, por ello, hacían las delicias de los telespectadores de los cientos de programas que se dedicaban a hacer espectáculo de las miserias humanas. Era tal la proliferación de este tipo de programas desde la invasión de la televisión digital que llegué a añorar los tiempos del *Tómbola*, que al menos sólo nos molestaba una vez por semana.

Así, un personaje como Xavier Torrent era conocido en toda Valencia y, así también, me tocaba a mí cubrir la noticia de su muerte para la sección de sucesos del periódico *Las Provincias*, de la que yo era redactor jefe (digo «jefe» como un eufemismo, ya que en el periódico sólo quedábamos siete periodistas, uno por sección, más nuestro querido director).

En cualquier caso, no me podía quejar: gracias a que como era un suicidio la noticia recaía en sucesos, no en sociedad, y siempre era mejor tratar un tema de indudable interés, como éste, que pasarse el día buscando algo noticiable en las comisarías o en las urgencias de los hospitales de la ciudad.

Pero volvamos a nuestro amigo Torrent. El líder del MIX estaba convencido de que el pueblo de Xeste era único y debía ser independiente por una poderosa razón: sus habitantes tenían horchata de chufa en la sangre. Esto que digo puede parecer una solemne tontería, pero aquel hombre lo podía demostrar: tenía un análisis de sangre en el que apa-

recían restos de horchata. El resultado del análisis, que siempre llevaba encima, debía estar falsificado, pero a nadie le importaba ya que daba mucho juego a la hora de entretenér a los telespectadores.

Sin embargo, su convencimiento llegó a ser tal que le condujo a la muerte. Para demostrar su verdad decidió hacerse un análisis ante las cámaras y en directo en el programa *Demuéstrelo, si se atreve*. Los resultados fueron nefastos: dio Rh negativo. Eso ocurrió dos noches antes de su suicidio. La nota que dejó al lado de la bañera era surrealista: «Como líder del Movimiento Independentista de Xeste (MIX) no puedo soportar la idea de ser vasco, pueblo al que respeto y quiero, pero que prefiere el txacolí a la horchata de chufa y, como todo el mundo sabe, yo soy abstemio. Adiós, amados compatriotas de Xeste».

La noticia nos llegó por Internet, como nos llegaban ya todas las noticias, y el director me dio órdenes precisas: «Ve a Xeste y entrevista a todo el que pilles, a ver si nos da el tema para dos o tres días, que las ventas están jodidas y estas cosas siempre animan».

Pues de excursión a Xeste. Total, al final de mi carrera ya era todo un periodista profesional: sabía perfectamente cómo, haciendo lo justo, llenar varias páginas interesando al personal, sin acabar en los juzgados por alguna querella.

Cogí el grabador/cámara/teléfono digital (aquel cacharro tenía más cosas, pero nunca supe usarlas) y me metí en el coche dirección a la ciudad natal de Xavier Torrent. Entrevistaría a la viuda y a los vecinos y escribiría algo realmente impactante.

En el camino a Xeste las cosas empezaron a complicarse. El director del periódico me llamó exaltado: acababa de producirse otro intento de suicidio. Esta vez era un aficionado del Barça, que se había tirado por la ventana de su piso, en el centro de Valencia, gritando «¡Hala Madrid! ¡Hala Madrid!».

El hombre no había muerto, porque era un segundo piso, y sólo se rompió un buen número de huesos. Ricardo Fuster, el director, lo tenía cada vez más claro: «Mira, esto hay que enfocarlo como una cadena de suicidios: a uno que le cambia el tipo de sangre, el otro que cambia de equipo, etc., y así, cada tío que se intente suicidar le buscamos las vueltas y lo metemos en una larga, larga serie de artículos». Desde el ordenador de abordo del coche podía ver su amplia sonrisa, que denotaba una posible subida de las ventas.

¡Vaya tontería!, pensé yo, pero a dos años de la jubilación era todo oídos hacia mi joven amigo: «Cojonudo Ricardo, qué idea macho, ni en mis mejores tiempos se me hubiese ocurrido, lo enfoco así, no *problem*» (y esbocé una amplia sonrisa como la suya).

Dicho y hecho. Hablé con la viuda de Torrent, con varios vecinos, busqué información en Internet sobre el pirao del Barça y escribí una página sobre lo que parecía un extraño «virus» que volvía totalmente loca a la gente. El artículo acababa de una forma impactante: «Ya conocemos dos casos, pero..., ¿cuándo aparecerá el siguiente? Seguro que antes de lo que pensamos. Esta es la realidad y así se la hemos contado».

Tras un duro día de trabajo me fui a degustar un *black bush*, mi whisky favorito, al Finegan's, un antiguo pub irlandés situado debajo de mi casa, en la plaza de la Reina.

2. LLAMADA DEL MERCADO CENTRAL

A la mañana siguiente hice lo que hacía todas las mañanas: compré *Las Provincias* para ver qué impresión me causaba mi artículo. Normalmente, lo que el día anterior era una obra maestra de la escritura en mi ordenador, al verlo impreso me parecía una auténtica idiotez. Los años habían conseguido que esto no afectase de ninguna forma a mi estado vital.

En esta ocasión las cosas no fueron diferentes y al leer el titular de mi crónica sólo me dio un poco de vergüenza: «Un

extraño virus provoca una cadena de suicidios en la región». Pero bueno, mientras tomaba un café y una tostada con aceite de oliva, pensé que un titular confuso más en el mundo no era ningún problema y, además, el artículo era bastante entretenido y daría mucho que hablar.

Cuando estaba acabando de desayunar recibí una llamada de la redacción. Al otro lado del teléfono vi a Sonia, mi querida compañera/enemiga de sociedad, que tenía cara de pocos amigos:

—Hola Sonia, buenos días.

—Hola, Vicente. ¿Qué, el viejo reportero desayuna tranquilamente, como todos los días, no?

—Sí hija, las costumbres es malo cambiarlas a mi edad.

—Bueno mira, te han llamado tus amigos del Mercado Central. Un tal José Baltá, de Frutas y Verduras Xirivella. Dice que tiene información que te puede interesar sobre el tema de los suicidios, pero no ha querido contarme nada. Parece que sólo confía en ti, como todos los del mercado. Me ha rogado encarecidamente que te acerques a verle cuanto antes. Parece urgente porque estaba muy nervioso.

—Iré, pero díselo a Ricardo, que no quiero problemas.

—Ya se lo he dicho y ha dado su autorización. Dice que a ver si sacas algo jugoso como lo de hoy, que están subiendo las ventas. Parece que eres su héroe de la jornada. A ver si lo aprovechas y no la cagas, como siempre.

—Qué eficacia. Gracias bonita.

Definitivamente la mañana comenzaba bien: un artículo interesante, subían las ventas, Sonia enfadadísima y, encima, tenía la obligación de visitar a «mis amigos» del Mercado Central.

Sonia se refería a ellos de tal forma porque, en el año 2005, un directivo de una gran superficie intentó boicotear el mercado soltando ratas en sus instalaciones, con la ayuda de un guardia de seguridad nocturno. Yo me encargué de inves-

tigar el caso y descubrí todo el tema, publicando el artículo cumbre de mi carrera: «¿Ratas en el mercado o en la gran superficie?». Con ello me gané, además, el cariño y la gratitud de todos los vendedores, que me nombraron Cliente de Honor.

En cualquier caso, desde que llegué a Valencia, a comienzos del siglo XXI, el Mercado Central era mi lugar favorito de la ciudad. Todos los sábados paseaba, con el pretexto de hacer la compra, por los cuidados puestos del viejo y bello mercado. Sus 8.000 metros cuadrados de superficie agrupaban a más de 400 comerciantes y cerca de 1.200 puestos de venta, en donde se podía encontrar todo tipo de frutas, verduras, carnes, pescados, especias, conservas, e incluso menaje de cocina, para hacer con todas aquellas materias primas exquisitos guisos.

Aunque desde 1996 el Mercado Central contaba con un servicio de venta por Internet muy eficaz (en aquellos tiempos era el único mercado de abastos de Europa que contaba con este moderno servicio), yo prefería el paseo matutino por los puestos, charlando con los vendedores, pidiendo consejo sobre qué comprar o cómo cocinar cada cosa y empapándome de los colores vivos de los alimentos y de sus aromas frescos y provocadores.

Con el paso de los años el mercado seguía teniendo mucha clientela, incluso gente joven, gracias a la concienciación que produjo en gran parte de la sociedad el famoso mal de las «vacas locas», que aunque estadísticamente afectó a muy pocas personas en Europa, sí causó una desmesurada alarma social. El lado positivo de todo aquello fue que la gente comenzó a preocuparse más por lo que comía y se creó un invisible círculo de confianza entre los consumidores, sus tenderos habituales y los productores que vendían a los propios tenderos. Así, el Mercado Central, que se modernizaba día a día y se adaptaba continuamente a las cada vez

más duras y estrictas normativas comunitarias, había conseguido mantener su pulso vital casi intacto desde que lo inauguró de forma solemne el rey Alfonso XIII el 23 de enero de 1928.

En casi un siglo de existencia, el mercado había impresionado a millones de turistas y amantes de la arquitectura por su aire modernista, suscientos de figuras alegóricas, su estructura de hierro y ladrillo, mezclado con piedra de Buñol, mármol, azulejos y bellos mosaicos y, cómo no, por su impresionante cúpula de 30 metros de alta, realizada en hierro, cristal y cerámica, que no sólo maravillaba desde el interior, sino que cambió para siempre el bello paisaje de los tejados de Valencia, donde reinaba, entre campanarios y torreones, la emblemática veleta del Mercado Central, formada por una cororra y un pez.

3. CARACTERES GENÉTICAMENTE MODIFICADOS (CGM)

Aquella mañana me dirigí al mercado por el lugar habitual, pasando por el magnífico edificio de la antigua lonja, ahora convertido en una biblioteca «virtual» (podías bajarte libros desde la red y leerlos en grandes pantallas de ordenador, grabarlos en un CD o imprimirlos en papel a un módico precio).

Entré por la puerta situada frente a la lonja, pasando junto a un colorido puesto de golosinas que vendía, además, todo tipo de recuerdos turísticos de la ciudad. Me dirigí, sin perder tiempo en saludar a nadie, al puesto de José Baltá, al que conocía bien ya que le compraba fruta y verdura todos los sábados.

Baltá era ingeniero agrónomo pero, a la muerte de su padre, se quedó con el próspero negocio que, al fin y al cabo, tenía una relación directa con sus estudios. Además, dejar el puesto era acabar con una tradición familiar que venía de sus bisabuelos (cuando se inauguró el Mercado Central de Va-

lencia muchos de los puestos pertenecían a labradores de diversas localidades de la región: El Saler, Castellar, Xirivella, Meliana, Horno de Alcedo, Montolivet o Carrera d'Encorts).

En cuanto me vio, José salió disparado, dejando el puesto a cargo de su madre, una mujer que superaba los ochenta años, pero que tenía una fuerza y una vitalidad envidiables.

Me agarró del brazo y me indicó con la mano la cafetería del mercado. Tras pedir dos cafés, José me espetó:

—Yo tengo la culpa de la cadena de suicidios.

—¿Cómo que tú tienes la culpa?, ¿qué culpa?

—Joder, tío, muy fácil, que yo he propagado ese «virus» del que hablas en el artículo y que ha provocado este desastre.

—Oye, oye, que lo del virus es un recurso periodístico para atraer al personal y darles conversación. No vayamos a confundirnos, ¿eh?

—Bueno, pues será un «recurso», pero has acertado. Tienes un instinto increíble; bueno, qué coño, cojonudo.

—Vale, vale, que lo de las ratas fue hace veinte años y ahora sólo tengo ganas de jubilarme. ¿Me puedes explicar de qué va todo esto?

—Sí. ¿Has estudiado algo sobre el tema del genoma humano o de ingeniería genética?, ¿sabes algo de estos temas?

—Pues claro, soy periodista. Además, ya he recibido dos cartas del seguro médico y del seguro de vida muy alentadoras: o paso las pruebas del ADN o no me renuevan. ¿Cómo lo ves? A mis 63 años quieren saber qué expectativas de vida tengo para subirme la prima.

—Joder, ¿qué fuerte, no?

—Va, que les den. Total, el día que me muera me dará igual lo que hagan con mi cuerpo y, más aún, con mis pertenencias.

—Bueno, pues escucha. Yo, como sabes, soy ingeniero agrónomo e hice mi especialización en OGM (Organismos Genéticamente Modificados). En mi huerto, en Xirivella, siempre he experimentado sobre este tema y cuando en 2001 hicieron

pública la secuencia del genoma humano me planteé un reto: conseguir cambiarle el humor a la gente.

—¿El humor? Tú estás más loco que el del Movimiento Independentista de Xeste.

—No, no, escucha. El hombre sólo tiene 30.000 genes, un poco más que una puta mosca. Entonces, lo que nos hace diferentes no es el número de genes, sino las conexiones entre unos genes y otros. Para que lo entiendas, una especie de chispas que saltan al conectarse los genes y que hacen que a nosotros nos salga un brazo y a la mosca un ala. ¿Entiendes?

—Sí, claro. Eso lo he oído mil veces.

—Bueno, pues yo he desarrollado unos activadores genéticos que he introducido en una variedad común de tomates. Estos activadores no afectan a las plantas, pero cuando entran en el cuerpo humano se conectan, entran en funcionamiento, y van teledirigidos (igual que los satélites o los misiles) al gen que marca nuestro buen o mal humor. Entonces se acoplan a él y hacen que salte la «chispa» necesaria para cambiarte radicalmente el humor.

—Sí, pero a los suicidas no les ha cambiado el humor, sino que se han convertido en lo contrario de lo que eran.

—Ya lo sé, joder, y es que algo ha salido mal. Hice una prueba para intentar cambiarle el humor a la gente que viene siempre cabreada al puesto a comprar. Vendí tomates modificados genéticamente a tres clientes habituales: al de Xeste, al del Barça y a un tío que siempre se está cagando en los inmigrantes. Al leer tu artículo me he dado cuenta: les he cambiado el carácter; efectivamente, les he convertido en lo contrario de lo que eran.

—O sea, que el tercero se estará haciendo ahora de una ONG en apoyo a los inmigrantes.

—Vale tío, no te cachondees, que es muy serio. Que estamos hablando de vidas humanas. No sé, pero igual se le cambia la piel y se convierte en negro, o moro. No sé, he per-

dido el control del tema. Y, para colmo, tengo una cosecha entera de tomates transgénicos.

—¿Y sabes dónde puedo encontrar al tercer hombre?

—Le llaman Peret (le gustan mucho las rumbas) y siempre está en el bar de Manolo, «el del bombo». ¿Sabes dónde es?

—¿Tú qué crees? Oye, ¿me podrías dar un kilito de tomates para cambiar el carácter a mi querido jefe?

—Eres incorregible. Bueno, espero que el tercero no se suicide.

Me despedí de mi amigo y salí del mercado totalmente alucinado. Había oído muchísimas gilipolleces en mi vida, pero ésta era supina. Un pobre ingeniero, en su huerto, sin ningún tipo de apoyo científico, se creía que había conseguido algo que ni las más grandes multinacionales habían logrado. Además, la explicación de los activadores genéticos era lo más chapucero que había oído en años. En cualquier caso llamé a Ricardo y le conté la historia por encima: «Fantástico. Muy bien. Vente y escríbelo que esto sí que va a ser la bomba. Mañana hacemos tirada extra y te llevas la gratificación especial».

Le intenté explicar que el tema no tenía mucha base científica, pero le daba igual y, por otro lado, a mí no me vendría mal una gratificación. Así que, antes de tomar el whisky diario, escribí un artículo digno de la más pura corriente literaria de la ficción científica, que no superaría ni el mismísimo Asimov.

4. UN ATAQUE DE CONCIENCIA

«Tomates que cambian el carácter de los valencianos». Un título realista a la par que llamativo y con un toque local que siempre invita a la lectura, pensé mientras me tomaba mi tradicional desayuno. Por segundo día sería el héroe de *Las Provincias*. Sin embargo, en el estómago estaba notando ya un fuerte ataque de conciencia.

Mirándome al espejo del bar veía a uno de esos viejos per-

sonajes de Clint Eastwood: el ladrón de guante blanco que acaba por enfrentarse al propio presidente de Estados Unidos en *Poder absoluto*, el sheriff que al final entiende al asesino en *Un mundo perfecto*, el periodista mujeriego que salva a un condenado a muerte en *Ejecución inminente*, o el genial Willian Munny, el decrepito vaquero borracho y vengador de *Sin perdón*. De tanto ver sus películas había acabado asimilando ese carácter de perdedor que termina haciendo caso a los últimos resquicios de lo que se denomina conciencia.

Resignado por no ser capaz de venderme a los laureles de la fama y el dinero, aunque fuesen los de un triste periódico regional, salí en busca de nuestro amigo Peret, que estaría en el bar de Manolo «el del bombo» (personaje retirado de la escena futbolística internacional por los achaques que le produjeron tantos años aporreando aquel instrumento infernal).

Encontré fácilmente a Peret, que cantaba rumbas frente a una copa de anís en el bar de Manolo. Aquel hombrecillo se llamaba realmente Alejo Pérez y no se había vuelto ni negro ni moro.

En media hora de conversación sobre el problema de la inmigración en España (le dije que estaba haciendo un reportaje social sobre el tema) le contabilicé treinta «hijos de puta», veintidós «sudacas de mierda», quince «putos moros», cuarenta «a su puto país» y diez «hay que matarlos». Me quedó claro que o los tomates se los había comido su mujer (a la que confesó que zurraba de vez en cuando), o a éste no le habían hecho efecto.

Después me acerqué al hospital y hablé con los familiares del suicida del Barça. Desde pequeño había estado bastante desequilibrado, sobre todo tras ofrecerle matrimonio a su profesora de «ética y conciencia social» y que ésta le soltase dos sonoros bofetones. Su reacción fue encerrarse en el fútbol y en todo tipo de mezclas entre pastillas y alcohol. En los últimos años había sido de varios equipos, incluso del Atlé-

tico de Madrid, que llevaba varias temporadas ascendentes y había subido otra vez a Segunda B, levantando expectativas entre sus todavía muchos seguidores de llegar de nuevo a Primera.

El día que se tiró por la ventana, Tony, que así se llamaba el singular aficionado, llevaba toda la noche a base de alucinógenos y, por tanto, igual que «¡Hala Madrid!» podría haber dicho «Viva Marujita Díaz», una antigua famosa que había decidido criogenizarse (se congeló en el arcón frigorífico de su propia casa) tras un fracaso amoroso con un joven cubano.

El desaliento creció en mi interior y fui a Xeste a presionar un poco a la amante de Xavier Torrent. No tardó mucho en confesar la verdad (le ofrecí 200 euros de mi propia gratificación por la tirada extra del periódico): el líder del MIX siempre había tenido el RH negativo y, como siempre se sospechó, su famoso análisis era fruto de un fraude. El listo de Xavier había inyectado horchata en un bote con su sangre, sin que la enfermera que le extrajo el rojo líquido de su cuerpo se diera cuenta. Desde ese día fue alimentando su propio mito hasta que perdió lo que los psicólogos llaman el «Principio de Realidad».

Como casi siempre, todo era una gran mentira. Con pena, pero orgulloso de la audaz investigación, me fui al periódico a desmontar todo aquel castillo de naipes.

5. LA VIDA SIGUE IGUAL

Ricardo Fuster me gritó enloquecido: «Otra vez con tus putos ataques de conciencia. ¿Eres gilipollas o qué? Tenemos una oportunidad de salir a la luz, de vender más, de que alguien se fije en nosotros y ¿la vamos a perder?, eh, ¿la vamos a perder? Sabes lo que te digo, viejo estúpido, que este tema ha trascendido de un mero suceso. Ahora es un tema de sociedad y lo llevará Sonia, que es mucho más lista que tú. Que todo es una mentira. Que es un castillo de naipes. ¿Y qué más

da? ¿Pensabas que no lo sabía? ¿Desde cuándo importa la verdad? ¿Te has vuelto realmente loco o qué? Mira, vete y tómate un día libre, que ya nos encargamos nosotros de este tema».

Me dieron ganas de dimitir, pero ya no tenía fuerzas ni ganas para ello. Lo único que quería era vivir tranquilo, escribir alguna historia, disfrutar de los pequeños instantes de placer que todavía me daba la vida y poder escuchar un poco de jazz con un buen whisky en la mano.

Salí de la redacción y me dirigí de nuevo al Mercado Central. Eran las seis de la tarde y todavía podía contarle a mi amigo José Baltá que todo su experimento había fracasado o, mejor, no había sido suficientemente eficaz, para que no se molestara.

Cuando llegué al mercado vi con asombro una gran fila de gente que salía de la puerta hacia la calle. La impresionante cola llevaba directamente al puesto de José, que alegremente vendía tomates a un precio diez veces superior al normal. Al verme salió sonriente de detrás del mostrador:

—Gracias, Vicente, Gracias. Tu artículo me está haciendo de oro.

—Pero bueno, ¿no te preocupaba tanto que la gente se suicidara por culpa tuya?

—Oye, oye, baja la voz, joder, que lo que haga la gente es su responsabilidad, eh. Y aquí, además, viene gente que quiere cambiarle el carácter a sus seres queridos, pero para positivo, eh, para positivo, no para que se suiciden.

—Sí, para positivo, muy bien. ¿Pues sabes lo que he descubierto?

—¿Qué?

—Que todo es una puta mentira y que tus tomates no sirven ni para mejorarle el cutis a tu santa madre.

—No me digas, ¿de verdad?

—Pues claro, pero ahora no me dejan publicarlo.

—Anda, pues cojonudo: yo me forro, no le hago mal a nadie y, encima, no me van a descubrir. Gracias tío. El próximo sábado te regalo la fruta y las verduras que quieras.

El rápido y preciso sentido comercial de José me dejó seco. La verdad es que el cabrón tenía toda la razón.

Me fui al Finegan's y pedí un *black bush* doble. Cuando me lo pusieron empezo a sonar una vieja canción de Julio Iglesias: *La vida sigue igual*. Bebiendo y escuchando la canción me tranquilicé: ¿quién coño se acordaría de toda esta historia de suicidios, tomates y genética la semana que viene, cuando apareciera otro tema de indudable interés social para entretenér a las masas?

«...unos que llegan, otros se van, la vida sigue igual..., lalala, lala lala, lala, lala...». ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Central de Valencia**.

Este cuento fue publicado en el número 57 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a abril/mayo de 2001.



ALMA
MARTA CAMPS RIUS

No sé si ustedes, como yo, son de la opinión que, en la vida, las cosas importantes tienen alma. Yo lo creo a pies juntillas, lo he defendido siempre y, desde hace unos días, ya no tengo ninguna duda acerca de ello. Quizás lo que les voy a contar les parezca fantástico, tal vez duden de mi salud mental, pero les aseguro que lo que he vivido en los últimos dos meses ha ocurrido tal y como lo explico. De acuerdo que mi personalidad es algo dispersa, que soy dada a los viajes mentales y que mucha gente me tacha de rara e incluso de extravagante. Sinceramente, pienso que exageran. Pero es que hoy en día, cualquier persona que diga o haga cosas que se salgan mínimamente de lo corriente pasa a ser eso, un «bicho rarillo». ¿Quieren que les confiese algo? No me molesta que me tengan por original, qué quieren que les diga. Tal vez precisamente por eso, ELLA –o lo que sea exactamente, no sé muy bien cómo definirla– me eligió a mí como testigo excepcional de todo lo ocurrido. Se estarán preguntando en qué consiste tanto misterio. En seguida lo sabrán. Dejen que antes les explique de qué forma aterricé yo en esta historia.

Después de toda una vida, que diría mi amigo Sabina, siguiendo una trayectoria rectilínea, persiguiendo y consiguiendo exactamente lo que se esperaba de mí, a los 25 me entró el pánico. Era periodista, licenciada y, como es de recibo hoy en día, masterizada. Piso propio –bueno, hipoteca propia también, pero esto es lo malo de la llamada PROPIEDAD PRIVADA, que es propiedad, pero del banco hasta que se demuestre lo contrario. Lo de privada ya me parece recachoneo–. En fin, no sé si se hacen una idea: chica independiente, trabajadora, metida en muchos asuntos, con muchos amigos y un novio encantador. ¿Qué más le podía pedir a la vida? Pues yo le pedí algo más. Abrir un camino totalmente nuevo, dejar

atrás una armonía vital que de tan perfecta me agobiaba, y dejarme llevar para tener la sensación y poder creer que nada está escrito, de tenerlo todo aún por hacer y sentir que la vida es todo menos previsible. Necesitaba, en una palabra, romper. Y lo hice. Dejé el trabajo en el periódico (que, dicho sea de paso, hacía ya tiempo que me aburría) y corté con mi chico (en realidad él me dejó a mí cuando intenté explicarle lo de mi angustia vital. Me dolió, pero no puedo decir que me sorprendiera. Demasiada información y demasiado profunda para sus coordenadas mentales). Me quedaban, eso sí, unos cuantos amigos y mi pisito. No necesitaba más para poner en práctica lo que tenía en mente.

.....
—¿Una quesoería...? Pero... ¿Tú te oyes lo que dices? ¡Estás más loca de lo que pensaba! —mi amiga Laura no daba crédito.

—Siempre me ha chiflado el queso, ya lo sabes.

—¡Siempre me ha chiflado el queso, siempre me ha chiflado el queso! ¿Y qué? ¿Crees que con ser una especie de ratita humana basta para montar un negocio? ¿Qué sabes tú de quesos? ¿Qué sabes tú de mercados?

—Sé poca cosa de todo eso, pero lo voy a aprender. Conseguiré el dinero, montaré una parada y venderé quesos. Por una vez en mi vida, llegaré hasta el final con esta historia. Está decidido.

La idea se me ocurrió una mañana en la que bajé a hacer la compra al mercado del barrio. Y es que, desde que dejé el periódico y el novio encantador, mi tiempo libre había aumentado (24 sobre 24 horas al día). Fue cuando me propuse aprender a cocinar. Me pasaba mañanas y tardes enteras entre recetas, cazuelas y paellas. Los logros eran pocos y lentos, pero yo no me desanimaba. Ese sábado (el mejor día para ir al mercado) salí decidida a regalarme con una buena quische de quesos. Cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que en todo el mercado no había ni una sola parada exclusivamente de-

dicada a mi alimento favorito. ¿Es que el queso no lo merecía?

A veces las cosas te vienen rodadas. Unos metros más allá de donde yo reflexionaba sobre lo de los quesos vi, como una aparición, un cartelito en el que se podía leer: SE TRASPASA POR EXCESO DE TRABAJO. Una nota, como mínimo, curiosa. Apunté el número de teléfono que acompañaba el mensaje y, sin dejar de darle vueltas a mi cabeza, regresé a mi casa, sin quesos y sin nada. Ya no importaba, la compra y la comida podían esperar porque acababa de encontrar la respuesta a mis interrogantes acerca de por dónde debía encaminarse mi nueva vida.

¡Cuánta razón tenía mi amiga Laura! Definitivamente me había vuelto loca. Y, por supuesto, problemas no me faltaron. Para empezar, el dinero. El banco no me concedía ningún otro crédito (¿qué crédito podía tener una mujer joven, soltera, parada e hipotecada?). Pero yo seguía empeñada en abrir una quesería a lo grande en el Mercado de la Sagrada Familia, el de mi barrio, el mercado que me gustaba y el que sentía como mío. El dueño de la parada que se traspasaba era un tipo peculiar. Regentaba un puesto extraño en el mercado, una especie de almacén donde podías encontrar cualquier objeto no comestible imposible de conseguir en tiendas normales. Al menos eso es lo que me contó el señor en cuestión. El caso es que, contrariamente a lo que se pudiera esperar, su negocio iba viento en popa, demasiado bien, y él no estaba para trabajar tanto. Así que decidió jubilarse y traspasar la tienda. No pedía mucho dinero por la operación, pero por poco que fuera, seguía siendo demasiado para mí. Y fue entonces cuando tuve mi primer encuentro con ELLA, aunque en ese momento ni siquiera me fijé.

Fue un día de otoño. Noviembre estaba a un paso y, claro, toda Barcelona se llenó de vendedoras de castañas. Yo pasaba por el parque de la Sagrada Familia y vi a una de esas

señoras, que siempre me han parecido enigmáticas y de las que siempre he querido saber más. Nunca me han gustado las castañas tostadas, pero sin saber por qué me fui derecha hasta la parada en cuestión y pedí un cucuricho. Nada me llamó la atención de la castañera, llevaba toda la cabeza cubierta por un pañuelo. Sí recuerdo en cambio sus ojos, grandes y profundos, de un color muy claro que no sabría definir, y que desprendían mucha luz. Pero, en fin, con lo poco que me fijo yo en las cosas, no le di ninguna importancia. La sorpresa la encontré al llegar a casa, cuando al abrir el cucuricho, el contenido del cual a punto estuve de tirar a la basura (ya he dicho que no me gustan las castañas), encontré un boleto de lotería.

¡Qué extraño!, pensé. No, si es que me pasa cada cosa... Y tanto que me pasó, aquel boleto estaba premiado. Me convertí en millonaria de la noche a la mañana. Me sentí la mujer con más estrella en el mundo, el boleto no podía ser más oportuno porque me brindaba la llave de mi futuro negocio.

.....
—¡Pues estamos arreglados! No, si este mercado está gafado. Primero las obras, después el traslado, y cuando por fin conseguimos unas instalaciones como Dios manda, esto...

Rafael, el charcutero de la parada de enfrente a la queseería, se lamentaba a gritos de algo que yo desconocía. Su mujer estaba a su lado, medio llorosa, mientras Mari, la verdulera, y Javier, el del pescado, intentaban calmar a Rafael, sin demasiado éxito. Me acerqué a ellos y con la inocencia que me caracteriza les pregunté si pasaba algo.

—¿Es que no te has enterado? ¡Pues menudo estreno vas a tener tú en el mercado! —era Javier, que me miraba con una cara de asombro que casi me provoca una carcajada.

—Pues no, no tengo ni idea. Pero por la cara que ponéis me estoy asustando.

—Que nos cierran el mercado, guapa, eso es lo que pasa.

La noticia me dio fuerte, era más de lo que podía aguantar. Las últimas semanas habían cambiado mucho mi vida, había asimilado muchas cosas, pero esto..., era sencillamente demasiado. Cuando me serené, Javier me explicó el problema.

El Ayuntamiento tenía intención de vender el mercado a una constructora, que lo derrumbaría y sobre sus cenizas levantaría un complejo comercial, con atracciones y todo, lo cual daría mucha más vida, según decían, al barrio.

—Ya se sabe, el dinero es lo que manda. Y con tanto turista pululando por la Sagrada Familia el negocio les va a salir redondo.

A la constructora sí, pensé yo, pero a mí no podía irme peor. Todavía no había inaugurado mi quesería, que tenía un aspecto estupendo porque las obras estaban casi terminadas y, la verdad sea dicha, era muy bonita. Era increíble que todos mis esfuerzos, mi sueño, se vieran truncados por la especulación y las ideas de unos descerebrados que no pensaban ni en las personas, ni en el barrio, ni en nada. Cuando me sale la vena combativa, me pongo muy cabezota y mi indignación en esos momentos habría superado los ocho puntos de la escala Richter. Así que me salió del alma:

—¡Ni hablar! Eso no va a ocurrir. De ninguna manera. ¡A nosotros no nos echa nadie, estaría bueno!

—Pero niña..., ¿qué quieres que hagamos? Está decidido..., tenemos dos meses para guardar los trastos —me dijo Mercedes, la mujer de Rafael el charcutero, mirándome con una mezcla de ternura y tristeza.

—Exacto. Dos meses para recoger toda una vida.

La sentencia de Rafael me llegó al corazón. Efectivamente, la vida de este matrimonio era el mercado. Su parada era la más antigua de todas, un negocio que venía de familia. Habían superado los malos tiempos, disfrutado los buenos, se habían trasladado a las carpas cuando el mercado fue reconstruido y habían vuelto cuando se reinauguró hacía sólo

ocho años. Lo sabían todo del barrio y del mercado porque habían dejado allí su alma.

—Pues precisamente. No vamos a tolerar semejante injusticia. Tenemos que unirnos y, entre todos, plantar cara al Ayuntamiento, a la constructora y a quien sea —contesté. Acababa de empezar nuestra particular batalla, la que dejaría, para siempre, parte de mi corazón en esa gente, ese edificio y ese barrio, mi barrio.

Mucho empeño le había puesto yo a la lucha por la supervivencia del mercado y viendo lo que costó unirlos a todos he llegado a la conclusión de que he visto demasiadas películas yanquis y leído mucha literatura revolucionaria. Y es que, aunque todos estaban indignados ante la decisión del Ayuntamiento, las posturas eran muy diversas. A Mari costó convencerla de que protestar era la única manera, igual que a Eduardo, el del bar, que ya pensaba en trasladar el negocio a una mejor zona de la ciudad. Además, teníamos que convocar reuniones periódicas (muchas de las cuales se celebraron en mi casa, una experiencia que prefiero no comentar), nombrar portavoces, hablar con el Ayuntamiento, la constructora..., era un lío. Yo salí escogida presidenta de la plataforma, algo que me conmovió (aunque pensándolo fríamente, yo había organizado la revuelta, así que no quedaban demasiadas alternativas).

Hubo, eso sí, una cosa que no esperaba y que me sorprendió gratamente: la actitud de Javier, el pescadero. Se lo tomó como un reto y con un entusiasmo casi mayor al mío. Me ayudaba a hablar con la gente de los puestos, a preparar las reuniones y a contactar con los medios de comunicación, pues necesitábamos el apoyo de la opinión pública. Incluso se ocupaba de que en mi casa no faltara café ni algo de picar cuando convocabamos reuniones larguísima para discutir nuestra estrategia.

Enseguida quedó claro quién era el enemigo. Porque las reu-

niones con el Ayuntamiento fueron relativamente fáciles. Ya se sabe, no hay dinero público y llenar las arcas siempre viene bien. Pero en el fondo, comprendían que el cierre del mercado era una salvajada. Eso sí, se habían comprometido con la constructora y a ver quién era ahora el guapo que se atrevía a echarse atrás. Así que el concejal de turno nos dijo que si nosotros llegábamos a un acuerdo con la empresa, el consistorio retiraba el proyecto. Fue una primera victoria, que nos dio ánimos, pero que duró poco ya que las cosas cambiaron cuando conocimos al señor Gris. Era el propietario de la constructora y soy fe que su apellido hacía honor al personaje: nada en su físico destacaba, todo era tremadamente común, y sin embargo, destilaba malas vibraciones. No sabría definirlo, pero era una sensación muy desagradable. En nuestro primer encuentro ya nos dejó clarísimo que no tenía la más mínima intención de renunciar a su succulento negocio. Su empresa no era grande, pero tenía la paella por el mango. ¡Qué rabia da cuando alguien como ese hombrecito se cruza en tu camino para amargarte la vida, cuando el único amargado en esta historia era él!

Fue justo entonces cuando tuvimos la crisis más importante dentro de la plataforma. Rafael y Mercedes nos comunicaron su intención de retirarse de la lucha. Estaban cansados, eran mayores y no se veían con fuerzas de seguir resistiendo. Habían decidido claudicar y jubilarse antes de tiempo. ¡La baja era tremenda! Sobre todo porque causó un efecto demoledor entre los vendedores. Se llegó al punto de plantearse la autodisolución, de dejarlo todo y de ir haciendo las maletas. De hecho, estaba prácticamente decidido. Y, como comprenderán, me sumergí en la miseria. Me quedaba sin queso, en la que había gastado todo el dinero de la lotería, sin trabajo, sin nada..., pero lo que más me dolía era haber fracasado en mi intento de unir al mercado y salvarlo porque en ello había dejado esfuerzos, muchas horas de dedicación y, encima, había hecho amigos. Yo, que era una re-

cién llegada, me integré en el grupo, me respetaban y apreciaban..., hasta que todo se vino abajo. Javier intentaba animarme, pero todo era inútil. Y mientras tanto, el mercado daba pena de mirar. Algunas paradas se empezaban a cerrar, otras aguantaban, pero el panorama era desolador.

Y de repente, una mañana me desperté sobresaltada. Había tenido un sueño extraño. Intentaba recordar lo sucedido en las pocas horas que había dormido..., y sólo conseguía visualizar una mirada blanca, unos ojos limpísimos y una voz muy agradable que me decía: REÚNETE CON EL SEÑOR GRIS, REÚNETE CON EL SEÑOR GRIS. Sí, ya no cabía ninguna duda, me había trastocado. Pero una vez más, reaccioné a la francesa.

—Pues de perdidos al río, me voy al despacho del grisáceo ese —le dije a Laura por teléfono.

—¿Y qué le vas a contar?

—Francamente, mi querida amiga, no tengo ni la más remota idea.

Lo peor es que era cierto. NO tenía ni idea de qué le iba a decir, explicar o pedir a míster Gris. Pero los ojos, la voz..., ELLA, alguien me movía a hacerlo. Me presenté sin avisar y fue como en las series de abogados. Pasé olímpicamente de la secretaria, que, como ocurre siempre en los telefilmes, me gritaba que no podía molestar a su jefe. Entré en el despacho de Gris y de un portazo cerré la puerta. El «jefe» estaba hablando por teléfono, pero al ver mi ímpetu colgó de inmediato. La escena era un poco cómica, la verdad. Él mirándome con cara de interrogante, yo delante suyo, firme pero sin saber qué hacer o qué decir, y de repente me suelta:

—Siéntate, te estaba esperando.

—¿Es que sabía que vendría? —acerté a contestar.

—Justamente hablaba con la persona que me lo advertía. Felicidades, Blanca, felicidades, tú ganas.

—¿Cómo dice? —«éste está peor que yo», pensé.

—Ha llegado mi hora, no hay nada que hacer. Estoy tan sorprendido y perplejo como tú. No sé lo que me espera, pero estoy seguro que es el final.

Aunque el día era nuboso y el hombre del tiempo había anunciado lluvias, en ese preciso instante la oficina se iluminó. Gris y yo cerramos los ojos cegados y cuando por fin recuperamos la visión apareció ELLA. La reconocí en ese momento: era la vendedora de castañas, los mismos ojos con los que había soñado..., sólo que esta vez no iba disfrazada. Su aspecto era el de una entrañable abuela y sus ojos casi blancos me miraban con dulzura. Después de unos segundos larguísimos habló:

—Se lo acabo de decir por teléfono, señor Gris. No va usted por buen camino. Hace ya tiempo que le observo y no estoy nada contenta con la vida que lleva. Ganar dinero sin saber en qué gastarlo, sin familia, sin amigos... ¿Me va usted a decir que le gusta la vida que sigue?

—No lo sé, me coge usted en frío... No estoy acostumbrado a responder preguntas de este tipo.

—Pues a partir de ahora tendrá mucho tiempo para buscar respuestas. Se lo diré claramente. Mis superiores han decidido que el mercado no se cierra. Lo siento por usted, pero me alegra por la gente y por el barrio. ¿Dónde está su alma, Gris?

—No lo sé, nunca la he visto.

—Triste respuesta, Gris, muy triste. Hay que poner remedio a eso. Le daré la oportunidad de encontrarla.

—¿Ah, si? ¿Dónde hay que buscar?

—En el Mercado de la Sagrada Familia, dónde sino.

.....

He tenido oportunidad de hablar de lo ocurrido con ELLA. Todavía no sé cómo se llama, ni siquiera si tiene nombre. A mí me gusta recordarla simplemente como ALMA. No tengo ni idea de cómo la recordará el señor Gris, de lo que no hay duda es que piensa en ella cada minuto de su vida. ELLA dijo que Gris encontraría su alma en el mercado y allí es donde

busca. Han pasado dos meses desde entonces y todavía podemos ver a Gris dando vueltas por el mercado. Va de parada en parada, no compra, sólo observa. Su figura tiene el mismo aspecto desagradable del primer día que lo vi, pero todo él ha adquirido una tonalidad mucho más grisácea. La gente casi no se fija en su recorrido, de aquí para allá, siempre dentro del recinto. Y es que ELLA lo dejó claro: hasta que Gris sea capaz de descubrir a la gente, de pensar en algo más que no sea él y de que su corazón pueda generar sentimientos más allá del egoísmo y la amargura, no saldrá del mercado. Sí, amigos míos, han acertado, se trata de un maleficio (o como se llame técnicamente). Míster Gris está condenado a divagar, día y noche, hora tras hora y minuto a minuto por el mercado. Está atrapado y no hay nada que hacer. Sólo su actitud puede salvarle. Se ha convertido en una especie de fantasma que no necesita comer, ni dormir, ni nada. Y aunque todo sucedió con una exquisita normalidad, de normal no tiene nada. El mercado recobró su vida, las paradas volvieron a abrir y mi querida función funcionó como yo esperaba. Lo que más me impresiona es que nadie ha echado de menos a Gris y que nadie en el mercado sabe lo que yo sé, es decir, la verdad. No puedo explicar cómo cambió el destino de la superficie porque nadie me creería, pero aunque mis compañeros no saben qué ocurrió, todos me atribuyen el éxito de nuestra batalla. Ahora todo es distinto para mí. Estoy convencida que las cosas pueden cambiar, que los buenos sentimientos y las causas justas se acabarán imponiendo porque todos tenemos un alma que nos vigila y nos cuida si sabemos cuidarla a ella. También las cosas tienen alma y sin duda nuestro mercado la tiene. Confío en que el pobre Gris acabe encontrando la suya, aunque quién sabe cuánto tiempo más tendrá que divagar por los pasillos y paradas de nuestro mercado.

La última vez que la vi –me refiero a ELLA, a Alma–, me recordó:

—No volverás a verme, eso puedo asegurártelo, pero siempre estaré presente..., ¿adivinas dónde?

—En mi alma, por supuesto.

Y aquí estoy, en el barrio. Feliz como una perdiz, que es el mejor final para toda historia. He ganado un amigo, Javier, que cada vez es más especial, que me acepta tal como soy, o sea, un poco dispersa, rara, extravagante, rasgos que se han accentuado en los últimos tiempos. Y por cierto, el otro día me llamó mi ex novio, encantador. Dice que quiere volver conmigo. Le he dicho sencillamente: No. Tampoco esta vez lo ha entendido.

Poca información pero demasiado profunda para sus coordenadas mentales. Así es la vida, señores. A veces dura, a veces agradecida, a veces incomprensible, pero siempre una incógnita. Y ya saben, cuando todo se vuelva feo, cuando las nubes cubran el cielo..., busquen, busquen en su interior, alguien les dará la respuesta que andan buscando. ¿Adivinan quién? ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de la Sagrada Familia (Barcelona)**.

Este cuento fue publicado en el número 59 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a septiembre/octubre de 2001.



TODO POR UN PUESTO

ATAULFO SANZ

D

icen que entre padre e hijo siempre hay un muro de al menos tres metros de ancho y tres metros de alto. En el caso de mi padre y yo, ese muro tenía además una longitud de 450 kilómetros, justo la distancia que separa Mazarrón, el pueblo de mi padre, de la ciudad donde yo vivía.

Cuando aquella mañana, en medio de una importante reunión de trabajo, me llamaron por teléfono, no podía imaginar que unas horas más tarde me iba a encontrar en plena autopista de la costa conduciendo hacia Murcia.

—¿Puedo pasar, señor Sánchez? —preguntó cadenciosamente mi secretaria mientras llamaba a la puerta de mi oficina—. Tiene usted una llamada urgente.

—¡Carolina! —grité yo—. ¡Le he dicho antes que no me molestasen bajo ningún concepto! —espeté mientras miraba airadamente a mi secretaria con el beneplácito del cliente que tenía sentado frente a mí.

—Sí..., ¡pero es que me han dicho que es muy, muy urgente...! —volvió a argumentar ella con esa voz de pito que siempre me había parecido fascinante—. Creo que es alguien de Murcia que quiere hablarle de su padre...

Mi PADRE... Una palabra, cinco letras, que hacía más de quince años que yo no pronunciaba. De hecho, ni siquiera mi mujer sabía que yo tenía padre.

Cuando Carolina soltó sin previo aviso el mensaje que traía, lo primero que me pasó por la cabeza fue levantarme y echarla del despacho, pero luego, pensando en la reputación de la empresa, me calmé y disculpándome ante mi cliente salí empujando suavemente a Carolina, que seguía abrazada al pi-
caporte mirándome con cara de pena.

—¿Pero tú qué te has creído? —le espeté a la pobre al cerrar tras de mí la puerta—. ¡No te he dicho que tengo una reunión

importantísima y que nada ni nadie podría molestarme esta mañana! ¿Cómo hay que decir aquí las cosas, eh? ¿O es que nos creemos más listos que nadie?...

Carolina estaba horrorizada. La pobre no articulaba palabra y sólo hacía que apuntar con el dedo el teléfono de su mesa que estaba descolgado.

Unos segundos después del primer repente, comprendí que Carolina quería decirme que alguien esperaba al otro lado de la línea. Me senté en su mesa, tomé el teléfono, respiré hondo y respondí:

—¿Con quién hablo, por favor?

—¿Andresito? —respondió una voz que me resultaba vagamente familiar—. ¿Eres tú, Andresito?

Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba por mi diminutivo ni aun en broma, así que enseguida comprendí que al otro lado había una persona que me conoció de niño.

—Soy Andrés Sánchez. ¿Con quién hablo?

—Soy el tío Francisco, hijo. ¿No me reconoces?

Cuando me dijo su nombre, me dejó helado. El tío Francisco no era propiamente un tío mío, pero sin embargo era mucho más que eso. Trabajaba con mi padre vendiendo pescado por las calles y para mí fue tío, primo, hermano, amigo y todo lo que puede ser una persona mayor para un niño que se ha quedado sin madre de repente.

—Sí, sí, te recuerdo. ¿Cómo estás Francisco? —respondí yo tratando de no mostrar mucho interés.

—Yo bien, a Dios gracias. Con los achaques de la edad y todo eso, pero..., bueno, yo te he llamado porque tengo que darte una mala noticia, hijo.

Francisco se paró en seco. Al otro lado del teléfono yo oía una especie de carraspeo o de sollozo que me hacía suponer que algo grave iba a contarme.

—Andresito —continuó él muy solemne—, tengo la triste obligación de comunicarte que tu padre ha muerto.

Después de decir esto, el tío Francisco se derrumbó. A sus setenta y pico años, el hombre empezó a llorar como si fuera un niño mientras yo me quedaba impasible, sujetando el teléfono, como si conmigo no fuera la cosa. Esperé unos segundos, que se me hicieron eternos, y traté de reconducir la conversación a pesar de que el tío Francisco seguía llorando.

—Francisco..., ¿estás bien? —pregunté finalmente—. ¿Cuándo fue lo de mi padre?

—Anoche mismo, hijo. He tratado de localizarte, pero nadie tenía señas de ti. Al final, la hija de Rabal me dijo que tenía un teléfono tuyo de hace muchos años, y así, tirando de la manta, he conseguido dar contigo esta mañana.

El tío Francisco volvió a ponerse a llorar. Para mí, acostumbrado a ser como una piedra, las lágrimas de los otros me ponían nervioso. En esos momentos yo no sabía qué decir ni qué hacer y al recordar de pronto que tenía a un cliente en mi despacho le dije al pobre hombre que me perdonara porque tenía algo muy importante que terminar y que le llamaría luego.

—¿Qué llamar ni qué leches? —gritó encolerizado el tío Francisco—. ¡Ahora mismo te pones en camino y te vienes para acá porque a tu padre no se le entierra hasta que tú no llegues! ¡Ya lo sabes!

Intenté argumentar una disculpa, pero el tío Francisco colgó el teléfono y me dejó con la palabra en la boca, mirando a Carolina, que se había acercado sigilosamente hasta donde yo estaba e, intuyendo lo que pasaba, no dejaba de llorar como si ella también fuera de la familia.

Nada más colgar el teléfono, Carolina se abalanzó sobre mí para abrazarme y expresar sus condolencias. Sin tiempo para reaccionar, uno tras otro todos los compañeros de la oficina se fueron acercando para darme el pésame, advertidos por la eficiente Carolina de que mi padre había muerto.

Sin querer ser descortés, daba las gracias con premura y

con la mano apuntaba la puerta indicando con los gestos de mi cara que detrás de ella esperaba desde hacía media hora un futuro cliente al que no podíamos perder.

Cuando todos acabaron, yo entré por fin en mi despacho y me disculpé lo mejor que pude. Cerré el trato, no sin antes contarle lo que me acababa de pasar, pues estas cosas ablandan a cualquiera, y recogí mis cosas. Mientras me preparaba, Carolina volvió a llamar a mi puerta.

—Señor Sánchez, me he permitido llamar a su señora para explicarle todo —me dijo ella, muy segura de sí misma—. También le he reservado un billete en el próximo avión que llega a San Javier, porque en su estado no es recomendable que conduzca. Su señora me ha dicho que es mejor que vaya usted solo porque tiene algo inaplazable que hacer esta tarde con sus amigas de club.

Mientras Carolina me organizaba la vida, yo pensaba en mi padre, en la última vez que le vi y en por qué me había marchado de Murcia. Yo tenía unos 17 años y había conseguido tener unos ahorrillos a base de trabajar mucho para poder ir a la universidad. Un día acudí al banco y comprobé con sorpresa que mi padre había sacado todo ese dinero sin decirme nada. Cuando llegué a casa, la bronca fue terrible. Le pedí que me lo aclarara, pero mi padre era de esos que piensan que a un hijo no hay por qué darle explicaciones, así que, sin pensarla dos veces, opté por marcharme.

—Anule lo del tren, Carolina, me voy en coche. Y si llama mi mujer, dígale... Bueno, mejor no le diga nada.

Salí dando un portazo de mi oficina, cabreado con mi secretaria por meterse en todo; con mi mujer por considerar más importantes sus citas de burguesa acomodada que el entierro de su suegro y también conmigo mismo, por haber desechado tanto la relación con mi padre, que al fin y al cabo era la única familia que me quedaba en el mundo.

La autopista me llevó a Murcia en poco más de cuatro ho-

ras y desde allí, sin parar, seguí hasta Mazarrón. A pesar de la velocidad y de estar concentrado en mis propios recuerdos, me di perfecta cuenta de que en todos estos años las cosas por allí habían cambiado mucho, y no sólo en las carreteras.

Llegué al pueblo casi de noche y, entre la falta de luz y lo que había cambiado, me encontré totalmente desorientado. Avancé con el coche muy despacio por la avenida de la Constitución y sin darme apenas cuenta llegué hasta el faro del puerto. Desde allí, mirando hacia la costa, se divisaba un pueblo enorme, casas y casas que se extendían a lo largo de las playas donde tantas veces me había bañado de niño.

Aunque aquello no era ni por asomo lo que yo dejé, el olor a mar me transportó a mi infancia y recordé mirando al horizonte las cajas y cajas de pescado que había cargado con mi padre en el pasado.

En aquellos años nosotros vendíamos pescado por las calles en una pequeña furgoneta que conducía mi padre. Cuando mi madre murió y yo empecé a ir al instituto, el tío Francisco se incorporó a la empresa y era él quien ayudaba al viejo en la venta y quien me ayudaba a mí en la casa.

Como no tenía familia, Francisco comía y vivía con nosotros. Decía que era casi pariente de mi madre y que habían crecido juntos en un pueblo cercano a Mazarrón.

—¿Andresito? —preguntó tímidamente un hombre enjuto que se aproximaba a mí desde el otro lado de la calle.

—¿Tío Francisco? —respondí yo con la total seguridad de que la respuesta iba a ser afirmativa—. ¿Cómo me has encontrado?

—Hombre, llevo más de una hora esperándote. Calculé que saldrías de Madrid cuando colgué el teléfono y que llegarías aquí al caer la tarde.

—Pero, ¿cómo sabías que iba a venir precisamente al faro?

—La intuición, hijo. ¡Y que además te conozco desde que eras un moco! ¿O es que ya no te acuerdas que cada vez que te perdías era aquí donde siempre te encontrábamos?

La verdad es que no me acordaba, pero al decirlo Francisco me vinieron a la memoria los muchos ratos pasados contemplando el ir y venir de las barcas y el trajinar de la gente y de los marineros.

El tío Francisco me preguntó por el viaje, por mi trabajo, por mi familia y por todo lo que se le ocurrió. A través de sus preguntas comprendí que el tío conocía más o menos mi vida y que por mucho que te quieras esconder, nunca puedes ocultarte del todo. En Madrid había mucha gente de mi pueblo que volvía en vacaciones contando lo que sabían e inventando el resto.

Nos subimos en el coche y nos pusimos en marcha. Al tío no le entraba en la cabeza que mi mujer no hubiese venido conmigo y la verdad es que mis explicaciones no le debieron resultar demasiado convincentes, pues tras ellas, él se quedó murmurando algo así como «malo, malo, malo...», hasta que se quedó medio dormido.

Ana y yo llevábamos entonces ocho años casados. Al poco tiempo de escapar de Mazarrón llegué a Madrid y comencé a trabajar en lo que me iba saliendo. Desde que me fui de casa mi intención era estudiar informática, así que me preparé y al año siguiente ya estaba en la universidad por la mañana y trabajando por las tardes. Ana era hermana de un compañero de clase al que yo le pasaba apuntes. Al principio quedábamos su hermano y yo, pero una tarde que él no pudo venir mandó a Ana en su lugar y desde entonces, y hasta que nos casamos, siempre vino ella.

Los primeros años fueron muy difíciles porque yo todavía no había terminado la carrera y no ganábamos mucho, pero como los males eran compartidos, los sobrellevábamos muy bien. Éramos (al menos yo lo era) muy felices, pero cuando empecé a trabajar y el dinero nos llegó con facilidad, poco a poco nos fuimos distanciando. Ella tenía su club, sus amigas y yo tenía mi empresa y... ¡mi empresa!

Francisco se había instalado cómodamente en el asiento del copiloto y ya comenzaba a roncar cuando llegamos a la casa de mi padre. Como supe más tarde, él había muerto en su cama en la misma habitación donde había dormido durante casi toda su vida. La casa estaba igual que antes, aunque más vieja y más sucia. En la entrada, hombres y mujeres se entretenían charlando mientras velaban el cadáver de mi padre. El tío Francisco se abrió paso y me llevó hasta la habitación. En el centro habían puesto el féretro y a su lado un enorme crucifijo de madera.

No había nadie, pero a los pocos minutos de estar yo allí la sala se fue llenando de gente que me abrazaba y me daba ánimo con sus palabras. Entre pésames, saludos y demás, las horas fueron pasando. En esa noche, me enteré de cómo habían sido los últimos años de la vida de mi padre y de cómo la gente, sus vecinos y sus amigos, le quería. Parece que el hombre que yo recordaba no tenía nada que ver con el que se había muerto, aunque ambos fuesen la misma persona.

Después del entierro, el tío y yo estuvimos paseando. Como sin querer, él me llevó hacia la zona de la Torre Vieja y después de dar un rodeo por la estación de autobuses y el centro médico, entramos en un mercado que yo no conocía y que a esas horas de la mañana hervía de actividad.

El edificio parecía una mezquita de los Cuentos de la Alhambra, que tenía su minarete en una vecina torre con reloj. Los puestos se agrupaban alrededor de un patio central en el que había instaladas sillas y mesas de un bar cercano. Hacia ellas nos dirigimos y el tío Francisco, después de obligarme a sentarme, se acercó al mostrador para pedir algo.

—¡Ya no les dejan vender la cazalla!, ¿qué te parece? —me dijo cuando volvió a la mesa—. Ahora dicen que todas las bebidas tienen que estar etiquetadas, ¡como si con las etiquetas no se engañara a la gente! Bueno, ¿qué te parece? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—¿Qué me parece el qué? —respondí yo sin saber a santo de qué venía la pregunta.

—¡Pues el mercado, hombre! Para eso te he traído hasta aquí.

Eché una rápida mirada alrededor y sin entender todavía el sentido de la pregunta balbucee algo así como «muy bien». Había visto al entrar varias fruterías a cuyas puertas se apilaban melones, sandías y tomates. También había visto varios puestos de pescado, una panadería y alguna tienda más en la que se vendía carne y productos de charcutería.

—¿Ves ese puesto de allí? —me preguntó el tío Francisco señalando con el dedo hacia uno de los lados del mercado.

—¿Qué puesto?

—Ese que está cerrado.

—Sí, lo veo, ¿y? —pregunté yo sin salir de mi asombro.

—Pues es tuyo —sentenció por fin el tío, como si acabara de descargarse de un gran peso.

—¿Cómo que es mío?

—¿Tú recuerdas que poco antes de que te marcharas de casa tu padre sacó el dinero que tenías en el banco?

Al decirme todo aquello, comprendí de repente lo que había pasado y un montón de imágenes se agolparon en mi mente. Recordé entonces que mi padre hablaba mucho de la necesidad de establecerse y de dejar la venta ambulante, de lo importante que era tener un sitio propio, etc. Entonces ni se me pasó por la imaginación que él hubiera pensado en tener su propio puesto en el mercado y lo que creí fue que había sacado el dinero para gastarlo de cualquier manera aprovechándose de mi sacrificio.

—¿Pero por qué no dijo nada en todos estos años? —pregunté sin dejar de mirar el puesto del mercado.

—Él era así —acertó a responder el tío Francisco.

Tras esta críptica respuesta, ambos nos quedamos en silencio. El tío mirando fijamente el vaso que sostenía entre sus

manos y yo el puesto que seguía cerrado. No sé cuánto estuvimos así, pero sí sé que me dio tiempo a pensar en las tonterías que había hecho hasta llegar allí. Pensé en lo necio que había sido al abandonar mi casa y mi pueblo sin esperar una respuesta a mis preguntas y pensé también en mi matrimonio y en el poco sentido que tenía seguir con la vida que llevaba.

De repente, el tío dejó el vaso sobre la mesa de plástico y como si estuviera leyéndome el pensamiento preguntó:

—¿Y ahora qué piensas hacer?

Yo le miré a los ojos, volví la vista hacia el puesto y respondí lleno de alegría:

—¡Pues abrirllo! ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Municipal del Puerto de Mazarrón (Murcia)**.

Este cuento fue publicado en el número 66 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a noviembre/diciembre de 2002.



LA EXTRAÑA QUIMERA DE GOYO

AITOR ESTALAYO ÁLVAREZ

E

l mes de octubre había llegado a la ciudad, y el ajetreo del verano había dejado paso a las tibias brisas otoñales, a la playa desierta, oscurecida por las nubes y las lluvias. El verano había muerto como cada año, llevándose consigo al gentío estival. Una melancolía serena y callada invadía cada rincón de la ciudad, más aún donde se alzaban las urbanizaciones de los veraneantes, y todo ello parecía devolver a los lugareños a la realidad, lejos de la locura y el desenfreno que imponen los turistas, que siempre se traen, entre sombrilla y tumbona, un poco de su cachondeo mediocre.

Allí todos lamentaban siempre el final del verano, porque la ciudad se moría un poco, y porque el trabajo decae, y no hay más que tiempo para andar todo el día bajo el cielo gris, sin nada que hacer, mirando por las ventanas y cazando las últimas moscas dentro de sus locales vacíos y sin música. Sin embargo, no era este el caso de Goyo, al que todos llamaban Colilla, mote debido a que el chaval, a pesar de sus dieciséis años, había demostrado ya, sin ningún lugar a dudas, que no valía absolutamente para nada. Eso mismo, como una colilla. Algo que, por otra parte, jamás le robaba el sueño. Él agradecía el final del verano, porque así no había mucho que hacer y se podía perder el tiempo en dar vueltas a la cabeza sin que le gritasen chico haz esto y chico haz lo otro.

Goyo «el Colilla» trabajaba en una frutería del Mercado Central de Almería, y se encargaba de llevar los pedidos a domicilio. Cuando no había ningún encargo, se suponía que tenía que ayudar al dueño, Ernesto, a despachar a la clientela, pero el chaval era ya todo un experto en esa noble destreza de todo buen español que es escurrir el bulto a la hora de arrimar el hombro. Se sentaba en el suelo de un pequeño almacén de la frutería y allí, mientras se hurgaba los oídos con un

lápiz, hojeaba revistas de mujeres desnudas. Cuando dejaban de llegar clientes, y Ernesto se percataba de que el chico se había escaqueado, éste abría con furia el armario y, entre alguna que otra coz, le reprochaba con vehemencia su actitud:

—¡Demonio de chico! —le chillaba, mientras le daba alguna que otra coz—. ¡Siempre con estas guarradas! Degenerado. ¿Qué pensarían los clientes si supiesen que sus naranjas han sido servidas por semejante golfo?

Pero el buen Ernesto era incapaz de despedirle, porque sentía cierta lástima por el chico. Del padre de Goyo nadie supo nunca nada, sólo que era uno de esos camioneros que llegan al pueblo una noche para irse por la mañana, con la mala suerte que éste en concreto dejó a una mujer con una buena resaca y un regalo en el vientre. La madre de Goyo se enfrentó a la delicada tarea de criarle sola con resignada valentía, pero un cáncer de páncreas se la llevó cuando el niño apenas tenía siete años. Por todos era bien sabido que Ernesto había tenido amores con la difunta madre hacía ya muchos años, y no faltaba quien pensaba que Goyo era realmente hijo del frutero, pero esto no eran sino habladurías de gente de mala sangre. El hecho es que desde la muerte de su madre, Goyo había vivido con la hermana de su madre, la tía Carmen, cuya única preocupación era dilapidar su pensión en las máquinas tragaperras, por lo que el chaval hacía lo que le venía en gana al estar al cuidado de tan plácida mujer. El frutero, al ver al hijo de su viejo amor de juventud tan desamparado, decidió tratar de sacar del chico algo de provecho. Sin embargo, parecía como si una fuerza venida del infierno, o vágase usted a saber, impidiese sacar a Goyo de ese estado de letargia vital extrema en que retozaba desde la infancia. Le puso a trabajar en su frutería del mercado, pero al chico, como bien decía Ernesto, le interesaban más su pepino y los melones de las chicas Bon-Bon que las saludables naranjas recién llegadas de la huerta murciana.

Goyo, en las tardes muertas que el bienintencionado Ernesto le daba libres, en vez de ir con los demás chicos de su edad a la playa o a los futbolines, aprovechaba para ir hacia la autopista y ver pasar los camiones que iban a Madrid, a la capital. Muchos pensarían que el chico imaginaba a su desconocido padre entre los enormes colosos de chapa que surcaban el asfalto rugiendo como dragones, pero no era así. A Goyo le importaba poco si su padre había sido camionero, trapeasta o perito agrónomo. De hecho, nunca le quitó el sueño el hecho de no haber conocido a su padre. Goyo bajaba hasta la autopista para imaginarse a sí mismo escapando en uno de aquellos camiones de su pueblo y del olor a mar, que según él le atragantaba. Contemplaba la enorme llanura andaluza y parecía hacerse infranqueable, y quizás su abulia era provocada por el hecho de verse encerrado en un lugar acorralado entre el mar y el desierto, pero no era menos cierto que Goyo hacía más bien poco por intentar marcharse a la loca capital, donde, según le habían dicho, las juergas duraban de lunes a domingo, y donde se puede uno sacar oposición a funcionario para no pegar golpe el resto de la vida. Que también es tener imaginación, pero de ésta Goyo tenía mucha, también hay que decirlo. Era lo único que trabajaba en ese cuerpo desgarbado y apático: la imaginación.

Como todas las mañanas, ésta a la que me refiero, Goyo estaba escondido en el almacén de la frutería. Desde allí podía oír el jolgorio del mercado, pero tomándoselo a distancia, sin que el ajetreo le afectase mucho a su alma en perpetuo reposo. Con una linterna se ayudaba a distinguir a la chica Bon-Bon de marzo, que era rubia y protuberante, pero que, no se pudo explicar bien por qué, le recordaba a una antigua profesora de Literatura. Permanecía enfrazado en esta noble reflexión cuando Ernesto irrumpió como una estampida de bisontes.

—¡Serás vago y malnacido! ¡Hace ya más de media hora que

fueses a hacer el reparto! ¿Otra vez con esas cochinadas? Voy a pedirle a Juancho que me deje su cuchillo más grande y afilado para cortarte la verga, a ver si espabilas –Goyo soportaba aquella charla como hacía con todas: se encogía apáiticamente de hombros y observaba el panorama como si la cosa no fuese consigo–. ¡Y no me mires con esa cara de pasmarote! Ah, buena cruz me ha caído contigo. Despierta, hijo, despierta al mundo, que por vivir tan dormido parece que llevas siempre los ojos entrecerrados.

Silbando, y con las manos en los bolsillos, Goyo agarró el cuadernillo donde se apuntaban los pedidos, cogió el carro y salió andando pesadamente del mercado, donde Ernesto se quedó con un humor de mil demonios, pensando seriamente en mandar a Goyo a galeras, cuando se acordó que eso de las galeras era algo muy malo que había leído en alguna novela, pero que ya no se daban en estos tiempos, cosa que lamentó profundamente.

Goyo salió a la calle y respiró el aire frío de la mañana. El cielo volvía a estar nublado y sintió un amargo fastidio. Miró el cuadernillo y vio la dirección de la señora Matilde, una anciana tosca que siempre le miraba por encima del hombro. Leyó el encargo, encendió un cigarro y enfiló la marcha hacia la casa de aquella señora, que vivía en la misma calle del mercado, aunque más arriba. Tirando del carro durante la subida, Goyo no pudo evitar sentir un agudo reproche hacia la señora Matilde, y por todas las personas que le obligaban a tan penosa tarea. «Serán vagas. ¿No podrán venir en persona a comprar en la misma frutería, como hace todo el mundo? Ganas de marear al personal, lo que yo me diga». Al llegar al número 13, donde vivía la señora Matilde, dejó el carro en la puerta, cogió la bolsa que le correspondía –de lo poco que Ernesto se fiaba del chico, siempre se cuidaba mucho en escribir en la bolsa a quién iba dirigida–, saludó en la entrada del portal al portero y subió los cinco pisos. «Cinco pisos, Dios me libre, ¡cinco

pisos! Pero, ¿se habrán enterado aquí de que existen los asencores? En Madrid los hay hasta para subir a la acera, lo que yo me diga».

Se oían gritos detrás de la puerta de la casa de la tal señora Matilde. Goyo bufó y apretó con timidez el timbre. A los pocos segundos abrió la puerta un señor canoso. Estaba rojo de furia y jadeaba.

—Mi mujer está loca, mi mujer está loca —exclamaba—. ¡Quiere dejarme aquí encerrado hasta que me muera!

Acto seguido hizo presencia la señora Matilde, quien, también roja de furia, agarró a su marido por la camisa, y con la otra mano le atizó un par de sopapos, por lo que el hombre, acobardado, se atrincheró en la cocina. La señora Matilde sonrió satisfecha de su buen hacer y miró con dejadez a Goyo, quien, ante semejante escena, tuvo la delicadeza de permanecer quieto y callado, maldiciendo entre dientes por el fastidio que suponía verse inmerso en semejantes berenjenales. «A Madrid me tengo que ir yo, joder, para no tragarme estas escenitas. En Madrid la gente resuelve estas historias con un disparo o un envenenamiento, lo que yo me diga».

—Ni un duro más le doy a este hombre, chico —le dijo la mujer a Goyo, cogiéndole la bolsa—. Antes le enveneno —se volvió hacia la puerta de la cocina y volvió a gritar—. ¡Para que te lo gastes en malas mujeres, desgraciado, antes me como yo misma los billetes! A tus años..., ¡pero si te estoy salvando la vida!

—Está claro, señora —dijo Goyo—. Pero, oiga, que me corre algo de prisa.

Después de esto la mujer pareció calmarse. Echó un vistazo a la bolsa.

—Estará todo, ¿verdad? Las naranjas también, ¿verdad? Y los rábanos.

—Todito, todo, señora. Que uno es un profesional.

La mujer pagó a Goyo. Al contar el dinero, el chaval se dio

cuenta que faltaba dinero, y se lo hizo saber antes de que la señora cerrase la puerta. Ésta volvió a montar en cólera. Cerró la puerta de un portazo y desde el otro lado oyó cómo le gritó:

—¡A mí nadie más me toma por imbécil! ¡Faltan un kilo de limones y medio de patatas! ¡A otra a tomar el pelo, chaval!

—Oiga, señora, que yo sólo soy un mandado —replicó Goyo.

Pero Goyo oyó que la bronca había vuelto otra vez hacia la cocina y el pobre marido. Chasqueó la lengua y, resignado, bajó de nuevo a la calle para seguir su tarea.

La mañana siguió tranquila. Nimios roces con clientes quisquillosos apenas afectaron a Goyo, que se limitaba a quejarse interiormente y a asentir con la cabeza, y a cobrar, cuando esto era posible. Una mujer adinerada de una urbanización de las afueras le tuvo esperando veinte minutos mientras comprobaba, una a una, cada pieza de verdura que había en la bolsa. «Si aquí tuviésemos sindicatos como los de Madrid —pensó Goyo—, otro gallo me cantaría, y a ésta la montarían un piquete delante de su maldito jardín para amargarle la vida, lo que yo me diga». Un jubilado le arrojó la bolsa con furia, porque Ernesto se había equivocado en el pedido, y en vez de puerros le había puesto alcachofas.

—¡Con los gases que me producen las alcachofas, descerebrado! —le había gritado el hombre—. A la tumba me queréis llevar entre todos. ¡Y dile a mi hijo que aunque me mate no verá un duro!

Y Goyo, mientras esquivaba la bolsa, ni siquiera quiso defenderse. «Y a mí qué me cuenta este hombre, si ni siquiera sé quién diantres es su hijo. Esto en Madrid no ocurriría, lo que yo me diga».

Alguien podría pensar que Goyo llevaba el estoicismo hasta el extremo. Sin embargo, no era más que abulia. Acabar lo antes posible con su trabajo diario era su única meta, y enfrentarse a las iras de los clientes no habría hecho sino prolongarlo.

A eso de las dos de la tarde, al fin, Goyo «el Colilla» pudo dar por terminado su trabajo. A pesar del frío, el sudor corría por su frente. Dejó el carro al lado de un banco y se sentó a descansar en frente del viejo puerto pesquero. Como era normal a esas horas, las lanchas estaban ya casi todas amarradas. El mar, a pesar de la brisa, permanecía en calma. Encendió un cigarro y dejó que el humo entrase lentamente por sus pulmones, disolviendo todo el mal fario del día. No había muchas personas en la plaza. Sin embargo, pudo distinguir en el otro extremo a un grupo de tres chicos que bebían cervezas. Goyo se percató de que eran antiguos compañeros de cuando aún iba al instituto. A pesar de que Ernesto ya le estaba esperando para guardar el carro y cerrar el puesto del mercado, no pudo evitar acercarse a charlar con ellos. El carro tiránico parecía observarle con demoníaca burla. «Ah, maldito cerdo —pensó Goyo—, ya estás deseando que me tire otro kilómetro cargando contigo, ¿eh? Pues vas aviado, majo. En Madrid seguro que estos carros tienen motor, y uno no tiene más que sentarse y dirigir con un volante, lo que yo me diga». Así pues se acercó a los chicos y saludó con pereza, elevando ligeramente la mano.

—Mira, Goyo —dijo Manolo, uno de ellos, y que tenía la cara minada de granos—. Estábamos hablando de Miguel. ¿Te acuerdas que se marchó a la capital para trabajar con su primo en un desguace? Pues no veas ahora, el tío. Tiene un taller mecánico propio.

—Un taller, menuda mierda —respondió Goyo—. Cuando yo vaya a Madrid, será para dirigir una gran empresa.

—Juá, una gran empresa —se rió León, que era obeso como un buey—. No tienes imaginación tú.

—De repartidor de verduras a presidente de Coca-Cola —se mofó Manolo.

—Lo que yo te diga —respondió Goyo, muy digno.

—Lo que tendrías que hacer es cargarte a Ernesto y quedarte con su puesto, que seguro que da buenos duros.

—No digas eso, hombre, je, je —se rió Goyo—. Ernesto es algo pesado, pero es buena gente.

Con la charla Goyo no se dio cuenta de que unos niños habían cogido el carro. Uno de ellos se había subido en él y los otros tiraban del carro. Cuando Goyo quiso darse cuenta, el carro ya volaba calle abajo.

—¡La madre que los parió! —exclamó, al tiempo que salía como una estampida hacia ellos.

—¡Eah, Goyo, no corras tanto —se mofó de nuevo León—, no sea que llegues a Madrid y pases de largo!

—¡Y si llegas y te haces con el dominio de Repsol, ya podrías hacernos directores generales o algo así! ¡Y ponernos una buena secretaria!

Goyo corría como una bala, pero los niños tenían unas piernas pequeñas pero con buen nervio. Aprovecharon la cuesta abajo, y los tres niños que empujaban subieron también al carro de un salto. Goyo les gritaba que parasen, pero los críos no le hacían más que burlas. «En Madrid estos crijos acabarían a pan y agua en uno de esos centros de menores —pensaba Goyo mientras corría—, lo que yo me diga». Tuvo buena suerte Goyo, sin embargo. El carro estaba desequilibrado por las ruedas mal infladas, por lo que giró bruscamente hacia la izquierda y se estampó contra un coche que estaba aparcado en la acera. Mientras los niños se recuperaban del golpe, Goyo llegó hasta ellos. Trató de agarrarlos para darles una buena tunda, pero todos excepto uno se le escabulleron de las manos. El niño que seguía en manos de Goyo pateaba y maldecía como un diablo.

—¡Vas a pagar tú por todos tus amigos, renacuajo! —exclamó triunfalmente.

—Mi padre es policía y como se entere te va a meter en el calabozo para toda la vida.

—Bueno estaría si me creyese ese cuento.

Goyo observó al niño con detenimiento. Sus ropas gasta-

das y sucias, sus manos llenas de barro, el pelo grasiento y enmarañado. Algo en el niño le recordó a él, y no pudo evitar sentir lástima. Pensó también que iba a llegar muy tarde a la frutería. El chico seguía gritando.

—Niño del demonio —dijo Goyo—. Anda, vete y que no vea tu cara en una semana.

Y soltó al chico. Enderezó el maltrecho carro. Un herraje lateral se había abollado. «En Madrid...» No pudo seguir pensando, porque comenzó a notar un tremendo cansancio en las piernas. Hacía años que no había corrido de esa forma, y un temblor le invadió las extremidades. Agarró el carro y comenzó a tirar agónicamente de él.

Llegó a la frutería a eso de las tres. Sudaba a chorros y el cansancio apenas lo había dejado fuerzas. Ernesto, que estaba leyendo una carta, estaba muy contento, algo que extrañó a Goyo, que ya se imaginaba una buena bronca.

—Ah, ya has vuelto. Pensaba que te habían secuestrado unos marcianos. Mira esta carta. Es de tu primo Luis. Goyo, eres un maldito vago, pero te sonríe la suerte. Quiere que vayas a visitarle, que hace muchos años que no te ve. Te vas a Madrid, muchacho.

Goyo encendió un cigarro y hojeó la carta.

—A lo mejor allí te espabilan —dijo el frutero.

Pero el muchacho sólo sentía el enorme cansancio. «Bué, Luis quiere que me vaya a Madrid para explotarme como hace Ernesto. No saben nada en Madrid, lo que yo me diga».

—Pero, ¿no estás contento? ¿No andas diciendo siempre que si Madrid esto, que si Madrid lo otro? ¿No dices que la humedad del mar te pudre los pulmones? Pues parece como si te hubiera leído tu condena a muerte.

Goyo se encogió de hombros. Cogió una de las revistas que tenía escondidas debajo de un estante y se metió dentro del almacén.

—¡No te entiendo, chaval, no te entiendo! —comenzó a gri-

tar Ernesto desde fuera—. Tú lo que quieras es estar siempre a la sopa boba. ¡Ah, qué cruz, hijo, qué cruz!

Pero Goyo ya estaba absorto en su extraña relación con las chicas Bon-Bon. Levantó sin embargo la cabeza hacia la puerta y, sonriendo, pensó: «A este bueno de Ernesto, en Madrid lo hubieran encerrado en un frenopático y hubieran tirado la llave al Manzanares. Lo que yo me diga». Cerró la revista y pensó en Madrid, ese Madrid donde hay ascensores para subir a las aceras y donde los carros para los repartidores llevan motor. Ese Madrid donde al jefe se le manda al frenopático si te sube la voz. Ese Madrid que Goyo había imaginado desde niño y que jamás había existido. Dejó la revista en el suelo y se encendió un cigarro. Esbozó una pequeña sonrisa, que fue, poco a poco, convirtiéndose en una sonora carcajada. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado Central de Almería**.

Este cuento fue publicado en el número 72 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a noviembre/diciembre de 2003.



UN CÁLIDO MERCADO EN UN FRÍO DÍA DE INVIERNO

JAVIER CASARES RIPOLL

R

ilke: «*Mi patria es la infancia*».

Los mulos arrastraban el carro de la basura. Unos chicos jugaban a la pelota en García de Paredes, esquina a Miguel Ángel. Hacía mucho frío. María se tapó la cara con las manos y se arrebujó la chaqueta. Le quedaban unos trescientos metros hasta la «plaza». Su pequeño Fernando –roja llamarada en los cabellos– se agarraba a la bolsa que llevaba en la mano derecha.

Cruzaron la calle Zurbano con cuidado. Un motocarro pasó a una extraña velocidad.

–¡Vamos! ¡Vamos! –le dijo María a Fernando, que se había puesto a dar patadas a una chapa de *orange-crush*.

El olor de la inmensa vaquería de la calle Fernández de la Hoz les sirvió como calefacción momentánea.

–¡Quiero ver a las vacas! ¡Quiero ver a las vacas! –exclamó Fernando.

–Bueno, bueno, pero sólo un momento –contestó María de forma condescendiente. Al fin y al cabo, los dos mayores estaban en el colegio, y los caprichos de Fernando eran escasos y baratos. Se asomaron a la portezuela y pudieron ver al menos diez vacas rumiando su hierba. Una lechera salía con dos cántaros:

–Buenos días, señora María. ¡Qué frío tan espantoso!, ¿eh?

De improviso apareció el *gran actor*. Procedía de los Estudios Ballesteros, situados en el otro lado de la calle García de Paredes. Era muy alto, más que en las películas, y sonreía de forma abierta y franca. Se acercó a Fernando y le dijo:

–¿Qué tal estás, pelirrojo? ¿A dónde vas?

Fernando, con tono balbuceante, le contestó:

–Voy a la plaza con mi madre.

–Y, ¿qué vas a comprar? –le interpeló el *gran actor*.

—Pues..., judías verdes, porque me encanta limpiarlas, y pasta para las empanadillas y tomates y aceite para mis rebanadas de aceite y azúcar...

—De acuerdo, de acuerdo... —exclamó aquel hombre tan alto.

El *gran actor* meditó unos instantes y dijo:

—¿Qué te parece si os acompañó a la plaza? Hace mucho que no voy; viajo y trabajo mucho. ¿Le parece bien, señora?

María, algo perpleja, contestó:

—Lo que usted quiera.

Anduvieron por la calle de García de Paredes hasta la puerta del mercado. Durante el camino el *gran actor* le preguntó a Fernando:

—¿A qué te gusta jugar?

Fernando contestó entusiasmado:

—Me gusta jugar con las chapas. Hago carreras ciclistas y campeonatos de fútbol. A veces utilizo botones viejos. Cuando llueve, hago presas con el barro en la Castellana. También me gusta jugar al fútbol y al escondite y a...

—Estupendo, estupendo —le cortó el *gran actor*, riéndose abiertamente.

—Señores, miren qué lechugas tan hermosas tengo hoy —una anciana sentada en un cajón señalaba una docena de lechugas que se mostraban exuberantes y esplendorosas en una caja de dimensiones reducidas. Las arrugas de la anciana delataban su edad y, sobre todo, su sufrimiento. María le compró dos lechugas. Cuando habían recorrido unos diez metros, el *gran actor* retrocedió y le compró una más. En su cara se adivinaba un leve rictus melancólico.

Entraron en el mercado. El frío desapareció. La animación y las voces dominaban el ambiente. El hermoso mosaico cromático daba una iluminación especial.

«Popotitos no es un primor, pero baila que da pavor...» La voz de Enrique Guzmán resonaba en el transistor de la frutería a la que acudieron a comprar manzanas y peras.

—¿Qué tal están las naranjas hoy? —preguntó María.

—Estupendas, señora, estupendas —contestó el frutero Genaro, transmitiendo sus palabras a través de su enorme bigote. Fernando le llamaba, en voz baja y para sí mismo, el Mostachudo.

—¡Mire, qué pescadillas y qué sardinas! —la voz de Pepe, un enorme pescadero, resonaba en gran parte del recinto. Fernando pensaba que era un gigante y que, con facciones más dulces, se asimilaba al poderoso gigante de Jack y la habichuela. Alguna noche había soñado que le perseguía hasta las raíces de la judía mágica y que luego regalaba unas maravillosas gambas (de las que relucían en su mostrador).

Siguieron su recorrido, en medio de la algarabía, contemplando las carnicerías, pescaderías, fruterías que por todas partes ofrecían un espectáculo multicolor. El *gran actor* sonreía complacido y le guiñaba el ojo al atónito Fernando. María iba llenando su cuaderno de cupones que le permitiría en el futuro obtener algún utensilio moderno.

—Mamá, ¿el domingo iremos en el tranvía 61 a los caballitos de la Moncloa? —preguntó repentinamente Fernando.

—Ya veremos —dijo María—, a lo mejor vamos a la tómbola de la Vivienda.

—¡Ah!, es muy emocionante. Un año me tocó una olla «express» —aseveró complacido el chiquillo.

Las bolsas pesaban bastante y María dijo:

—Volvamos a casa.

Fernando dijo:

—Un poco más, mamá. Que esto es muy divertido.

El *gran actor*, con sus enormes manos, cogió las bolsas de las manos de la madre de Fernando.

Al salir del recinto volvió el frío. Fernando se metió las manos en los bolsillos de su pantalón corto y refunfuñó, en tono inaudible, por tener que abandonar el mercado.

María le consoló:

—Luego haremos un muñeco con la pasta de las empanadillas y me ayudarás a sacar los guisantes de las vainas.

—Estupendo, estupendo —exclamó Fernando.

Al llegar a la esquina de García de Paredes y Miguel Ángel, el *gran actor* le dio las bolsas a María y le estampó un beso a Fernando, al tiempo que exclamaba:

—He pasado un día inolvidable.

El motocarro del portero–fontanero pasó por la calzada y les pitó con estridencia.

—Adiós, adiós —exclamó Fernando con infantil alegría.

Cuando se dio la vuelta, el *gran actor* había desaparecido.

¡Pero qué bien se lo iba a pasar sacando los guisantes de las vainas y fabricando un muñeco con la pasta de las empanadillas!

En lontananza, probablemente en la lejanísima glorieta de Iglesia, retumbaba una voz: «Para hoy, diez iguales para hoy». A continuación se oía, o parecía oírse: «Melones de Villaconejos, únicos, pruébelos, señora, pruébelos», desde el mercado de Chamberí.

En aquel áspero día invernal, en plena cuesta de enero, a Fernando se le iluminó la cara. Después de comer se podían escuchar en la radio los «diálogos tontos de doña Merenguitos y don Tremebundo» (dos chulapos madrileños defensores acérrimos de merengues y colchoneros) y sobre las siete de la tarde «ponían» Jim Phoscao, una impresionante radionovela de aventuras. Habría que pedirle a mamá que pusiera el brasero a punto. Por un instante, Fernando se llenó de euforia parvular. ¡Qué bonito era ir al mercado y qué maravillosa era la radio! ◆



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Chamberí (Madrid)**.

Este cuento fue publicado en el número 73 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a enero/febrero de 2004.



SÓLO EL TIEMPO NOS SEPARA

PILAR GALINDO GÓMEZ

A

ngeles Rodríguez Hidalgo, 1900–1993, leyó cincelado en la piedra debajo del busto de la abuela rockera. Todavía recordaba cuándo lo colocaron, en medio del bulevar, y ya han pasado diez años. Camino del mercado, volvió a reflexionar sobre la sentencia que el barrio vallecano decidió escribir en el homenaje a la abuela Ángeles: «Adiós abuela, amiga rockera, sólo el tiempo nos separa», aparte de una sincera despedida, ¿qué quería decir esto, por qué pensamos que todos nos vamos a encontrar en el mismo lugar, es que acaso nos creemos inmortales porque sólo así el hombre es capaz de sacar esa fuerza interior de la que hablaron los Elegidos y seguir nadando en el mar en que a cada uno le tocó naufragar? Ella aún está aquí con su chupa de cuero, ahora un cuero más metalizado que nunca, la mano alzada con un saludo macarra, aunque le han mutilado dos dedos, sonrisa de libertad y mirada viva. Liado en sus pensamientos, se dio cuenta de que la gente lo observaba, algunos con más disimulo, otros de arriba abajo. No me extraña que me miren, pensó, después de las semanas que llevo, pero me gusta este barrio porque la personas siguen mirando a los ojos y, si es necesario, se paran y te vuelven a mirar. Algunos hasta se ríen.

Últimamente, los dolores de cabeza le estaban matando. No sé cuándo empezaron exactamente, pero ya se están convirtiendo en parte de mí, dos duras piedras presionando encima de la frente, una a cada lado, como si quisieran succionar parte del cerebro que me sobra.

No había ido al médico, para qué, de ser así también le tendría que contar lo de las repentinias ansias por la comida, que luego no podía evitar vomitar, y lo del pelo. Debe ser el estrés, se decía, trabajo demasiado y no duermo bien. Tanto decirle a mi hija que coma, que se está quedando muy flacucha, que

si es que no ha visto el anuncio ese de una modelo que tuvo anorexia..., y, claro, las consiguientes broncas con la que fue mi mujer, que vive con ella y parece que no tiene ojos en la cara. Y ahora soy yo el que me encuentro con el problema, ¡a mi edad! Esa debe ser precisamente la causa, la edad, me estoy haciendo viejo antes de tiempo, no como la abuela Ángeles. Por eso me levanté una mañana y todo mi pelo, héroe glorioso de lo que en otra época auguraba una calvicie predestinada, se había vuelto enteramente blanco, más suave y fuerte, como más rizado, pero blanco, y no sólo el cabello, también el vello del resto del cuerpo. Sí, definitivamente, tampoco hay por qué dramatizar, debe ser la edad. Le convenía divertirse más, salir, incluso ¡ojalá! volver a enamorarse, reconoció.

Siguió bajando por el bulevar mientras sorprendió a la mujer del quiosco alargando el cuello entre las revistas, luego el cuerpo, para mirar no sé qué, hasta el punto de casi caerse encima de la torreta de periódicos.

Al llegar al Mercado del Puente de Vallecas, subió las escaleras de una de las cuatro entradas del recinto y uno de sus pies tropezó torpemente con el otro mientras le llamaba la atención el cartel: «Zapatero rápido. Planta alta. Pasillo central». No estaría de más pasarse por allí y que el zapatero le llenara con algún invento rápido los zapatos, que muy buenos y muy caros, pero habían dado de sí y cada vez le estaban más grandes.

—¿Cuántos le pongo? —preguntó con un acento extraño el chico alto y fuerte del puesto de comestibles donde solía comprar esos fantásticos dulces caseros árabes que tanto le gustaban.

—Póngame medio kilo de éstos —dijo, señalando una especie de bayonesas con almendras, sésamo y miel, mientras se fijó en unas cajas de Harira Maggi. Qué curioso, ya hacen hasta harira en sobre; dentro de poco no vamos a tener ni que venir a hacer la compra.

Un nutrido grupo de gente esperaba cola en la carnicería musulmana de al lado de los Comestibles Zacarías, sorprendidos y con semblante de preocupación escuchaban las noticias por la radio. «Dos atentados suicidas en Estambul han causado la muerte a 27 personas y más de 450 heridos. Los dos coches bomba se estrellaron esta mañana contra el consulado británico, en el centro de la ciudad, y más al norte contra la sede de un importante banco inglés. El ataque dejó un enorme socavón frente al edificio diplomático y provocó el derrumbamiento del muro que lo rodea. Una inmensa columna de humo cubrió de inmediato el área, al tiempo que desataba el caos. Decenas de personas corrían sin rumbo por la turística calle de Istiklal, mientras los heridos y los muertos quedaban tendidos en el asfalto. Un panadero que tiene su establecimiento a escasos metros del consulado manifestaba histérico: Mientras escapaba corriendo hacia mi casa, vi un trozo de brazo y varios intestinos tirados por el suelo. ¿Qué clase de musulmanes pueden hacer esto?, preguntaba. En la zona del banco, el espectáculo de sangre era parecido. Mientras unas 600 personas trabajaban en ese instante, una parte del edificio saltó por los aires. La organización extremista Al Qaeda ha reivindicado la autoría de los atentados suicidas, de la misma manera que hizo ya la semana pasada adjudicándose los ataques con coche bomba a dos sinagogas de la misma ciudad turca. Otra noticia de hoy jueves 20 de noviembre, en Estados Unidos el cantante Michael Jackson, acusado de abuso sexual a menores, ha quedado en libertad bajo fianza de tres millones de dólares...».

Los clientes de la carnicería comenzaron a discutir frenéticamente en un idioma que él no entendía, al tiempo que uno de los dependientes reanudaba su labor cortando, ahora con más ahínco, unos costillares de cordero.

Los golpes sobre la piedra resonaban secamente en todo ese ala del mercado, marcando un ritmo desacompasado por

encima de la nube de comentarios y murmullos del grupo de compradores.

¡Lo que les faltaba a los turcos!, pensó, si no han tenido bastante con que la guerra haya acabado con el turismo de americanos y alemanes, ahora se convierten en el hall terrorista de Inglaterra y Estados Unidos, en la diana laico-musulmana contra el moderno y selectivo estado del bienestar.

Delante de la carnicería, dos hombres empezaron a levantar la voz, gesticulando con ademanes exagerados en lo que parecía una discusión política motivada por el anuncio radiofónico, que cada vez se volvía más caliente. El resto del grupo, alentado por este revulsivo poco habitual en la espera de la compra, también se enfascó en el enfrentamiento tomando partido por uno u otro. Aunque él no entendía nada de lo que decían, se acercó e intentó separar y apaciguar a los dos hombres que ahora se daban pequeños, pero prometedores, empujones. En cierto modo consiguió su propósito, los dos líderes se calmaron y se aliaron contra el intruso, al que nadie le había dado vela en el entierro, mientras las personas de alrededor le miraban extrañadas y con miedo. Sí, creyó ver miedo en esas caras.

Un tanto desorientado, regresó a su lugar y pagó los dulces a Zacarías, tan simpático como siempre, pero que no dejaba de observarle con ojos de carnero degollado y levantaba las cejas mientras le devolvía el cambio. Qué le pasará hoy a este hombre, está raro aunque disimule. A lo mejor la locura se ha propagado con el humo de las explosiones por todo el planeta y vamos a acabar todos locos hoy y mañana juntitos y solidarios en el infierno.

Antes de marcharse, pasó por donde Ana Mari para comprar algo de fruta, unas manzanas y algunos de esos mangos, que tienen muy buena pinta. Notó que la mujer también tenía un comportamiento extraño, incluso le tocó un mechón de pelo con envidia.

—¡Lo que me gustaría a mí tener esos rizos tan blanquitos y suaves como usted! Y menos mal que están los tintes, porque con esta edad..., cada pelo ya tiene su propio color y no hay forma de que se pongan de acuerdo. ¿Se marcha el fin de semana? Qué bien, cuánto viaja usted.

Con tintes o sin ellos, le encantaba y le relajaba mirar a la frutería. Se regocijaba placenteramente en esos pequeños ojos llorosos llenos de cariño, de sedoso equilibrio, en esa energía que emanan sólo ciertas personas mayores que parecen decir que han sido consecuentes, justos y responsables en todos los actos de su vida —y, si no ha sido así, no se han dado cuenta, quizás por falta de malicia, quizás por ignorancia—, que da la impresión de que son felices y..., hasta me parece que ya han conseguido contestarse a la histórica pregunta de qué hacemos aquí.

—Tenga cuidado. Parece que se vaya a caer.

—Lo tendré, gracias —le contestó mientras recogía las manzanas y los mangos. Se estaba haciendo tarde y aún le quedaba mucho trabajo por hacer hoy.

Resultó ser una premonición, porque saliendo por la puerta del mercado, casi cayó encima del chico que estaba sentado en las escaleras pidiendo unas monedas. A veces le resultaba violento; no, siempre le resultaba muy violento encontrar al mismo tipo con la misma cara y la misma ropa, siempre diciendo lo mismo y en el mismo lugar, siempre solo. Ciento es que en las ocasiones en que le había dado algo suelto, se había sentido bien, como si hubiese cubierto un buen trozo de la tarta del «porcentaje de buenas acciones obligatorias para hacer cada día». A saber, pero no terminaba de acostumbrarse a las miserias cotidianas de andar por casa, salvo quizás las suyas propias.

No tenía tiempo, esta vez no le daría nada. Lo siento, pero que se vaya alguna vez a otro sitio, que no somos de su propiedad.

—Cornudo.

Lo había dicho bajito, pero lo había oído perfectamente. Ese tipo mugriento le había llamado «cornudo». Se quedó perplejo. Mi venganza será terrible, no pienso volver a darle nada en la vida, igual hasta llamo a la policía para que se lo lleven de aquí de una puñetera vez.

Con el disgusto por el piropo, pero sin decir ni mu, se alejó.

Al pasar por delante del escaparate de una inmobiliaria, entre un bajo de San Diego de 182.000 euros con ganas de tomar tierra y un cuarto reformado en Peña Prieta, sin ascensor, por 190.000, allí estaba.

El cristal reflejaba una forma humana, con sólidas pezuñas que sobresalían de los caros zapatos, un lujoso tocado de veillón merino y, en todo lo alto, un par de magníficos ejemplares de cuernos, firmes, desafiantes y bien puestos. Sin duda, eso era un carnero, estaba viendo un carnero sobre dos patas con pesuños.

Reflexionó. A partir de ahora, debería mirarse con mayor atención en el espejo. ◆

Nota de la autora

Escribí este cuento en noviembre de 2003, un día en el que me apetecía decir «algo» motivada por unos atentados suicidas que ocurrieron en Estambul y en los que murieron decenas de personas. Estaba impresionada y conmovida por esos atentados y pensé que no muchos días antes, yo misma estaba paseando por esa calle de Estambul donde estalló uno de los coches bomba. Me sentía muy cercana a aquella gente, porque no sólo el tiempo nos separa muy poquito, hoy ya ni el espacio nos separa, nada nos separa a los unos de los otros. Pero, desde luego, no imaginé que esta cercanía era tan, tan evidente. Algo más de tres meses después esas mismas bombas que matan a la gente corriente estallaron en mi propio barrio, en la estación donde cojo el tren cada día. Era cierto lo que escribí en el cuento en noviembre, «la locura se ha propagado con el humo de las explosiones por todo el planeta». Entonces, como ahora, sigo pen-

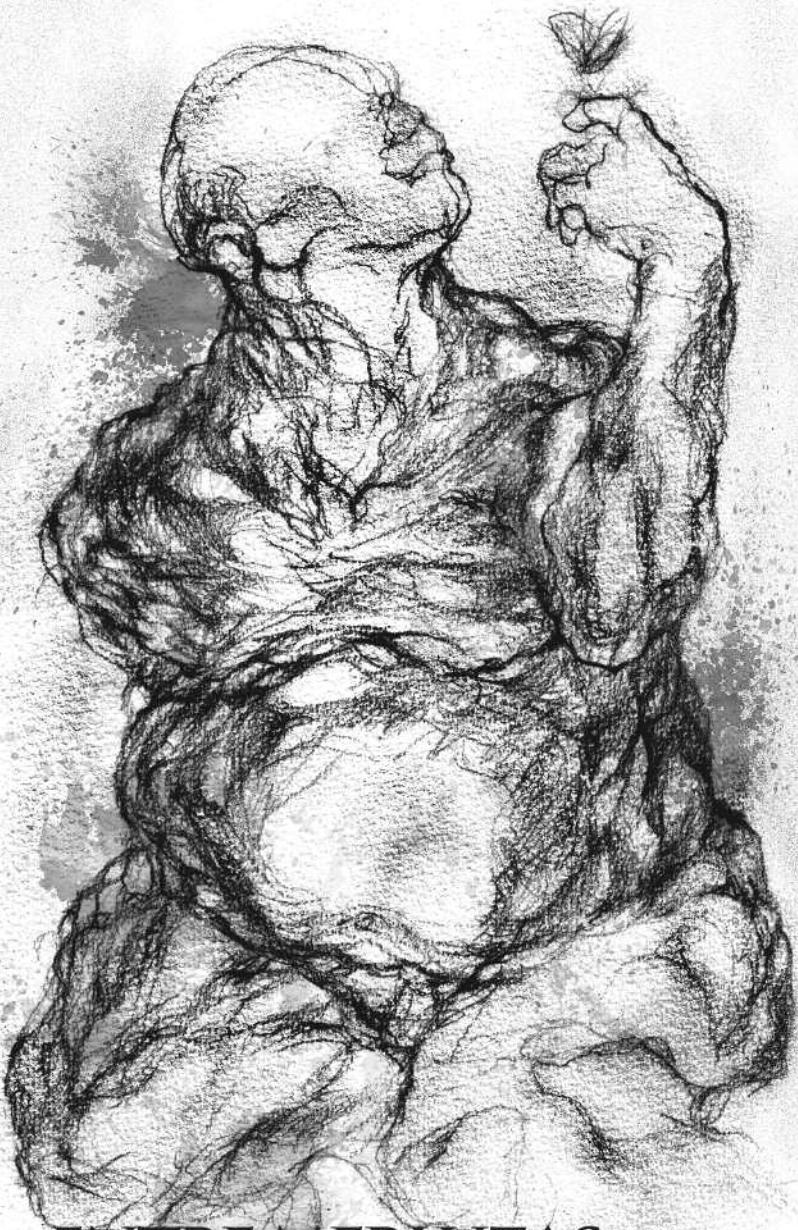
sando que los cambios importantes empiezan por uno mismo y no podemos estar tan ciegos como el protagonista del cuento. Sirva la publicación de este relato y esta nota como un modesto homenaje y recuerdo más a las víctimas de los crueles atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid.

Pilar Galindo

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado del Puente de Vallecas (Madrid)**.

Este cuento fue publicado en el número 75 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a mayo/junio de 2004.



ENTRE MERLUZAS Y PRINCESAS

GABINO MARTÍN TORAL

A

esas horas primeras ya revolotean por su cabeza. Aunque la que más anhelaba era la *Tomares ballus*, esa pequeña princesa que se resiste esta extraña primavera. Probablemente encontraría alguna este domingo si fuera a la Riera de Sant Climent.

Tenía entre las capturas del día unas merluzas muy frescas, que seguro que se las quitarían de las manos. Aunque la venta siempre hay que hacerla con amabilidad, simpatía y, si hace falta, con algún comentario «picantón», que con su envergadura y cara de buena persona siempre agradan.

Estas mariposas univoltinas forman parte de la primavera, única época del año en la que nacen, por lo que su efímera existencia le obliga a estar pendiente del calendario. Aunque ya las ha fotografiado otros años, cada momento es diferente, y el reto es sacarlas más nítidas, más integradas en su entorno y componer una escena con estas actrices de apenas dos centímetros.

Comienza a llenarse el mercado, el bullicio habitual va dispersando los pensamientos y, en un momento, los concentra en la faena diaria. Se esfuman los volteos de las alas, los olores del tomillo y la brisa de las primeras horas.

Tenía ahora un fugaz resplandor de su infancia en la mente, mientras abría una de aquellas merluzas. La limpiaba con sumo cuidado, con oficio, y con la rutina de los movimientos aprendidos y realizados millones de veces. Recordó aquella vitrina enmarcada que le había hecho su padre, cubierta por un pequeño cristal y un fondo de fieltro marrón claro, a modo de relicario, donde se exhibían tristes mariposas pinchadas con un alfiler y que sirvió para un trabajo escolar.

Sin saberlo, en aquel momento se había introducido de manera irreversible en un mundo, en ese instante, desconocido. Tenía once años.

Cortaba con rigor, aunque abstraído, las rajas del pescado. Eran blancas y mostraban los sutiles brillos tornasolados del fósforo. Abrió la cabeza en dos y, junto con las rajas, la envolvió con maestría en el papel blanco satinado, de esa forma que sólo las manos de los pescaderos conocen.

La parada estaba repleta de gente que miraba los congrios, las lubinas, las melvas, los rapes, los salmones. Especies imponentes, algunas por el tamaño, otras por sus afilados dientes y todas con unos vidriosos ojos que parecían aún contener un hilo de vida.

Ya tenía en su archivo fotográfico una nueva *Callophrys rubi*, con su característico ojo de perdiz. Es una de las primeras que se pueden encontrar por los parajes cercanos al mar, donde abunda la caliza y también la vegetación más mediterránea. Era casi invisible y sólo unos ojos como los suyos podrían, en un momento de escrutinio, sacarlas de su entorno siempre verde.

A lo mejor se había acostumbrado tanto a ver las pequeñas mariposas que muchas veces apenas distinguía entre la gente una cara conocida del resto. Ciento que, también, las madrugadas en busca de las pequeñas orugas le habían hecho concebir un criterio sobre la importancia de las cosas, donde a duras penas entraban demasiadas personas.

Ahora recordaba a su abuela, aquella mujer que con santa paciencia le dirigió sus primeros pasos en el campo, que conocía a su modo el nombre de todas las plantas y que, sin ninguna ilustración, cuidaba el ritmo de sus palabras hasta hablar con idéntico soniquete al que sentía ahora cada mañana provenir de los murmullos de la naturaleza.

No le importaba limpiar los boquerones por pequeños que fuesen, uno a uno, con pulcritud y acompañado son. Esos momentos siempre eran los mejores para poder realizar un inventario mental de las últimas adquisiciones. La mirada de la futura propietaria de los pequeños pescados seguía con evidente curiosidad el movimiento de sus dedos, aunque sin

duda era una escena que había contemplado en infinidad de ocasiones, por lo menos.

Entre los pensamientos sobrevuelan imágenes, algunas fugaces, pero que puedes retener un instante y te transportan a otro lugar, algunas veces lejano, otras inexistente.

La *Zerynthia rumina* era verdaderamente difícil de atrapar; pese a sus vistosos tonos, su capacidad mimética era total, precisamente cuando su hábitat se llenaba de los colores de las pequeñas flores. Ser tan llamativo era algo así como una extraña forma de pasar inadvertido. Esta actitud no era nada humana, pensó, cuando el habitual rayo de luz penetró por una esquina del alto ventanal, en el momento exacto en que estaba pensando un hermoso rape.

Estaba tan acostumbrado al tacto húmedo del pescado que podía distinguir sin ninguna equivocación la especie y si le apuraban hasta el precio. Cada uno conoce su oficio.

Llegó el momento de la calma de la media mañana. El olor a las verduras frescas, a las anchoas saladas y a los vinagres se fue sustituyendo por un aroma de café con churros, de tortilla de patatas y de feliz monotonía.

De niño, los bocadillos del colegio olían a balón de cuero y a felicidad infinita. La que da los momentos que se viven tan intensamente que, aunque pasan inadvertidos, quedan grabados como en un molde de cera en algún rincón de la memoria que, seguramente, se llama «para siempre».

Las mariposas no pueden volar al amanecer. Hasta que el sol las acaricia y las calienta son inválidas de alas. Esto sí le parecía comprensible, aunque tardó mucho tiempo en conocer lo que motivaba otras muchas conductas. La verdad es que no conocía personas que fueran ellas mismas en las primeras horas del día, tanto si habían dormido como si no.

La luz inundaba ahora todo el mercado. Iluminaba con claridad el hielo donde reposaba el género y en algún destello se podía ver el arco iris.

Los rostros más blanquecinos, aunque algo enrojecidos, de parte de la clientela anuncian a los cuatro vientos un origen muy distinto al de la Barceloneta. A lo mejor esta gente también, a su modo, con sus pequeñas cámaras de fotos pretendía apresar para siempre esos momentos de la vida que se escapan de cualquier manera. No sabía muy bien el origen de ninguno, pero intuía en algunas miradas si sus ojos estaban acostumbrados a mirar el mar, a recibir la luz de las nubes en las montañas o a ver las aceras de una ciudad.

Contemplaba, desde su atalaya de pescadero, tanto los macizos de plátanos como las pequeñas montañas de naranjas, así como los pollos en orden y los faisanes colgados luciendo todo su colorido plumaje.

Este domingo saldría de madrugada y antes de que en el horizonte surja el primer resplandor tendría entre sus manos su «atrapa sueños», su máquina «hace momentos», la herramienta que aspiraba a su interior todo lo que veía, sin tocar los colores ni las formas, sin levantar el polvo de las alas y que, en más de una ocasión, había conseguido captar la emoción de ese instante de silencio.

Antes de que se desperecen sus alas, antes de que se agite la fimbria ajedrezada de sus bordes, podría «atrappar» el intenso azul celeste de un macho de *Lysandra*, pequeña representante de la familia de las *Licénidas*.

Se notaba cuando las nubes pasaban por encima y oscurecían el interior del mercado, pero aún se notaba más cuando, en un instante posterior, la claridad iluminaba las branquias de los bacalaos y daba brillo a la piel de los rapes.

El bullicio descendía entre los puestos, la gente comenzaba a retirarse, se incrementaban las conversaciones entre los compañeros de las distintas especialidades comestibles, se retomaban los mismos temas de las primeras horas, como si sólo hubieran sido interrumpidas un minuto fugaz.

Seguramente esta semana las orugas de las *Charaxes* habrán

cambiado su estado. Desde su cama de seda, en meditado desplazamiento, habrán buscado una rama cercana al tronco del madroño y, con singular parsimonia de tres días, habrán ido transformando su piel de gusano gordote en una lustrosa crisálida esmeralda, una ninfa.

Los pasillos del mercado estaban salpicados de los rastros de la mañana, hojas de lechuga, papeles con las cuentas y notas que recordaban los ingredientes y cantidades de alguna receta de paella de las que pasan de generación en generación, incluso algún cangrejo de río melancólico que milagrosamente había sobrevivido a las pisadas humanas, carros de la compra y a la incomprendión de algún niño.

Se escuchan los chirridos de los cierres. El sonido que suena a alarma de fábrica a la hora de la libertad.

Sus compañeros fueron limpiando con presteza y recogiendo todos los útiles afilados que nuevamente habían cumplido su misión, mientras él fue retirando las escasas existencias que habían quedado sin vender y limpiando los restos que caían hacia un agujero donde desaparecían para siempre.

En un momento de mayor claridad notó que se había quedado solo. Solo con una luz blanca que se fue tornando amarilla y que iluminaba con inusual intensidad todos y cada uno de los rincones. Salió al pasillo central y pudo comprobar su soledad, y comprender que esa luz que entraba por ventanas y claraboyas no era conocida para él. Tal vez se había quedado dormido un buen rato, pero no lo recordaba.

El amarillo fue dejando paso a unos tonos anaranjados muy suaves, y se desprendían algunos haces que dibujaban franjas plateadas, verdosas y violetas en el aire cálido. Por un momento tuvo la sensación de ver sombras que se agitaban y se proyectaban sobre el suelo y los puestos cerrados. Cuando elevó la mirada se hicieron más precisos los contornos de las alas de las voladoras que en pequeño número habían entrado en el recinto. Un escalofrío le recorrió la columna

vertebral de arriba abajo paralizando su cuerpo. Tuvo en su mente la visión de los ojos de su madre cuando se asomaba a la cuna para consolarle.

Tenía algo de miedo, pero a la vez mucha curiosidad. El espectáculo era tan real como imposible. No cabía duda de la presencia de un buen grupo de mariposas monarcas, la mariposa que recorre hasta cinco mil kilómetros entre su viaje de ida hacia sus santuarios de México y su retorno al norte del continente americano una vez se ha reproducido, siguiendo un ritual inveterado.

Pero no era factible su presencia en estas latitudes, en el Mediterráneo. ¿Qué cosas pensaba? Lo que estaba verdaderamente fuera de lugar era su incursión a cientos, a miles ya, en el recinto del mercado. Además, no comprendía qué sexto sentido les había impulsado a ello en el preciso momento en el que se encontraba solo en su lugar de trabajo, cuando no recordaba haber estado nunca en él sin la presencia de muchos seres humanos.

Cierto que tampoco se conocía qué fuerza oculta, qué anhelo irresistible impulsaba a realizar semejante vuelo migratorio a millones de seres de apenas medio gramo de peso, ni qué sistema de orientación habían desarrollado para conseguir, año tras año y con infalibilidad, su propósito de pasar el invierno en tierras más cálidas, sobrevolando cordilleras y vadeando grandes dificultades. Buscando un lugar para dormir y alimentarse cada noche en el trayecto. O tal vez sabían que su largo vuelo sólo era el del nacimiento a la muerte.

Quizá estaba soñando, quizás estaba cumpliendo un sueño, en el que sería transportado él también, en aquel instante de sus cuarenta y tres años de vida, a un lugar añorado, un sitio imaginado una y mil veces cada día, por la misma e incomprendible razón que lo fueron ellas.

Los colores de sus alas correspondían fielmente a los reflejos que vio cuando comenzó esto que no sabía calificar.

Ahora se contempló a sí mismo en los territorios de Mi-choacán, al resguardo del aire polar, contemplando el espectáculo de cien millones de mariposas iguales que cubren el cielo de pequeñas cometas, luego las vio morir sobre la nieve, huir de los pájaros en desiguales persecuciones. Vio cómo coloreaban los frondosos bosques, agrupándose en los arbus-tos que cubrían completamente, y por fin las vio aparearse en todo lugar y en cualquier momento.

Pero aquellas que ahora respiraban el mismo aire que él respira cada día, no se posan ni un momento. En su cabeza se agolpaban los pensamientos y se mezclaban con los recuer-dos, los vividos y los no cumplidos.

Pasados unos minutos de contemplarlas, ahora que ya llenaban todos los pasillos, todo el espacio en el que tantas veces sólo había visto personas y por donde la vida transcu-rría con inevitable repetición de escenas, recibió un relámpago en su mente igual que el que tuvo a los once años mirando el muestrario de princesas disecadas.

Pronto la claridad de la tarde fue siendo sustituida por las luces mortecinas del crepúsculo. Era raro que no entrara na-die, que nadie hubiera olvidado nada y tuviera que regresar, que no comenzaran los empleados de la limpieza su faena. Quizá era el último día del mercado.

Tener que desmontar una casa donde has vivido tu infan-cia supone agolpar en cajas de cartón lo que antes llenaba de forma ordenada los cajones, es como recoger agua con un co-lador.

Recorrer las habitaciones, los lugares donde has visto a tu madre lavar la ropa con sus manos, donde has visto a tu padre sentarse al regresar cada día, es amontonar en el cesto de la memoria muestras de su presencia en ella.

Es una huella que permanece sobre la arena húmeda pero firme, hasta que una ola tras otra elimina cualquier vestigio del pasado, si es que esto ocurre algún día.

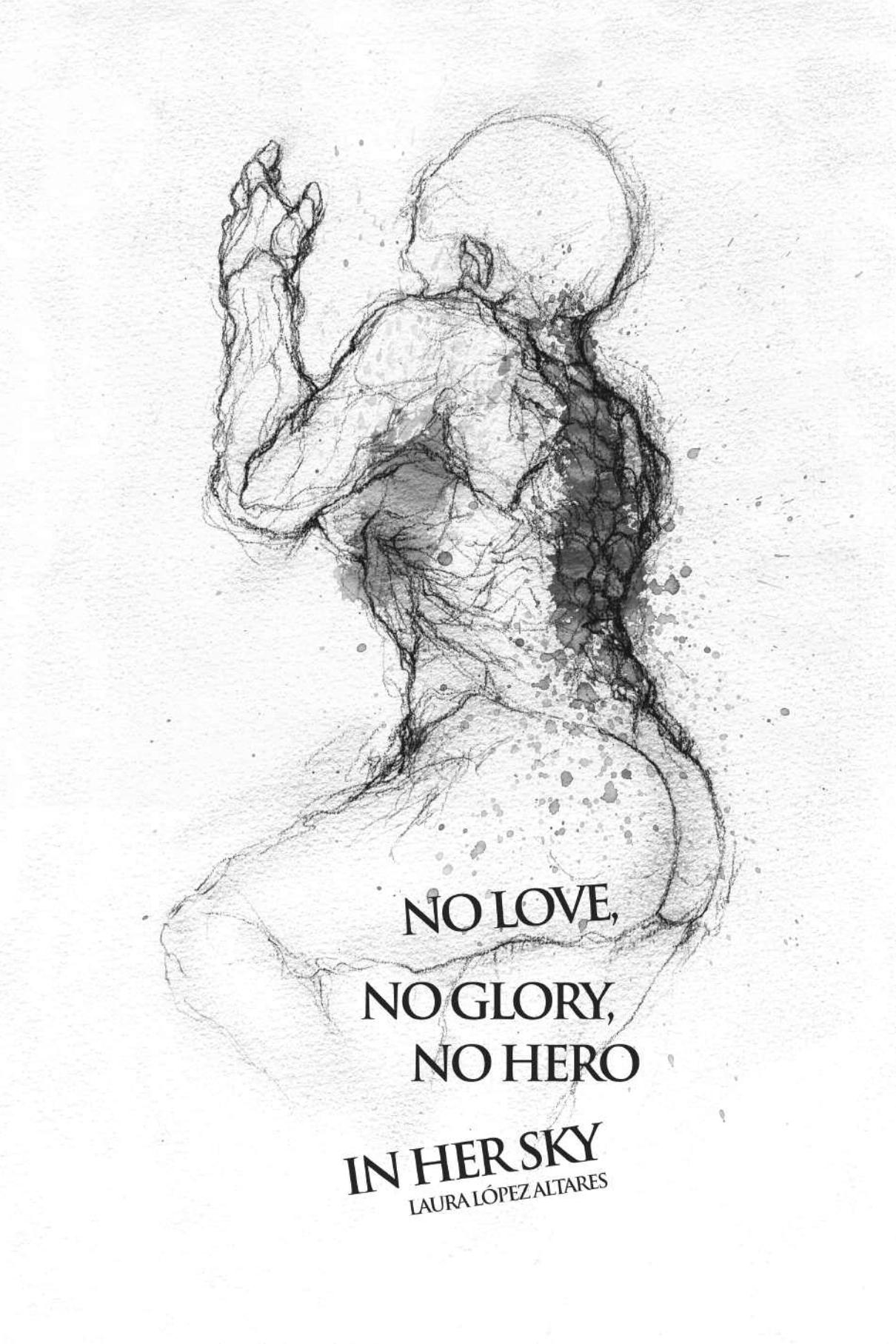
Quizá era el último día de mercado, pero eso no lo podíamos saber cuando vinimos.

Cuando nace una mariposa, si eso se puede llamarse nacer, no puede ser otra cosa que una princesa, tal vez por nacer de un sueño, o tal vez por surgir de una transformación que sólo puede ser producto de la imaginación del mejor escritor de cuentos infantiles. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de la Barceloneta (Barcelona)**.

Este cuento fue publicado en el número 81 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a mayo/junio de 2005.



**NO LOVE,
NO GLORY,
NO HERO**

IN HER SKY
LAURA LÓPEZ ALTARES

D

Éjame morderte el alma para saber que es sólo mía...» ¿Sabes qué? Si yo tuviera alma te la habría entregado para que pudieras arrancarla de este cuerpo traidor, para que la hicieras pedazos entre tus largos dedos y así dejara de dolerme... Pero hacía mucho tiempo que había vendido mi alma. A cambio de ser feliz eternamente...

Nunca fui un angelito rubio con los que tú debías soñar de niño, yo siempre fui un ángel negro... Destrozaba todo lo que amaba sólo para no sufrir... Al fin y al cabo yo no tenía alma, podía permitírmelo...

Pero tuviste que llegar tú... ¿Por qué decidiste rescatar a la reina de las tinieblas? ¿Acaso sabías que estabas firmando tu pacto con el diablo? Yo quería estar sola, sola para siempre... Maldito seas. ¿Quieres saber la verdad? Yo te la contará...

Una vieja canción me golpeaba cada vez que me sentía derrotada: «En la jaula metida, la vida se le iba, y quiso sus fuerzas probar...» *El hombre del piano*. Repetía esa estrofa como un himno, exactamente igual que una letanía, para recordarme que yo era una perfecta perdedora, igual que la heroína que había hecho pedazos al protagonista de mi canción. Tenía todo para ser feliz y sin embargo yo nunca tengo suficiente... Cómo ibas tú a saberlo...

Raquel se levantó en una cama inmensa que no era la suya, vestida con un pequeñísimo camisón que se escurría entre las sábanas de seda (granates, esas que siempre había querido). La luz del sol atravesaba la ventana, desgarrando la soledad de aquella calurosa habitación. Olía a fuego, y la pasión se podía sentir en cada rincón, en cada maldito recoveco de ese cuarto húmedo y mortal... Mario estaba preparando el desayuno. El olor a gofre recién hecho difuminaba el olor a sal, que penetraba por el enorme ventanal del salón... Las pare-

des, amarillas y blancas, invitaban a perderse en un calor dulce y asfixiante que preludiaba un verano intenso, interminable.

Raquel se levantó de la cama y se asomó por la ventana de la habitación. Al fondo, la bahía de Cádiz se alzaba orgullosa y serena, silencioso testigo de largos siglos de promesas no cumplidas, de sueños tan frágiles que podían hacerse pedazos en cualquier momento... En sus ojos, teñidos de naranja por el fuego y todavía pintados de negro, se reflejaba un dolor salvaje, furioso. Estaba en el único lugar del mundo que podía destrozarla, machacarla. Por eso lo había elegido... Porque allí Mario había sido feliz con Ángela, su primer amor. Nunca la quiso con tanta pasión y jamás la deseó con esa fuerza destructiva y peligrosa con la que amaba a Raquel, pero ella no podía perdonarle que la hubiera amado antes, que la hubiera amado con esa terrible ternura que jamás sintió por ella... Y una lágrima negra apareció en su rostro, tostado por el sol y siempre desafiante. Su eterna guerra. La guerra contra los celos, los gritos, la soledad..., la guerra contra sí misma. Mario la odiaba, pero también la quería. Su pelo oscuro, su mirada misteriosa y su carácter protector eran perfectos para alguien como Raquel. Y él la había querido desde siempre. El dolor que la rodeaba, sus curvas imposibles, esa boca...

Era la primera noche que dormían en esa casa. Su casa. Parece mentira que después de todo fueran tan felices. Mario no llevaba camiseta, y su torso descubría heridas de guerra que jamás se cerrarían: los mordiscos, los arañazos... Largas noches de tregua marcaban los meses, los años... Odiándose y amándose sin reservas.

Raquel tenía una larga cicatriz en su brazo izquierdo que cada día la recordaba que algún día tendría que dejar de arder, que algún día debería empezar a crecer y a parar de luchar contra el tiempo...

Un año después, Raquel contemplaba la bahía por la

misma ventana, con esa mirada salvaje que sólo ella sabía tornar naranja, naranja fuego. Mario seguía amándola hasta la locura. Y continuaban sus largas tardes de tregua, su ardiente y cotidiana felicidad salpicada de celos, de rencor, de amor profundamente herido...

Porque Mario estaba enfermo de celos. No podía soportar que Raquel siguiera trabajando en aquella discoteca, regalando su sonrisa a todos los hombres que cada fin de semana iban a verla bailar. Cada vez que la daga de los celos se clavaba en su espalda, apretaba fuerte los puños y los golpeaba contra la pared. Cualquier día se destrozaría los nudillos... O haría alguna locura. Pero ella se reía con esa voz profunda y retadora que tanta rabia le daba a Mario. Era su dulce venganza contra la maldita ciudad-refugio de Ángela y Mario. Había conquistado Cádiz y habría conquistado cualquier lugar del mundo, pero jamás lograría conquistar su soledad. Implacable, profunda, envenenada.

El cielo rojo había estallado, ardía en llamas sigiloso y hondo como un presagio, como si aquella tarde se fuera a derramar sangre...

Todo comenzó como una pelea más, como una nueva lucha de poder que probablemente terminaría arreglándose entre aquellas sábanas de seda... Pero las palabras de Mario se clavarían para siempre en el alma de Raquel (si es que no se había fundido ya entre sus deseos y temores): «Nunca he dejado de quererla, tú sólo eres mi capricho...».

«Siempre fui la puta sustituta», gritó amargamente. Raquel quiso matarle para después morir, para irse de una vez al infierno. Le dio una bofetada en la mejilla. Una bofetada furiosa y salvaje salpicada de lágrimas orgullosas que no terminaban de caer. Un golpe que le dolió en cada centímetro de su alma. Mario sujetó sus manos contra la pared, pero ella consiguió escapar, desgarrándose las manos. Siempre escapaba... Él se metió en la ducha para terminar de destrozarse los nudillos,

para llorar por esa herida que ya jamás cerraría, para llorar porque en ese instante había firmado el principio del fin. Porque Raquel ya nunca volvería a ser suya, aunque la amaba con cada palmo de su cuerpo...

La cicatriz del brazo le escocía profunda, hirientemente (como cada vez que se sentía desprotegida, vulnerable), pero lo que más le escocía era la voz sensual y sinuosa de Mario recordándola que siempre había tenido razón, que el amor y la vida destrozaban siempre. Y quiso morirse. Corrió por las calles estrechas y llenas de vida de la ciudad prohibida saboreando el cálido aroma a sal, buscando refugio en esos rincones que le habían dado toda la felicidad que podía soñar... Las interminables tardes recorriendo el paseo marítimo, las fotos en la playa... Ahora todos aquellos recuerdos le parecían vestigios de un pasado confuso y lejano donde había sido tan feliz que le dolía en lo más profundo del alma. Gritaba en silencio para que Mario corriera a buscarla, para que la abrazara y la dijera que la iba a cuidar siempre... Pero estaba sola con ese ardor interminable que la quemaba en las entrañas. No se había dado cuenta que sus manos sangraban... Sangre turbia que fluía lentamente, rompiendo todo en mil pedazos, dejando una huella salvaje en sus pequeños pantalones, marcando a fuego lento el nombre de Mario junto al de Ángela...

Y entonces apareció Él... Esa mirada que la atormentaría por los siglos de los siglos... «No love, no Glory, no hero in her sky...» Raquel recordaba esa frase como un credo. Desde que escuchó aquella canción hiriente y desgarrada (de la banda sonora de *Closer*) supo que ni la gloria ni los héroes existirían en su cielo, en ese cielo que estallaba cada segundo...

Y, sin embargo, por volver a ver esos ojos hubiera entregado hasta su último aliento. Su mirada gris-azul fría y derrotada se cruzó un solo instante con la mirada furiosa y ardiente de Raquel. Un solo segundo había bastado para abrir

una herida muy profunda, demasiado profunda incluso para Ella.

Recordaba aquellos ojos, y las manos largas y perfectas de su propietario. La primera vez que lo vio ni siquiera reparó en lo profundo y doloroso de aquella mirada.

Era su cumpleaños. Una tarde de primavera húmeda y caliente. Mario y Raquel caminaban por el Mercado Central para hacer las compras de última hora. Mario siempre agarraba a Raquel muy fuerte, con ese temor mortal que le habría hecho jurar que ella podía escaparse en cualquier momento... Pero entonces, lo último que Raquel habría querido era soltar aquella mano. Tenía hambre. O, mejor dicho, un capricho. A Raquel le apetecía una manzana roja de esas que al morder sonaban como la leña al quemarse. Agarró a Mario del brazo y lo llevó corriendo al puesto de la fruta. Cuando ella le miraba así, Mario le hubiera dado hasta su vida si se lo hubiese pedido. A veces era como un niño pequeño que pedía a gritos que ese héroe del que renegaba viniera corriendo a rescatarla. Y al ver esa sonrisa, Mario olvidaba todo lo demás. Y le regalaba una nueva victoria a la reina de las perdedoras, su reina.

Raquel cogió la manzana más roja y jugosa... Pero un brazo firme y curtido agarró su muñeca y le dio otra manzana aún más tentadora. Los ojos de aquel hombre guardaban los secretos de antiguas tempestades y viejos naufragios. Eran azules y a la vez grises, fríos y traidores... Raquel sintió un golpe repentino, una sensación mezcla de calor y dolor... Y Mario dijo, mitad celoso mitad divertido: «¿Has visto cómo te ha mirado? No te la comas, a ver si va a estar envenenada...» Será celoso... Raquel le miró sonriendo y mordió mucho más de lo que podía masticar. ¿Y si estaba envenenada? Olvidaría esos ojos. Claro que lo haría. Los borraría para siempre.

Pero aquella tarde el Destino la había tendido un trampa mortal. Esos ojos resurgieron del olvido y comprobó que aquellos largos dedos seguían siendo la culminación de unos

brazos perfectos. Podía haberla agarrado y habérsela llevado a ese mundo de misterios y tempestades que custodiaban sus ojos de hielo. Pero no, sólo sonrió, y la disparó sin piedad con su mirada helada. Qué demonios, ¿quién necesitaba piedad?

Raquel nunca sentía miedo, sabía que su peor enemigo era ella misma... Pero esos ojos habían desgarrado su jaula dorada. Habían borrado la sonrisa perfecta de Ángela y hasta la voz sinuosa de Mario susurrándola al oído que siempre la amaría.

La incertidumbre se había apoderado de ella. Sólo el héroe de su canción podía mirarla hasta desarmarla. Sólo Él podría haber sido capaz de vencerla a ella: Él...

Raquel corrió hasta la playa, perdida y desesperada, vagando entre el miedo y la incertidumbre. Necesitaba contemplar (aunque fuera por última vez) ese mar sereno e imposible y a la vez repleto de tormentas y tempestades para recordarse a sí misma que no existía en este mundo nadie capaz de rescatarla de su soledad. Porque había hecho un pacto a cambio de ser feliz. Sellado con su vida.

La playa le estaba pidiendo a gritos que se lanzara a sus brazos, que se hundiera muy dentro para no poder regresar jamás. Y ella esquivaba aquel sonido agonizante de sus olas, aquel grito desesperado que en realidad se parecía al sonido derrotado y sinuoso de su voz. Y huía. Apartaba su mirada de aquel horizonte envenenado para que no pudiera hechizarla, para seguir siendo libre, para seguir estando sola... Pero ese mar le empujaba, le arrastraba lentamente a aquel lugar del que aún nadie ha escapado... Y seguía huyendo. Quería estar sola. Sola para siempre. Mario juró que la amaría toda la vida, y sin embargo la había traicionado, la había dejado sola y tan desesperada... No quería más mentiras. Aquella melodía maldita se le había clavado muy dentro. Ya era parte de ella... La brisa húmeda y caliente le enredaba el pelo, le enredaba el alma. Sí, le había elegido a ella. Y luchaba contra el

Destino. Arrancaba puñados de arena esperando arrancar aquel sonido salvaje de su cabeza («no hero in her sky...»). Y se acordaba de aquella noche, cuando vendió su alma a cambio de estar sola eternamente... Y entonces las lágrimas des- trozaron la dureza de su rostro. Había sucumbido al encanto de aquella suave melodía...

Se giró un solo instante y vio la silueta de Mario recortada sobre el cielo rojo. La abrazó muy fuerte, intentando exhalar el último suspiro de amor que quedaba dentro de Raquel. Y a pesar de que todo ella le amaba, sabía que Ángela era la excusa perfecta para mantener su pacto inmortal, para mantener intacta su alma, para protegerse del amor... Cómo odiaba esa palabra. Cómo odiaba las historias de princesas. Cómo odiaba tener la certeza absoluta de que ella jamás sería una princesa como esas de Disney (Ángela siempre lo fue). La única princesa a la que se parecía era Megara: la más sexy, la más lista, la menos buena... Y sin alma. Justo como ella.

Se la había vendido a Hades por culpa de un amor traidorero. Sí, ella era Megara... Pero su pacto con el diablo había resultado ser un fracaso estrepitoso. Ni siquiera podía ser Megara. Entonces decidió ser la bruja de Blancanieves (con manzana envenenada y todo) y adormilar a Ángela para que el estúpido del príncipe fuera a rescatarla y la dejara en paz de una vez, reinando en su eterna oscuridad.

Pero era el príncipe el que había mordido la manzana...

Aquella noche interminable Mario y Raquel se aferraron al recuerdo de ese pasado donde habían sido tan felices, se dejaron arrastrar por el calor y el hechizo de la ciudad prohibida, la ciudad-refugio de Ángela y Mario. Cómo odiaba quererle así, cómo odiaba no poder creerle, cómo odiaba ser auto-destructiva, celosa patológica, cómo odiaba la fría certeza de que esa sería la última noche que amaría al maldito príncipe...

Raquel se levantó en una cama inmensa que ahora sí era la suya, vestida con un pequeñísimo camisón que se escurría en-

tre las sábanas de seda (granates, esas que siempre había querido). La luz del sol atravesaba la ventana, desgarrando la soledad de aquella calurosa habitación. Olía a fuego, y la pasión se podía sentir en cada rincón, en cada maldito recoveco de ese cuarto húmedo y mortal... Mario estaba preparando el desayuno. El olor a gofre recién hecho difuminaba el olor a sal, que penetraba por el enorme ventanal del salón... Las paredes, amarillas y blancas, invitaban a perderse en un calor dulce y asfixiante que preludiaba otro verano intenso, interminable.

Raquel se levantó de la cama y se asomó por la ventana de la habitación. Aquel lugar ya no le parecía el mismo después de anoche. En sus ojos, teñidos de naranja por el fuego, aparecían las mismas tormentas y tempestades que Él había decidido mostrarle en la tarde más triste de su vida.

Ya no tenía nada a lo que aferrarse, nada. Ángela era sólo un fantasma, de ahora en adelante, la perfecta sustituta para cuando Raquel huyese... La chica mala había ganado la partida. Y había dejado KO a Blancanieves. Mario ya no podía recordar a Ángela... Una parte de su amor se había muerto con ella. Ya no tenía escudo, ya no podía recurrir a aquel fantasma... Cádiz ya nunca sería la misma ciudad prohibida si Ángela no estaba allí... Aferrarse a ella era una forma de sentirse vulnerable, de tener que protegerse a toda costa. Ya no había peligro ni riesgo junto a Mario, porque el peligro era Él...

Bajó al mercado y decidió enfrentarse a aquella mirada. Hubieran pasado cien años y hubiera recordado perfectamente su sonrisa tímida, sus ojos grises que quemaban como el hielo, sus dedos largos y su pelo negro... Caminaba sola por las calles de la ciudad dormida y escuchaba la canción de *Closer* en su cabeza, como si fuera la banda sonora de su vida... Se sentía invencible, y a la vez tan vulnerable...

Él la miró como sólo Él podía hacerlo... Entre todas esas fresas, cerezas y manzanas rojas, sus ojos centelleaban en silencio.

¿Cuántas guerras habría perdido en aquella solitaria trinchera? ¿Cuántas princesas con una vida perfecta y una casa también perfecta habrían pasado por su vida? Le atormentaba profundamente...

Cada día regresaba a aquel mercado para asegurarse de que esos ojos sólo podían mirarla así a ella...

Pero Raquel sentía un vacío insopportable. Junto a Mario todo eran pedazos de una historia forjada años atrás, cuando su amor era imposible, casi prohibido, cuando la química entre ambos podía sentirse, casi palparse. Recordaba perfectamente el olor de aquella primavera, de todas las malditas primaveras desde entonces. Esos pequeños detalles la reconfortaban, pero a la vez trazaban un profundo abismo de dudas y temores. Recordar aquellos ojos la hacía sentir viva, más viva que nunca en toda su vida. Fundirse en ese abismo de hielo y tempestad que sin duda alguna sería su condena era su único consuelo.

Cuando Mario la acompañaba al mercado, podía sentir que el hielo de aquellos ojos se convertía en fuego. A Él también le atormentaban los naufragios de aquella mujer misteriosa, los combates que había librado, los soldados que había vencido, las lágrimas que derramaba en silencio...

Una tarde de primavera, Raquel bajó al mercado a por una manzana roja. A veces pensaba que ojalá tuvieran veneno esas manzanas, que ojalá de alguna forma pudieran llevarla al verano de 2000, al verano de 2005, a algún lugar donde pudiera sentirse protegida, a algún lugar donde Mario volviera a ser su Mario y donde Él no estuviera cerca ... O donde Él estuviera siempre.

Aquella tarde fue la última vez que vio aquellos ojos gris-azules, la última vez en la vida que sentiría ese calor asfixiante en el estómago, la última vez que la ciudad prohibida ampararía su triunfo y su derrota. Mientras daba el primer mordisco a la mejor manzana del mercado, Raquel notó el cálido tacto

de aquellos largos dedos, la caricia de una mano tímida pero firme que rozaba su mano izquierda (entonces la cicatriz comenzó a quemarla y supo que una nueva sombra se cernía sobre el horizonte). Él le había escrito una nota urgente y desesperada, una condena, su declaración de a-m-o-r (la certeza de que esos ojos sólo podían mirarla así a ella...), su sentencia de muerte.

«Déjame morderte el alma para saber que es sólo mía...»
Pero yo no tengo alma. La enterré para siempre mucho antes de que tú llegaras. Cómo ibas a saber que te abandonaría en el mismo instante en que supe que no eras una ni pasado ni presente sino mi vida, mi futuro. Y yo no quería crecer. Quería seguir aferrada a Mario y a su infierno de dulces recuerdos, a ese pedacito de infierno que resbalaba entre sus dedos cada vez que me acariciaba. Hasta que empezó a dolerme cada mirada, cada gesto, cada beso furioso que ponía fin a una nueva guerra entre nosotros. Esa pasión iba a matarme, así que le dejé ir. El estúpido del príncipe (ese que me iba a amar siempre) corrió a rescatar a Blancanieves y se instalaron en una casa perfecta con una perfecta vida de mentiras.

Yo estoy sola, dando un mordisco a la mejor manzana que he encontrado mientras claudico... Te odio porque te quiero, te odio porque ni siquiera puedo odiarte. Siempre voy a quererte, a esa mirada perdida entre los restos de tu naufragio. ¿Sabes qué? Si yo tuviera alma te la habría entregado para que pudieras arrancarla de este cuerpo traicionero, para que la hicieras pedazos entre tus largos dedos y así dejara de dolerme... Pero yo..., ¿sabes qué? Trato hecho. ◆

■ ■ ■

El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado Central de Abastos de Cádiz**.

Este cuento fue publicado en el número 87 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a mayo/junio de 2006.



FATIH
JORGE BRAVO FERNÁNDEZ

E

n el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, bajo su benefactora égida, me dispongo a contar lo que un día le ocurrió a un muchacho llamado Fatih. Alabado seas, Señor de los Mundos, Clemente, Misericordioso, Dueño del día del Juicio, a quien adoramos y pedimos ayuda.

Fatih llegó una tarde de verano a la villa. Vino con su padre y su madre en un coche con una baca cargada de bultos, desde el sur, más allá del estrecho de Tarifa, más allá de la cordillera del Atlas, donde están a punto de comenzar las dunas del desierto y un calor justiciero acobarda a algunos hombres del norte sin que él, Fatih, ahora mismo, pudiera entenderlo, ya que el calor que hacía aquí le pareció igual de fuerte.

Su tío, hermano de su padre, les esperaba en el portal de un edificio con tres pisos. Como era preceptivo, ambos hombres se besaron en las mejillas, pero dio la impresión de que la forma del saludo se quedaba corta ante el anhelo interior de ambos de una mayor efusividad, porque el tiempo transcurrido desde que no se veían era de tres años, y en ese gran lapso sus corazones se habían ablandado más de lo que podían restañar simplemente unos labios rozando los rostros. El tío hizo después un gesto de cortesía a la madre de Fatih y por fin le miró a él. En el abrazo que le regaló se desataron todos los nudos, se desquitó toda su emoción reprimida, y Fatih pudo desechar el miedo que durante el viaje le había inundado de que su tío le hubiera olvidado, o hubiera menguado el amor que sabía que sintiera siempre por él.

Subieron hasta el último piso del edificio en el que una puerta entornada daba paso al interior de la vivienda. Encotraron en el saloncillo, sentada en un sofá en solícta actitud de espera, a una mujer que nada más verlos se levantó invirtiendo los saludos del portal: unos besos a la madre de

Fatih y una inclinación de cabeza para su padre. Era la esposa del tío, con la que se había casado aquí, y que todos sabían que era una rumí indiferente en temas de religión. El misterio, para toda la familia, era cómo el tío, tan piadoso, tan puro que incluso ya había realizado el hajj, podía haberse casado con ella.

Después de mostrarles la habitación en la que iban a instalarse, de mostrarles la casa que todos iban a compartir, de efectuar algunos comentarios en torno al trabajo que el padre de Fatih iba a realizar en la recogida del ajo, tan prestigioso más allá de la comarca, el tío dijo:

—Os rogaría que rezásemos por vuestra llegada, ya que es su hora, la oración del magreb. También os ruego que disculpéis a mi esposa por ausentarse durante el rezo, pero —y esbozó, mirándola, una leve sonrisa— ella no cree demasiado en estas cosas.

Nadie dijo ya nada más. La esposa del tío enfiló a la cocina y bajo la dirección de él se quedaron los cuatro en el salóncillo para preparar las abluciones y realizar la oración del magreb.

.....

Al día siguiente, mientras almorzaban una harira y un cuscús con carne de ternera que la esposa del tío, sorprendentemente por su condición de rumí, había preparado de un modo delicioso, el tío se dirigió a Fathi y le dijo:

—Fatih, me gustaría decirte algo. El colegio no empieza todavía y tienes tiempo de intentar conocer el sitio en el que vas a estar. Yo sé que en la plaza se concentran bastantes muchachos para jugar al fútbol. El idioma, es cierto, puede ser un inconveniente, pero si hay un momento de la vida en el que lo pueda ser menos, tú estás en él. Vete allí y juega con ellos, no le tengas miedo a nada y échate unos cuantos amigos. No sería bueno que estuvieras todo el día al lado de tu madre.

Fatih miró a sus padres, que asentían.

La observación del tío ya era un asunto al que el niño le había estado dando más de una vuelta. La ausencia de personas de su edad con las que entretenerse le producía inquietud. Esa inquietud, aunque él no lo supiera porque nunca hasta entonces la conociese, era un miedo larvado a la soledad.

Fatih hizo caso al tío y fue a la plaza. En ella, observándola desde el portón del Mercado de Abastos, se dio cuenta con perspicacia de que todo se plegaba a un límpido orden geométrico. Seis farolas, que Fatih nunca hubiese catalogado como fernandinas, se enfrentaban a otras seis formando un paseo en el que simulaban escoltar la estatua de un hombre alzado sobre su pedestal en un avance siempre imposible a un edificio de cuyo balcón pendían tres banderas. A cada hilera de seis farolas la secundaba por detrás una de seis tilos, y a éstos una más del mismo número de magnolios. El conjunto era cerrado por tres quioscos laterales en los que indistintamente se vendían prensa, helados o golosinas. A partir de ahí, anchas calles también arboladas se alargaban con edificios casi siempre de dos plantas y abuhardillados, pintados en una amplia gama de colores que iban tanto del azul al verde como del ocre al amarillo, cortándose las unas a las otras deferente y escrupulosamente de una forma perpendicular.

El mercado, un armazón rectangular de ladrillo y piedra cuyo tejado coronaba una cubierta metálica, deparaba en su composición la misma lógica que el entramado callejero. A la laberíntica disposición del zoco de la ciudad que había cerca de su pueblo, en la que orgullosos guías se preciaban de poder acompañar a un visitante desde una de sus entradas, ver con detalle todo el mercado y sacarlo por otra en el lado opuesto, en el que muchos paisanos incluso se extraviaban y llegaban a un hartazgo de preguntas para hacer el regreso, este mercado de aquí se le oponía como una simple cajita de zapatos. A alguien como Fatih se le angostaba el alma de monotonía cada vez que lo tenía que recorrer. En el zoco cada

paso que se daba podía ser una sorpresa, entrar en un feudo lleno de tribulaciones sensitivas en el que se ignoraba el misterio que aguardaba tras los recovecos y aristas del camino. ¿Cómo era posible que cuando sólo se tenían ante la vista grandes piezas de vaca, los ojos saltones incrustados en las cuencas de la cabeza de un cordero, los cuerpecillos enjutos de los conejos despojados de su piel, viniese de repente a la nariz un olorcillo sutil de canela o el embargo, denso pero fugaz, de un perfume a clavo? Fatih pensaba que esto sólo era posible como un descabellamiento, un desconcierto o una confusión. De igual modo, frente a un puesto de especias en el que uno se aturdía entre los colores y los olores distintos de la albahaca, a la que se fantaseaba ya aderezando los tomates, del romero enalteciendo el cordero asado, o del cardamomo exaltando el sabor de unos pasteles muy dulces, una vaharada seca, un tufo amargo de sangre, exiliaba de los mejores ensueños de aquel pequeño remedo de paraíso.

El mercado, sin embargo, era lineal en su literalidad. Un puesto era un punto en el espacio y se continuaba el paso hacia el siguiente hasta que al final se podía llegar de nuevo al primero en medio de una asepsia en rarísima ocasión subvertida por algún matiz. Frente a la panadería olía igual que frente a la pollería. La presencia de las moscas muy bien podría haber sido desterrada a través de un edicto por parte de la autoridad. Que no tocase el comprador ninguno de los productos a la venta parecía una prescripción sagrada, porque todo el mundo que señalaba algo esperaba impávido a que lo tomara antes que nadie el vendedor. Su correcta frescura se la daban unos aspersores colocados encima, que soltaban de forma intermitente duchas de agua difuminada a pescados y mariscos. Los suelos del mercado estaban bastante limpios, ni un solo ratoncillo hubiese osado atravesarlos, siendo en el zoco más que asiduos fornidos especímenes de rata, con requerillos bajo cada puesto que desaguaban con pulcritud en

un sumidero. El techo se cerraba con tablones de madera perfectamente ajustados del que colgaban verticales y periódicos unos ventiladores de tres aspas y, para iluminar cada paseo, lámparas emitiendo un potente foco de luz. Y lo que más llamó la atención de Fatih, los precios eran incontrovertibles e innegociables, sin juego ni tanteo, unas cifras despóticas por su rigidez y lapidarias como un decálogo por su callada y general aceptación.

Todo un poco extraño, pensó Fatih, también con un punto de tristeza y de melancolía. Lo que no lo fue, tenía razón su tío, era la presencia en la plaza de unos muchachos jugando al fútbol que formaban, entre los pelotazos y sus voces, una tremenda algarabía. Se les quedó mirando con mucha indecisión y se dijo que no le iba a ser fácil encontrar una vía de acceso hacia ellos. Una cierta inquietud volvió a carcomerlo. No obstante, se conjuró a sí mismo para darse fuerzas y se prometió que todos los días imprecaría la ayuda de Dios en el salat para conseguirlo. Alabado fuese Él por su misericordia.

.....

La pérdida del canto del muecín desde el alminar de la mezquita para llamar al salat llevó a Fatih a una cierta confusión. Las referencias externas de costumbre se habían terminado. Tan sólo si su madre estaba cerca le podía indicar exactamente cuándo debía ponerse a orar. Pero esto no siempre era así. Su madre a veces se ausentaba para llevarle comida caliente a su padre al trabajo, o incluso ella misma buscaba alguna tarea remunerada que implementase la economía familiar. Por ello su tío le pidió a Fatih que hiciese un ejercicio de responsabilidad y de maduración y se encargase por sí mismo de atender las obligaciones de su rezo. Esta petición le hizo sentirse más mayor y ver que su familia depositaba en él una confianza que no podía defraudar. Por ello, al surgir la primera oportunidad de responder a la expectativa, cuando aquel mediodía llegó la hora del suhr, Fatih hizo sus ablucio-

nes, extendió su alfombra, bendijo a Dios, le pidió perdón por sus insignificantes culpas, todo repetido en un ciclo de cuatro rakas, y aprovechó además para solicitar su ayuda para socializarse con los chicos de la plaza. Una vez hubo finalizado, estaba verdaderamente hinchido de ánimo. Realizado todo desde sí mismo, sin incitación de nada o de nadie, se sentía como más fuerte y seguro, como si su voluntad tuviera más potencia para plegar a la realidad con mayor anuencia a sus designios.

Se aprestó a salir a la calle en dirección a la plaza. Los chavales estaban reunidos en un banco ante la puerta del mercado. Hoy no parecían ir a jugar al fútbol. Se quedó parado mirándolos a una prudente distancia. A ellos no les debió pasar inadvertido su escrutinio, porque uno de ellos se levantó moscasamente y se acercó a él.

—Hola. Me llamo Khaled.

—Lo siento. No te entiendo. Sólo hablo en árabe.

—Yo ya sólo lo hablo en casa. Llevo ya bastante tiempo por aquí. Decía que me llamo Khaled.

—Yo soy Fatih.

—Se preguntan mis colegas si te querrías incorporar a nuestro grupo.

—De acuerdo. Jugáis al fútbol y me gusta.

—Yo que tú no me alegraría tan pronto. Te van a hacer pasar una prueba. A mí me la hicieron pasar.

—¿Por qué?

—Supongo que son ganas de fastidiar de los rumís. Ven conmigo.

Se allegaron al grupo. Todos observaron a Fatih con atención, mientras Khaled y el que parecía una especie de líder intercambiaban unas palabras que terminaron provocando el asentimiento, la sorna y también la risa de los presentes. Fatih atendía sin entender, esperando que los dos chicos rematasen la conversación.

—Ya se han decidido —habló Khaled—. Se trata de que entres en el mercado, vayas a una de las pescaderías que hay al fondo del pasillo de la izquierda desde esta entrada y robes una de las pescadillas que tengan a la venta. Tú verás.

Fatih podía haber esperado que le sucediese cualquier cosa, pero desde luego lo que menos podía esperar era una de tal calibre. Se quedó pasmado y perdió por unos instantes el crédito de lo que le pasaba. Nunca en la vida se le hubiese ocurrido a él robar nada. Pensó que los muchachos estaban absolutamente chiflados. Se acordó de su madre, de su padre y de su tío, y lo que le habían propuesto se le antojó si cabe más inverosímil todavía. Si ellos ni siquiera imaginaran que él era capaz de hacer tal fechoría, quedaría a sus ojos para siempre completamente deshonrado, no tendría valor ni para echarles un vistazo de refilón por la espalda. Iba a replicarle a Khaled que lo sentía, que él no estaba dispuesto a hacer eso para poder entablar amistad con semejante patulea de desalmados, cuando una idea le detuvo.

Fatih se sabía el Corán de memoria. A todos los niños, desde muy pequeños, les hacían los maestros mostrarse apli-cados en la medersa a la hora de aprender a recitar el Libro Sagrado y raro había sido quien no salía de ella con un co-nocimiento casi total del texto. Desde luego, él sí lo sabía. Y por saberlo se acordó de las aleyas de la azora dieciocho que hablaban de Moisés y el siervo de Dios.

El sentido de las aleyas venía a decir lo siguiente: Moisés, impaciente por encontrar el sentido de las cosas del mundo, acompañaba al siervo de Dios sin ser capaz de inteligir nada de lo que el hombre hacía: barrenó y hundió un barco lleno de viajeros que perecieron ahogados; mató a un muchacho con el que se cruzó, y finalmente, después de que en un lugar les negaran el hospedaje, apuntaló un muro en ruina perte-neciente a dueños tan impíos. El siervo de Dios, ante un Moi-sés perplejo por sus actos inmundos, le explicó todo: el barco

iba a ser apresado por un rey ladrón que iba a aniquilar a todos los pasajeros; el muchacho era un ser inmisericorde y desafecto que causaría el deshonor y ruina de los padres, y debajo del muro había un tesoro de dos menores inocentes, que gozarían de él en su mayoría de edad, pero que si era descubierto por otros les sería enajenado. Moisés entendió. Los designios de Dios son inescrutables. El mundo, el universo, es una tremolina repleta de nieblas y misterios. En la plaza, Fatih, ensimismado, llegó a pensar lo mismo. ¿Por qué no lo iba a pensar? Su tío era un hombre piadoso y de un modo increíble había contraído matrimonio con una rumí atea. Otro misterio. ¿Pero era atea? Había escuchado alguna vez la palabra, pero tampoco sabía a ciencia cierta lo que significaba. Una indiferente, ésa era más o menos la idea que su tío les había trasladado respecto de la posición religiosa de su cónyuge. Por un momento Fatih pensó que todos teníamos bastante de Moisés, que todos éramos una especie de pequeños herederos tuyos manoteando para abrirnos camino entre la espesura de la niebla. Fatih, entonces, decidió que sí, que lo haría, que robaría el pescado. Y así se lo hizo saber al grupo de muchachos, de los cuales, por descontado, aunque sólo fuese porque le gustaba mucho jugar al fútbol, quería ser amigo.

—Estoy de acuerdo —sentenció.

.....

Se estipuló para la jornada siguiente la sustracción de Fatih en el mercado. Khaled le acompañaría hasta la puerta y el resto del grupo esperaría a ambos en el césped de la explanada que se abría en la trasera del Palacio Real de la villa.

Khaled, librándolo ya al albur de sus habilidades, le deseó suerte. Como le viese un poco remiso, parado, le dio un empujoncito cariñoso al interior del mercado que pretendía ser también una bocanada de aliento. Fatih se encaminó hasta el corredor al fondo del cual, a mano izquierda, se hallaba la pesadería. No estaba especialmente nervioso, ni agitado. Sola-

mente estaba temeroso. Pero el temor que sentía nada tenía que ver con la gente que estuviera en el mercado, con el hecho de que alguien pudiera capturarle o con el fracaso en la consecución de su presa. El temor le atenazaba como una zarpa feroz, paradójicamente, en las dudas que le producía la capacidad prensil de sus manos. Al pensarlo, de nuevo, Fatih sintió que el corazón se le alzaba varios centímetros en su caja, que le empezaba a latir más fuerte y que su respiración perdía cualquier ritmo sosegado que hubiera podido tener. El único miedo radicaba en él mismo, en la aptitud de sus manos. Fatih sabía que el pescado reposaba sobre cajas con pedacitos de hielo y que era muy escurridizo. La clave estaba en acercarse al puesto con disimulo, elegir la pieza, y en un movimiento de rapidez vertiginosa cogerla como una garra que al echar él a correr la hiciera de una reductibilidad imposible.

Ya no había vuelta atrás. Un pelotón de personas se arremolinaba en torno a la pescadería. Abriéndose paso entre ellas, alguna de las cuales se quejó por la impertinencia avasalladora del muchacho, Fatih alcanzó la primera fila y, casi si su brazo fuese un resorte mecánico que actuaba al margen de la más mínima reflexión, sus dos manos se encontraron contactando con un lomo frío y viscoso que abrazó como un amor loco contra su pecho. Cuando la cabeza del pez estuvo a la altura de la suya, pareciendo con su boca abierta y sus dientes pequeños y afilados la de una serpiente que le iba a dar un mordisco fatal, la reacción que le causó fue emprender una carrera desatada. La sorpresa de los presentes por el absurdo que observaban, seguro que de índole tal por primera y última vez en su vida, facilitó a Fatih abrirse paso a trompicones y transitar el pasillo. Nadie decía nada, o él no oía que nadie dijese nada. Si bien esto le aportó tranquilidad, la ley de la gravedad comenzó a hacer de las suyas. El pescado se le resbalaba de las manos muy poco a poco, pero se le res-

balaba. No siendo sus manos eficaces en la sujeción, ello le obligaba a apoyar el bicho más contra su cuerpo, lo cual dificultaba la rapidez del movimiento de sus piernas. Todo se consumó cuando vio al guardia en la puerta. Nunca antes había visto a ningún guardia en la puerta, pero allí estaba, fumándose plácidamente un cigarro mientras departía con un descargador. Un tirón invisible desde el suelo, o un aumento en la pesantez de su carga hizo que el pescado escapase fulgurante como una gacela de la prensión de sus manos.

En el centro de la plaza los ojos de Fatih miraron hacia arriba a un sol cenital que irrumpió en ellos, igual que un latigazo, con su luz. Le barrieron la vista y Fatih percibió que se tambaleaba.

Tienen todos prácticamente la misma edad, entre nueve y diez años, y les gusta juntarse todos los días, tras las horas críticas de despotismo de unos rayos verticales, en una era que se va transformando en secarral. Pero Fatih se dice que hoy ha quedado en la explanada con césped del palacio. Juegan sin interrupción, en una especie de obstinación futbolística, con un balón hecho de trapo, porque no tienen otra cosa, y tres palos.

Terminadas las correrías de uno de los partidos que disputan, hoy los muchachos se sientan en grupo en la pradera. Los juegos y las chanzas se han interrumpido. El cansancio los lleva a disfrutar la frescura que proviene de esa hierba tan verde y tan muelle que, al rato de sentarse en ella, los resarce de cualquier esfuerzo, extendiéndose mansamente por los cuerpos. Quedos, recuperado el fuelle, al mismo tiempo lo hacen con ganas de charla.

—Fatih, tienes que ponerte de portero como todo el mundo. A nadie le apetece, pero tenemos que seguir una ronda en la que nos toque a todos —dice alguien, un tal Fares, que parece hacer las veces de líder y portavoz.

Sin querer, en un gesto instintivo, Fatih echa las manos muy rápidamente detrás de la espalda, despegándolas de la hierba en que las tiene apoyadas, como si a la frescura del suelo le siguiera de pronto una quemazón. La percepción para los chicos que allí están es que se ha acongojado, sin saber muy bien por qué, tal vez por las palabras que le ha dicho Fares, o tal vez haya sido la brusquedad del movimiento de manos que lo ha dejado en evidencia.

Le ven escrutar las caras de unos y de otros como queriendo leer en ellas. Sus colegas, en cambio, sin desasosiego ninguno y más perspicaces, piensan que ya han leído en la suya, muy especialmente en sus ojos, que no distan mucho de ser los de un animal atrapado en un cepo, un rafoso por ejemplo, que algo secreta y está a punto de gritar. Lo visto les sirve de estímulo. Están convencidos de que no deben dejar las cosas así porque sucede algo más que sospechoso. Lo que Fatih teme, la actitud sibilina de los camaradas, se produce.

—No tengo guantes para ser el portero —protesta.

—¡Qué tontería, Fatih! ¡Que no tienes guantes! ¿Escuchasteis, chicos? ¡Venga, Fatih! Nadie lleva guantes cuando se pone de portero. ¿De dónde íbamos a sacar, pobres de nosotros, unos guantes? ¿O es que tú los necesitas porque tienes manos de señorito? ¡Enséñanoslas! Queremos ver esas manos tan delicadas que un balón, sin guantes, nos las puede dañar —responde Fares envalentonado.

—No. No voy a enseñar nada.

Se pone de pie de un salto y sigue con las manos a la espalda. La disposición de que queden escondidas que les quiere transmitir es irrenunciable, tanto como la del sol que se va hundiendo sin remisión tras las iridiscentes cúpulas de palacio, tras las enhiestas jorobas de los meharis que inclinan su cerviz mordisqueando un ralo matorral. Los demás muchachos le imitan y se yerguen, acercándose después a él. La imagen del animalito apresado y herido por el cepo es toda-

vía si cabe más real. Están un instante todos inmóviles como en una fotografía, expectantes, incluso en formación de acecho.

—Has despertado nuestra curiosidad, Fatih. No digas que no, anda, y muéstranoslas. Nos hemos dado cuenta de que las escondes.

—¡Dejadme en paz!

Faresh hace una indicación con la cabeza y todos, tentacularmente, se echan encima de Fatih. Los paseantes de costumbres fijas que se orean en los vergeles reales o salen a tomarse por la zona un refresco o un helado, podrían pensar que el rugby empieza a coger predicamento entre la nueva chiquillería que juega a componer una laocónica melé sobre el césped. Nada más apartado de la verdad. Lo que allí se está ventilando es una soberbia disputa. Fatih se defiende en la barahúnda con las rodillas y las uñas, con los codos y las punteras, con los hombros y los nudillos..., con la ira, el asco, la rabia, arañándose la piel con su arrastre por la superficie de lija del secarral.

Todos contra uno, el juicio de tan particular contencioso no puede augurar nada más que una sentencia. Tirado boca arriba en el suelo, preso de los compañeros, sujetado con firmeza por las muñecas y los tobillos, Fatih se ve vencido e immobilizado por una cáfila de retrasados mentales. Él mismo no reconoce ni su manera de hablar.

—¡Sois unos hijos de puta!

No le hacen mucho caso. La atención de los campeadores se centra en otro lugar.

—¡Eh! —dice el tal Faresh, que lo sujetaba clavado de rodillas por la muñeca derecha y mirando hacia abajo—. ¡Si me lo dicen antes no me lo creo! ¡Tíos, venid aquí y mirad! ¡Esto no os lo podéis perder!

Se acercan algunos y miran a lo que se refiere el chaval.

—¡Coño!

—¡La madre que me parió!

–¡Hostias!

–¿Pero esto qué coño es?

–¡Eh, que aquí también pasa lo mismo! –grita el que le immobiliza la muñeca izquierda, haciendo ante su incredulidad una doble comprobación.

Todos se fijan de una a la otra, de la otra a la una, en las manos de Fatih y pueden percatarse de que sólo tienen cuatro dedos. No lo encajan bien al principio, pero si vuelven a mirar sí, verdaderamente es así, ¡sólo tienen cada una cuatro dedos! Tres de ellos, el central, el anular y el meñique, se diría que conservan la semejanza con los del resto de los mortales. Sin embargo, el cuarto dedo no es sencillo de describir. Tiene un poco de pulgar e índice, pero no llega a ser ninguno de los dos. Es una mezcla, una especie de síntesis amorfa materializada en un apéndice, ni tan siquiera con facilidadfigurable en una pesadilla, que sugiere una morbosidad que durante aquellos instantes capta de lleno la atención de los muchachos.

El ambiente se espesa. Del mismo modo que han estado esclavos de la observación, incluso exclamativos, después, inesperadamente, se vuelven silenciosos, sin mirarse entre sí, yéndose despacio alejando de Fatih y dejándolo libre. Les ha acometido una señal de respeto sobrevenido, caído fulminantemente del cielo, sin que sean capaces de oponerse a ella o hacer nada. ¡Cuatro dedos en cada una de las dos manos! Se han pasmado como ante la contemplación de un milagro, pero éstos suelen ser gozosos, mientras que lo que acaban de ver es..., no hay palabras..., es... una lástima, una perfidia, una fealdad de la naturaleza.

–Perdona, Fatih. No sabíamos...

Se levanta en cuanto se lo permiten.

–Pues ya lo sabéis, desgraciados. Estaréis muy contentos después de esto. Ya habéis adivinado por qué no puedo ni quiero ser portero. Pero no os preocupéis. Tampoco quiero ser

delantero, ni entrenador, ni nada..., ja la mierda con vuestros partidos!

Da unas zancadas y echa a correr tan deprisa como se lo consienten las piernas. No es por supuesto la primera vez que algo así le pasa, que protagoniza una escena similar. Le ha pasado ya alguna más. Lo que no comprende sin embargo es por qué su reacción sigue siendo la misma: de vergüenza, de una vergüenza tan enorme, tan simplemente inabarcable.

—¡Fatih! ¡Fatih! —intenta atajarlo Faresh.

Se deshace de él. No escucha. Quiere llegar a su casa.

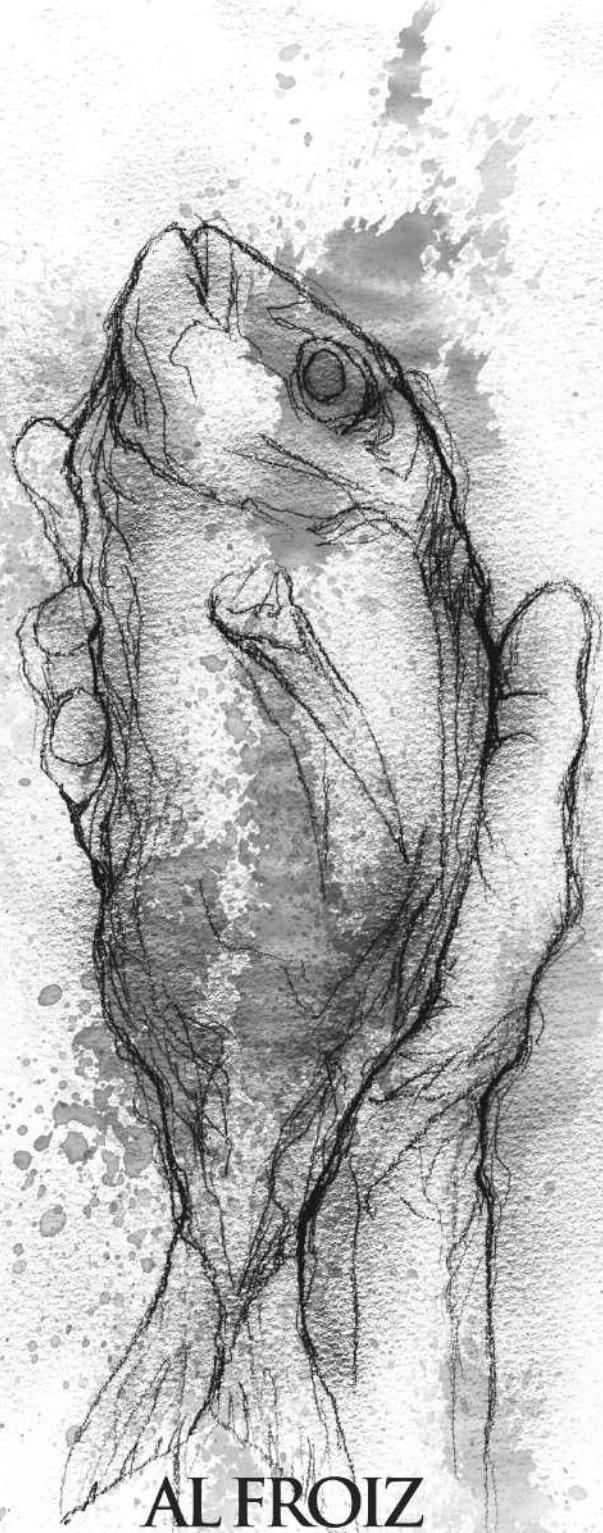
—¡Fatih! —medio aúlla el muchacho.

No quiere saber nada. Corre. Escapa con todas las fuerzas que le quedan tras la pelea saliendo del césped, condenando su blandura y frescura embusteras que engañan la mente y el cuerpo, pisando el suelo de empedrado seco de las calles de la villa, que es más cierto, más sincero, menos falaz. Mientras casi vuela en la carrera se convence de que la pelea no le ha menguado las energías, ni el vigor, que todo esto lo tiene todavía bien entero. Lo que no tiene desafortunadamente es otra cosa que le hace mucha más falta, aunque sólo sea porque los demás la tienen y él no, y esta cosa son dos pequeños apéndices en las manos, una estupidez, una insignificancia, que nunca hubiese molestado a nadie que él poseyera. Y no es capaz de saber por qué su ausencia le produce un agujero tan hondo en el pecho, como si se lo hiciese una alimaña incomprensible que lo habitara y que ahora mismo le roía, le roía inmisericorde, sin lástima, como un doloroso testigo de un anhelo que le consumía y que no le dejaba adecuadamente respirar. ♦♦♦



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Abastos de Aranjuez**.

Este cuento fue publicado en el número 89 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a septiembre/octubre de 2006.



**AL FROIZ
Y SEE THE REPUGNANCE,
O EL BESUGO Y LA RÉMORA**

JAVIERARIAS BAL

Un antepasado mío había participado como estudiante en aquella aventura que supuso la creación de la *Bessy* hacía muchos años. Le había oído hablar largo y tendido de aquel lugar en el que se había creado un mundo extrañamente armónico, una armonía que estaba basada más en la vibración simpática de las cuerdas que en la exactitud del reloj. Surgió en una época en la que la gente vivió la ilusión de dominar sus vidas, de participar en la construcción de una sociedad en común. Los Años Oscuros que le siguieron rebajaron la exigencia vital a mínimos y la institución murió por la marcha de gran parte de su gente y por la asfixia que la nueva situación le produjo; en esas condiciones ya no era posible inventar el futuro porque ya estaba escrito.

La vuelta a la legalidad se produjo cuando casi todos los que habían vivido aquella brillante experiencia habían muerto. Pero la fascinación por lo que había sido aquel lugar movió muchas y nuevas voluntades para hacerla renacer. En su pasado, la cabeza visible de la institución había sido su director, que se llamaba Al Froiz (del que no tengo investigada una posible relación con una actual cadena de supermercados en el noroeste ni tampoco con el célebre creador del psicoanálisis).

Era Al Froiz un hombre de una probada integridad. Tuvo que marchar al exilio y no pudo regresar. La nueva etapa puso en su cátedra a See the Repugnance, «un paso adelante, dos atrás». Al había sido un caballero inglés, impecable, encantador, elegante e intachable; See no. Por eso había una pregunta que rondaba la cabeza de todo el que lo conocía: ¿de qué se ríe?

¿Qué tuvo aquel lugar de especial? En principio, la *Bessy* no era más que un lugar, una estancia, casi un mero alojamiento para jóvenes inquietos. Pero allí se les proporcionaba la edu-

cación completa que ordenaba su estructura de pensamiento para hacerles ciudadanos. Tanto Froiz como el resto de las personas (desde Éfederre, Jotaoigé o Jotaerrejota) que se habían sumado a su creación consideraban que había que crear una sociedad privada que posibilitara la libertad de pensamiento, la libertad de creación, la creación de libertad, la creación de pensamiento, el pensamiento creativo... (no sé si me falta alguna combinación). La base de este proyecto educativo sería la calidad y el rigor y su objetivo rector sería la ética social. Y la columna que sostendría todo este edificio serían los besugos. Y no era una metáfora. Consideraban a los besugos como la fuente de la sabiduría, como el ideal del sentido común y receptáculo de la inteligencia apolínea. Igual resulta chocante que precisamente fuera el Besugo el *oráculo*, pero hay que recordar que con el Besugo se puede discutir sobre cualquier tema, los dominan todos, y que fue posteriormente, en los Años Oscuros, cuando a este noble animal se le tachó de estúpido y se acuñó la célebre frase de: es *una conversación de besugos* para calificar a los que decían tantas tonterías que no las entendían ni ellos mismos.

El besugo es un pez hermafrodita. A mitad de su vida y su tamaño se convierte en hembra, tras ser macho hasta ese momento. Su vida es muy tranquila, conoce las dos caras de la moneda y tiene una perfecta comprensión de los dos sexos; no ha lugar plantearle a un besugo: «Tienes que aprender a ponerte en el lugar del otro». Vive en el fondo de las aguas claras, en aquellos lugares en los que se forma una especie de jardín submarino. Como una especie de vergel sumergido. Su pesca es muy complicada porque no se puede hacer mediante red, pues si estableces una separación por tamaños sólo pescas hembras, que son los ejemplares mayores, y se produce el colapso de su regeneración, discriminas y matas sólo madres. Muy pocas personas conocen que el personaje mitológico Tiresias fue el que dio lugar a la especie de los be-

sugos tras yacer con una sirena nigeriana sobre el monte Vesubio¹. Tiresias, patriarca de la estirpe de los besugusianos, hijo de Everes y de la ninfa Cariclo, fue el adivino por antonomasia de los tebanos. La tradición más extendida relata que en cierta ocasión Tiresias paseaba por el monte Cileno, cuando descubrió a dos serpientes copulando. Mató a la hembra con su bastón y se transformó en mujer. Como mujer, Tiresias se convirtió en sacerdotisa de Hera, se casó y tuvo varios hijos. Tras siete años como mujer, Tiresias volvió a encontrar dos serpientes apareándose, mató al macho y se convirtió en hombre de nuevo. Zeus y Hera le consultaron como experto quién, hombre o mujer, experimentaba mayor placer en el sexo y Tiresias, dando la razón a Zeus, contestó que la mujer. Hera, contrariada, le dejó ciego y Zeus, para compensarle, le concedió el don de la profecía. El besugo ha heredado genéticamente su hermafroditismo y la capacidad de Tiresias para conocer el futuro, tanto el que será como el que podría haber sido, y de su madre heredó su belleza.

Pero regresemos a nuestra era y al nacimiento de la *Bessy*. Al Froiz perteneció a una generación obsesionada por conocer cuál era la razón de que su pueblo fuera tan ignorante. Y como ejemplo de la profundidad de esta ignorancia hablaba del uso de redes en la captura del besugo que estaba esquilmando sus últimos bancos. Tan grave era la situación que se temía por la supervivencia de la especie. El besugo era cada vez más raro, esquivo, escondido. Un día en el Mercado de San Miguel, charlando con el dueño de su pescadería habitual, *Tutti Frutti di Mare*, le comentó estas preocupaciones. Y cuál fue su sorpresa cuando el pescadero, un personaje peculiar, le dijo que a él la atracción por el mundo del besugo le venía de fa-

1) Etilimológicamente (sic) desembocó en este nombre desde el Montes Bes-Sugus primigenio, de ahí que en sus fiestas bánticas se regale a los niños un extraño dulce hermafrodita entre chicle y caramelo.

milia. Le contó que en la trastienda de la pescadería guardaba un espejo traído por su abuelo, un marino gallego. Le contó cómo él y otros tres compañeros gallegos se enfrentaron a 5.600 conchinchinos en un puerto del sudeste asiático y los vencieron (este tipo de historias en Galicia se creen y punto). Los conchinchinos, impresionados y agradecidos porque les hubiesen enseñado en qué consistía la derrota, que hasta aquel momento nunca habían sufrido, les regalaron varias cosas, entre ellas este espejo con el que se encaprichó su abuelo.

Vespasiano (que era como se llamaba su abuelo, aunque en la familia se le conocía como Vespa a secas, porque era más rápido) decía que en el espejo, en lugar de ver la imagen de uno mismo, se veían besugos y se podía conversar con ellos.

Pasaba muchas horas con el espejo y siempre hablaba de cosas que iban a ocurrir en el futuro. Pero tenía el problema de que nadie de su familia veía a los besugos. Ellos pensaban que se había trastornado y que esta era la razón de que él viera besugos y no se viera a sí mismo (lo que, por otra parte, le evitaba llevarse un susto). A veces también discutían de si lo que le pasaba es que se veía a sí mismo como un besugo o de si era incapaz de ver la realidad, era un lío la comunicación en aquella familia, pero al fin y al cabo la convertía en algo especial. Sin embargo, los besugos le decían que la verdadera razón era el conocimiento, sin el que no se abría la ventana a las profundidades marinas.

Después de este peculiar relato del pescadero, Froiz le pidió ver el espejo y en seguida se dio cuenta de que tampoco él se reflejaba y que estaba viendo una ventana submarina en vez de su propia imagen: Froiz, como el abuelo Vespa, sí podía ver a los besugos. En el momento no quiso decirle nada a Hugo, que es como se llamaba el pescadero, pero, tras meditar toda la noche, Froiz fue de nuevo al mercado y le pidió a Hugo que le acompañara a tomar un café: «¿Quieres tomar

un café?», le dijo con acento gallego a sabiendas de que así iba a ser imposible que lo rechazara. Se sinceró con él. Con su impecable trato le dijo: «Tú no lo ves, Hugo, pero yo sí que veo al besugo». («¿Ves Hugo?», resonó en la cabeza de Hugo y cayó de la burra y se dio cuenta de que su abuelo antes de morir se había empeñado en que le pusieran Hugo de nombre y que heredara el espejo, que pusiera una pescadería en el mercado y que le enseñara el espejo a todo el que se interesaría en él, ¿sabría el sabio Vespa que llegaría Froiz?).

Froiz le dijo que quería pedirle compartir esta maravillosa cosa con los jóvenes y que podían montar una especie de grupo de estudiantes que vieran los besugos y se beneficiaran de su sabiduría, al final todos nos beneficiaríamos del proyecto. A Hugo le encantó la idea porque le pareció que todo estaba previsto por su abuelo. Así que las ideas de Froiz se llevaron adelante... Le llamaron «Casa Besugo y Hugo», pero entre los estudiantes cobró moda llamarle la *Bessy*. Mientras Froiz estuvo al frente se cumplieron sobradamente las ilusiones que se imaginaron en el primer momento.

Cuando vinieron las tinieblas, los Años Oscuros, muchas personas sin educación y sin paciencia quisieron darle un sentido a su vida acusando y juzgando a los demás de depravados. Su borrachera de certeza los hizo ciegos y acabaron por echar del país a todo aquel que no les gustaba. Una de las preguntas que te descalificaba como digno habitante de «su» país era si habías hablado alguna vez con un besugo (envileciendo el verdadero significado y naturaleza del animal y por extensión de la *Bessy*). Lo utilizaban como una manera de «detectar la subversión». En aquel momento fue cuando se acuñó la horrible expresión de «mantener una conversación de besugos». Pasaron los años, se encendió de nuevo la luz y hubo que rehacer el país.

El edificio al lado del Mercado de San Miguel, en el que se había levantado la *Bessy*, estaba todavía en pie y se conservaba

un recuerdo mítico de lo que allí se había realizado y, aún más, guardaba en sus sótanos el Espejo. Fue entonces cuando apareció See the Repugnance, que se ofreció a revivir el proyecto. Se supone que el sentido de todo ello era continuar la labor de Froiz, pero había algo que los distinguía claramente y era que, mientras Froiz había sabido siempre de la importancia de dar a conocer el espejo, See no quería compartirlo con nadie. Si See hubiera visto a Pulgarcito, seguro que habría ido recogiendo las migas, borrando el mapa tras él, y en caso de que lo hubiera pillado habría dicho: «¡Ah! ¡Me extrañó que estuvieran tan bien colocadas, pero pensé que las estaba perdiendo!» El cinismo era uno de sus más evidentes defectos.

La ola de simpatía que generó el esfuerzo de reconstrucción de la *Bessy* atrajo a gran cantidad de jóvenes dispuestos a trabajar en el absoluto convencimiento de que las ideas rectoras de esta nueva época serían las mismas que las que habían forjado su mito. Todos querían ver si veían a los besugos, pero See siempre planteaba a cada joven una espera ligada a una comprobación previa de las intenciones motoras de ese interés, del que, por otra parte, siempre desconfiaba. See se consideraba el guardián responsable de las esencias históricas de la *Bessy* y estaba convencido de que cualquier acercamiento sin su tutela acabaría más tarde o más temprano con la corrupción o el robo de «la herencia». Naturalmente estas rígidas precauciones nunca se tenían con aquel que llegara allí y tuviera algo que ofrecer a See (desconocía lo que era el comportamiento desinteresado), y si alguien protestaba por discriminación tan injustificada, See le decía: «No te querrás comparar con él, ¿no?» Se cuenta incluso, quizás son mezquinas habladurías fruto de la envidia, que See una vez, hace unos años, permitió que un presidente del Gobierno que se había negado contumazmente a condenar los Años Terribles (al fin y al cabo él era hijo de un biógrafo y colaborador de

Claudillo, que a su vez era el diseñador de los Años Oscuros), apadrinara la exposición de un poeta exiliado, que había muerto amargado en el extranjero.

See utilizaba siempre la estrategia siguiente: primero planteaba que los besugos estaban en peligro y había que preservarlos de cualquier daño innecesario que afectara a su frágil supervivencia. Y segundo les decía a los jóvenes, que iban a trabajar con ilusión, que estaba seguro de sus buenas intenciones pero que, por una parte, no podía mostrar tratos de favor y, por otra parte, simulando complicidad, les decía que, dado que ellos entendían todo esto perfectamente, también entenderían que hacer una distinción en el procedimiento habitual podía generar un fallo en el sistema de control que podría ser utilizado por otros para acceder sin más al «tesoro».

Así, les decía: «Creo, sinceramente y por eso confío en ti, que tú harías lo mismo si estuvieras en mi caso. Y preferirías excederte en desconfiar de alguien, aun a riesgo de equivocarte, antes que abrir las puertas a un desalmado que lo utilizara todo al revés». Es decir, para demostrar que eras digno de confianza, tenías que empezar por impedirte a ti mismo la entrada. La paradoja era dolorosa porque no podías entrar y la aceptación de estas normas era como aceptar que eras sospechoso. Y ¿cómo estos jóvenes podían superar esta absurda paradoja? Pues demostrando que eran de fiar. See, generalmente, les pedía que escribieran un proyecto en el que explicaran qué es lo que querían hacer. Como para su realización no les daba ningún tipo de directrices, lo normal era que se preguntara a los más experimentados en la *Bessy*, pero entre bromas te decían siempre que no sabían por qué se aprobaran a veces las cosas y a veces no. Al final, se escribía y se exponía al juicio de los compañeros más expertos en la ciencia de la *Seetherepugnancología*, los cuales ponían mil objeciones que se tomaban en cuenta y luego se rehacía. Por último, se en-

tregaba y se esperaban meses o años para una respuesta que acababa llegando. See se disculpaba una y otra vez por no poder atender la necesidad de una reunión para valorar el proyecto. See era un hombre muy ocupado, de esos hombres tan ocupados que consideran que necesitan ocupar su tiempo y el de los demás también. A veces miraba con una expresión que parecía estar diciendo: «¿No te das cuenta de que mi tiempo es más importante que el tuyo?», y al otro se le ponía cara de pensar: «¿De qué se reirá?» El asunto es que cuando llegaba la respuesta se realizaba una nueva vuelta de tuerca en el proceso de humillación: «No era exactamente lo que te había pedido, no está del todo bien enfocado, es absolutamente necesario rehacerlo»; no corregirlo, no, que era una cosa miserable, sino rehacerlo (que era lo que te iba a enfangar más tiempo y en más trizas rompería tu ánimo). Y el suplicante decía: «Pero si esto es lo que me pediste que hiciera», pero como no había nada por escrito nunca se podía demostrar esto. Así que para que no pareciera que habías tirado por la borda tu tiempo, lo volvías a rehacer, y una vez rehecho, tras esperar otro tanto tiempo, te veía y te proponía otra cosa que invalidaba la necesidad de la primera.

Hubo una primavera bajo el mando de See en la *Bessy* que fue tremenda, las personas que allí trabajaban se enfrentaban a un ambiente tóxico. Nadie sabía la razón del trabajo que realizaba. La dirección entraba en conflicto con todo el mundo, conflictos que «arreglaba» con amenazas veladas y con el argumento de que debías agradecer que te permitieran estar allí, que eras un privilegiado. A pesar de un ambiente tan enrarecido, se hizo la Fiesta de Primavera, como cada curso. La fiesta se realizó en el jardín del lugar que estaba presidido con una cabeza de Froiz. La primera impresión era de bastante mal gusto porque parecía que estuviera decapitado y colgado de una pared; parecía, y perdón por la maldad del comentario, una pieza de caza cobrada y disecada, aunque no

supiéramos quién era el cazador, ¿o sí? See se mostraba nervioso, como si percibiera que se aproximaba un cambio. Estaba un poco encorvado y la sonrisa parecía que le fuera un palmo por delante de sus narices. Se armaba un lío con sus dos teléfonos que llevaba en los dos bolsillos de la chaqueta. Se le ponía un gesto fastidioso cada vez que sonaba uno y siempre cogía el que no era y desenfundaba el otro y bastaba que consiguiera contestar para que el primero le sonara también. Parecía un John Wayne futurista, siempre decidiendo sobre el futuro de los demás por el bien de un ideal, el suyo. Y si recibía llamadas de los «interesantes», todo el mundo era guapísimo, todas las comidas exquisitas y siempre: «No, por favor, yo siempre detrás de ti».

See bromeaba con la idea de que la *Bessy* tenía un fantasma al estilo de los castillos escoceses que representaba el espíritu de Froiz y que no le gustaba que ocupara su puesto. Se decía a sí mismo que la misma prueba por la que él estaba haciendo pasar a los estudiantes la tenía que pasar con su fantasma. Porque qué otra razón podría haber para que él no viera a los besugos (porque, aunque no lo sabía nadie, See the Repugnance no los veía). No podía ser por su falta de cultura, porque se consideraba a sí mismo como un pozo de sabiduría, aunque nunca hacía uso de ella. Él siempre pedía a todo el mundo que justificase sus conocimientos mediante títulos, tesis, etc., porque él detentaba al menos una o dos cátedras, tenía varias tesis doctorales y multitud de libros publicados sobre los más diversos temas de ciencias y letras. Bueno, al menos se comportaba como si así fuera, aunque no nos ha sido posible encontrar un currículum suyo.

See no iba a permitir a nadie entrar en el depósito del espejo hasta que él no consiguiera ver a los besugos. A decir verdad se lo había permitido a algunos que, obviamente, no vieron nada, caso del presidente antes citado, que sólo se veía a sí mismo; otras incluso, como la Mano Derecha de See, no

veían ni el espejo. See, no obstante, era un caso peculiar: él no veía a los besugos (lo sabemos), pero la imagen que se reflejaba de él estaba retardada, hacía una cosa ante el espejo y la veía un poco después. Él lo achacaba a que el fantasma de Froiz se estaba riendo de su estrés.

Sin embargo, había observado, desde la primera vez que se había mirado hasta el momento presente, que el tiempo de retraso de su reflejo iba menguando progresivamente, cada vez más rápido. See estaba seguro de que si se juntaban en el tiempo su imagen y su reflejo se abriría el espejo y vería, al fin, a los besugos. Más que tener información de que esto ocurriría, es que no le quedaba otro remedio que pensar así: los años de estancia en la dirección de la *Bessy* habían ido erosionando su reputación y la de la institución simultáneamente. Si no acabó con ella fue gracias a que ésta poseía un enorme, casi inagotable caudal heredado, aunque se reducía claramente. Él, con su cinismo y su falta de generosidad, se había dedicado a sacar petróleo del silo con la esperanza de que sería inagotable si sólo él tenía acceso. Él consideró que era suyo, al fin y al cabo era quien conseguía todo el dinero, él era el que había echado adelante el proyecto de resurrección después de los Años Oscuros —se decía a sí mismo— y él era el primero que merecía obtener los resultados del prestigio de la *Bessy*.

See dejó de salir, pasaba las horas delante del espejo obsesionado por alcanzar el momento en el que él y su reflejo se juntaran, se sincronizaran. Hasta que un día soleado, hermoso, lleno de fragancias, ocurrió lo que deseaba. El espejo tras el cristal comenzó a ondularse, olas pequeñas, tenues, y de pronto, un rayo de sol que entró por la ventana del despacho iluminó el agua que se veía y See se percató de que era una visión submarina, era esa maravillosa imagen que se ve en los documentales. Aguzó la mirada y pudo ver cómo allí, al fondo, había un jardín submarino, eran las famosas prade-

ras de fanerógamas marinas. Estos *sebadales*, como eran conocidos comúnmente, eran auténticas plantas superiores marinas, con su tallo rizomatoso y todo lo demás: hojas, flores, frutos y semillas. Un auténtico jardín privado salvaje. See veía muy bien de lejos, por eso esquivaba (o discriminaba) tan bien las miradas, y alcanzó a ver allí en la profundidad a un grupo de besuguillos jugando. Qué alegría tuvo, por fin podría aumentar el legado que él había recibido, incluso creía que a partir de ahora podría ser generoso de verdad. Ya nunca más temería que llegara otro como él que le quitara el puesto, o que le hiciera sombra, o que tuviera más que él. Ahora iba a ser diferente, y ya no habría emulaciones (él siempre pensaba que la gente quería ser lo que él, no podía entender que no envidiaras su situación, en el fondo See sufría mucho, lo que a su vez le obligaba a ser más intransigente para protegerse, él lo veía así). Todos sabemos que no es así sino al revés, es su conciencia la que le hace buscar, rodearse de personas de las que se encarga de sacar lo peor y poder llenarse así de razones para humillarlas).

Y por fin, detrás de unos alevines se acercó un besugo hembra, grande, ya mayor, que se vino hacia See y le dijo: «Mucho tiempo has intentado ver tras el cristal. Fuiste muy inteligente a la hora de darte cuenta de que el retardo de ti o de tu imagen iba menguando y que esa era la clave de que todo era una cuestión de espera, de paciencia. Pero no era esto un rito iniciático, ni una prueba para valorar tu paciencia como virtud y que esto pudiera compensar tus carencias. No se debe a nada de esto. El espejo en el fondo tiene el mismo comportamiento que tú, a ti no te importa nada perder el tiempo a los demás, es más, te gusta que los demás esperen por ti. Has hecho de esta táctica inesperada en una persona de tu cultura tu estrategia más importante. Nosotros los besugos no somos tus corresponsales como lo fuimos de Froiz. Te he venido a ver porque me daba lástima verte ahí esperando y

prefería informarte de que con quien tú tienes que hablar es con él».

Y con la mirada señaló a un pez de color ceniciente que See vio aproximarse; sobre la cabeza y la nuca tenía una placa oval, cuyas láminas cartilaginosas le servían para adherirse a los demás cuerpos submarinos, formando con ella el vacío. Y le dijo la besugo a See: «Decía Plinio, lo recoge Borges, que es un pescado muy acostumbrado a andar entre piedras y que pegándose a las carenas, hace que las naos se muevan más tardas, hasta que las detiene. Dice Plinio en otro momento refiriéndose al navío de Calígula: "Soplan los vientos y se encolerizan las tempestades pero ella sujetá su furia y ordena que los barcos se detengan en su carrera y alcanza lo que no alcanzarán las más pesadas áncoras y los cables". De ahí que su nombre acabó por adquirir el sentido figurado de OBSTÁ-CULO que impide avanzar a los demás, seguro que te resultará muy familiar su comportamiento, te presento tu alma gémela, See: se llama La Rémora».

FIN. POR FIN. ◆

■ ■ ■
El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de San Miguel (Madrid)**.

Este cuento fue publicado en el número 91 de *Distribución y Consumo*, correspondiente a enero/febrero de 2007.

Los mercados son espacios de vida, escenarios de historias, que llenan de color y calor el corazón de las ciudades. Punto de encuentro, ajetreo y trasiego de personas y mercancías. Un formato comercial que tiene sus raíces en lo más remoto de la historia y mantiene hoy día una vitalidad demostrada a prueba de cambios en los usos sociales y comerciales. Como un modesto homenaje a vendedores y compradores, a los protagonistas del mercado, la revista *Distribución y Consumo* viene publicando desde su creación, en 1991, un relato literario en cada número que siempre tiene como protagonista el entorno de un mercado municipal. En este libro, editado con motivo del número 100 de *Distribución y Consumo*, se recopilan treinta de los cuentos publicados hasta ahora; con el agradecimiento de la Empresa Nacional Mercasa a todos los autores que nos han acompañado en esta original aventura literaria.

